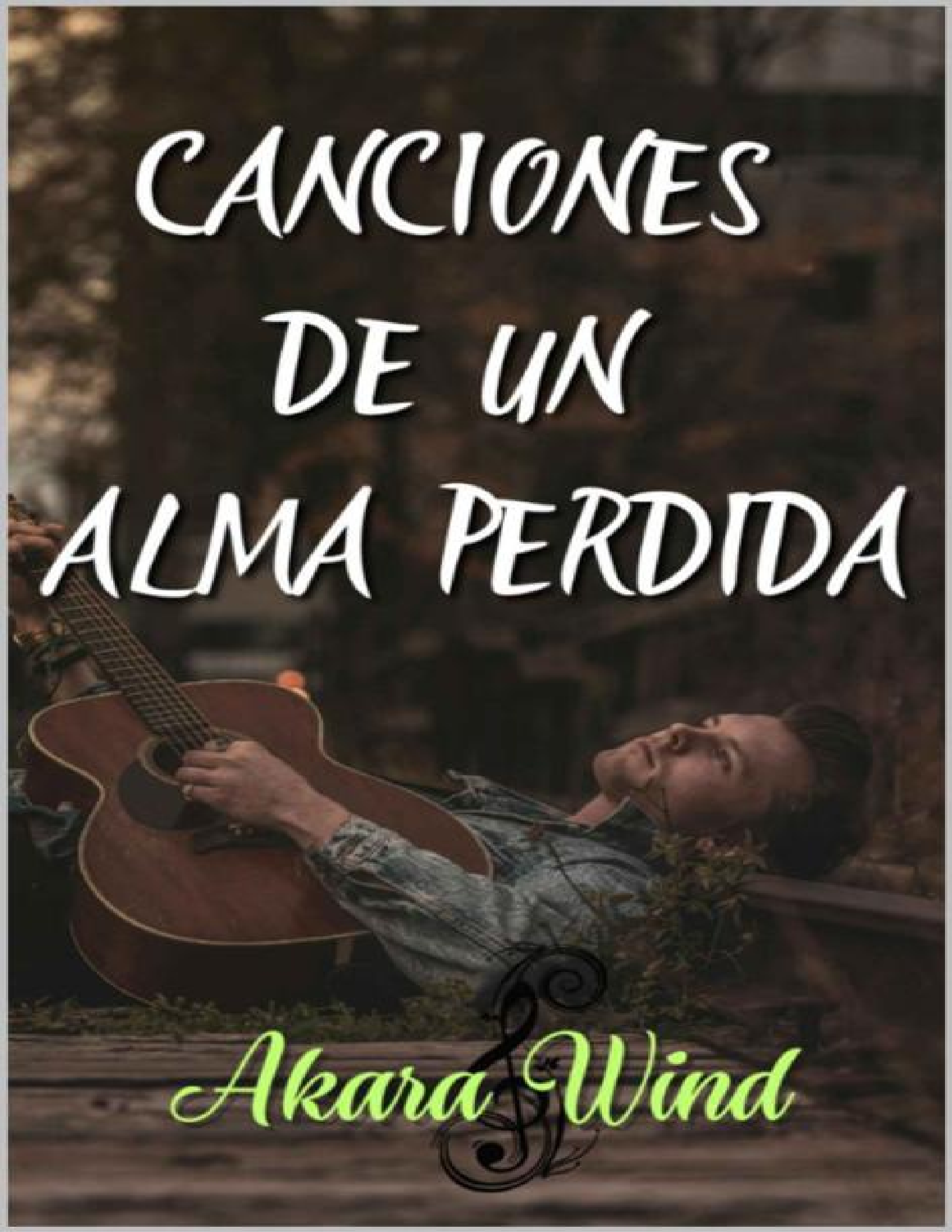


A man with dark hair, wearing a denim jacket, is lying down in a forest, playing an acoustic guitar. The background is a dense forest with trees and foliage. The text is overlaid on the upper half of the image.

CANCIONES DE UN ALMA PERDIDA

Akara Wind

Título: Canciones de un alma perdida
©2024, Akara Wind
Portada: Akara Wind (imagen de Pexels, por Roy Reina)

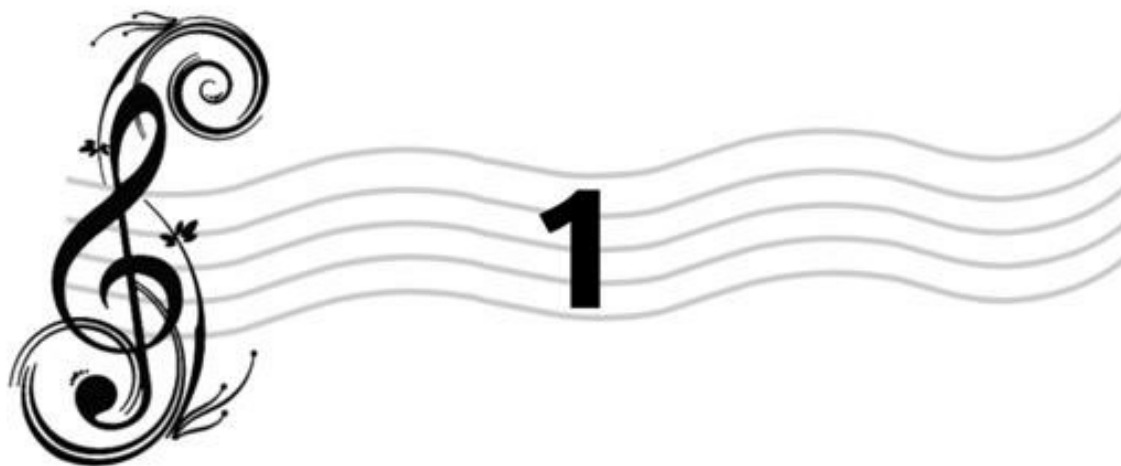
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

CANCIONES DE UN ALMA PERDIDA



Tracklist

- [1 - Tocando fondo en mi propio infierno](#)
- [2 - Preso en un recuerdo](#)
- [3 – Malditos ojos verdes](#)
- [4 – Un cobijo a salvo de la tormenta](#)
- [5 – Un nuevo propósito al que encaminar mis pasos](#)
- [6 – El refugio de las almas perdidas](#)
- [7 – Acunando los fantasmas del Dr. Jekyll y Mr. Hyde](#)
- [8 – Cómo algo tan jodidamente perfecto se ha podido torcer tanto](#)
- [9 – Ódiame, porque quererte nos va a destrozar](#)
- [10 – Una luz que se enciende al final del túnel](#)
- [11 – Ahogado en un pozo sin fondo](#)
- [12 – El rescate de unos ojos verdes](#)
- [13 – Las alas de mi ángel](#)
- [14 – Mi lugar favorito en el mundo, mi refugio](#)
- [15 – Quédate conmigo](#)
- [16 – Rosas con espinas](#)
- [17 – Tú necesitas una casa; yo, mi refugio](#)
- [18 – Poniendo voz a un sueño para intentar acallar una pesadilla](#)
- [19 – Un naufrago a la deriva](#)
- [20 – Déjame que huya, te prometo que volveré](#)
- [21 – Una última noche](#)
- [22 – Necesito la música de tu voz](#)
- [23 – La peor versión de mí mismo](#)
- [24 – Lo único que importa es ella, siempre lo ha sido](#)
- [25 – Librando nuestras propias batallas](#)
- [26 – Una canción inconclusa y las cuerdas de la guitarra que rasgan mi alma](#)
- [27 – Mi pequeña pirata valiente](#)
- [28 – Un papel que no sé si soy capaz de desempeñar](#)
- [29 – Frente al espejo](#)
- [30 – Llegó la hora de soltar lastre](#)
- [31 – Mi regalo de boda](#)
- [32 – Conectados por la música](#)
- [33 – Levantarse tras cada caída](#)
- [34 – Aceptando la verdad \(por fin\)](#)
- [35 – Una retirada a tiempo](#)



Tocando fondo en mi propio infierno

No sé en qué momento caigo al suelo, boca abajo. No recuerdo cuál de los muchos golpes que he recibido propicia que pierda el equilibrio y quedo, una vez más, a su merced. Intento incorporarme, como hago siempre, aunque no me lo permite. Se sitúa a horcajadas sobre mi cuerpo y me inmoviliza.

No importa que sea tan corpulento como él, que mi fuerza haya aumentado durante los últimos años, sabe cómo hacerlo. Al fin y al cabo, él es poli y en la academia le entrenaron para reducir a delincuentes y criminales. No sé si dentro de ese grupo se contemplaba que estuviera incluido su propio hijo, pero, lo cierto, es que, conmigo, está poniendo en práctica sus conocimientos de forma efectiva. En cambio, todo lo que yo sé, lo he aprendido en las calles al tratar de sobrevivir como el desgraciado que soy.

Estoy vendido, no puedo hacer nada, así que me encojo y busco la posición en la que mis órganos vitales queden más protegidos. Cierro los ojos, dejo que mi mente se pierda en cualquier canción y aguardo hasta que cese la tormenta.

Pese a que hace tiempo que dejé de ser un niño, en su presencia, todavía me siento como tal: asustado, pequeño e indefenso. Sin embargo, no dejo que lo sepa. He aprendido a esconderme bajo una coraza de hielo e indiferencia. Lo reto con pequeños actos insignificantes que sé que le cabrean, que le dicen que no le tengo miedo —aunque sea mentira— como el primer tatuaje o dejarme el pelo largo. Una muestra de rebeldía que, con el paso del tiempo, se ha convertido en parte de mi identidad, a pesar de que, a veces, sea una desventaja, como ahora.

Mi padre se aprovecha de esa melena rubia que me llega hasta los hombros, cierra el puño alrededor de varios mechones y estampa mi cabeza contra el suelo. Siento el impacto contra la superficie del piso y un dolor sordo. Incluso me parece escuchar un chasquido y, después, la

sensación, demasiado familiar, del líquido espeso y caliente que resbala por mi rostro. Aturdido, comienzo mi propia lucha para no perder la consciencia. No puedo ponérselo tan fácil.

De pronto, los golpes cesan o, al menos, eso creo. No sé si el hijo de puta de mi padre se ha cansado de usar mi cuerpo como un saco de boxeo o es que estoy tan jodido que ni siquiera siento ya sus puños caer sobre mí. ¿Habrá rebasado esta vez el límite? ¿Habrá cruzado la línea y ha acabado conmigo? Entonces, un dolor pulsátil me hace desechar la idea. No, no puede doler también estando muerto.

A duras penas, me incorporo, todavía mareado. El rojo sangre me tiñe la visión, como si mi mundo se hubiera vuelto monocromático. Necesito apoyarme en la pared para poder mantener el equilibrio.

Me cuesta unos segundos enfocar la vista y, cuando lo hago, veo a mi padre apostado en la otra punta del salón. Me encañona con el arma reglamentaria. Sus manos tiemblan, no sé si de rabia o por efecto del whisky de la botella vacía que yace a sus pies.

—Estoy harto de ti, puto niño de mierda —me amenaza, con la mirada vidriosa llena de resentimiento—. He intentado reeducarte, que volvieras al camino correcto, pero todo mi esfuerzo ha sido en vano y ya es demasiado tarde. No hay redención para ti.

«Hazlo», lo provocan mis ojos en silencio, esos que, por desgracia, he heredado de él.

El mundo se pausa y todo sucede a cámara lenta. Un instante que se vuelve eterno y que se quedará grabado para siempre en mis retinas. Pensaba que había tocado fondo y, sin embargo, no he hecho nada más que empezar a caer.

Mi padre lee el desafío mudo y acciona el gatillo del revólver. Escucho el chasquido y cierro los ojos, satisfecho, a la espera de que la bala impacte contra mi cuerpo. Todo el mundo sabrá la clase de hombre que es, el demonio que se oculta bajo los galones del jefe de policía y que ha hecho de mi vida un infierno. No importa que yo ya no esté para verlo, es un precio que estoy dispuesto a pagar.

La bala no me alcanza, no es normal que tarde tanto tiempo en recorrer una distancia tan corta. Abro los ojos en el puto instante en el que el cuerpo de mi hermana Zoe se interpone en la trayectoria del proyectil que llevaba mi nombre escrito. ¡Joder! ¿Qué hace ella aquí? ¿Cuándo ha llegado? Sabe de sobra que no puede regresar a casa hasta que yo se lo diga. Es un acuerdo que tenemos desde hace tiempo, especialmente desde que encontró su refugio de manos de esa amiga del instituto.

Quiero gritar, aunque no sé si mi garganta consigue emitir algún sonido. No escucho nada, salvo el eco del disparo, que parece haberse incrustado en mi cabeza, y el quejido de Zoe. La bala rasga su piel y se abre camino hacia su interior. Trato de llegar a ella antes de que golpee el suelo, pero no lo consigo. Vuelvo a llegar tarde.

Me arrodillo junto a ella, la sostengo entre mis brazos y la exploro. Una mancha oscura y pegajosa se extiende en el centro de su pecho.

—Joder, gatita, no me dejes —le suplico, roto, mientras la acuno. Uso el mismo apelativo cariñoso que le asigné de bebé, cuando mis brazos parecían capaces de mantenerla a salvo de cualquier peligro. Hoy, por desgracia, no son suficientes.

Ella, en un último esfuerzo, clava sus ojos en mí, con una paz en ellos que estoy muy lejos de sentir. Quiere decirme algo, lo intenta, sin embargo, las palabras se pierden en su último

aliento. Veo cómo se apaga, la vida se le escapa con cada gota de sangre que brota de la herida. Aunque la presiono para contener la hemorragia y trato de que no abandone su cuerpo, se me escurre entre los dedos. Su corazón bombea el último latido y algo dentro de mí también se muere para siempre.

«Ya está, se ha ido», pienso y solo deseo acompañarla, aunque, antes, he de hacer algo. La deposito con mucho cuidado sobre el suelo, como si fuera un objeto frágil y se pudiera romper, y me pongo en pie.

No dejo que el dolor, ese que proviene de mi interior y supera con creces al de mi cuerpo magullado, se adueñe de mí, todavía no. Es la rabia la que toma el control, la furia contra mí mismo por haber fallado. Solo dos personas me han importado en esta vida, mi madre y mi hermana, y las dos ya no están, por mi culpa y por la culpa del cabrón que tengo enfrente.

Mi padre sigue de pie, en la misma postura. El cañón de la pistola todavía apunta en nuestra dirección, con el temblor de sus manos exacerbado.

—Mira lo que has conseguido. Todo es culpa tuya, ¡siempre ha sido culpa tuya! Me has obligado a matarla —balbucea enajenado. Ni siquiera sé si le ha afectado acabar con la vida de su propia hija.

Mi gesto se endurece, la ira bulle dentro de mis venas, como la lava de un volcán en erupción y dejo que estalle. Sí, sé que soy el culpable por no haber tenido los huevos de llevar a cabo, mucho antes, lo que estoy a punto de hacer ahora, pero yo no he apretado el gatillo. Clavo mis ojos en él y recorto la distancia que nos separa.

Escucho el sonido del percutor varias veces, aunque no sé si algún proyectil llega a alcanzarme. No siento nada a excepción del odio más puro y visceral, ese que llevo alimentando desde que tengo uso de razón.

Lo derribo, arraso con él como una bola de demolición que choca contra un edificio en ruinas, y comienzo a golpearlo. El agente modélico lanza puñetazos al aire e intenta defenderse. Pobre iluso. No tiene frente a él a su hijo, a ese niño asustado al que hacía temblar de pánico. Ese ya no existe, lo acaba de matar. Se enfrenta al diablo que él mismo creó a su imagen y semejanza.

Le devuelvo uno a uno cada golpe que he encajado durante toda mi vida. Y cuando termine con los que le debo, comenzaré con los que le propinó a mi madre.

Se rinde. Ya no se mueve, ni siquiera sé si respira. Da igual. No me detengo, la deuda que tengo que saldar es muy amplia.

—Tyron, ya está, se terminó. —Una voz quebrada se abre paso entre la nebulosa de destrucción que ocupa mi mente.

La reconozco, me resulta familiar y, no sé cómo, consigue que me detenga. Mi cerebro hace *click* y se vuelve a encender, aunque solo dure así unos segundos. Pertenecer a Krystal, la mejor amiga de mi hermana y que, sin saber muy bien cómo, se ha colado también dentro de mi vida.

Su mano descansa sobre mi hombro y me doy cuenta de que ha sido su contacto lo que me ha frenado. Es un toque suave, apenas un roce, cálido, que contrasta drásticamente con el frío que congela mis entrañas.

No sé qué hace aquí, supongo que venía con mi hermana y que ha sido testigo de este horror. Ojalá no hubieran cruzado esa puerta jamás. Quiero gritarle, increparla por haber dejado

que mi hermana me desobedeciera. Krystal también conocía las normas, ha sido mi aliada — aunque puede que no lo sepa— desde que llegó a nuestras vidas.

Sus ojos verdes, anegados en lágrimas, me arrastran y hacen que despierte de este mal sueño, de esta puta pesadilla que he transformado en una macabra realidad. Veo, reflejada en sus pupilas, la atrocidad que acabo de cometer.

«¿Qué cojones he hecho?».

Miro a mi alrededor, es una puta matanza. El cuerpo de mi padre yace en mitad del salón, con su rostro deformado, apenas se reconocen rasgos humanos en él. Por fin parece el monstruo que siempre he sabido que era y ahora todos podrán verlo. Zoe, en cambio, luce más bella y serena que nunca, a pesar de que su camiseta está teñida de rojo. Parece un ángel que ha iniciado su vuelo hacia el cielo.

Me observo a mí mismo, la puerta de cristal de un armario me devuelve mi reflejo. No soy muy diferente a él. Mis ropas están empapadas en sangre, no creo que sea toda de ellos dos, pero ahora mismo, no hay nada que me duela, al menos, físicamente.

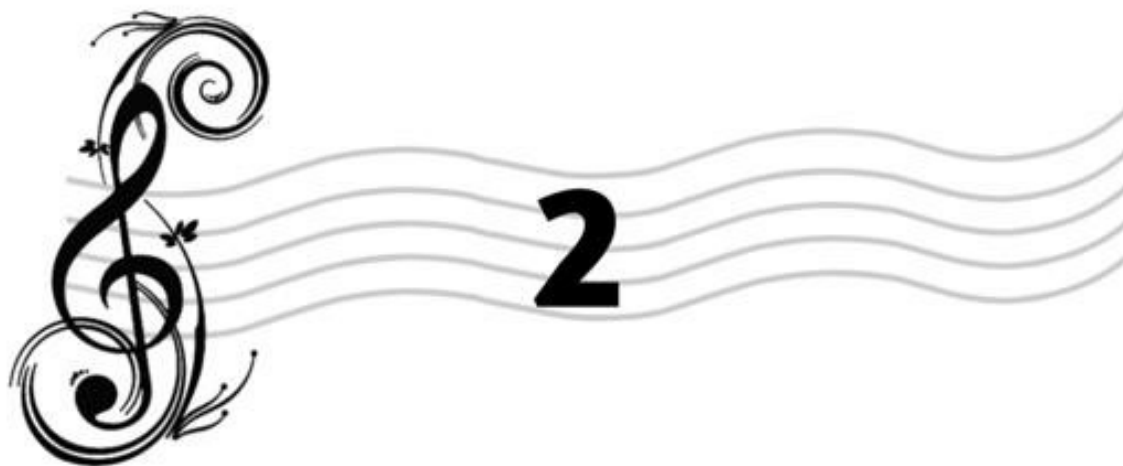
Dos policías salidos de la nada se acercan a mí con cautela, como si temieran una nueva explosión de ira. No sé quién les ha avisado, tal vez algún vecino, alertado por el sonido de los disparos, aunque siempre se les dio muy bien hacer oídos sordos a los gritos que las paredes fueron incapaces de contener durante años.

Un agente me apunta con el arma mientras el otro se posiciona a mi espalda para esposarme. No me resisto, ni siquiera me muevo. ¿Para qué? Mi hermana ha muerto y yo he matado a mi padre. Me he convertido en un jodido asesino y jamás me he sentido tan perdido, tan vacío. Toda mi existencia acaba de perder el sentido.

Me empujan y me introducen en los asientos traseros del coche patrulla. Me dejo hacer, he perdido el control de mi propio cuerpo.

El vehículo arranca. Mientras pone distancia entre el infierno y yo, lanzo una última mirada hacia la casa, en donde la dueña de esos ojos verdes permanece paralizada bajo la puerta abierta. Mi cuerpo se aleja, aunque mi mente sigue ahí dentro, anclada en el instante en el que mi hermana fallecía entre mis brazos.

Llevo años soportando un maltrato físico, he sufrido tanto que no concibo mi vida sin sentir dolor, es algo inherente a mí. Sin embargo, esto que me estruja el pecho rebasa con creces todo lo que he padecido hasta ahora. Es lo más intenso y desgarrador que he experimentado en mi puta vida. Quiero atravesarme el pecho, arrancarme el corazón y detener sus latidos, como ha sucedido hace unos minutos con el de mi hermana, y dejar de sentir.



Preso en un recuerdo

Estoy encerrado a la espera del juicio. Los primeros días me tuvieron ingresado en la enfermería después de operarme. Al parecer, tenía un impacto de bala en el abdomen, algún que otro hueso roto e incontables rasguños y hematomas. Sin embargo, esas heridas no me dolían, es como si me hubiera disociado de mi cuerpo. Él sigue dentro de un mundo que continúa girando, pero yo no estoy allí.

Me he perdido en el pasado, revivo una y otra vez ese puto momento en el que todo se fue a la mierda y me planteo miles de finales diferentes, si hubiera actuado de otra manera, si en algún punto de esa línea temporal de la pesadilla que ha sido mi vida, me hubiera desviado del camino. Por desgracia, nunca he hecho las cosas bien o, al menos, no a tiempo.

Si, por ejemplo, le hubiera robado el arma a mi padre y hubiera apretado el gatillo cuando tuve la edad suficiente para entender lo que estaba pasando entre las cuatro paredes de mi casa, mi madre y mi hermana todavía seguirían vivas. A pesar de que la idea siempre estuvo sobrevolando mi cabeza, no lo hice. No tuve agallas para llevarlo a cabo. Quizá podríamos haber sido una de esas familias felices que pintan en las películas. Y sí, fuimos una película, pero de terror.

Mi madre falleció por el estúpido capricho de un niño. Mi egoísmo acabó con ella. Era mi octavo cumpleaños y le pedí una guitarra como regalo. Ella no pudo negarse a mi deseo, a pesar de que ambos sabíamos que él no estaría de acuerdo. A mi padre nunca le gustó que algo pudiera hacernos felices. Y durante unos minutos, lo fui. Fui el niño más feliz del universo, aunque no me lo mereciera. El destino se encargó de hacérmelo saber.

Me evadí tanto en el sonido precario que arrancaba a sus cuerdas, encerrado en mi habitación, que bajé la guardia. No fui consciente de su regreso a casa, no percibí el ambiente

denso y enrarecido que teñía el aire cuando compartíamos el mismo espacio. Invadió mi cuarto hecho una furia, como un animal desbocado. Me arrebató el instrumento de las manos y lo reventó contra mi espalda. La cicatriz que dejó una astilla clavada en la nuca y que, años después, camuflé bajo el tatuaje de una clave de sol, me recuerda de manera constante ese día.

Mi madre, alertada por nuestros gritos, llegó hasta mi cuarto y se interpuso entre nosotros. La paliza que iba para mí, se la llevó ella. Mientras la sangre resbalaba por mi cuello, lágrimas de impotencia y de auténtico pavor surcaban mi rostro ante el espeluznante espectáculo que estaba presenciando. Por aquel entonces, yo todavía lloraba.

Ella estaba embarazada y los golpes que, en un principio, llevaban mi nombre, le produjeron una hemorragia interna que se los llevó a ambos. A nadie le extrañó el suceso, nadie se cuestionó si la versión que dio mi padre era real o no. Un policía modélico jamás mentiría sobre el trágico fallecimiento de su amada esposa.

De manera inconsciente, me llevo la mano hacia la parte posterior del cuello y deslizo las yemas de los dedos sobre la superficie desigual de mi piel. Lo hago cada vez que pienso en ella. La herida, cicatrizada hace muchos años, todavía duele.

Antes de morir, cuando todavía no era consciente de que eso era una despedida, mi madre me hizo prometer que cuidaría de mi hermana, que la protegería por encima de todo. Y a eso he dedicado toda mi existencia desde entonces. Sin embargo, he vuelto a fallar. He roto mi promesa y ya no me queda nada más a lo que aferrarme para seguir aquí. Mi vida, sin ese objetivo, carece de sentido, así que solo me resta esperar a que llegue mi final. Tal vez vaya yo mismo a su encuentro. Ojalá pudiera volver a reunirme con ellas en el más allá, pero me temo que mi destino es otro.

El juicio tiene lugar cuando consideran que mi cuerpo ya está lo suficientemente recuperado. Me llevan, me traen y me condenan sin que mi mente esté presente. Ni siquiera soy consciente del veredicto de la acusación ni de los años que me caen. No me importa, no voy a llegar a cumplirlos.

Me niego a declarar. No tengo ganas de hablar, no quiero decir en voz alta lo que tantos años he callado, lo que una vez denuncié cuando no era más que un ingenuo crío, ante los propios compañeros de trabajo de mi padre. Entonces solo conseguí que se rieran en mi puta cara. No quiero que eso se vuelva a repetir. Desde entonces supe que estaba solo en esto y eso no ha cambiado.

Tampoco quiero poner palabras a lo que lleva reproduciéndose en bucle en mi cabeza, como un disco rayado. No sería capaz de relatar los hechos en voz alta, a pesar de que tengo presente hasta el último detalle. Hace semanas que vivo preso en ese recuerdo y creo que jamás podré abandonar mi propia cárcel.



No sé cuánto tiempo ha pasado desde que las rejas de esta celda se cerraron por primera vez conmigo dentro. No me interesa llevar la cuenta. Me encuentro tumbado en mi camastro, con la mirada clavada en la litera de arriba, dejando que los minutos pasen y se conviertan en horas que arrastren un nuevo día, un día menos para mi ansiada libertad, esa que solo conseguiré cuando

me libre de esta cárcel de carne y huesos.

Me revuelvo sobre el colchón en busca de una posición en la que mi cuerpo magullado proteste menos. Siempre me he vanagloriado de mi atractivo físico, esculpido a base de curros mal pagados para poder ofrecerle a mi hermana algo más de lo que nos daba mi padre —y para pagarme algún que otro capricho no del todo legal que me ayudaba a sobrevivir—. Lo he usado a mi antojo, para conseguir a la chica de turno que me hiciera pasar un buen rato, pero, en estos momentos, se ha vuelto en mi contra. Joder, soy un puto caramelito a las puertas de un colegio. Un hombre joven, poco más que un niño para los presos curtidos que llevan aquí años, rubio y de ojos azules. Muchos se han encargado de intentar «hacerme un hombre». Si llevara un cartel luminoso con la palabra «Fóllame», no habría llamado más la atención.

Han hecho conmigo lo que han querido, me he convertido en su pasatiempo, en su juguete favorito. Me he dejado hacer, sin ofrecer resistencia, algo impensable meses atrás, que me habría revuelto hasta llevarme a alguien conmigo. No me importa lo que me quieran hacer, no me pueden causar más daño del que ya siento, de esta angustia que proviene de mi interior. Mi cuerpo es un mero caparazón vacío, la carcasa que contiene todo el dolor que guardo en mis entrañas.

Las luces se apagan. Es hora de dormir o, al menos, de intentarlo. Cierro los ojos y abro las puertas a mis fantasmas, en busca de un sueño que no creo que llegue tampoco esta noche. Los recuerdos de mi pasado me torturan una y otra vez, mientras un sudor frío me recorre la columna vertebral, y alargan una agonía insufrible.

Ya no puedo más. Todo tiene un límite y creo que sobrepasé el mío hace mucho. Tengo que encontrar el modo de precipitar mi final, aunque aquí dentro estoy con las manos atadas. Quizá si provoco a las personas adecuadas, consiga una ayudita extra por su parte.

«Prométeme que no harás ninguna tontería, Tyron». La frase se cuela sin pedir permiso en mi cabeza y expulsa cualquier otro pensamiento. Fue pronunciada por Krystal, la mejor amiga de mi hermana, después de un momento de intimidación compartida.

No había vuelto a pensar en la dueña de esos ojos verdes desde que la vi, con expresión devastada, a través del retrovisor mientras el coche patrulla se alejaba de mi casa. Sé que aquella no fue la última vez que coincidimos en el mismo lugar. Estuvo en el juicio, sentí su presencia y oí su voz mientras declaraba, como una hipnótica canción, aunque no llegué a escuchar ni una de las palabras que pronunció. En aquel momento, me encontraba muy lejos de ese lugar.

Su súplica, con los ojos empañados como si yo le importase, llegó tras una confesión por mi parte de que pretendía quitarme de en medio en cuanto Zoe fuera mayor de edad y se marchara a la universidad, lejos de las redes que nuestro padre tenía tejidas a nuestro alrededor. Estaba agotado por cargar a mis espaldas con una mochila demasiado pesada. Ella estaría a salvo y yo podría descansar al fin.

Me encontraba en un momento de máxima vulnerabilidad: borracho, colocado, adormilado y justo después de correrme dentro de ella. Se me escapó, todavía no sé cómo, ya que siempre me he cuidado de mantener mis pensamientos escondidos. Me pilló con la guardia tan baja que lo hice, se lo prometí.

Nos habíamos escapado los dos solos a un concierto, a espaldas de mi hermana, en un momento en que su amistad atravesaba un pequeño bache. ¿Por qué la invité? Es algo que ni yo mismo sé. Tras un día duro en que le faltó su principal apoyo, se desahogó conmigo, no por nada

en especial, sino porque era quien tenía más cerca. Me asignó un papel que, en realidad, no me correspondía y no supe muy bien cómo reaccionar. La vi tan sola en ese instante, me recordó tanto a mí, que se me ocurrió la estúpida idea de que mi compañía podía ser buena para ella. Así que le pedí que me acompañara a un concierto.

En ningún momento pensé en acostarme con ella, Zoe me cortaría los huevos si se enterase de que me había acercado a su amiga. Sin embargo, conforme el alcohol corría por mis venas, acompañando a alguna que otra sustancia más, dejé de verla como un fruto prohibido. Dejó de ser «la mejor amiga de mi hermana» para convertirse en una mujer joven, atractiva, cuya inocencia la hacía todavía más deseable.

Llegó un punto de la noche en el que la explosiva mezcla que invadía mi torrente sanguíneo y la música me nublaron el juicio y, simplemente, dejé de pensar. Lo que empezó siendo un juego para ponerla nerviosa, para comprobar el efecto que ejercía mi presencia a su espalda, siempre intimidante, se me fue de las manos.

De vuelta en el coche, mientras esperaba a que se me pasara un poco el ciego que llevaba antes de ponerme al volante, me tumbé a su lado. Su cuerpo temblaba de frío y no se me ocurrió mejor idea de que fuera el mío quien lo calentara. Las manos se me fueron solas hacia esa piel que nadie había probado antes, tenía que comprobar por mí mismo si era tan suave y tersa como parecía. Los labios siguieron el mismo camino y, cuando un gemido escapó de su boca, supe que no había vuelta atrás. Su mirada, una mezcla entre el miedo y el deseo más puro, derribó todas las banderas rojas que me gritaban que estaba entrando en terreno vedado. Quizá eso fuera un aliciente más para seguir adelante. ¿Qué hay más deseable que lo prohibido?

Disfruté como pocas veces dándole placer, mostrándole un mundo, hasta entonces, desconocido para ella, mientras me embebía de su completa entrega y su confianza ciega en mí para entregarme su primera vez. Krystal dejó a un lado su timidez. El temor que le provocaba tenerme a su lado se diluyó entre la condensación de nuestras respiraciones agitadas que empañaban los cristales del coche. Corcoveaba bajo mi cuerpo, me arañaba la espalda pidiendo más y se lo di.

Joder, ahora, años después, me acabo de empalmar al recordar cómo estalló y me arrastró a mí. Es la primera vez que mi cuerpo reacciona desde que estoy aquí. No está tan muerto como yo pensaba.

Después, me quedé traspuesto sobre ella, cuando soy de los que una vez que he cumplido con lo que se espera de mí, huyo de la escena. Quizá allí residió mi error. Otra de las muchas incógnitas que rodean mi comportamiento con ella. No sé qué la convirtió en alguien especial ni por qué me abrí con ella. Era una persona muy importante para Zoe, la amiga que siempre necesitó a su lado para compartir su pesada carga. Me contaminé de las palabras amables de mi hermana, siempre tan confiada, a pesar de los golpes que nos había dado la vida, que no hacía más que cantar sus alabanzas y, supongo, que, al final, yo también me las creí.

Krystal llevaba varios meses formando parte de su vida y, por ende, se fue abriendo hueco dentro de la mía. Su presencia se convirtió en algo habitual, conocía nuestro secreto y, aunque en un primer momento no lo llevé demasiado bien, reconozco que me vino genial que la acogiera en el refugio seguro de su casa. Así podía tomarme un pequeño respiro de vez en cuando, sin verme obligado a regresar a la casa del horror. Me permitía alguna que otra escapada con la certeza de que ella estaría a salvo.

«¡Joder! No puedo hacerlo», pienso mientras golpeo la pared con el puño y me siento sobre el colchón. Esa puta promesa hecha en el peor momento es lo único que me ata todavía a mi hermana. Siento que he perdido lo poco que tenía, incluso mis principios. Zoe siempre decía que yo era la persona más noble que conocía, no puedo fallarle también en esto, aunque ya no esté. Mi mundo se desmorona bajo mis pies, solo un fino hilo resquebrajado lo sostiene todavía y no puedo romperlo. No me quedan más cojones que alzar de nuevo la cabeza y volver a vestirme con la coraza de hielo que construí a mi alrededor. Sé que no podré descansar en paz hasta que salga de aquí y me libre de esta prisión invisible en forma de unas estúpidas palabras.

Cuando se encienden las luces que anuncian la llegada de un nuevo día, amanece un nuevo Tyron, mucho más frío, más letal y con un objetivo claro en mente.

♪ ♪ ♪

—Oh, ¿cómo está hoy el cachorrito? ¿Está triste? Yo haré que te diviertas —escupe otro preso tan cerca de mi cara que su repugnante aliento de dientes podridos me revuelve el estómago. Ojalá tuviera algo dentro para vomitárselo encima.

Estoy acorralado en el patio, como otras tantas veces. No me molesto en buscar a los guardias que «vigilan» que no haya altercados. Sé que estarán mirando hacia otro lado o haciendo sus propias apuestas, que siempre van en mi contra. Hoy, sin embargo, van a perder su humilde sueldo de funcionarios.

Dos colegas de ese imbécil me sujetan para que su jefecillo de pacotilla pueda jugar conmigo sin que me resista demasiado. Nunca lo hago. O, mejor dicho, nunca lo hacía. Se acabó el dejarme pisotear. Si tengo que esperar hasta que salga de aquí, por lo menos, se lo voy a poner difícil. Están a punto de descubrir que los cachorros también muerden.

Inclino la cabeza hacia atrás, para coger impulso, lo máximo que me permite mi precaria posición, y le asesto un cabezazo que choca de lleno contra su nariz. El dolor que siento sobre mi frente se mitiga con creces gracias a la satisfacción de escuchar el crujido de su hueso al fracturarse.

Mi reacción les pilla por sorpresa, lo que me hace ganar algo de tiempo, y consigo zafarme de los brazos que me mantenían inmovilizado. Me lanzo a por el cabecilla, mi cuerpo lo arrolla y lo tiro al suelo. Estrello su maltrecha cara contra el cemento una y otra vez, que empieza a teñirse de rojo allá donde su cabeza impacta contra el suelo. Dejo que la ira arrastre cualquier atisbo de cordura y me vuelvo a convertir en el sádico sin escrúpulos que mató a su propio padre. No me importaría acabar también con la vida de este cabrón, pero no me lo permiten.

Antes de que la cosa se les vaya de las manos y se tengan que enfrentar a un escándalo y a una posterior investigación que restaría reputación a este puto antro, los guardias me detienen. Una descarga eléctrica me separa de mi víctima y me deja momentáneamente fuera de juego. Tiemblo fuera de control sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Arrastran su cuerpo hasta la enfermería y el mío hasta una celda de aislamiento. Joder, esto es lo más cerca que he estado del paraíso en mucho tiempo. Es una estancia pequeña, poco iluminada, en la que no tengo que andar vigilándome las espaldas, porque los únicos que quieren hacerme daño son mis propios demonios, y esos los llevo dentro.

Siete días en la más absoluta soledad, salvo las interrupciones del guardia que me trae la comida, que ni se molesta en hablarme, probablemente no le dejen hacerlo, cosa que tampoco me importa. El silencio no me disgusta, aunque preferiría poder escuchar algo de música, mi válvula de escape.

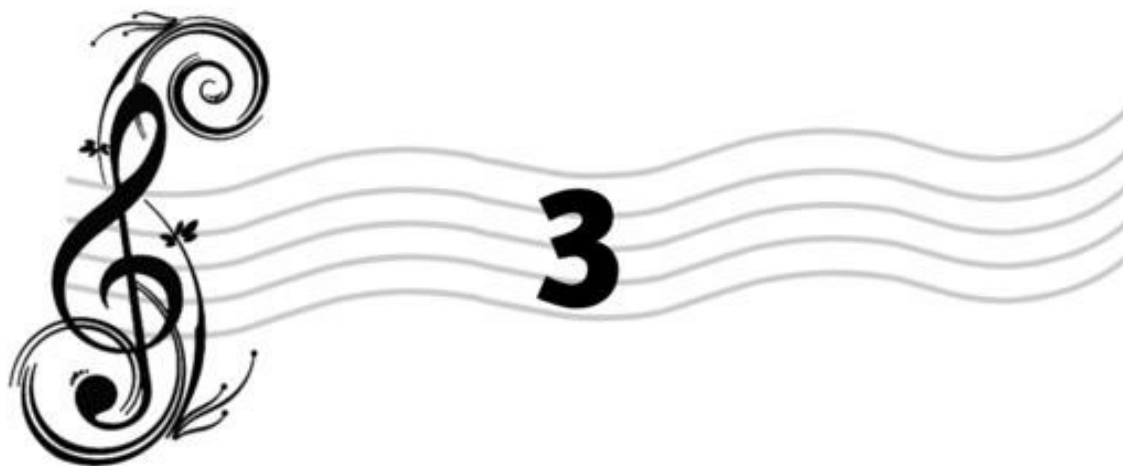
Convierto esto en una costumbre. Un poco de jaleo, una provocación, una pelea y mis huesos regresan aquí siempre que puedo. El cachorrillo indefenso se ha vuelto un perro salvaje que aspira a ser un lobo solitario.

Poco a poco, me voy labrando una fama que empieza a no gustar demasiado a los funcionarios de prisión. Me he convertido en un auténtico grano en el culo que perturba el ecosistema que han creado dentro de estas paredes de hormigón. No les conviene tener a muchos como yo, por eso me colocan el cartelito de «buena conducta» y me rebajan la condena.

He pasado tres años aquí dentro.

Recojo mis escasas pertenencias y abandono la prisión sin mirar atrás. La caja que me entregan acaba en la papelería más cercana. Lo que hay allí le pertenecía a un Tyron que ya no existe. Este de ahora ya no necesita nada, salvo desatar la cuerda que todavía me mantiene encadenado.

Respiro el aire fresco, por primera vez en todo este tiempo. Sin embargo, no me siento más libre. Sigo encarcelado pese a que frente a mí ya no tengo una puerta enrejada. Por suerte, estoy a punto de solucionarlo.



Malditos ojos verdes

Un taxi, cortesía de los funcionarios de prisión, me devuelve a las calles que me vieron crecer. No parece que el barrio haya cambiado demasiado durante mi ausencia: las mismas calles, las mismas casas, aunque con un monstruo menos. Uno que nadie sabía que existía. Ahora, su primogénito regresa. Sin embargo, su visita será breve.

Espero hasta que anochece, sentado en un banco del parque, camuflado bajo la capucha de mi sudadera. Quiero pasar desapercibido hasta que la oscuridad se convierta en mi aliada. No quiero correr el riesgo de que alguno de mis viejos vecinos me reconozca. No sé qué repercusión tuvo el crimen que cometí y tampoco quiero averiguarlo. Puede que pasara desapercibido, ocupando una minúscula columna en la prensa o tal vez fuera la noticia del mes. Quizá ya nadie se acuerde de quién fui y lo que hice, pero para mí es como si ese hecho hubiera tenido lugar ayer mismo, así de presente sigue todavía en mí. Y lo peor de todo es que duele como entonces.

Camino directo hacia la casa que Krystal compartía con su tía, tras perder a sus padres en un desafortunado accidente de tráfico. Se encuentra en la misma calle que la mansión del horror y me veo dando un rodeo para evitar pasar por delante de esa puerta maldita.

Llamo al timbre y espero. Es tarde y puede que sus ocupantes estén ya acostados. No me importa perturbar su sueño. Si tras unos minutos no obtengo respuesta, volveré a insistir. Ya he esperado demasiado tiempo para reencontrarme con la dueña de esos malditos ojos verdes que me tienen encadenado a una estúpida promesa. Necesito que me tienda la cizalla para liberarme de su yugo invisible.

Cuando estoy a punto de volver a insistir, su tía Karen me abre la puerta, anudándose un batín sobre el camisón. Tuerce el gesto cuando ve que soy yo quien está al otro lado. Sé que no le caigo bien, le pasa a mucha gente, y no se molesta en disimularlo.

—Sabía que este momento llegaría, que volverías a buscarla. Sin embargo, no está aquí, lleva un par de años viviendo en la capital —me suelta, cortante.

Aprieto los puños, furioso, con ganas de golpear algo. Mi objetivo, ese que tenía a un metro de distancia, se vuelve a alejar. Me va a costar algo más llevar a cabo mi plan.

—Quiero la dirección —exijo en el mismo tono frío en el que me ha recibido la mujer. Sueno peligroso y seguro que mi aspecto aumenta esa impresión, sin embargo, no parece que la intimide.

—No —se opone, sin temor a desatar mi ira. No le importan las consecuencias con tal de proteger a lo que más quiere. Conozco muy bien ese sentimiento, aunque a mí ya no me quede nadie a quien defender—. Ha sufrido mucho, no quiero que vuelvas a hacerle daño. Sé que no fue todo culpa tuya, estuve en el juicio escuchando su declaración. Gracias a sus palabras, el veredicto fue de homicidio, en vez de asesinato, atenuado por la historia de maltrato. Sé que no debió ser fácil vivir así, que la situación, de un modo u otro, te llevó a actuar de ese modo y, aunque puedo llegar a entenderlo, no eres una buena influencia para ella. Volvía a ser feliz hasta que te cruzaste en su camino.

—Solo quiero hablar con ella y, después, me marcharé para siempre. Desapareceré de su vida —le explico para intentar convencerla.

Gruñe, contrariada, me observa con detenimiento y, al final, decide creermme. Se ausenta durante unos pocos segundos para regresar con una hoja en la mano.

—Le ha costado mucho cerrar ese capítulo y rehacer su vida. Por favor, no lo estropees. Dile lo que tengas que decirle y, después, vete —me advierte entregándome el papel garabateado con una dirección. Lo ojeo, sé dónde queda. Lo guardo en el bolsillo del vaquero, me giro y me alejo de allí sin siquiera despedirme.

Necesito pasta y un par de cosas más para poder iniciar mi último viaje a la capital. Aunque podría obtenerlas por la fuerza, decido regresar a casa, guardo algo de dinero escondido, y hay algo que la gente no suele llevar encima que preciso incluso más que el respirar: mi guitarra.

La entrada principal todavía está precintada con el cordón policial. Me siento incapaz de cruzarlo. Las imágenes golpean mis retinas y me mantienen anclado al suelo, se traban alrededor de mis piernas como enredaderas y no me dejan dar un paso más. Creo que nunca he experimentado un miedo tan atroz y eso que las he pasado muy putas a lo largo de mi vida. Sé que no hay nada allí dentro, que el demonio ya no existe, yo acabé con él, pero mi peor enemigo son unos putos recuerdos y la certeza de que allí perdí lo poco que tenía.

Con la respiración agitada y el pulso desbocado, rodeo la casa y uso la puerta trasera. Una copia de la llave se oculta bajo una maceta que ya no tiene más que tierra yerma, pese a que la vegetación del jardín ha crecido sin control. Una bonita metáfora de lo que hay en el interior. Hace años, una planta de amplias hojas verdes la llenaba, pero ella tampoco sobrevivió.

Entro con la vista enfocada en las escaleras que ascienden desde la cocina al piso superior. No permito que mis ojos se desvíen hacia el salón, como si tuviera miedo de que, al hacerlo, se toparan con el cuerpo sin vida de mi hermana. Un silencio espectral me acompaña, solo escucho los latidos de mi corazón rebotando contra las costillas, aunque en mi mente todavía resuena el sonido del disparo que acabó con ella.

Procuro que mi visita sea lo más breve posible. Me cuesta respirar aquí dentro, como si el

aire se hubiera vuelto denso, espeso, sin oxígeno. He caído al mar de mis recuerdos y, por mucho que trate de salir a la superficie, el fondo tira de mí y me ahoga.

Saco uno de los cajones de la cómoda de lo que fue mi habitación y le doy la vuelta. Pegado en el fondo hay un sobre en el que guardaba algo de dinero, lejos de su alcance. Lleno una vieja mochila con algo de ropa, me guardo la cartera con la pasta en el bolsillo del pantalón y me agacho para coger la guitarra que guardo escondida desde los quince años bajo mi cama. La conseguí tras chantajear a la profesora con la que perdí la virginidad. Creyó que había robado la inocencia a un niño que nunca lo fue.

Me acerco dando un paseo hasta la estación de autobuses. A estas horas está prácticamente desierta, tan solo un par de vagabundos dormitan sobre un banco, cada uno en una esquina opuesta. Me dirijo a un asiento, algo apartado de ellos, y saco la guitarra de su funda. Me queman los dedos, siento una electricidad que lleva años acumulada en mis yemas y tengo que descargarla rasgando las cuerdas del instrumento. Duele volver a sentir su tacto. No tengo público, tampoco lo quiero, esta es una conversación íntima entre mi guitarra y yo, a la que le cuento todo lo que llevo años callándome, derramando lágrimas invisibles y rabia en forma de canción.

Después de pasar una nueva noche en vela, compro un billete para el primer autobús que sale hacia la capital, solo de ida. Para mi siguiente destino no necesito ningún otro pasaje. En cuanto el vehículo estaciona, me subo y camino por el estrecho pasillo hasta el fondo. Me dejo caer en un asiento junto a la ventanilla y coloco la guitarra en el contiguo. Una mirada azul, fría y fulminante, me libra de tener acompañante durante las dos horas que dura el trayecto.

Conozco bien la ciudad, por lo que no tengo dificultades en llegar a su nueva dirección. Cada vez que Krystal invitaba a mi hermana a dormir en su casa, me escapaba hasta aquí y jugaba a ser alguien anónimo con otra vida diferente a la que me había tocado.

El portal está abierto, así que no tengo que anunciar mi visita. Subo las escaleras de dos en dos, ya que el ascensor no funciona, y me planto frente a su puerta. Llamo y espero durante unos segundos que se me hacen eternos hasta que me abre. No parece sorprendida de verme frente a ella, supongo que su tía la habrá advertido de que pensaba visitarla, pero sí que le impacta mi nueva imagen. Sus ojos verdes me miran atemorizados, como lo hicieron tantas veces en el pasado. Tras mi paso por prisión, he cambiado y no solo por fuera. Llevo el pelo corto, soy más fuerte, más frío y más letal.

De manera inconsciente, revivo el leve roce de su mano sobre mi hombro, aquel que me devolvió a la realidad después de que me volviera loco. Mi cuerpo aparenta estar tenso, inalterable, aunque yo me siento temblar por todo lo que ese recuerdo implica. Por suerte, cada vez oculto mejor lo que realmente guardo en mi interior. Me he vuelto todo un experto.

Me saluda con un hilillo de voz, un «hola» que se queda suspendido en el aire. No me molesto en contestar, me adentro en el apartamento sin esperar su invitación, dejo la guitarra y la mochila junto a la entrada y voy directo al grano.

—¿Recuerdas aquella noche cuando follamos en mi coche, después del concierto del Sanctuary?

El leve rubor que tiñe sus mejillas contesta por ella. Yo también me transporto a aquel instante, a su cuerpo, retorciéndose extasiado bajo el mío y a su excitación inexperta, despertando por primera vez al sexo. Desecho esas imágenes que no tardan en calentarme —

llevo demasiado tiempo sin satisfacer mi deseo— y avanzo hasta lo que pasó después.

—Hicimos y dijimos demasiadas tonterías —continúo y le doy a entender que lo que sucedió entre nosotros no fue más que un error—. Estaba colocado y hablé más de la cuenta, hasta hice estúpidas promesas. Necesito que lo olvides y que me eximas de cumplirlas.

—¿Te refieres a cuando insinuaste que pensabas suicidarte y me prometiste no hacerlo? —Asiento. Me sorprende que recuerde los detalles de la conversación—. No, no voy a librarte de tu promesa. —Su contestación es apenas un susurro que me cuesta oír.

—¿Qué? —replico con la creencia de que mi mente me ha jugado una mala pasada y no ha dicho lo que he creído escuchar.

—He dicho que no —corroborar con firmeza. No sé de dónde saca el valor para confrontarme cuando, hasta ahora, se había comportado como el corderito que teme que el lobo la devore —otra vez—.

No me gusta que me lleven la contraria, y menos en esto, así que estallo. Mis ojos llamean de rabia y empiezo a vociferar como un energúmeno. ¿Quién se ha creído que es para hacerme esto?

—Eres una puta niñata egoísta. ¿Qué más te da lo que haga con mi vida? ¿Por qué no me dejas acabar con todo? —le recrimino, enajenado.

Da un paso atrás, ya casi lo tengo, seguro que está a punto de recular. Sin embargo, lo que estaba haciendo era retroceder para coger impulso.

—¡Tu hermana se sacrificó por ti, por salvarte la vida y darte la oportunidad que nunca tuviste! No hagas que su muerte sea en vano —me grita entre lágrimas, casi con la misma furia que destilo yo.

De ahí ha sacado su fuerza, de la fuerte amistad que la unía a mi hermana. Bufo y me muevo inquieto para reprimir las ganas de agarrarla por el cuello, zarandearla y exigirle que cambie su respuesta. Antes de que la poca cordura que me queda se me escape entre los dedos, me giro y me marchó dando un portazo. No quiero hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

Sin embargo, sus últimas palabras me persiguen, escaleras abajo, y se me clavan como afilados cuchillos. Intento arrancarlas antes de que me desangren. Sin dejar que calen en mí, me refugio en esa otra sensación mucho más familiar que bulle dentro de mi torrente sanguíneo: la ira.

¡A la mierda! Era la amiga de mi hermana, no la mía. Para mí solo fue un polvo y tampoco fue de los mejores que he echado. ¿En qué cojones estaría pensando para hacerle esa promesa? «En sus ojos verdes», me responde una voz a la que no quiero escuchar. Lo que me une a ella solo son palabras, que se las puede llevar el viento. No le debo nada. «A ella no, pero a tu hermana sí», insiste la maldita voz. La acallo antes de que me gane la partida.

Me da igual, voy a hacerlo de todos modos. ¿Qué más da? He decepcionado a todos, ¿qué importancia tiene que lo haga una vez más? ¿Acaso me aguarda un infierno diferente por quebrar otra promesa más? He aguantado demasiado en esta puta vida, ya no me queda nada. No tengo ningún propósito, fallé en todos los que me encargaron. Nadie me echará en falta ni llorará mi pérdida. Soy solo una sombra de las muchas que vagan por este mundo, una que está agotada y que ya no puede más. Solo quiero desaparecer.

Callejeo durante horas sin dirección hasta que cae la noche. Con ella como aliada, me

encamino hacia los suburbios. No tardo en encontrar lo que busco, un hombre vestido de riguroso negro que se mimetiza con el callejón más oscuro y sucio de la zona. Con un par de gestos y sin apenas utilizar palabras, hacemos el intercambio: unos cuantos billetes a cambio de la mercancía necesaria para cumplir mi propósito. Con ella en mi poder, me acerco hasta la playa. De camino, paso por delante de una nave que me resulta familiar, el Sanctuary, el local en el que cometí aquel error. Está cerrado y con un cartel de «Se alquila» en la puerta.

Sentado sobre la arena, abro el bote de pastillas que le he comprado al camello, me meto tres o cuatro en la boca y con un trago de *whisky* caliente que me sabe a rayos, ayudo a que descendan por mi garganta. Repito la misma operación unas cuantas veces, hasta que ambos recipientes están prácticamente vacíos. No he comido en horas, así que no tardo mucho en notar los primeros efectos.

Conforme los sedantes comienzan a adormecer mi cólera, despierta el recuerdo de las palabras de Krystal en mi cabeza. Su volumen aumenta hasta que vuelvo a escuchar sus gritos, acompañados de sus malditos ojos verdes bañados en lágrimas. La culpa se asienta en mi estómago, se alimenta de la mezcla de pastillas y alcohol y crece hasta ocuparlo todo.

¿Qué demonios estoy haciendo? Krystal tenía toda la puta razón del mundo, la egoísta no es ella, sino yo. Zoe entregó su vida para salvar la mía, interceptó esa bala que llevaba mi nombre. Desearía que no hubiera sido así, porque yo, en comparación, no valgo nada, pero no puedo consentir que su sacrificio sea en balde.

«Mierda. Espero que no sea demasiado tarde». A pesar de que me meto los dedos hasta la garganta para provocarme el vómito, no es suficiente. Hay demasiada cantidad de droga corriendo ya por mis venas.

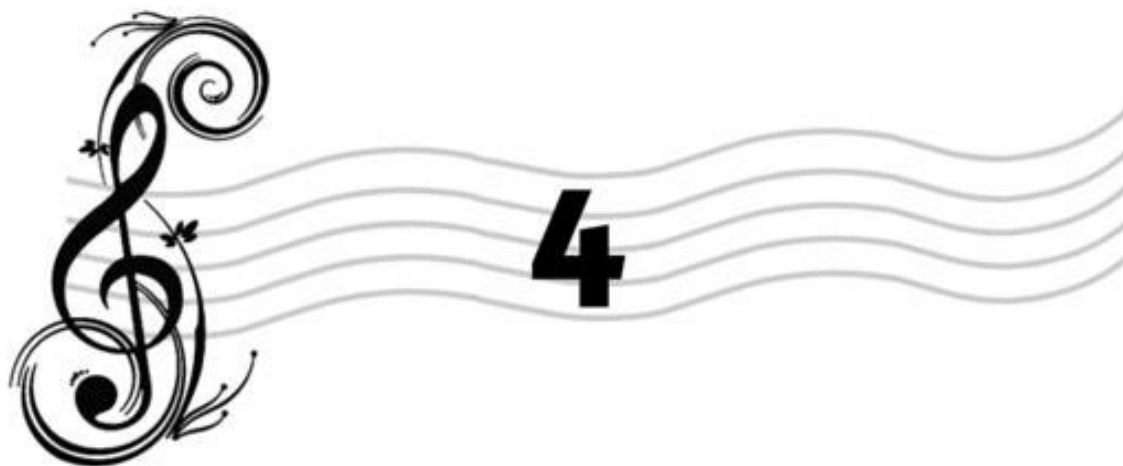
No puedo perder el tiempo, tengo que llegar al hospital, pero me encuentro en la otra puta punta de la ciudad. Me incorporo como puedo y echo a andar, dando tumbos, apoyándome contra la pared y chocando contra la farola en la esquina contraria. A cada segundo que pasa, mis piernas se vuelven más pesadas. Estoy mareado, se me nubla la vista y empiezo a tener mucho sueño. El deseo de tumbarme en una esquina y cerrar los ojos se hace más fuerte. Sin embargo, no me puedo rendir ahora.

¡Joder! No voy a llegar. Mis pies se traban y caigo al suelo. Me regalo unos segundos para volver a recuperar fuerzas, para luchar contra esa sensación de desmayo inminente y ponerme en pie y, entonces, reconozco el lugar en el que estoy. Krystal vive muy cerca de aquí.

El portal sigue abierto, supongo que la puerta estará rota. Subo las escaleras. Mejor dicho, arrastro mi cuerpo por ellas, hasta que llego al que creo que es su apartamento. Me cuesta enfocar la vista para determinar si realmente el número y la letra coinciden.

Pruebo suerte. Llamo al timbre, pero no me abren. Aporreo la puerta o me dejo caer contra ella, no lo tengo muy claro y, al fin, unos ojos verdes me reciben sobresaltados al otro lado.

—Si no quieres que rompa mi promesa, llévame al hospital. No puedo volver a fallar, otra vez no. Es lo único que me queda, ayúdame —balbuceo sin saber si llega a entenderme. Las palabras abandonan mi garganta sin que reconozca mi propia voz y, tras la última súplica, cierro los ojos y me entrego a la nada.



Un cobijo a salvo de la tormenta

Abro los ojos despacio para toparme con un techo completamente blanco. Estoy desubicado, mi mente está aletargada y no sé muy bien dónde estoy ni qué ha pasado. Miro a mi alrededor, esto parece la habitación de un hospital. Contemplo mi cuerpo, llevo un ridículo camisón de esos que te dejan el culo al aire, una vía enganchada a mi antebrazo y tengo la garganta algo irritada. Poco a poco, empiezo a recordar lo sucedido. Al parecer, Krystal consiguió llegar a tiempo y me libró de fallar otra vez.

—¿Cómo estás? —me pregunta ella, con la preocupación visible en su rostro.

Estaba sentada a los pies de la cama, pero se incorpora en cuanto ve que despierto. Se mantiene a cierta distancia de mí, como si me tuviera miedo y, en el fondo, hace bien.

—Con un colocón de puta madre —contesto con sinceridad. Todo lo que me he metido me suelta la lengua y esquiva el filtro de mi mente. Mi respuesta destensa las facciones de su cara y le arrancan una sonrisa—. Estás preciosa cuando sonríes —se me escapa sin querer. Cuando las palabras que acabo de pronunciar llegan a mis oídos, ya es demasiado tarde para retirarlas.

Se sonroja y aún me parece más hermosa. Desecho ese pensamiento agitando la cabeza, tengo que volver a retomar el control de mis pensamientos. No puedo ir por ese camino, solo fue un polvo con la mejor amiga de mi hermana, nada más.

—No sé qué hacer antes, si disculparme o agradecer tu ayuda —confieso. He de reconocer que he sido un auténtico capullo.

—Cualquiera de las dos estaría bien —apunta con toda la razón del mundo.

De pronto y sin previo aviso, empiezo a agobiarme. Siento que la habitación se me queda pequeña, me cuesta incluso respirar, como si ya hubiera consumido el oxígeno de la estancia.

Nunca me han gustado los hospitales, me recuerda demasiado a cuando murió mi madre, por eso, a lo largo de mi vida he intentado evitarlos, aunque los he necesitado más de lo que me hubiera gustado.

—Necesito salir de aquí —expongo en voz alta, me revuelvo sobre el estrecho colchón y tiro del cuello del camisón, como si la holgada cinta me estuviera ahogando. Incluso trato de arrancarme la vía, pero Krystal me lo impide, colocando sus manos sobre mi brazo. A pesar de que su tacto es cálido, no me gusta que me toquen, ya no, así que aparto el brazo de malos modos.

—No puedes marcharte, has estado a punto de morir —se opone ella.

—Ya estoy mucho mejor, sea lo que sea que me han chutado, ha resultado ser milagroso. Pediré el alta voluntaria. —Ni de coña pienso permanecer aquí un minuto más de los estrictamente necesarios.

—¿Y a dónde vas a ir? —se interesa. Sus ojos viajan de mí al timbre que reposa sobre la mesilla, creo que busca ayuda.

—No sé, a cualquier sitio que no sea este hospital. —Me da igual acabar tirado en el banco de un parque con tal de salir de aquí.

—¿Por qué no vienes a mi apartamento? —No sé cuál de los dos se sorprende más con la propuesta—. Solo puedo ofrecerte un sofá, pero siempre es mejor un techo para cobijarte de la lluvia. —Desvía los ojos hacia la ventana y compruebo que, fuera, diluvia. Ni siquiera me había percatado de que estamos en mitad de una tormenta—. Además, te has dejado la guitarra y la mochila.

—No creí que las fuera a necesitar más —admito, resignado.

—Lo sé —afirma con un deje de tristeza en su voz. Esto me descoloca más aún que su ofrecimiento. No estoy acostumbrado a que nadie se preocupe por mí—. Voy a ver si puedo hacer algo.

Horas más tarde, me autorizan la firma del documento de alta voluntaria después de una entrevista con un psiquiatra al que no me ha costado mucho convencer de que soy un pobre yonqui al que la noche se le ha ido de las manos en lugar de un desquiciado que ha intentado suicidarse.

Regresamos a su casa en taxi. Durante el trayecto, trato de rellenar las lagunas que tengo.

—¿Cómo conseguiste traerme al hospital? ¿Llamaste a una ambulancia? —Ella niega con la cabeza.

—Nos trajo mi novio —me explica.

—¿Sales con alguien? —le pregunto como si no acabara de darme la respuesta. Mi vida lleva tres años en pausa y todavía me sorprende que la de los demás haya seguido avanzando durante este tiempo.

—Sí, desde hace unos pocos meses.

—Y, ¿dónde está ahora?

—Ha tenido que marcharse —continúa, con una mirada esquiva.

La escruto y arrugo el entrecejo. Siempre se me ha dado bien leer a la gente y sé que oculta

algo. Está seria, taciturna, y sus ojos se pierden en las gotas de lluvia que golpean el cristal de la ventanilla.

—¿Vivís juntos? —Vuelve a negar. Mejor, no quiero ejercer de sujetavelas si voy a pasar unos días en su casa.

—¿Sabe que me has ofrecido cobijo? —Asiente y se revuelve incómoda en el asiento.

Deduzco que por ahí van los tiros, quizá a su pareja no le haga demasiada gracia que Krystal meta un desconocido en su casa. No me da tiempo a terminar de desentrañar la incógnita, ya que el taxista detiene el vehículo frente a su portal.

Una vez en su modesto apartamento, Krystal saca un par de sábanas y una manta de un armario y convierte el sofá en una improvisada cama. Me dejo caer sobre él. Ni siquiera me molesto en quitarme la ropa que llevo puesta ni en descalzarme. Dejo los pies fuera para no mancharlo, cierro los ojos y los cubro con el brazo para protegerlos de la luz. Estoy demasiado cansado, en todos los sentidos.

Suspiro, dejo salir el aire de los pulmones muy despacio, y me arranco una capa. Una de las muchas que me cubren y que he ido construyendo a mi alrededor desde que era un niño. Hay tantas que a veces olvido lo que hay debajo. Me desnudo ante ella. Necesito compartir mi carga con alguien más, pesa demasiado para que siga llevándola yo solo. Si mi hermana pudo confiar en ella, ¿por qué no habría de hacerlo yo también?

—Krys, tenías razón. —Es la segunda vez en mi vida que utilizo el diminutivo para referirme a ella. La primera fue cuando le prometí algo que no debía—. Sin embargo, no sé cómo seguir adelante, siempre he tenido un objetivo, aunque haya fracasado estrepitosamente en su consecución. Desde que Zoe murió entre mis brazos, me siento perdido, vacío. —Me tiembla la voz. Duele reconocerlo en voz alta, duele destapar lo que realmente escondo.

Es más fácil hacerlo así, como si se tratara de un pensamiento lanzado en voz alta, sin mirarla, sin ver que me está observando, aunque sé que lo hace.

—Sé que te desviviste por ella, que la antepusiste por encima de tus propias necesidades. — Su voz también se resiente al evocar a mi hermana—. Quizá sea el momento de que, por primera vez, te dediques a ti mismo, a cumplir tus sueños.

—No sé cómo se hace eso —admito—. De niño tenía sueños, pero hace mucho que dejé de soñar. —«Me los arrancaron a golpes».

Otra grieta más que se abre en mi coraza de hielo, una presión que resulta excesiva contra las paredes resquebrajadas que están a punto de venirse abajo. Opto por hacerme el dormido antes de que eso pase y huyo de la conversación que me está destrozando.

Krystal me contempla durante unos segundos más. Pese a tener los ojos cerrados, siento su mirada verde clavada en mí.

—Descansa, Tyron —se despide y me deja a solas para no perturbar un descanso que me temo que esta noche tampoco va a llegar.

Llevo dos días colonizando el sofá como un puñetero parásito. Tan solo me levanto para ir al baño y atracar la nevera para acallar mi estómago cuando sus protestas me resultan demasiado molestas. Krystal me ha prestado un viejo móvil que ya no usa y unos auriculares y me paso el día —y la noche— escuchando música.

No está en casa, se ha ido a primera hora de la mañana, no sé a dónde, no me he molestado en preguntárselo, y todavía no ha vuelto. La verdad es que no me he interesado demasiado por saber qué hace con su vida. A veces me siento como un mero objeto de decoración más dentro de esta habitación.

Las notas que me acarician los oídos no me aportan el alivio suficiente, hoy necesito algo más. Me levanto y cojo la guitarra. Sigue en la misma esquina en la que la dejé la noche que llegué aquí. Me tiemblan los dedos cuando me enfrento a sus cuerdas, un tremor que se me extiende por toda la piel y que, sin embargo, cesa automáticamente en cuanto mis yemas las rozan. Me proporcionan lo más parecido a la calma que he experimentado en mucho tiempo, como si después de llevar meses y meses a la deriva, azotado por un intenso oleaje, la tormenta amainara y avistara tierra firme.

Krystal me sorprende de esta forma. Estaba tan abstraído que ni siquiera he escuchado el ruido de las llaves al girar en la cerradura ni la puerta abrirse. No ha sido hasta que la ha cerrado con un golpe seco que me he percatado de su llegada.

Deja el bolso junto a la entrada y viene directa hacia el sofá. Se deja caer a mi lado y se quita los zapatos de tacón que lleva. Mientras masajea sus pies descalzos, emite un gemido a medias entre el dolor y el placer.

—¿Un día duro? —me intereso, sin detener mis dedos. Es como si tuvieran vida propia y siguieran tocando al margen de lo que ordene mi cerebro.

—Un día largo —responde. Nos observa a los dos, sentados en el sofá y nos señala—. Esto me recuerda a los viejos tiempos en el Jolly Roger.

El Jolly Roger era un antro de mala muerte en el que pasé media vida. Fue allí donde nos presentó mi hermana. Zoe sabía que no debía volver a casa sola para no correr el riesgo de enfrentarse con mi padre, así que venía a buscarme para regresar juntos. Yo era su escudo contra el diablo. Acabábamos las noches allí, retrasando durante el mayor tiempo posible el momento de adentrarnos en nuestro particular infierno. Cuando ella se echó novio, su amiga y yo compartimos algún que otro episodio que nos acercó un poco más, como cierta borrachera que me hizo tener que llevarla a casa, ejerciendo de hermano mayor también con ella.

Evocar aquella época hace que, inevitablemente, acuda a mi mente la imagen de mi hermana, su sonrisa genuina, el brillo de sus ojos azules, tan iguales a los míos y a la vez tan diferentes, su mirada transparente y la confianza ciega e ilusa en que podíamos tener un futuro diferente. Enseguida son engullidas por otras más crueles, su rostro pálido, sus ojos cerrados y su cuerpo sin vida cubierto de sangre.

De pronto, un objeto brillante que se asoma entre el botón suelto de la blusa de Krystal llama mi atención. Lo reconozco de inmediato, es el colgante con forma de pantera que ella misma le regaló a mi hermana por su cumpleaños. Lo escogió en referencia al apelativo que usaba para referirme a Zoe, ese «gatita» que le acuñé cuando tan solo era un bebé en la cuna y se encaprichó de un peluche de ese animal que tenía en mi poder. No creo que conozca la historia de su origen, ni siquiera sé si alguna vez se la revelé a mi hermana.

Una cuerda invisible se enrolla alrededor de mi garganta y me deja sin respiración. Krystal repara en mis ojos, hipnotizados por la joya.

—Oh, lo siento —se disculpa, apurada, mientras sus dedos tratan, sin éxito, de soltar el enganche de la cadena.

—No, tranquila. Ella hubiera preferido que lo tuvieras tú —comento sin saber si eso es cierto. Me siento incapaz de tocar el objeto, su mera cercanía, tenerlo frente a mis ojos, me quema, como si fuera de acero incandescente.

—Gracias —responde aliviada—. Me ha ayudado mucho durante este tiempo, es como si algo de ella me acompañase y me diera fuerzas para seguir adelante.

La envidia, yo solo cuento a mi lado con la culpa, una que ahora mismo me ahoga y me asfixia.

—¿Tú también me culpas de lo que pasó? —suelto sin pensar, como si al exponer mis pensamientos en voz alta me estrangularan un poco menos.

Me mira como si no entendiera la pregunta.

—¿Quién más te culpa? —inquire.

Cierro los ojos, con fuerza, me muerdo el labio con saña y aguanto la respiración porque no soy capaz de conseguir que el aire llegue hasta mis pulmones. De pronto, los suyos se abren más, acaba de entender lo que se oculta tras mis palabras. Acerca la mano a mi hombro, pero antes de que llegue a rozarme, me aparto y huyo de su contacto. Un acto reflejo aprendido para evitar que vuelvan a hacerme daño.

—¿No te preguntas por qué no lo hice antes? —insisto. Yo lo hago todos los putos días desde entonces.

Me sumerjo en sus ojos verdes, en busca de su acusación, algo esperado y temido al mismo tiempo. Sin embargo, solo hay... ¿comprensión? El hallazgo me descoloca aún más.

—No, porque, aunque fuera un hijo de puta, no debe de ser nada fácil matar a tu propio padre —expone con un aplomo que yo estoy lejos de sentir.

—¿De verdad lo entiendes? —La voz me tiembla. Ella asiente y, de repente, es como si me hubieran absuelto de una cadena perpetua—. Tengo que salir —anuncio y me levanto con prisas del sofá, directo a la puerta.

No, no tengo que salir, lo que necesito es huir de aquí. Me pican los ojos, me escuecen. Sé que estoy a punto de derrumbarme, de romperme en un millón de fragmentos que serán imposibles de volver a reconstruir, y no me siento capaz de hacerlo delante de nadie.



Un nuevo propósito al que encaminar mis pasos

Paso varios días fuera sellando las fisuras del casco de este barco, que hace aguas por todas partes, para que no se vean. Desde dentro, las percibo como heridas palpitantes que no terminan de cicatrizar, pero lo importante es que nadie lo sepa, que nadie se dé cuenta de lo que siento en realidad, de que mi muro se ha vuelto frágil y me tambaleo azotado por el viento.

No puedo sacarme de la cabeza las palabras de Krystal cuando vi que llevaba el colgante de mi hermana: «Es como si algo de ella me acompañara y me diera fuerzas para seguir adelante». No había reparado en que no soy el único que lo ha pasado mal tras la trágica muerte de mi hermana; ella perdió a su mejor amiga.

Yo también quiero algo que me dé fuerzas para no rendirme, lo necesito más que nunca, sobre todo ahora que siento que estoy en deuda con ellas. No puedo arrebatarse la joya, pero me inspiro en ella. Voy al estudio de tatuajes que frecuento siempre, junto a un bar de carretera en mitad de ninguna parte. El autobús más cercano me deja casi a una hora a pie de allí.

Saludo al dueño del local. Es un viejo conocido que ya ha cubierto con tinta alguna otra cicatriz. De manera distraída, me acaricio la parte posterior del cuello, donde una clave de sol oculta esa marca de mi pasado. Le comento la idea que tengo en mente y le indico el lugar en el que quiero el diseño. Él asiente, no hace preguntas, aunque sé que ha visto la marca del proyectil en mi costado.

Un par de horas después, salgo de allí con una pantera tatuada sobre esa zona y una frase de una conocida canción en el brazo derecho: «... *and nothing else matters*». El lugar está escogido a propósito para que, cuando mi brazo descansa sobre el abdomen, ambos tatuajes coincidan. Solo con ese pequeño homenaje, me siento mejor, he aligerado parte de la carga que me impedía

seguir mi camino, aunque todavía no sé muy bien a dónde me llevará.

Regreso a casa de Krystal, no tengo otro lugar al que ir, de momento. Me marché hace días sin decirle nada, me levanté del sofá y la dejé con la palabra en la boca. Se merece, al menos, una explicación. Quizá esté preocupada, tal vez piense que he vuelto a cometer alguna otra estupidez, aunque volví a asegurarle que no lo haría. Tengo que empezar a medir mis palabras y dejar de prometer cosas tan a la ligera que luego me atan a ella.

Llamo al timbre, pero nadie me abre. Vuelvo a insistir con el mismo resultado. No está en casa, puede que haya salido a cenar. Justo antes de dar media vuelta y marcharme para intentarlo mañana, recuerdo que me dejó una copia de las llaves, otorgándome una confianza que jamás nadie ha mostrado conmigo.

Aprovecho que estoy solo para darme una ducha, la necesito con urgencia. Después, vestido únicamente con un bóxer oscuro, me tumbo en el sofá, me coloco los auriculares y cierro los ojos. No sé si esta noche toca dormir o no. Al menos, puedo relajarme y me transporto a ese lugar seguro al que solo me lleva la música. Un lugar que, por algún motivo que no logro comprender, siento más cerca con la espalda apoyada sobre este sofá.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que oigo la llave dentro de la cerradura. Creo que, incluso, he llegado a dar alguna cabezada. En cuanto la puerta se abre, me tenso, me pongo en alerta, como he hecho desde que era un niño cada vez que escuchaba el mínimo ruido, aunque, en este caso, sepa que quien se encuentra al otro lado no va a hacerme daño —o, al menos, eso creo—. No puedo evitarlo, es un reflejo, un mecanismo de defensa.

Es Krystal y no viene sola. Está acompañada del que supongo que será su novio. Llegan a trompicones, entre caricias, besos y risas nerviosas. Me da a mí que estos todavía no han acabado su fiesta.

En cuanto cierran la puerta de la habitación tras ellos, las risas son sustituidas por gemidos, jadeos y el golpeteo rítmico del cabecero de la cama contra la pared. ¡Joder! Las paredes de este apartamento parecen de papel y yo no soy de piedra. A pesar de llevar los cascos puestos, los escucho a la perfección, casi como si me hallara presente en la habitación.

Me excito, no puedo evitarlo. Llevo mucho tiempo sin follar, al menos, no por placer. Mi mente viaja al pasado, a cuando era yo quien le arrancaba esos sonidos tan estimulantes en los asientos de un coche, con los cristales empañados por la condensación de nuestras respiraciones agitadas. Combatimos una noche fría con el calor de nuestros cuerpos. Evoco su mirada verde, devorada por la excitación patente en sus pupilas dilatadas, el tacto de su piel, suave y sedosa, el sabor de su boca, de su sexo, la forma deliciosa en que sus paredes estrechas abrazaban mi polla...

Mi mano viaja hasta mi erección, se cuela bajo el calzoncillo y la acaricio, con el fin de proporcionar algo de alivio a esta tensión que empieza a resultar molesta, casi dolorosa. Voy cogiendo ritmo, dejándome llevar por la cadencia que lleva mi compañera de piso cuando, de repente, como si me estuviera vetado tener recuerdos agradables, la imagen del cuerpo de mi hermana contra el suelo, mientras se le escapaba la vida, borra de un plumazo la de Krystal estallando de placer entre mis brazos. El calentón se esfuma y siento los ojos húmedos. Aprieto los párpados para retener las lágrimas. No me permito derramar ni siquiera una, aunque esté a solas, aunque nadie vaya a ser testigo de mi momento de debilidad.

Subo el volumen de la música hasta que aniquila cualquier otro sonido y me centro en ella.

A estas alturas, ya me he aprendido todas las canciones guardadas en la lista de reproducción y sería capaz de ejecutarlas con la guitarra. Tarareo la melodía de la que suena e intento eliminar cualquier otra cosa que no sean los versos de esa canción. El final coincide con la aceleración de los ruidos al otro lado de la pared, hasta que un grito masculino da por concluida la función. Después, por fin, el silencio.

He conseguido dormir un par de horas, pero no son suficientes. Me levanto cuando despunta el amanecer y me preparo un café cargado. Acabo de dar el primer sorbo cuando se abre la puerta de la habitación. En lugar de ser la dueña de los ojos verdes quien la atraviesa, es su novio. No se sorprende de verme aquí, así que, supongo que, aunque yo no me acuerde de él, la historia de que fue quien me llevó al hospital tras mi sobredosis es cierta.

—¡Ey, tío! Espero que no te molestáramos ayer... ya sabes... —se pavonea triunfal. No lo dice con palabras, pero siento que está marcando territorio.

Le observo de arriba abajo, sin disimulo. Se me da bien calar a la gente, sé ver al lobo bajo la piel de cordero, y hay algo en este tipo que no me gusta ni un pelo.

—No, tranquilo, no duraste mucho —replico mordaz, dejándole en evidencia, mientras contengo las ganas de pegarle un puñetazo en esa cara de cretino que tiene para bajarle las ínfulas de grandeza que se gasta. Me callo también que los gemidos que escuché ayer por parte de su novia, poco tenían que ver con los que me regaló a mí en su primera vez.

—Bueno, ya me entiendes, cuando alguien te calienta y te excita hasta ese punto, es normal... —No me hace gracia el tono que emplea para referirse a su novia, tiene un deje que la hace quedar como una fulana.

Me acabo el café de un trago, me levanto de la silla y me marchó, porque no voy a aguantar mucho más a este gilipollas sin cruzarle la cara. No entiendo qué demonios ve Krystal en él.

Salgo a correr, lo hago durante más de una hora, a buena velocidad, como si estuviera escapando de algo que me persigue, cuando sé que jamás conseguiré huir de los fantasmas que se alojan en mi interior.

Por suerte, cuando regreso, estamos solos Krystal y yo.

—¿Dónde has estado estos días? Estaba preocupada —me pregunta en cuanto me ve aparecer por la puerta.

—Reconstruyéndome. Necesitaba estar solo —confieso mientras me bebo más de media botella de agua. Me asombra la facilidad con la que consigue que me abra a ella.

—¿Qué te ha parecido Mark? —se interesa con un brillo especial en los ojos que estoy a punto de apagar.

—¿Es así como se llama el imbécil de tu novio? —inquiero.

Su gesto cambia e, incluso, mantiene la respiración.

—Vaya, no me esperaba esto. Deseaba que os cayerais bien —me responde, desilusionada.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros. Yo tampoco entiendo por qué le importa mi opinión, pero, ya que me la ha pedido, voy a dársela, aunque duela—. No me gusta cómo te trata, como si fuera tu dueño. Solo le ha faltado levantar la pata y mearte encima para dejarme claro que eres suya —le contesto y el símil le arranca una sonrisa.

—¡Qué exagerado eres!

—Puede. Aun así, ten cuidado, ¿vale? No quiero que te hagan daño. —Rozo su hombro de manera sutil. No sé de dónde me nace este sentimiento protector hacia ella. Supongo que se trata de una extensión de lo que ya no puedo hacer por mi hermana.

♪ ♪ ♪

Los días pasan y yo sigo sobre este sofá en el que ya se adivina la forma de mi cuerpo. He perdido la cuenta de las noches que llevo en vela, con la mirada fija clavada en el techo del salón, dejando que el tiempo se me escape entre los dedos.

De pronto, entre el intervalo entre dos canciones, me parece escuchar un ruido. Me incorporo del sofá y me encamino hacia su procedencia. Invado la intimidad de Krystal y me adentro en su habitación. Ella está apoyada en el marco de la ventana abierta, con los ojos cerrados, la respiración agitada y el cuerpo tembloroso. Reconozco sin duda de qué se trata: la ansiedad propia de una pesadilla, esas que yo mismo temo cada vez que cierro los ojos. Quizá sea precisamente esa la causa de mi insomnio.

—Un mal sueño, ¿eh? —afirmo a su espalda. Se sobresalta al escuchar mi voz y da un respingo—. Lo siento, no pretendía asustarte.

Se gira, tiene el rostro humedecido, con los ojos rojos e hinchados. Algo dentro de mí se remueve al verla así.

—Siento haberte despertado —se disculpa, apartándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tranquila, no estaba dormido. No soy mucho de tomar helado para solucionar los problemas, como hacía mi hermana, pero, si lo necesitas, puedo intentarlo —bromeo para intentar rebajar la intensidad de su dolor.

Sus ojos verdes no necesitan helado, me están pidiendo a gritos algo que no sé si soy capaz de darles. Siempre he repudiado cualquier tipo de contacto, a no ser que fuera yo quien llevara la voz cantante, como en el sexo, en el que tomaba un rol casi dominante. Me trae malos recuerdos, recuerdos que se han acentuado desde mi paso por prisión, en donde más veces de las que me hubiera gustado perdí el control sobre mi cuerpo y lo que hacían con él. Sin embargo, a esto no puedo negarme, no puedo resistirme a su mirada triste.

—Ven aquí, pequeña —susurro y le ofrezco mis brazos.

Ella duda, pero, al final, acepta. Se acerca, con timidez. Con la mirada baja, no se atreve a que sus ojos topen con los míos, con miedo de que descubra lo que ya he leído. Apoya la cabeza sobre mi pecho y me tenso de forma involuntaria ante el primer contacto e, incluso, contengo la respiración. Intento relajarme, respiro hondo para desechar la imperiosa necesidad de empujarla y apartarla de mí. Lucho contra el instinto de supervivencia que me grita que me aleje de ella, como si fuera peligrosa, cuando los dos sabemos que la única amenaza aquí soy yo.

La envuelvo con mi cuerpo, como si fuera suficiente para protegerla de todo lo que la está dañando. No me parece una mala opción. Ya que no tengo a mi hermana para poder hacerlo, cuidaré de su mejor amiga. Es un buen objetivo para volver a encaminar mis pasos.



El refugio de las almas perdidas

Después de aquel primer abrazo, nuestra relación se ha ido estrechando y, esta noche, lo hará un poquito más. Sé muy bien qué fecha es hoy. A pesar de que no significa nada para mí, no la he olvidado. Ella, en cambio, la tiene grabada a fuego en el pecho como uno de los días más dolorosos de su corta vida.

Conforme han pasado los días, nos hemos convertido en una especie de confidentes, bueno, casi siempre es ella quien se desahoga mientras yo la acompaño con la guitarra. Puede que no lo parezca, pero compartir esos momentos me supone un acto de intimidad y vulnerabilidad al que no estoy acostumbrado.

En este instante, me encuentro sentado en el sofá, con los pies sobre la mesita y el instrumento en mi regazo, bajo una luz tenue, esperándola. Como imaginaba, no tarda mucho en aparecer tras la puerta de su habitación.

—Pensaba que después de tanto tiempo, iba a doler menos —anuncia con los ojos empañados por las lágrimas. Puede que lleve ya un rato llorando en su cuarto hasta que se ha decidido a salir.

Hoy es el aniversario del fallecimiento de sus padres en un trágico accidente. No sé cuántos años han pasado ya, la conocí justo después de eso, pero hay días en los que el tiempo no parece suficiente para mitigar el dolor. Sé muy bien de lo que hablo.

—¡Joder! Entre mis padres y tu hermana... —prosigue y se le quiebra la voz sin que sea capaz de terminar la frase. Ella también ha perdido a aquellos a quienes amaba.

—Ven aquí —la invito, y señalo el sofá para que tome asiento a mi lado.

No hablamos, no es necesario cuando ambos sabemos cómo se siente. Permanecemos

durante un largo rato escuchando los acordes que le arranco a mi vieja guitarra sin que resulte para nada incómodo. Al contrario, tocar a su lado me resulta muy natural, la música es suficiente conexión entre ambos, las notas trazan hilos invisibles que van de uno a otro y nos unen de una manera que no me explico.

Algo más de una hora después, soy yo quien rompe el silencio, sin que mis dedos se despeguen del instrumento. Voy a volver a abrirme a ella y necesito el apoyo de las cuerdas para que me proporcionen la templanza suficiente.

—He pensado mucho en lo que dijiste y tenías razón. Es hora de que agarre las riendas de mi vida y deje de ser un gorrón. He alquilado la nave del Sanctuary y lo voy a reabrir —expongo—. He heredado la puta casa del terror y la he puesto a la venta. Además, tenía unos ahorros para poder darle a mi hermana un futuro diferente y he pensado aprovecharlos para esto. Habilitaré la parte de arriba como un pequeño apartamento y me instalaré allí.

Ese local no solo fue testigo de la estupidez que cometí con ella, al saltarme todas esas normas que no están escritas respecto a las amigas de las hermanas, también fue mi refugio. Cada vez que podía, me escapaba aquí, a la capital, para huir de mi particular infierno y olvidarme por unas horas de mi mierda de vida. Durante el tiempo que pasaba allí, la sogá que llevaba al cuello apretaba un poco menos y casi hasta podía volver a respirar. Quiero brindar la misma oportunidad que tuve a otras almas perdidas como la mía; que puedan contar, al menos, con un lugar seguro.

—Entonces, ¿te irás? —me pregunta y me sorprende descubrir unas notas de tristeza en su voz. ¿En serio le apena que me marche? Pensaba que estaría deseando que lo hiciera, llevo semanas alterando su vida con mi presencia. Ni siquiera tiene libertad para andar en bragas en su propia casa —aunque a mí no me importaría que lo hiciera—.

—Sí, ya es hora de que os dé al imbécil de tu novio y a ti más intimidad. Estoy cansado de escucharos follar al otro lado de la pared —replico con una sonrisa afilada. Krystal no puede evitar sonrojarse ante mi comentario y su gesto me resulta adorable.

—Echaré de menos nuestras noches de confidencias —confiesa con timidez.

He de reconocer que yo, también. Ha hecho más llevaderas las ocasiones en las que el sueño no llega. Es curioso cuánto puede unir el dolor a dos personas. Ambos estamos rotos, perdimos una pieza muy importante del puzle cuando murió mi hermana, pero compartir recuerdos consigue que no nos sintamos tan incompletos.

—Puedes acercarte siempre que quieras al bar. Te garantizo que siempre tendré una cerveza bien fría esperándote —le prometo.

Me sonrío, su mano me roza el muslo por accidente y regresamos al silencio. Bosteza y, poco a poco, se va recostando hasta acabar apoyada sobre mi hombro. Ya no me incomoda tanto su contacto, me resulta incluso agradable. Su piel emite un calor que consigue templar el muro de hielo que envuelve mi corazón.

No sé en qué momento se queda dormida. Su respiración se hace más suave y pausada. Hago la guitarra a un lado, acaricio su cabello y recoloco un mechón rebelde de su melena castaña por detrás de la oreja. Dejo que el pulgar roce su mejilla y me recreo en la caricia más segundos de los debidos, amparado en que ella no es consciente de lo que estoy haciendo. Krystal, sin llegar a despertarse, gruñe e intenta espantar mi mano, como si fuera un molesto insecto que le hace cosquillas. Río, divertido ante su reacción y dedico el resto de la noche a

observarla, a velar su sueño.

Inspiro hondo y la fragancia de su pelo, dulce y tropical al mismo tiempo, invade mis pulmones. Un aroma que, de alguna forma, me calma. O quizá sea toda ella. Me fascina la fuerza que se esconde detrás de un cuerpo aparentemente tan frágil. La vida tampoco se lo ha puesto fácil, la ha puesto a prueba, con piedras en su camino que han dificultado sus pasos. Sin embargo, ha encajado los golpes que le ha propinado el destino casi con elegancia y ha alzado la cabeza para enfrentarse al futuro con decisión. Para ella, rendirse nunca ha sido una opción. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.



Durante las siguientes semanas, me convierto en un fantasma que apenas pasa por el apartamento de Krystal. Casi siempre lo hago cuando no está ella, para darme una ducha y lavar mi ropa. No he vuelto a usar su sofá, pese a que siempre tiene un juego de sábanas preparado sobre una esquina por si pudiera necesitarlo. Una de las primeras cosas con las que me agencié fue un colchón, que eché sobre el suelo del piso superior y que hace las veces de cama. Mentiría si dijera que no lo hago aposta, que no la estoy evitando. Ya está bien de interferir en su vida, lo mejor es que nuestros caminos se mantengan lo más separados posible.

Las obras avanzan mejor de lo que había previsto. Me estoy dejando los cuernos para que así sea. Mantenerme ocupado es una buena terapia para alejar otros pensamientos mucho más turbios. Calculo que en un par de semanas podré inaugurarlos, tan solo me falta ultimar unos pocos detalles.

He contratado a un par de camareras para que me ayuden a llevar el negocio: Shauna, morena y con un toque exótico, y Leslie, rubia. Ambas con unas curvas de infarto. Mientras el bar todavía permanece cerrado, me han echado una mano con las labores de limpieza. Hemos compartido algo más que un trapo para secar vasos, desahogando, por fin, parte de esa tensión que llevaba acumulada en las pelotas. Está bien volver a ser yo quien lleve las riendas de mi cuerpo. Solo sexo, sin ataduras. Se lo he dejado claro desde el principio, solo quiero pasar un buen rato con ellas, ya sea juntas o por separado. Nunca dejo que los sentimientos entren a formar parte de la ecuación, nunca me permito sentir nada más allá del placer de un buen polvo.

Hoy estoy centrado en dar un poco de color a las paredes grises de la antesala que da acceso al local propiamente dicho. Sobre la entrada, hay un lienzo perfecto para plasmar el logo que va a dar la bienvenida a todos aquellos que quieran visitar «mi santuario». No le voy a cambiar el nombre, seguirá siendo el Sanctuary, pero he añadido una frase de cosecha propia, que refleja bastante bien lo que quiero que sea este sitio: «El refugio de las almas perdidas». Para acompañarla, utilizo un diseño basado en un boceto de mi hermana. Así como la música siempre ha sido mi válvula de escape, una puerta de huida a un mundo en el que no había sitio para los demonios que me ahogaban en la vida real, para ella lo fue el dibujo.

Era así como ella me veía, aunque adornado de fantasía, un ángel caído, de alas negras, que se niega a admitir la derrota y alza su mirada desafiante al frente. «Qué equivocada estabas, gatita», pienso mientras doy las últimas pinceladas. No lo hago tan bien como ella, pero estoy contento con el resultado. La imagen original me la regaló para uno de mis cumpleaños, creo que fue aquel en el que cumplí la mayoría de edad. Lo rechacé, lo desprecié porque me recordaba

otra fecha mucho más dolorosa. Ahora que ya no tengo a ninguna de las dos, ni a mi madre ni a ella, quiero hacerle este pequeño homenaje, para que, allá donde esté, sepa que sigo adelante, gracias a ella —y a la ayuda de su mejor amiga—.

Empieza a amanecer cuando doy por finalizado el trabajo. Llevo un descontrol total con los horarios, duermo cuando mi cuerpo ya no da más de sí, sin importar qué hora sea y trabajo durante el resto del día —o de la noche—.

Recuerdo qué día es hoy; el cumpleaños de Krystal, así que cojo el móvil para mandarle un mensaje antes de acostarme a descansar durante un rato.

Tyron:

Feliz cumpleaños, peque. Este viernes es la inauguración del nuevo Sanctuary, espero que puedas pasarte.

Su respuesta afirmativa no tarda en llegar y saber que ella va a venir a la reapertura del nuevo y renovado Sanctuary me hace especial ilusión.

Después de una limpieza a fondo, el viernes, por fin, abro sus puertas. Tiene una acogida muy buena, mucho mejor de lo que esperaba. Está a rebosar de caras nuevas y viejas conocidas, que me mantienen ocupado durante toda la noche, aunque, de vez en cuando, hago un escáner visual de la sala para comprobar que Krystal no ha venido. Me jode que esta vez sea ella la que rompa su promesa. Es una tontería, pero me deja un regusto amargo en la boca del estómago.

Al final llega, de madrugada, cerca de las tres, cuando ya había perdido toda esperanza de que fuera fiel a su palabra. A estas horas, el local se ha despejado bastante, tan solo quedan unos pocos parroquianos que no tardaran en marcharse.

Su atuendo, mucho más sofisticado de lo que se espera para este local, enseguida capta la atención de los presentes. Varias cabezas se giran a su paso y no solo porque su vestido corto, elegante y refinado, desentone con la indumentaria del resto, sino porque le sienta como un guante. Tiene un punto sexy que se acentúa aún más con esa expresión de enfado que trae, que hace que avance con seguridad, contoneando las caderas, hasta ocupar una silla libre al final de la barra.

Apoya el codo sobre ella y el rostro en la mano. Suspira y la melancolía arrastra parte del enfado que lleva auestas. Diría que, incluso, sus ojos brillan, humedecidos por unas emociones que la sobrepasan. Me encantaría poder ignorar al resto de clientes y acercarme a ella, para investigar qué ha sucedido para que sus ojos verdes se vean así de afectados, pero no quedaría demasiado bien si, ya desde el primer día, empiezo con favoritismos.

Abro una de las cámaras, escojo una cerveza del fondo, de las que están más frías, y la deposito junto a su mano.

—Aquí tienes la cerveza. Las confidencias tendrán que esperar a que esto se quede más tranquilo —le digo antes de regresar al trabajo, no sin antes dedicarle una mirada que quiere desentrañar los misterios que esconde.

Parece sorprendida de que haya notado que le pasa algo. Después de convivir estas últimas semanas, todavía no se ha dado cuenta de que he aprendido a leerla.

Poco a poco, los clientes abandonan el local. Mis dos compañeras pueden atender a la perfección a los cuatro que quedan, así que empiezo a ejercer como jefe y delego el trabajo. Cojo

un par de cervezas y voy hasta la esquina en la que se encuentra Krystal. Apuro casi de trago la mía, tengo la garganta seca, ya que es lo primero que bebo desde que he abierto el local, y le tiendo la otra sin preguntarle si quiere más.

—¿Qué tal ha ido la noche? —me pregunta para centrar la atención en mí y que obvie lo que la hace revolverse inquieta sobre su taburete.

—Bien, ha sido un gran estreno. No me esperaba semejante acogida —admito y termino con las últimas gotas de mi bebida—. Por un momento, pensé que no vendrías —confieso, cambiando de tema—. Y, ahora, cuéntame, ¿qué ha hecho enfadar a esos ojos verdes?

Krystal carraspea, esquivo mi mirada inquisidora y da un sorbo a la cerveza. Yo no aparto mis ojos de ella y permanezco a la espera. Tras unos largos segundos bajo mi escrutinio, que seguro que a ella se le han hecho eternos, me relata la desafortunada velada que ha tenido con el gilipollas de su novio, con el que había salido a celebrar su cumpleaños. El muy cabrón ha estado entreteniéndola para que no pudiera venir a verme cuando le había prometido que lo harían. Lo que iba a ser una noche especial, ha terminado en una discusión monumental. ¡Será hijo de puta! Ojalá lo tuviera delante para partírla la cara.

—Te dije que ese tío era imbécil —comento, endulzando bastante los oscuros pensamientos que atraviesan ahora mi cabeza.

—¿Nunca te equivocas? —insiste ella.

—Demasiadas veces —replico con un rápido repaso a las veces que he errado—, pero no en esto —añado con chulería y me gano una sonrisa. Una preciosa, por cierto—. Se me da bien calar a la gente.

Echo un rápido vistazo al local, ya está prácticamente vacío, así que decido dar el resto de la noche libre a mis compañeras y encargarme del cierre. Y, para qué engañarme, me apetece quedarme a solas con Krystal, aunque sean solo unos pocos minutos.

♪ ♪ ♪

El último cliente del local hace ya unos minutos que se ha marchado. He cerrado la puerta para evitar que se cuele algún que otro despistado con más ganas de fiesta y otro par de botellas de cerveza vacías se acumulan sobre la barra. Ella sigue hablando, creo que me contaba algo acerca de sus estudios universitarios, pero hace rato que he dejado de escucharla. Sin embargo, el movimiento de sus labios me tiene hipnotizado y no pienso en otra puta cosa que no sea volver a saborearlos.

—Creo que deberías marcharte —expongo antes de volver a cometer una locura, con un ejercicio de contención que me cuesta la vida.

—Sí, yo también lo creo —musita ella. Su voz es apenas un susurro y parece dolida por mi rechazo. Mi determinación cae dos puntos ante la expresión afligida de sus ojos al creer que la estoy echando.

—Te acompaño a la puerta —anuncio y camino tras ella en dirección a la salida, a suficiente distancia como para grabarme cada una de sus curvas en las retinas. ¡Joder! Lo qué daría por dejar que mis dedos también las memorizaran.

La mano de Krystal agarra la manilla de la puerta para abrirla. Un impulso irracional me lleva a impedírselo. Se gira, me interroga con la mirada y sus ojos impactan de lleno con los míos, como una bola de demolición que echa abajo mis defensas.

—¿Por qué me miras así? —pregunta. Sus ojos bailan entre los míos y mis labios.

—Así, ¿cómo? —La voz me sale ronca. Sé perfectamente cómo la estoy mirando, como el lobo feroz a punto de devorar a Caperucita.

—Como si estuvieras desnudando mi alma —responde, sin poder desenredar su mirada de la mía.

—No es tu alma lo único que quiero desnudar —confieso y me acerco más a ella, de tal forma que soy capaz de beberme su aliento.

Bloqueando la puerta con una mano, para que no se arrepienta y huya, alzo la otra hasta su mandíbula y la atraigo hacia mí. Poso los labios sobre los suyos, con delicadeza, los deslizo sobre su boca con suavidad y me separo para estudiar su reacción. No hay rechazo en sus ojos, sino un deseo que se abre paso entre sus pupilas, así que me aventuro a volver a besarla, esta vez con más intensidad. Exploro el interior de su boca, busco su lengua y dejo que se enrosque con la mía.

Exhala un gemido contenido contra mis labios y, en cuanto ese sonido acaricia mis oídos, dinamita el poco autocontrol que me quedaba. Sus manos se anclan a mi cuello y rozan por casualidad la pequeña cicatriz, camuflada bajo el tatuaje de la clave de sol. Gruño, como un animal herido, pero, antes de que ese toque me lleve a evocar ciertos recuerdos del pasado, sus labios me roban la cordura.

Aprisiono su cuerpo contra la pared. Inmovilizándola con el mío, cuelo una pierna entre las suyas para mantenerlas separadas, y dejo que mi lengua prenda su piel. Le beso el lóbulo de la oreja, descendiendo por el cuello y me detengo un segundo allí para inhalar su aroma, mientras siento que se le acelera el pulso.

Krystal bucea bajo mi camiseta y busca el contacto con mi piel. No es la chica tímida a la que tuve que guiar en nuestra primera vez. Ha dejado su vergüenza y su inexperiencia a un lado. Supongo que, en estos tres años en los que he estado entre rejas, ha tenido tiempo para aprender. Recorre los abdominales, asciende hacia el pecho y estudia mi torso sin reservas. Me dejo hacer, me deleito con la sensación de sus manos sobre mí, con el calor que parece incendiar el punto en el que nuestras pieles entran en contacto. Me deshago de la camiseta para que no haya barreras a su minuciosa exploración, aunque no voy a ser el único que se desnude.

Busco bajo el vestido y acaricio con las yemas de los dedos su cintura, de una forma tan sutil que cada poro de su piel se eriza a mi paso. Mis manos juegan con el elástico de su ropa interior hasta que se atreven a rebasarlo. La tientan, anuncian lo que está a punto de venir, rebaso el monte de Venus y consigo rozar su pequeño botón de placer, que se endurece ante mi toque. Jadea.

Me concentro en ese punto. Su excitación empieza a empapar mis dedos, mientras mi erección protesta encerrada en una prisión demasiado escasa para las dimensiones que está adquiriendo. Me la recoloco en una posición algo menos molesta, aunque, de momento, le sigo negando la atención que precisa.

Krystal separa las piernas para darme mejor acceso y dos de mis falanges resbalan con

facilidad en su interior. Su sexo absorbe mis dedos con avaricia. La fuerzo a que su mirada siga prendida de la mía para extasiarme con el placer que irradian sus ojos verdes. Entro y salgo de ella, despacio al principio, para acelerar mis movimientos conforme su necesidad apremia. Krystal se retuerce y se restriega contra la palma de mi mano para buscar mayor fricción. ¡Joder! Está a punto. Cuando la noto correrse alrededor de mis dedos, con su gemido extasiado exhalado tan cerca de mi oído, mi polla da una sacudida, tan potente, que a punto estoy de imitarla sin que me haya tocado todavía.

La alzo del suelo sin esfuerzo, sus piernas rodean mis caderas, y la llevo al piso de arriba. Todavía dista bastante de ser una estancia habitable, con el baño en obras, sin puerta y con las tuberías descubiertas, y un colchón sobre el suelo. Suficiente para mis propósitos. La tumbo sobre él y le arranco el vestido, la dejo expuesta, solo con un conjunto de lencería *sexy* de color negro. Me relamo. La noche no ha hecho más que empezar.

Me coloco de rodillas entre sus piernas e ignoro la pulsión de enterrarme en ella. Aún no es mi hora. Le desabrocho el sujetador, sostengo uno de sus pechos en la mano, dibujo el contorno con la lengua y le mordisqueo el pezón. Después repito el mismo proceso con el otro. Krystal gime y jadea con la respiración agitada; vuelve a estar excitada.

Recorro con las manos, los labios y la lengua, cada recoveco de su cuerpo, como si lo estuviera memorizando. Me aprendo cada imperfección de su piel antes de prestar especial atención al hueco entre sus piernas. Me deshago de la prenda que me impide llegar a ese punto con libertad y la saboreo como un animal sediento que ha encontrado al fin un manantial de agua fresca. Estruja con fuerza las sábanas entre sus manos, arquea la espalda y una segunda descarga eléctrica recorre todas sus terminaciones nerviosas y me alcanza a mí también. Repto sobre su cuerpo y me bebo los jadeos que mueren en mi boca, dándole a probar el sabor de su éxtasis, que todavía prende de mis labios.

—Te necesito más cerca —suplica y la necesidad patente en su voz vuelve a acercarme al borde del precipicio.

—¿Cómo de cerca? —pregunto, dos tonos por debajo de lo habitual. Sé la respuesta, pero quiero oírla.

—Dentro de mí.

Por fin. Me incorporo solo durante el tiempo imprescindible para desnudarme, con fuertes tirones a mi ropa, y enfundarme en un preservativo, y vuelvo a acostarme sobre ella. Acaricio sus pliegues con el glande, lo lubrico con la humedad que no ha dejado de segregar su sexo. Ella mueve las caderas, me busca, de tal forma que, simplemente, me deslizo en su interior. Sus paredes se van abriendo a mi paso hasta que me acoge por completo y se adapta a mi invasión.

Me retiro unos pocos centímetros para, a continuación, embestir con más fuerza, una y otra vez. Me gustaría tomármelo con más calma, ir más despacio, pero, llegado a este punto, necesito mi propia liberación. Krystal vuelve a rodearme con las piernas para inundarse con cada centímetro de mí y acompasa mis movimientos, cada vez más intensos, cada vez más profundos.

Clava las uñas en mi espalda cuando está a punto de volver a estallar. Saberlo me catapulta y me precipito al vacío. Gruño y me derramo en el interior del condón al mismo tiempo que su cuerpo convulsiona, estruja mi polla y exprime hasta la última gota de mi esencia.

Me dejo caer a su lado, sudado, exhausto y con la respiración todavía entrecortada. La abrazo sin dejar de acariciarla. Ella no está mucho mejor que yo, con el pelo enmarañado, los

labios hinchados y el rostro enrojecido. Está agotada, apenas tiene fuerza ni para abrir los ojos. Apoyo la cabeza sobre su hombro, busco refugio junto a su cuello, tan cerca que puedo saborear su piel salada. Y, de nuevo, como me sucedió aquella otra vez en el asiento de mi coche, mi cuerpo se relaja, como si estuviera narcotizado, aunque esta vez las drogas no tienen nada que ver. Su respiración, cada vez más profunda y pausada, me acuna. Sé que estoy a punto de dormirme y, aunque, en cualquier otra ocasión, con cualquier otra mujer, hubiera huido antes de que eso sucediera, no me muevo y me dejo llevar.

—Joder, nena, no entiendo por qué provocas este efecto en mí, pero me encanta —balbuceo antes de cerrar los ojos.

Esta sensación de bienestar tan inusual y única es debida en exclusiva a la dueña de esos ojos verdes. Estoy demasiado cansado como para pensar en las implicaciones que esto conlleva. Quizá mañana.



Acunando los fantasmas del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Después de un fin de semana intenso, en varios aspectos, en el que he vuelto a tropezar por segunda vez con la misma piedra, al acostarme de nuevo con la mejor amiga de mi hermana, llega el lunes, un día supuestamente tranquilo. No pienso en las consecuencias que pueda tener ese nuevo desliz, al fin y al cabo, solo ha sido sexo y ella tiene novio, un polvo por despecho que para mí ha resultado de lo más satisfactorio.

Aprovecho que apenas hay clientes para atar unos cuantos cabos sueltos que evidencié después de una inauguración de locos, con una acogida espectacular que rebasó mis mejores expectativas. He decidido prescindir del día de descanso, quiero que el local permanezca abierto los trescientos sesenta y cinco días del año, para que todo el mundo tenga un sitio en el que refugiarse, poder echarse una caña y dejar sus problemas aparcados en la puerta por unas horas, sin importar qué día sea.

Bajo al suelo de un salto, después de haber recolocado un foco, encaramado en un andamio. Todavía es pronto y antes me gustaría ver cómo funciona el nuevo Sanctuary, pero me encantaría poder organizar conciertos, como se hacía antaño, aunque, para eso, tengo que tener un poco más de solvencia económica.

Voy camino de la barra cuando una figura femenina que habla con una de mis camareras me hace ralentizar los pasos. A pesar de que está de espaldas a mí y viste con un traje que la hace parecer mayor, la reconozco al instante, la madrugada del viernes me perdí entre sus curvas y tuve tiempo de memorizarlas: es Krystal.

—¿Qué haces aquí? —Sueno más seco de lo que pretendía.

—Un mal día, jefe —intercede por ella Shauna, mi compañera, al ver que Krystal se queda paralizada ante mi irrupción, un tanto brusca.

—Vamos, peque —suavizo el tono, cojo las dos cervezas que me ofrece la camarera, y me encamino hacia uno de los sofás del fondo, para tener algo más de intimidad.

Con la voz entrecortada y la rabia y la decepción colándose a partes iguales entre sus palabras, me cuenta que su novio —o su ex, mejor dicho— la ha vendido. Acababa de obtener un empleo en la empresa en la que él trabaja, después de unos meses de becaria, y el cabrón, después de la discusión que tuvieron el viernes —por mi culpa, porque ella quería venir a verme —, le contó a su jefe que recurrió a favores sexuales para obtener el puesto. Se ha quedado en la calle y, encima, se ha llevado de regalo fama de puta. Ojalá lo tuviera delante para retorcerle el cuello. Cuanta más información tengo de ese tipo, mayores son mis ganas de mostrarle cuál es su sitio.

—¿Quieres que vaya a buscarlo y le parta la cara? Lo haré con gusto y te prometo que disfrutaré como nunca de ello —verbalizo en voz alta mis deseos.

—No, tranquilo, no hace falta. Solo necesitaba desahogarme, casi todas mis amistades son de su mismo entorno. Lo que más me jode es que necesitaba el curro para pagar el alquiler del apartamento y voy bastante al día. Tengo que darme prisa en encontrar algo si no quiero que me echen también de allí. No es fácil compatibilizar un trabajo con mis clases en la universidad...

—Conozco un tipo que acaba de abrir un local y que tal vez necesite a alguien para los fines de semana —comento, alzando las cejas, y le ofrezco un puesto de trabajo en el Sanctuary. Si todos son como el anterior, no nos vendrían mal un par de manos más—. Además, para trabajar aquí, no hace falta que vengas disfrazada —bromeo, en alusión a la falda recta y la blusa de color beige que lleva, en plan rollo ejecutiva, y que contrasta tanto con la indumentaria con la que estoy acostumbrado a verla.

—¡Shauna, tenemos chica nueva en la oficina! —anuncio a gritos, ante la estupefacción de Krystal. No dejo que responda, como bien ha dicho, no tiene muchas más opciones que la que acabo de ponerle en bandeja.

Me levanto, tras golpear su rodilla de manera amistosa, cedo mi sitio a la que va a ser desde hoy su nueva compañera y me pierdo escaleras arriba, hacia el piso superior, a continuar con las obras allí, para convertirlo en un entorno más o menos habitable.



Krystal se adapta bien a su puesto. No sé si ha trabajado alguna vez como camarera, pero no se le da mal. En unas cuantas semanas, se desenvuelve por el local con la misma soltura que el resto.

Es viernes, apenas queda ya nadie en el local y hemos empezado a recoger. Krystal está recuperando los vasos que hay por las diferentes mesas mientras yo me encargo de meterlos en el lavavajillas. Estamos a punto de cerrar, por eso me extraña tanto que se abra la puerta y que alguien pretenda entrar a estas horas.

Giro la cabeza hacia allí y no me gusta ni un pelo quien aparece al otro lado. Aunque me jacto de que el Sanctuary está abierto para todos, me encantaría echarlo a patadas. Mi cuerpo entero se tensa y vigilo cada uno de sus movimientos. Que esté aquí no presagia nada bueno.

En cuanto localiza a Krystal, su exnovio se encamina directo hacia ella. Hablan. Desde aquí no puedo escuchar lo que dicen, pero estudio al detalle los rasgos de quien se ha convertido en mi camarera favorita, por si tuviera que intervenir.

—¡He dicho que vengas a hablar conmigo! —alza la voz cuando Krystal hace mención de marcharse de su lado. Su tono amenazante llega con total nitidez a mis oídos.

Le agarra la muñeca con brusquedad y hace que la bandeja en la que llevaba los vasos se caiga al suelo y muchos de ellos se rompan. Ese gesto, ese ruido, evoca demasiados recuerdos en mi mente y, antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, salto de detrás de la barra y me planto junto a ellos en un par de zancadas.

Retuerzo el brazo de su ex para que libere a Krystal de su agarre y, en cuanto lo hace, lo empujo contra la pared, lo zarandeo y lo golpeo sin piedad, dando rienda, por fin, a todas las ganas acumuladas de vengarme de él. Cierro una de mis manos en torno a su cuello, aprieto más y más hasta dejarlo sin respiración.

—Ya vale, Tyron, déjalo, por favor. No merece la pena —me pide ella. A pesar de que le tiembla la voz, lo hace sin elevar el tono. Posa una mano sobre mi hombro, del mismo modo en que lo hizo aquella vez.

Las comparativas son inevitables. Me convierto en ese ser despreciable, un asesino implacable a quien no le importan las consecuencias de llevarse a alguien por delante. Soy un jodido monstruo, mucho peor de lo que fue mi padre.

Lo retengo un poco más, mi instinto animal quiere ver cómo se ahoga, quiere disfrutar con su muerte, pero la mirada vidriosa de ojos verdes de Krystal me devuelve de nuevo a la cordura, como hizo también entonces.

Lo suelto, no sin antes amenazarle. Cae de rodillas al suelo, se agarra el cuello, justo donde antes estaba mi mano y da ridículas bocanadas de aire, como si fuera un pez fuera del agua. Me regodeo durante unos segundos en la sensación de tenerlo sometido a mí. Me encantaría patearle las costillas y sentir el crujido de los huesos bajo mis golpes.

Inspiro hondo para desechar esos turbios pensamientos de mi cabeza, más propios de una bestia salvaje, y centro toda mi atención en Krystal, como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor, ni ese cerdo ni los tres o cuatro testigos que a punto han estado de ver cómo mataba a otro hombre.

—¿Estás bien, peque? —me intereso y le acaricio la mejilla con dulzura. Mi actitud con ella contrasta tan drásticamente con la que he presentado hace tan solo unos segundos que parezco el puto doctor Jekyll y Mr. Hyde.

Ella asiente y cuando obtengo su confirmación, me marchó, con los fantasmas de mi pasado pisándome los talones, a punto de darme alcance.

♪ ♪ ♪

Durante días, huyo sin éxito. No puedes escapar de algo que llevas dentro. No he conseguido dormir más de dos horas seguidas sin que las pesadillas me atormenten. Después de estar varios días desaparecido, tras mandar solo un mensaje a mi equipo para que se hicieran cargo del

Sanctuary, decido regresar. Estoy tirado en uno de los sofás, con la guitarra, tratando de que los acordes me proporcionen algo de alivio. No es fácil.

He estado a punto de matar a otro hombre, lo hubiera hecho si no me hubieran detenido. Soy un puto asesino. Los genes de mi padre son los mismos que los míos y ya han despertado. Mi destino está escrito. Voy a convertirme en un demonio como él y, visto el camino que llevo, puede que, incluso, lo supere.

—¿Qué haces aquí? Hoy no te toca trabajar —pregunto sin levantar la mirada de mis dedos. No me ha hecho falta hacerlo para saber que tengo a Krystal plantada a mi lado. De alguna forma, la he sentido, he percibido esa energía que la rodea, tan pura y diferente al aura oscura que emito yo.

La he evitado a toda costa, a ella más que al resto, por eso había escogido este día para regresar aquí. Se suponía que no iba a verla.

—Me aburría en casa. —Ahora sí, alzo la vista porque semejante estupidez no se la cree nadie. Me cuesta, tengo miedo a enfrentarme a la verdad, a leer la decepción en su mirada—. Estaba preocupada por ti —se sincera—. ¿Estás bien?

Resoplo y vuelvo de nuevo a rasgar las cuerdas de la guitarra, no sé en qué momento he dejado de hacerlo.

—Supongo que mejor que tu ex, después de que casi lo mate. Sabes que, si no me hubieras detenido, lo habría hecho, ¿verdad?

Asiente y ocupa el lugar libre a mi lado. Su mano me acaricia el brazo con suavidad, sin cesar de mirarme. Escueto dentro de sus ojos, pero no siento que me juzgue. Algo más relajado, regreso la atención al instrumento. Krystal se interesa por mi afición a la música.

—¿Tocas solo versiones o también compones? —me pregunta. La he visto tararear alguna de las canciones que he interpretado.

—De todo un poco, según el momento.

—¿Y también cantas?

—A veces —me sincero. No es algo que suela hacer delante de nadie.

—¿Me cantarías algo? —solicita con un brillo de ilusión en sus pupilas al que no puedo negarme.

Sonrío y acabo regalándole un concierto íntimo, solo para sus oídos, con alguna de las canciones que compongo para mí mismo, con esas notas que sangran gotas de mi alma. Creo que es la primera vez que canto delante de alguien. Una vez más, no me importa descubrirme ante ella.

—Guau, ha sido intenso —exclama cuando finalizo mi pase privado.

Vuelvo a sonreír ante su comentario. Lejos de sentirme expuesto, vulnerable, lo que experimento es cierta liberación, como si hubiera soltado lastre.

—Estoy algo cansado —confieso y, tras dejar la guitarra a un lado, me recuesto en el sofá.

—¿Por qué no subes arriba y te acuestas un rato? Ya me ocupo yo del bar —se ofrece al ver que cierro los ojos y me froto las sienes con fuerza. Me duele la cabeza por la falta de sueño.

—No hace falta, no podría dormir.

—¿Pesadillas? —inquieta, aunque ambos sabemos la respuesta. Hemos compartido muchas noches dentro de las paredes del mismo apartamento.

—¿Tú ya no tienes? —me interesa.

—Cada vez menos. Lo cierto es que, desde tu regreso, han disminuido en frecuencia. —No sabe cuánto la envidia.

Alza uno de sus brazos para pasarlo por detrás de mis hombros y me acaricia el pelo con ternura. Creo que nadie me había tocado de esta forma, salvo mi madre y mi hermana. No es un sentimiento que suela despertar en la gente que me rodea. Dejo que mi cabeza resbale sobre ella, me apoyo en su hombro y respiro su aroma.

—Hueles tan bien. La mezcla del perfume que usas y el aroma de tu propia piel es tan... agradable —suelto sin filtro. Arrastro las palabras sin ser muy consciente de lo que digo.

De pronto, Krystal se incorpora y siento como si me hubieran despertado con una bofetada. He debido de decir algo que la ha incomodado. Intento retroceder para saber qué ha causado semejante reacción, pero mi cerebro está algo abotargado.

—Vamos arriba, necesitas dormir —ordena mientras tira de mi brazo y me obliga a incorporarme del sofá.

—Pero... ¿y el bar?

—Acabo de cerrar. Venga, vamos —me apremia.

—¿Te quedarás conmigo? —No es una pregunta, sino una súplica.

Necesito con auténtica desesperación transportarme a ese lugar, al remanso de paz que me ofrece y que parece que solo encuentro con ella, al refugio junto a su cuello, mientras sus caricias van silenciando mis demonios.

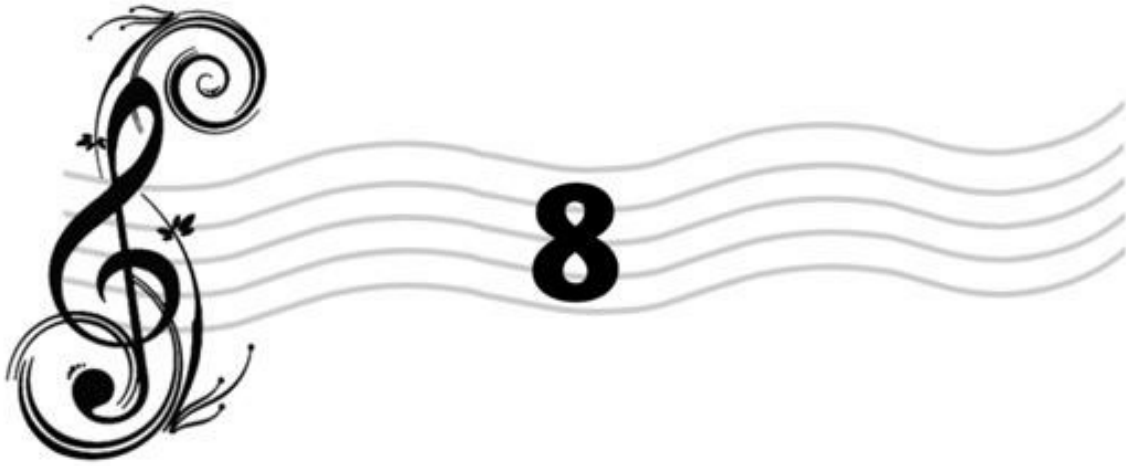
Me desnudo de manera automática y, solo con un bóxer ajustado de color negro, me introduzco bajo las sábanas. Krystal cambia su vestimenta por la camiseta de la que me acabo de desprender, amplia y mucho más cómoda que la ropa que llevaba, y se tumba junto a mí.

Me acurruco a su lado, le rodeo el cuerpo con un brazo, que descansa sobre su vientre, y dejo que la cabeza repose sobre su hombro, con los labios rozando la piel de su cuello.

—Gracias, Krys —susurro justo en ese punto. Ella se revuelve y ahoga una carcajada, creo que, al hablar, le he hecho cosquillas. Sonrío. Me encanta ese sonido.

—Descansa, yo cuidaré de ti y velaré tus sueños —murmura con los dedos perdiéndose entre mi pelo.

Y lo hace. Sus palabras me arrastran hacia el ansiado descanso. Los fantasmas regresan, están cerca, me acechan, llaman a mi puerta, pero, esta noche, ella no los deja entrar.



Cómo algo tan jodidamente perfecto se ha podido torcer tanto

Los meses pasan volando. La Navidad está cerca y el Sanctuary lleva ya seis meses abierto. Jamás, ni en mis mejores sueños, habría imaginado que pudiera funcionar tan bien. Se ha convertido en un referente en el sector. Por fin parece que la vida me sonríe, cuando nunca creí que pudiera tener reservado algo positivo para mí. Estoy orgulloso de lo que he conseguido, mi hermana Zoe también lo estaría, al ver que, gracias a su sacrificio, he podido llegar tan lejos.

Todo se lo debo a Krystal, a la dueña de esa mirada verde que me desestabiliza tanto y a la vez me da tanta paz, que me obligó a abrir los ojos y me hizo ver lo gilipollas y egoísta que fui. A estas alturas de la película no tiene sentido que niegue que se ha convertido en una persona muy especial para mí. Ella, las otras dos camareras del bar y yo, formamos una peculiar familia.

Es 24 de diciembre, Nochebuena —y mi cumpleaños, aunque eso procuro pasarlo por alto—, una noche especial para muchos, para pasarla entre risas, con amigos y familia alrededor de una mesa repleta de comida.

También hay muchos otros, a los que la gente trata de ignorar, como si no existieran, para los que estas fechas no hacen más que intensificar las desgracias de su día a día y recordarles que están solos. El Sanctuary es un refugio para los desarraigados, empezando por el que está al frente del local y, como tal, voy a pasar la noche en el bar, como si fuera cualquier otra noche, intentando que la gente olvide que, lo que para unos es una fecha señalada, para otros es una de las noches más tristes del año.

Ni adrede hubiera podido escoger un mejor equipo para acompañarme: Shauna huyó de su

familia hace mucho, no tiene a nadie, como yo, y a la tía de Krystal le toca turno en el hospital, así que pasaremos la noche juntos.

Durante la tarde, tenemos la visita de varios clientes que han decidido empezar la fiesta antes de reunirse con sus familias, pero, pronto, nos quedamos solos. Una pizza precocinada y una botella de vino constituyen nuestra cena. Después, barra libre de licores, a cargo del dueño del local, caldean la noche.

Todavía a solas, me ocupo de la música. Escojo una canción y Shauna no tarda en arrastrar al baile a su amiga y compañera. Me gusta el vínculo que se ha formado entre las chicas, en cuestión de pocos días, Leslie y Shauna aceptaron a Krystal como una más y, poco después, las tres se hicieron íntimas. Criticar al capullo de su jefe les ha ayudado a tejer lazos. Espero que su relación de amistad perdure más allá del bar.

Al ver cómo sus cuerpos se mueven al ritmo de la música, decido ir un paso más allá y la siguiente canción que suena a través de los altavoces es un poco más... sugerente. Desinhibidas por el alcohol, se ríen y se contonean, rozando sus cuerpos. Para ellas solo es un juego, sin embargo, no voy a negar que el espectáculo que me están brindando me excita. Shauna lo sabe y por eso me dedica una sonrisa pícaro y me invita a que me una a la fiesta. No lo dudo ni un puto segundo, pongo la música en modo aleatorio y, tras beber lo que me queda en el vaso de un trago, abandono la barra.

Me coloco detrás de la morena, poso las manos en la cintura y ella, con toda la intención del mundo, se restriega contra mi cuerpo de manera lasciva, cuando no necesito demasiada provocación para entrar en la partida, de lo que da buena cuenta el bulto que le clavo en el trasero.

La giro hacia mí, la fuerzo a que me mire y la beso en la boca, con ansia, con lujuria, como hemos hecho tantas otras veces. De pronto, siento una sensación que me da frío y me centro en la otra persona que está con nosotros. Hasta ahora, no le he prestado atención, pero en ningún momento he olvidado su presencia. Va siendo hora de que le ponga remedio.

Leo en sus ojos verdes que se quiere marchar, que no está cómoda con la situación, que cree que sobra en esta ecuación. Sin embargo, no pienso permitir que lo haga. Desde aquella noche en la que inauguramos el local, no nos hemos vuelto a acostar, aunque hemos compartido varios momentos mucho más especiales que rebasan con creces lo que supone el sexo para mí. La agarro por la muñeca y la atraigo hacia mí. Mis labios recorren los suyos, pidiéndole permiso para que me dé acceso al interior de su boca y deje que nuestras lenguas sigan bailando al ritmo de la música que suena de fondo. Sigue tensa, mi beso no consigue relajarla, tendré que esforzarme más. Me deleito unos segundos con su mirada, me acerco a su oído y le susurro, rozando su oreja con los labios:

—Tranquila, déjate llevar y disfruta. —Termino mi discurso mordisqueando con suavidad el lóbulo de la oreja.

Shauna está de acuerdo en que incluyamos a Krystal en el juego y colabora para arrancarle la timidez. Se sitúa tras su amiga y arrastra su camiseta hacia arriba, despacio, para darle tiempo a que se niegue si no quiere continuar. No lo hace, así que se la saca por la cabeza y deja su torso semidesnudo expuesto ante mí. Lo acaricio con la mirada mientras su amiga desliza las manos por los costados. Mi polla da un respingo dentro de los pantalones y se me seca la garganta, como si mi saliva se hubiera vuelto arena.

No tiene pinta de que podamos parar esto antes de que acabe la partida, así que, en un momento de lucidez, recuerdo que el bar está abierto y que, en cualquier momento, alguien puede entrar. Cambio de opinión y lo cierro, no quiero que nada ni nadie nos interrumpa.

—Vamos arriba, hoy no abrimos —les informo, cojo una botella de licor y me encamino hacia las escaleras.

A Shauna le sorprende mi invitación, nunca la he llevado al apartamento de arriba, es terreno prohibido. Ella y yo siempre hemos follado en el almacén, en los baños o en el callejón de atrás.

Una vez dentro de la habitación, Shauna se desprende del vestido, no lleva sujetador y ver sus pechos desnudos, redondeados e incitantes, coronados por dos puntas inhiestas, me pone todavía más burro. Derramo parte del contenido de la botella entre sus tetas y lo lamo con avidez, me quema la garganta, pero no es por el licor, sino por el calor que emana su piel al entrar en combustión con mi lengua. Invito a Krystal a que pruebe el elixir directamente de su amiga. Aunque en un primer momento, duda, accede. Por fin empieza a soltarse. A ella también le excita este juego. Ver su lengua recorriendo la piel de Shauna es una de las imágenes más eróticas que he tenido el gusto de contemplar en mi vida.

Me sobra toda la ropa que me impide llegar a su piel, así que me deshago de ella. Recorro con los dedos la parte externa de sus muslos, aproximándome más a su cuerpo, de tal forma que pueda sentir la presión de mi miembro, todavía encerrado dentro del pantalón, contra su culo. Su respiración se acelera.

Krystal se gira para quedar frente a mí, estudia mi torso con las manos, me observa con ojos hambrientos y consigue que me excite más, si acaso eso es posible. Dejo que me quite la camiseta mientras Shauna se abre hueco entre nosotros, se arrodilla frente a mí y se deshace de mis pantalones y de la ropa interior. Libera mi polla y la lame despacio para después llevársela a la boca, arrancándome un jadeo. Enrosco su melena alrededor de la muñeca para guiar sus movimientos a un ritmo que no me haga acabar antes de empezar, mientras con la otra estimo uno de los pezones de Krystal y beso el arco de su mandíbula, sintiendo cómo sus gemidos vibran sobre mis labios.

Obligo a Shauna a alzarse y empujo a su amiga hacia la cama. Cae y queda postrada bocarriba, completamente desnuda y expuesta para nosotros, expectante ante lo que va a suceder a continuación. Enfundo mi erección en un preservativo y me centro en la chica morena. De momento.

Hago que se coloque de rodillas, con las piernas enredadas entre las de Krystal y, tras apartar su tanga a un lado, me introduzco en ella de una firme estocada. No parece que le moleste mi ausencia de delicadeza.

Me humedezco dos dedos que llevo hacia el sexo de Krystal, aunque no me hubiera hecho falta, está empapada. La acaricio y la penetro con mis falanges, con el mismo ritmo demencial con el que embisto a su amiga. Los gemidos de una suben de volumen mientras la otra se arquea contra mi mano en busca de más placer. Mis ojos se pierden sobre la fémina que yace tumbada sobre el colchón. A pesar de que me inserto en Shauna con fuerza, una y otra vez, es a Krystal a quien realmente me estoy follando.

Shauna grita cuando el orgasmo la sacude, sin embargo, su liberación me llega de forma amortiguada, solo tengo ojos y oídos para su amiga de cabellos castaños y ojos verdes que exhala

su placer contenido, se muerde el labio inferior, cierra los ojos y se deshace entre mis dedos.

Una vez satisfecha, la morena recoge su ropa y, tras despedirse de nosotros con un beso húmedo, abandona la habitación y nos deja a solas, cosa que le agradezco enormemente. Soy un egoísta y quiero disfrutar de Krystal solo para mí, sin compartir su cuerpo con nadie más.

Desecho el condón y lo cambio por otro. Me tumbo bocarriba, junto a ella, y la insto a que se sitúe sobre mí, a horcajadas. La sujeto por las caderas para dirigir su cuerpo e introducirme en ella. Lo hago de una forma mucho más lenta y mucho más cuidadosa de lo que he hecho con su amiga. Quiero recrearme en sentir cada puto milímetro de mi polla abriéndose paso dentro de ella.

—Córrete, nena —la animo mientras la devoro con una mirada insaciable.

Krystal comienza a cabalgarme, deslizándose arriba y abajo sobre mi envergadura, ajena a todo lo que no sea obtener su propio placer. En este momento, no necesito que piense en mí, verla gozando de esta manera es suficiente estímulo. Su coño ejerce la presión justa sobre mi verga y me va a hacer estallar dentro de nada. Mi nombre se escapa entre sus jadeos entrecortados cuando alcanza la cima y se derrumba, exhausta, sobre mí. No sé cómo, pero todavía aguanto.

La arrastro conmigo cuando me giro para quedar de nuevo sobre ella y recupero el control. Todavía siento los espasmos de sus músculos internos cuando vuelvo a moverme dentro de ella, esta vez mucho más despacio. Su sexo está muy sensible en este instante y le doy un pequeño respiro para que se recupere.

Sin llegar a descender del todo, su excitación enseguida vuelve a estar arriba. Araña mi espalda y me pide más. Aumento la velocidad y la potencia de mis envites, esta vez sin poner límites, hasta el final. Un gruñido gutural, casi animal, brota de mi garganta cuando siento la descarga que precede al orgasmo y me corro, llevándola de nuevo conmigo, casi como si estuviéramos sincronizados.

Ato un nudo en el extremo del preservativo y me deshago de él, antes de dejarme caer a su lado, agotado. Abrazo su cuerpo, todavía desnudo, que sigue el ritmo de su respiración errática y busco de nuevo mi refugio, ese lugar junto a su cuello, dejando que sus caricias me inciten a ese sueño que nunca llega cuando no estoy con ella.

—Te quiero —susurra ella, con voz adormilada.

Dos palabras, dos putas palabras que me despejan de golpe. Me levanto, como si acabara de darme un puñetazo en el estómago y la miro, con una mezcla de pánico y rabia. Mierda, yo no quería esto, nunca lo he querido.

Mi súbita reacción también parece arrancarla del estado de somnolencia en el que estábamos sumidos.

—No te equivoques conmigo —le advierto—, no pretendas más de mí de lo que realmente hay. Eres mi amiga, eres una persona muy especial y daría mi vida por ti sin dudarlo. Pero esto es solo sexo —miento—, sexo muy bueno, pero solo sexo. No soy lo que buscas y no puedo darte lo que quieres.

«Solo sexo», me repito a ver si así logro creérmelo. He tratado, por activa y por pasiva, de convencerme de que lo que me une a ella es únicamente un reflejo del nexo que tenía con mi hermana, de que su pérdida nos ha acercado, haciendo que duela menos, pero hay mucho más

aparte de eso. Nunca antes he sentido lo que la dueña de esos ojos verdes despierta en mí y, aunque podía intuir lo que ella sentía, escondido detrás de sus pupilas, que lo haya dicho en voz alta, lo cambia todo.

¡Joder! ¿Cómo se ha podido torcer tanto esta noche? Aunque jamás lo admitiré, sé que también me estoy enamorando de ella. Sin embargo, no me lo puedo permitir. No es bueno, destrozó todo lo que me importa y, ahora mismo, Krystal me importa demasiado. No puedo hacerle esto, no se lo merece, tengo que aniquilar estos sentimientos que fluyen entre nosotros antes de que sea demasiado tarde.



Ódiame, porque quererte nos va a destrozar

Estoy maldito. Es algo que sé desde el día en que nací. Íbamos a ser dos, pero solo yo sobreviví, le arrebaté la vida a mi otra mitad. Después perdí a mi madre, luego a mi hermana y ahora... Ahora no puedo perderla a ella, por eso tengo que cambiar lo que siento por mí, tengo que aniquilarlo antes de que sea demasiado tarde. Dicen que del amor al odio solo hay un paso y tengo que empujarla para que lo dé.

Me comporto con ella como lo que soy, un auténtico cabrón, ese que ella es incapaz de ver, emborronado tras lo que cree sentir, aunque la cosa no parece funcionar. La puteo constantemente, le hago la vida imposible, incluso la empujo a que renuncie a su trabajo y busque otra cosa para alejarla de mí. Sin embargo, no veo ni odio ni resentimiento en su mirada, solo tristeza. Y eso me está matando. Lo que sí se incrementa es mi propia aversión hacia mí mismo. No puedo permitirme flaquear, no ahora que ya he puesto en marcha mi plan. Echarse atrás sería un suicidio.

Aunque no pregunto, tengo buen oído. Sé, gracias a los fragmentos de las conversaciones que escucho entre las chicas, que Krystal ha encontrado trabajo, de camarera también, muy cerca de la universidad en la que estudia y que, además, ha decidido abandonar su apartamento para mudarse con ellas y no perder la buena relación que nació en el bar. Me alegro mucho de ello, al menos sé que no está sola y que cuenta con un gran apoyo.

Puede que la distancia nos venga bien, ella se alejará de aquí y conseguirá olvidarme. Ojalá se cruce otra persona en su camino para acelerar el proceso. Una buena, una que se la merezca, no un puto renegado como yo.

Yo, en cambio, tengo la certeza de que jamás me la podré sacar de aquí, de mi pecho, se me ha clavado demasiado adentro. Pero lo que yo sienta, lo que yo quiera, siempre ha sido

secundario y mucho más ahora, que dejarme guiar por esto que me palpita dentro del corazón, supondría su condena.

Ahora que no la tengo a mi lado, que no puedo recurrir al bálsamo de paz que me suponía el rincón junto a su cuello, las pesadillas, esas que nunca terminaron de irse, han regresado con más fuerza. Están descontroladas. Incluso en alguna aparece ella, como un perverso presagio de lo que podía haber ocurrido si siguiera a mi lado, lo que hace que aún me reafirme más en la decisión tomada.

Cada vez duermo menos y descanso peor, lo que se traduce en un humor de perros que hace que mi compañía resulte insoportable. Hay veces que no me aguanto ni yo. Intento aplacar la ira desmedida que me corre por las venas, sustituyendo a mi sangre, con sexo y alcohol, pero no hay nada que consiga llenar el vacío desgarrador que siento en mi interior. Ni siquiera la guitarra, mi fiel amiga, esa que no me abandona nunca, me sirve de ayuda.

Me centro en el trabajo, aunque no siempre es fácil. Hace poco, Krystal ocupaba este mismo espacio y todavía siento aquí su presencia. Como ya tenía en mente en un inicio, cuando reabrí el Sanctuary, lo he convertido en una sala de conciertos. Cerrar contratos con los diferentes grupos, negociar sus honorarios y cuadrar fechas es un entretenimiento que me mantiene bastante ocupado y me viene de perlas para no pensar en ella.

Hoy, sin ir más lejos, tenemos la actuación de un grupo que me ha traído de cabeza durante los dos últimos días para dejar todo a punto. He estado liado con gestiones y arreglos para que, ahora, dentro de unos minutos, solo me quede disfrutar de su música. Sé que está todo controlado, por eso he empezado la fiesta hace... no sé cuántas cervezas llevo ya.

«Soy gilipollas», pienso en cuanto veo a Krystal cruzar las puertas del local. ¿Cómo no he caído antes en que existía la posibilidad de que ella viniera a un concierto de uno de sus grupos favoritos? ¿En qué demonios estaba pensando cuando los contraté? «En volver a verla», me responde una voz tocapelotas que se cree más lista que yo.

¿Cómo no iba a venir? Han pasado ya seis meses y sé que ella está bien, que parece haber dejado atrás «lo nuestro», sea lo que fuera, y sigue adelante con su vida. Eso me demuestra lo fuerte que siempre ha sido. De mí no puedo decir lo mismo, de nuevo estoy anclado en un pasado que me hunde más en mi propio pozo de miseria.

Mis sentidos, a pesar de estar algo abotargados por el alcohol, la han detectado en cuanto ha pisado el local, como si la rodeara un aura de luz que destaca por encima del resto de gente que llena la sala. Lleva su característica melena castaña suelta, que cae en cascada sobre sus hombros. Viste un corpiño de color negro con adornos rojos, que parece haber sido diseñado exclusivamente para su cuerpo, y un pantalón vaquero. Está perfecta, como siempre.

Cambio la cerveza por algo más fuerte y la contemplo durante un rato, hasta que el alcohol consigue adormecer la molesta voz que me dice que acercarse a ella no es una buena idea. Mis pies se mueven por inercia, como atraídos por una fuerza ajena a mí, y para cuando me doy cuenta de que estoy andando, ya me encuentro a su lado, más concretamente, a su espalda.

—Mañana probablemente me arrepienta, pero hoy te necesito —susurro en su oído, para que me escuche por encima del barullo. Es la verdad más absoluta que he soltado nunca.

—¿Estás borracho? —me pregunta y clava sus ojos en mí. Una cálida mirada de color verde suficiente para derretir mi coraza y hacer que me rinda a algo que sé que me va a resultar muy caro, demasiado. Algo que nos va a destrozarnos a ambos.

Apoyo la mano sobre su cadera, como hice aquella primera vez en este mismo lugar, cuando no éramos más que dos desconocidos que compartíamos a la persona más importante de nuestra vida. Esta vez, soy más osado y cuelo mis dedos por debajo de la cintura del pantalón, necesito sentir su piel y que su calor consiga templar el frío que llevo meses sintiendo. Mientras espero que, en cualquier momento, me detenga y me dé la hostia que me merezco, disfruto de su contacto como si fuera la última vez. No lo hace, me permite gozar de lo que tanto he extrañado durante este tiempo, quizá sepa leer en mis ganas que me hace falta incluso más que el oxígeno que respiro.

—Gracias —musito, acercándome más aún. La rodeo con mi cuerpo y expulso hasta la última brizna de aire que osa interponerse entre nosotros.

Krystal se hace la dura y trata de ignorarme. Se centra en la música, como si yo no existiera, como si no le afectaran mis brazos alrededor de su cuerpo, y se mece al ritmo de la melodía. Sin embargo, sé que no le soy indiferente, lo siento en la piel que se eriza bajo mi roce y en su respiración, levemente agitada.

—Baila para mí, nena. —Mi voz sale ronca. Me aprieto más contra ella, necesito que nos fundamos en uno solo, esto todavía no es suficiente.

Decido dar un paso más y dejo que mi mano resbale, que busque hueco bajo el elástico de su ropa interior y que se pierda hacia su monte de Venus. Voy más allá, juego a tentarla y acaricio sus pliegues que empiezan a empapar mis dedos. Azorada, reprime un gemido y mira a su alrededor, por si alguien pudiera descubrir lo que le estoy haciendo. Sin embargo, la oscuridad de la sala se convierte en nuestra aliada.

Sus pupilas dilatadas se han comido parte del iris y me cuentan que está excitada. El estar haciendo algo prohibido en un lugar público alimenta todavía más el morbo. No me importa que nos vean, pero aquí, delante de todos, no puedo hacerle todo lo que quiero.

Me la llevo al almacén. En cuanto cierro la puerta con llave desde dentro, nos entran las prisas, explota el deseo acumulado durante estos meses que nos hemos mantenido alejados. No es solo cosa mía, el sentimiento, la necesidad, es mutua.

Nuestras bocas impactan con una fuerza arrolladora, necesitamos bebernos. Somos dos naufragos a la deriva que por fin han encontrado su tabla salvavidas. Le bajo los pantalones y la alzo hasta que queda apoyada en un saliente de la estantería. Ella, con la misma ansiedad que yo, me desabrocha los vaqueros y libera mi polla. Aparto la ropa interior, la hago a un lado y me clavo en ella con una primera estocada brusca que le arranca un grito que queda ahogado por las paredes del pequeño cubículo en el que estamos y que nos deja sin respiración a ambos.

Desesperación. Si tuviera que elegir una palabra para describir este polvo, sería esa. Mis envites son fuertes, enérgicos. Me convierto en una bestia salvaje entre sus piernas. Pronto, el saliente sobre el que se apoyaba, me sobra. La sostengo a pulso, en el aire, agarrando con firmeza sus glúteos, acercándola más a mí en cada embestida. Quiero fusionarme con ella para convertirnos en uno solo.

Krystal jadea, gime y grita sin control, incapaz de seguir mi ritmo demencial. Se rinde al placer, se corre y me arrastra con ella. Con la respiración errática, apoyo mi frente sudorosa sobre la suya, aún en su interior. No me apetece salir de aquí, me quedaría a vivir para siempre dentro de ella.

—Necesito más de ti —confieso con la voz rota y los ojos cerrados.

Tras permanecer unos minutos así, en esa misma postura, todavía enterrado en ella, sin separarnos ni un puto milímetro, me retiro. Una brutal sensación de abandono me asola cuando salgo de su cuerpo. Me visto y le ayudo a ella a hacerlo, en silencio, pero buscando constantemente su contacto. Tan solo se oyen nuestras respiraciones y el tronar de mi corazón.

No le pregunto, no le doy opción a que decida, a que mi idea no le parezca bien. Ahora mismo no podría soportar una negativa y que se marchase. He dicho que esta noche la necesitaba y la velada no ha hecho más que comenzar. Hoy nada más importa, excepto nosotros dos. El mundo ya puede arder a nuestro alrededor, que me daría igual. Mañana... mañana será otro día.

La guio hasta el piso superior, a mi habitación. Por el camino, alguien intenta detenerme, como dueño del local, soy bastante conocido y quieren saludarme. Sin embargo, los ignoro, para mí no existe nadie más que ella.

Krystal toma asiento al borde de la cama. Me quedo unos segundos en pausa, como si se hubiera detenido el tiempo, y me dedico a observarla. Me atrae hacia su posición, agarra el cierre del pantalón y baja la cremallera. Me acaricia la polla, que se alza a media asta, y se la lleva a la boca. Lame despacio, toda la sangre se acumula en ese punto y se endurece dentro de su boca. Gruño de puro gozo. Sin embargo, no es esto lo que necesito, por mucho que me guste lo que me está haciendo.

La aparto con delicadeza. Ella me mira con cara de no entender nada. Tampoco se lo explico, enseguida va a descubrir para qué la quiero esta noche. La recuesto sobre el colchón y, muy despacio, comienzo a desnudarla de nuevo. La dejo únicamente vestida con su propia piel y hago lo mismo conmigo.

Me acomodo junto a ella, la abrazo y dejo mi cabeza apoyada en su lugar especial, en mi refugio, en ese hueco junto a su cuello que parece creado expresamente para mí, con mis labios casi acariciando su piel. La respiro, beso ese punto y cierro los ojos.

—Gracias —susurro y ese sueño que durante estos meses se negaba a llegar, me abraza con fuerza, casi sin enterarme.

Sus caricias, con sus dedos perdiéndose entre mis cabellos, son lo último que siento antes de dormirme.

♪ ♪ ♪

Un agradable cosquilleo sobre el costado derecho me despierta. ¡Joder! Hacía años que no dormía tan bien. Abro los ojos, con pereza, y me topo con las yemas de los dedos de Krystal acariciando el tatuaje de la pantera. Estudia con demasiado detalle la marca del disparo que se esconde bajo la tinta y me tenso sin querer.

—¿Todos tus tatuajes ocultan cicatrices? —me pregunta.

—No, no todos. El del brazo, el primero que me hice, fue un simple acto de rebeldía para joder a mi padre —confieso con una sonrisa que se tuerce en una mueca de nostalgia al recordar aquella época en la que pensaba que solo con esa tontería podía vencerle.

—Me encantaría poder eliminar el dolor que todavía te producen esas cicatrices —expone con sinceridad sin dejar de tocarme.

—Lo creas o no, ya lo haces —admito, porque es la puta realidad. Cuando la tengo a mi lado, la vida me duele menos.

Ahora que he conseguido descansar algo y que el alcohol ya no abotarga mis sentidos, su cuerpo desnudo me tienta, llama a mis dedos que no dudan ni un segundo en recorrerlo como si estuviera tocando una canción perfecta.

Krystal contiene el aliento mientras noto su cuerpo despertar ante mis caricias. Hemos cambiado de posición y me encuentro a su espalda, pegado a ella, sin nada que se interponga entre nosotros, piel con piel. Mis manos se pierden por su anatomía. Mis dedos la penetran, despacio, muy suave, sin prisa, y ella se restriega, en busca de más fricción, aprisionada entre mi mano y mi cuerpo. Roza el culo contra mi polla y me lleva al delirio, soy capaz de correrme solo con esto, sin embargo, prefiero volver a perderme dentro de ella.

Me separo lo imprescindible para buscar un condón, me lo coloco en tiempo récord y me introduzco en ella, desde atrás, sin cesar ni un solo instante de estimularla. Aumento la intensidad de mis movimientos conforme crece también la necesidad de alcanzar el clímax. Rujo en su cuello cuando estallo y, como si estuviéramos conectados, ella lo hace también, con una sincronía perfecta que alarga e intensifica durante unos segundos más mi propio orgasmo.

Mientras volvemos a perdernos entre caricias delicadas, soy azotado por una sensación brutal de somnolencia a la que no me quiero resistir, así que, simplemente, me dejo llevar. Estoy con ella, no hay peligro de que mis demonios acudan a molestarme, ella los mantendrá alejados de mí.

—Joder, nena, no sabes cuánto te he echado de menos —revelo, sin ser realmente consciente de las palabras que abandonan mi boca—. Te quiero. —Se me escapa sin darme cuenta.

Un par de horas más tarde, con una resaca de puta madre, la realidad del estúpido error que acabo de cometer me golpea sin compasión. La boca seca, el impresionante dolor de cabeza y el estómago revuelto acrecientan más aún la culpa. Me siento en el colchón y me tiro con rabia del pelo mientras hundo la cabeza entre mis brazos, con los codos apoyados sobre las rodillas. ¿Cómo he podido ser tan capullo de hacerle esto? Todo iba bien, Krystal me había olvidado y seguía con su vida y yo la he vuelto a joder, con mayúsculas. Hemos retrocedido a la casilla de salida y ya no sé si me quedan fuerzas para volver a jugar esta partida.

—Ahora es cuando llega el momento en que te arrepientes, ¿no? —pregunta, compungida, emulando mis palabras de la noche anterior. Se incorpora a mi lado e intenta acariciar mi espalda, pero la esquivo—. Dime, Tyron, ¿qué demonios significa esto? ¿Me vas a volver a ignorar hasta que quieras follar otra vez conmigo? —me suelta mordaz.

—No lo entiendes, para follar me sirve cualquiera. En cambio, para dormir, te necesito a ti, solo a ti. Eres la única capaz de mantener mis demonios a raya. No puedo darte lo que quieres de mí.

—¿Acaso sabes lo que quiero de ti? ¿Acaso te has parado a preguntármelo? —Se enfada y me grita. No la culpo, tiene todo el derecho del mundo a hacerlo. Ojalá me golpeará, sé manejar ese otro tipo de dolor mucho mejor que este que me parte el pecho en este momento.

—Peque, no te conviene estar conmigo, no quiero hacerte daño —expongo. «Todo lo que toco, todo lo que quiero, muere. Estoy maldito», me gustaría añadir, pero es una verdad tan demoledora que hasta me cuesta pronunciarla.

—¿Es que crees que tu indiferencia no me duele? —me increpa. Se ha puesto de pie y camina exaltada por la habitación, acompañando con gestos exagerados sus palabras. Supongo que es su forma de buscar una salida a toda la rabia que acumula dentro, a esa que yo he provocado.

—Se suponía que la cosa mejoraría cuando me olvidaras —descubro mi fabuloso plan, con resignación.

—¡Pero es que no quiero olvidarte! ¿Cómo voy a poder olvidarte si cada vez que estoy contigo acabo pasando la mejor noche de mi vida? Siento lo que dije, siento haberte dicho que te quiero, pero, o estás ciego o eres más imbécil de lo que pensaba, porque llevo enamorada de ti desde los diecisiete años.

No me hacía falta escucharlo en voz alta, sus ojos verdes me lo han dicho siempre, a pesar de que me había forzado a negar la evidencia. Si no lo verbalizaba, no era real. La abrazo, porque las lágrimas que resbalan por sus mejillas me están destrozando.

—Lo siento, nena. Te mereces algo mejor que yo.

—No quiero nadie mejor que tú. Quiero esto. —Nos señala. Está echando por tierra todos mis argumentos, suena tan convincente, tan tentadora, que estoy a punto de ceder. Sin embargo, sé que, si lo hago, la condenaría.

—Dame tiempo, ¿vale? —suplico.

Necesito meditar mucho sobre esto, con la mente fría, en perspectiva. Su mirada dolida, con los ojos enrojecidos, no me deja tomar la distancia que preciso para tomar la decisión correcta —o la menos mala—.

Le beso la frente con ternura y me marcho, pese a estar en mi casa. Tengo que alejarme de ella durante un tiempo, necesito volver a huir.



Una luz que se enciende al final del túnel

Llevo varias semanas mareando la perdiz y solo he llegado a una conclusión: necesito ver a Krystal. ¿Para qué? ¿Qué voy a hacer cuando la tenga frente a mí? No tengo ni puta idea. Ya me enfrentaré a eso más adelante. Así que, sin darle muchas vueltas, no sea que vuelva a arrepentirme, me planto en el apartamento que comparte con sus amigas, con la excusa tonta de que me acompañe a hacerme un tatuaje, uno que una los que ya tengo hechos, que, al fin y al cabo, son los que me definen.

Está... diferente. No puedo explicar el porqué, tal vez sea solo la añoranza de este mes y medio largo alejado de ella, pero la veo preciosa, casi diría que radiante. También permanece excesivamente callada y cada vez que mis ojos la buscan, esquiva enfrentarse a mi mirada. Creo que me oculta algo. Sin embargo, no voy a forzarla, le concederé el tiempo que necesite para contármelo cuando esté preparada. Al fin y al cabo, no soy el más indicado para exigirle nada, lleva seis semanas esperando una respuesta por mi parte y todavía no tengo muy claro qué voy a decirle.

Cuando salimos del estudio, le pido que sea ella quien conduzca de vuelta. El plástico con el que han cubierto la tinta de mi espalda me tira, la piel me escuece y, para qué voy a negarlo, tenemos por delante un buen rato de trayecto y quiero observarla para ver si consigo desentrañar el misterio que la rodea.

—¿Qué te pasa? Llevas todo el día distante —pregunto cuando llevamos ya varios minutos en la carretera. No aguanto durante más tiempo esa incógnita que está enturbiando la velada. No es lo que tenía planeado.

—Estoy embarazada —me suelta, de pronto, sin anestesia, con su mirada fija en el asfalto.

Se me seca la garganta, creo que hasta mi corazón se detiene durante un segundo y mi mente

es azotada por imágenes, por recuerdos, de un monstruo cayendo impune sobre un niño asustado.

—Creo que no te he escuchado bien. —«Por favor, que cambie su respuesta». De todos los escenarios posibles, no se me ocurre ninguno peor que este.

—Me has oído perfectamente. —Una puñalada lacerante me atraviesa el pecho. «No, joder, ahora no». Mi cerebro cortocircuita.

—¿Es mío? —Sí, soy un gilipollas y no podía haber escogido una pregunta más desafortunada que esta.

—¿De quién si no? —Su voz trasluce el enfado que mis dudas generan. Sin embargo, en vez de disculparme, la cago aún más, soy un experto en ello.

—Hombre, no controlo a quien te follas. —Desvía un segundo la vista de la carretera y me fulmina con la mirada—. ¿Vas a abortar? —Estudia en la universidad y aún es bastante joven, no creo que sea un buen momento para que sea madre, la interrupción del embarazo no me parece una idea tan descabellada. Si su respuesta es afirmativa, todavía tenemos una mínima esperanza.

—No, lo he meditado mucho y voy a seguir adelante —expone con aplomo y me cuenta unos problemas ginecológicos que no entiendo demasiado y que le podrían impedir volver a quedarse en estado. Está completamente segura de su decisión y nada de lo que le pueda decir va a hacer que cambie de opinión—. No te preocupes, no voy a pedirte ninguna responsabilidad, ni siquiera le diré a nadie que tú eres el padre. Solo quería que lo supieras, no podría vivir ocultándote semejante secreto.

Dejo escapar el aire con un suspiro de resignación. Esto despeja la incertidumbre que me ha traído hasta aquí, como si en un día nublado, las nubes se apartaran dando lugar a un cielo azul, nítido y brillante. Tengo más clara que nunca mi decisión: hasta aquí hemos llegado. Es una responsabilidad excesiva, no me puedo echar semejante carga a la mochila, no puedo correr el riesgo de que ese pequeño ser que crece en su vientre tenga que pasar por lo que yo pasé. Podría lidiar con mantener una especie de relación con Krystal, a tenor de que sé que saldría perjudicada, pero... ¿un bebé indefenso? Tengo que alejarlo de mí antes de que le haga daño, antes de que los genes que llevo en mi ADN me lleven a reproducir la historia de mi vida.

—Esto lo cambia todo, peque. Por mucho que me duela, será mejor que sigamos caminos diferentes —explico con tranquilidad. Aunque siento que me están desgarrando el pecho, tengo la certeza absoluta de que es lo que debo hacer—. El Sanctuary marcha bien, puedo pasarte pasta, me ocuparé de que no os falte de nada. —Obvio el hecho de que, si me pasara algo, el local sería suyo, necesitaba asegurarme de que caería en buenas manos y alguien seguiría mi legado, aunque es una información que no necesita tener por el momento, no tengo planeado morirme pronto.

—¿Me estás diciendo que esto es una despedida? —me interrumpe enfurecida, alzando la voz—. No lo entiendo.

—No hay nada que entender. No podría soportar haceros daño —confieso.

—¡Joder, Tyron! ¡No eres como tu padre! —me grita, perdiendo los papeles.

—En eso tienes razón, ya he demostrado que soy mucho peor —admito calmado, lo que aún parece cabrearla más.

La discusión se queda colgada en este punto. De pronto, los faros de un coche que invade nuestro carril nos deslumbran, viene directo hacia nosotros, de frente. En un acto reflejo, tiro del

volante hacia mí, con un giro brusco que nos aparta de su trayectoria, pero sin tiempo a frenar ni capacidad de reacción para corregir el rumbo y evitar el impacto contra el muro. Por suerte, soy yo quien se lleva la peor parte.

Abro los ojos, algo aturdido, y la busco. Mi única preocupación es ella. Me giro e intento comprobar su estado. Sin embargo, y, pese a tenerla a mi lado, me cuesta enfocar la mirada, no consigo verla con nitidez.

—Peque, ¿estás bien? —pregunto y mi propia voz me resulta extraña.

—Sí, me duele un poco el brazo, aunque creo que estoy bien. ¿Y tú? Hay demasiada sangre.

—Ahora sí —pienso, sin saber si realmente las palabras abandonan mi garganta.

Mi cuerpo parece formar parte del amasijo de hierros en que se ha convertido el coche. Duele y sé que la vida se me escapa por alguna herida abierta. Sin embargo, estoy en paz. Por primera vez en mi puta vida, me siento en paz. Al fin, una luz se abre paso en mi oscuridad. Esta vez no he fallado, me juré protegerla y lo he hecho. La he salvado. Los he salvado, a los dos, a ella y a esa pequeña semillita que, sin querer, planté en su vientre. Aunque me voy, dejo un buen legado.

Me gustaría sentirla una última vez. Extiendo el brazo y busco su mano. Krystal sostiene la mía y acaricia el dorso, una sensación cálida que consigue aplacar el frío que se va adueñando de mí. Es muy agradable poder marcharme así.

—Tyron, por favor, no te duermas, quédate conmigo... —Escucho su voz, cada vez más lejos.

«Tranquila, nena, no pasa nada, así está bien», quiero decirle, para calmar la angustia que percibo en su voz, pero no consigo mover mis labios. Mi cuerpo parece volverse más pesado y rebelde y ya no obedece mis órdenes. Todavía siento su tacto, aunque se va haciendo cada vez más tenue hasta que, simplemente, desaparece.

♪ ♪ ♪

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?». Mi mente está envuelta en una nebulosa gris que me imposibilita pensar con claridad, es como si estuviera dentro de un sueño. No siento mi cuerpo, a excepción de un leve roce sobre la mano, una caricia que me resulta familiar y que, de pronto, se me escapa. Aunque intento mover los dedos para retenerla, no lo consigo.

♪ ♪ ♪

Escucho una voz, a lo lejos, que se abre camino entre mis pensamientos, y me provoca un calorcito en el pecho. Cuando por fin consigo recordar quién es su dueña, un manto negro se cierne sobre mí. No pasa nada, ella está a salvo y, lo más importante, está a mi lado.

♪ ♪ ♪

Tengo algo en la garganta. Me molesta, quiero quitármelo, pero mi puto cuerpo no obedece. Hago acopio de todas mis fuerzas y lo muerdo. Entonces, me asalta una sensación de ahogo, me queman los pulmones, me mareo, la cabeza me da vueltas. Oigo unos pitidos a lo lejos, voces, gritos... No entiendo lo que dicen. Y, de pronto, todo vuelve a calmarse y la oscuridad me abraza.

♪ ♪ ♪

Otra vez percibo ese estorbo en la garganta. Sea lo que sea, tengo que arrancármelo. Vuelven las voces. Esta vez sí comprendo sus palabras.

—Tranquilo, es un tubo que te ayuda a respirar, no lo muerdas. En cuanto nos aseguremos de que puedes respirar por ti mismo, intentaremos quitártelo.

Trato de abrir los ojos, pero hay demasiada luz. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a esta iluminación cegadora. Mierda. Esto parece un puto hospital. Odio los hospitales. De pronto, múltiples flashazos asaltan mi cerebro: una discusión, los faros de un coche, un accidente y... unos ojos verdes. ¡Joder! ¡Krystal! ¿Dónde está? ¿Cómo está? Me estoy poniendo nervioso. No, nervioso no, lo que estoy es acojonado.

Me sacan lo que sea que tenía alojado en la garganta. Duele como si me acabaran de extirpar una parte de mi cuerpo en vivo. Me provoca un acceso de tos y siento como si me desgarraran todos los músculos del pecho.

—Muy bien, Tyron, coge aire, despacio. Así, eso es, muy bien. Ahora, descansa. Voy a avisar a tu amiga de que por fin has despertado.

«¿Mi amiga? ¿Se refiere a Krys? ¿Dónde está? ¿Cómo está? Por favor, que ella esté bien», pienso. No me da tiempo a intentar dar voz a mis preguntas antes de que todo se vuelva negro de nuevo.

♪ ♪ ♪

Alguien sostiene mi mano. El mero contacto me reconforta. Creo que es ella, deseo que lo sea. Aunque tengo miedo de que se trate tan solo de un sueño y que, cuando abra los ojos, se desvanezca, tengo que arriesgarme. Tengo que comprobar que, efectivamente, esa mano pertenece a Krystal y que ella está bien.

«¡Oh, joder, sí, es ella!», pienso, emocionado, en cuanto reconozco su melena castaña. Parece dormida, con la cabeza apoyada junto a nuestras manos enlazadas. Comienzo a deslizar el pulgar por el dorso de su mano. Es a lo máximo que aspira mi cuerpo inútil. Juraría que pertenece a otra persona si no fuera porque el dolor lo siento yo, uno intenso, como si un camión me hubiera pasado por encima, como si todas las palizas de mi padre se hubieran acumulado. Un dolor que, sin embargo, parece esfumarse en cuanto esos ojos verdes se posan en mí.

Por desgracia, enseguida me los arrebatan, una enfermera que percibo como si fuera la

persona más cruel del universo, la obliga a separarse de mí.

—Volveré luego —me promete con una caricia que me sabe a poco, pero me aferro a sus palabras como si fueran lo único que me pudieran mantener con vida.

♪ ♪ ♪

Los días se suceden y voy recuperándome. Paso más tiempo despierto, intento aguantar, al menos, durante el tiempo que duran las dos visitas diarias de Krystal. También estoy algo más centrado y empiezo a ser consciente de lo que me rodea. Siento que algo no anda bien, que mi cuerpo no funciona como debiera y no me refiero solo al dolor continuo que me atenaza y que a duras penas consigo mantener a raya a base de analgésicos. Cuando me visita uno de los médicos, decido preguntarle.

—Tuviste un accidente y quedaste atrapado entre los restos del coche. Estuviste a punto de morir, varias veces, y nuestra prioridad, en aquel momento, fue mantenerte con vida. Ya afrontaríamos el resto de lesiones si conseguías salir adelante —me cuenta—. El lado derecho de tu cuerpo se llevó la peor parte. Te seccionaste varios nervios del brazo y la pierna quedó muy dañada. A punto estuvimos de tener que amputarla por debajo de la rodilla. A duras penas, conseguimos salvarla y lo más probable es que te queden secuelas y que no recuperes la movilidad completa de ambas extremidades.

Eso explica por qué me siento así, incapaz de que la parte derecha de mi cuerpo responda a las órdenes que le da mi cerebro, como si se estuviera burlando de mí y en lugar de carcajadas, me lanzara cuchilladas que me hacen retorcerme de dolor.

—¿Y el dolor? ¿Cederá?

—Con un tratamiento adecuado, puede que podamos manejarlo, pero suele ser una consecuencia crónica en este tipo de lesiones.

No hago más preguntas, no sé si quiero saber más detalles sobre el futuro que me espera. El doctor tampoco añade más y me deja a solas. Inspiro con fuerza e intento asumir la información que me acaba de revelar: voy a ser un puto inútil el resto de mi vida y, encima, jodido de dolor.

Mi humor no es el más adecuado cuando llega Krystal. Sé que no es lo correcto, pero descargo parte de mi frustración con ella. Encima, hoy viene dispuesta a sacar la conversación que quedó interrumpida por el accidente. Hubiera dado lo que fuera para que esa parte fuera una invención de mi cerebro jugándome una mala pasada, pero, ¿a quién pretendo engañar? Mis ojos ya perciben los primeros cambios que experimenta su cuerpo, su vientre empieza a abultarse y sí, también tiene las tetas más grandes.

—Esto no va a cambiar nada de lo que dijiste, ¿verdad? —lo intenta, intenta que dé marcha atrás, aunque sabe de antemano que no va a tener éxito.

—No, lo siento. Esto no hace más que reafirmar la decisión que tomé. No quiero ser un peligro, pero tampoco una carga para nadie.

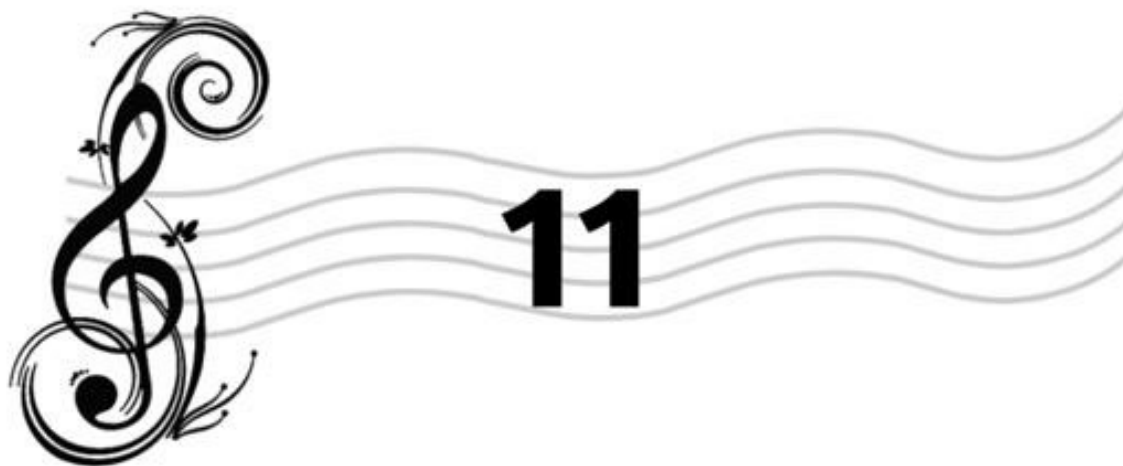
—Sabes que no me importaría cuidar de ti —insiste.

—Lo sé. Sin embargo, ahora tienes otras prioridades —digo y desvío la mirada hacia su vientre—. Sé feliz, Krys. Conmigo a tu lado no lo conseguirías.

—¿Podré volver a verte? —pregunta tras asumir mi negativa. Ahora solo le queda saber si esto vuelve a ser un «adiós» o solo un «hasta luego».

—Quizá más adelante. —No quiero negarle esa posibilidad ni cargarme sus esperanzas.

Por primera vez, el dolor físico, que se ha convertido en mi compañero, queda eclipsado por otro mucho peor, mucho más fuerte. Por unos segundos, mientras su cuerpo me abraza con suavidad, como si tuviera miedo de hacerme daño, me planteo ceder, retractarme y sucumbir al deseo de que ella me cuide, como lleva haciendo desde que salí de la cárcel. Aprieto los ojos con fuerza para contener unas lágrimas que no quiero derramar. No puedo hacerle esto, me importa demasiado para someterla a mi condena. Aspiro con fuerza su aroma por última vez, junto a su cuello, en mi refugio, para retener su recuerdo antes de que eche a volar, ahora que yo he perdido mis alas.



Ahogado en un pozo sin fondo

Dos días después de despedirme de Krystal, me trasladan de la unidad de cuidados intensivos a la planta. Tengo a Shauna gritándome tras enterarse de que he roto el vínculo que me unía a su mejor amiga.

—¿Qué cojones has hecho, jefe? ¿Sabes a lo que has renunciado? —me increpa. Lo que menos necesito en este momento es que me sermonee. Claro que lo sé, pero era necesario. Sin embargo, no pienso admitirlo delante de nadie. Vuelvo a vestirme con mi armadura de hielo, una que está abollada y con demasiadas grietas después de tantos golpes—. ¡Eres un imbécil! Krystal se ha desvivido por ti, se ha pasado el último mes y medio pegada a tu cama y tú la vuelves a echar de una patada —continúa. Dejo que se desahogue, ella lo necesita y yo simulo que sus palabras no me afectan.

—¿Has terminado ya? —pregunto con voz fría y Shauna asiente—. Pues deja de perder el tiempo y vuelve al trabajo.

—Eres un cabrón.

«Cuéntame algo que no sepa», pienso, mientras dejo que se marche. Durante un tiempo —o tal vez durante el resto de mi vida— voy a necesitar ayuda, no puedo valirme por mí solo y solo esa idea me pone de mal humor. Voy a tirar de ellas, de mis empleadas, les aumentaré el sueldo e incluiré alguna cláusula especial. Saber que les pagaré, que soportar al insufrible de su jefe es parte de su trabajo, me hace sentir un poco menos mierda. No sé si aguantarán, cuando no me aguantan ni yo.

Me veo obligado a recurrir a una silla de ruedas eléctrica para compensar la mitad derecha de mi cuerpo. No me hace ni puta gracia tener que depender de nadie y, mucho menos, de un trasto como este. Sin embargo, no me queda más remedio que admitirlo, aunque todavía no

consigo aceptarlo.

He tenido que adaptar el Sanctuary a mi nuevo estado. No puedo subir las escaleras que separan la planta baja del primer piso, en donde tengo mi casa, por lo que he mandado instalar un pequeño ascensor que supla mis deficiencias.

Durante mi estancia en el hospital, Shauna ha tomado las riendas del local y he de reconocer que lo ha hecho bastante bien, así que dejo que lo siga haciendo, no tengo ganas de ponerme al frente del negocio de nuevo y, con este puto dolor continuo, me cuesta concentrarme.

Los analgésicos ya casi no me hacen efecto, me he acostumbrado a ellos. A pesar de que, a veces, doblo o triplico la dosis pautada y le sumo alcohol, siempre resulta insuficiente. He dejado de poner excusas para saltarme la rehabilitación, simplemente, me niego a ir. No veo que me aporte grandes beneficios y me cuesta horrores abandonar mi cueva. Leslie y Shauna al principio insistían, ahora, se han dado cuenta de que es una batalla perdida y es mejor no llevarme la contraria.

Me paso el día encerrado en el piso de arriba, a oscuras, hasta la luz me molesta, escuchando música —ya que soy un inútil que ya ni puede tocar la guitarra—, borracho y con un humor de perros. No soy buena compañía para nadie, mucho menos para Krystal. Por suerte, está lejos. Ha vuelto a casa de su tía para que le eche una mano cuando el bebé nazca. Sé, por lo que les escucho a las chicas, que su embarazo va bien.

—No sabes lo que me alegro por ti, peque —digo en voz alta, a la soledad de mi habitación.

Acabo de recibir otro mensaje suyo, preguntándome qué tal estoy. Lleva haciéndolo meses, desde que se marchó, no sé cuándo se cansará y se dará cuenta de que soy un caso perdido. Como siempre, lo leo, pero no le contesto. ¿Qué le voy a decir? ¿Que me he convertido en un puto despojo que no sirve para nada?

Miro con fastidio la botella vacía de whisky, no queda ni una gota, así que no me queda más remedio que bajar al local. Tengo al personal bien entrenado y ya saben que, en cuanto me ven aparecer por allí, tienen que traerme otra y un vaso con hielos. En esta ocasión, le toca a Leslie hacerlo.

—¿Cómo estás, jefe? —me pregunta con una sonrisa cálida a la que respondo con un bufido—. Sé que no estás en tu mejor momento —no hace falta ser un lince para verlo—, pero me gustaría que vinieras a mi boda.

Ni siquiera recordaba que fuera a casarse. Tal vez me lo ha comentado sin que mi cerebro haya llegado a procesarlo. Lo último que sé es que salía con alguien, con una mujer, pero ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—No entiendo el motivo —replico.

Me suelta un discurso al que no termino de prestarle toda la atención que se merece.

—El Sanctuary no es un simple trabajo, hace mucho que dejó de serlo. Es una familia y tú me diste la oportunidad de formar parte de ella. Mi familia, la de sangre, no apoya esta relación ni otras decisiones que he tomado a lo largo de mi vida. Me ha cerrado muchas puertas que solo el Sanctuary ha vuelto a abrir. Aunque me haría ilusión que lo hicieras, entendería que no quisieras venir. Además, va a venir Krystal, con la niña.

«¿La niña? ¿Ha nacido ya? ¿En qué mes estamos?», me pregunto, desubicado. Mi estupor debe ser patente en mi rostro, ya que me da las explicaciones que no me atrevo a pedir.

—Fue un parto prematuro, hubo algún susto, pero ambas están bien. Y vendrá también con... un acompañante —añade.

Mi cerebro despierta ante esa información, como si le hubieran dado una descarga que lo hiciera reaccionar y le dedico una mirada, por primera vez, desde que la rubia ha empezado a hablar.

—¿Sale con alguien? —Ella asiente—. Me alegro por ella —apunto con un nudo en la boca del estómago.

«Muy bien, peque, eso era justo lo que tenías que hacer», pienso, aunque dentro de mí, noto como algo se resquebraja.

—Bueno, jefe, no te molesto más. Piénsatelo, por favor —se despide Leslie.

—No te prometo nada —sentencio.

♪ ♪ ♪

Lo intento. Pese a que no pinto nada en un momento feliz como este y mi presencia solo va a enturbiar la velada, intento estar presente. La ceremonia tiene lugar en nuestra casa, en el Sanctuary, decorado expresamente para la ocasión y cerrado para el público en general con un cartel que anuncia una fiesta privada.

Me despierto tarde, con el brazo abotargado y un insoportable dolor en la pierna derecha. Desenrosco la tapa del frasco de analgésicos y tomo dos pastillas. No, mejor cuatro, total, no van a ser suficientes.

Contemplo el reflejo que me devuelve el espejo. Estoy hecho un asco. He perdido peso y una barba descuidada de varios días cubre parte de mi rostro. Parezco un puto mendigo. Intento afeitarme sin éxito. Me tiembla el pulso de mi brazo izquierdo, el bueno. Todavía no he adquirido la destreza suficiente para manejarme con la mano no dominante ahora que la otra ha quedado prácticamente inservible.

Todo el mundo parece estar disfrutando de la fiesta y ahora llego yo a joderla, la puta nota discordante, la sombra que oscurece un día lleno de luz. Hago un gesto a un camarero que no me suena de nada, probablemente lo hayan contratado para hoy, aunque, he de reconocer que, desde el accidente, llevo un descontrol del personal que desfila por mi local, y pido que me lleve una botella de whisky a un rincón apartado. No quiero mezclarme con la gente, no quiero fastidiar a Leslie su día.

La rubia es la primera que capta mi presencia, como si no hubiera perdido la esperanza de que acudiera a ser testigo de su momento especial. Se acerca hasta donde estoy, me envuelve en un abrazo y, mientras deja que sus labios acaricien con suavidad mi mejilla, me agradece que esté aquí. Me reconforta su muestra de cariño más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Leslie regresa a su fiesta y me quedo a solas, acompañado de la botella de la que ya he vaciado dos tercios. No quiero desviar la vista hacia el resto de invitados porque sé que Krystal está allí. La siento, aunque todavía no la he visto, y no sé cómo reaccionaría al tenerla cerca otra vez.

—Vas a acabar con las existencias y vas a arruinar el bar. —Escucho su voz a mi lado, sin

atreverme aún a mirarla.

Ella ocupa una silla junto a mí.

—Por suerte, es mío —replico a la defensiva, con el mismo tono arisco que me caracteriza últimamente.

—¿Cómo estás? —se interesa.

—Jodido, para qué negar lo evidente. —Esta vez sí, la miro, y me pierdo como tantas otras veces he hecho en sus ojos verdes. Una bocanada de aire puro, limpio, que me ayuda a respirar de nuevo. Una brisa fresca que vuelve a derrumbar todas mis barreras—. ¿Y tú?

—Bien —responde escueta.

—¿Y el bebé? —señalo la silleta que hay junto a un hombre moreno, de pelo corto, de nuestra edad, que intuyo que será su pareja.

—Muy bien. Es una niña. Se llama Zoe —me cuenta.

—Joder, gracias. —Me muerdo el labio inferior, emocionado. Me ha dado un vuelco el corazón con su homenaje—. Estás preciosa —apunto—. ¿Ese es tu novio?

—Sí, se llama Noah. Todavía nos estamos conociendo. —Su rostro se enciende con un brillo especial cuando lo menciona. Me gusta mucho verla feliz, aunque el nudo de mi estómago se cierra un poco más.

Intento coger el vaso para apurar el último trago, pero el brazo izquierdo vuelve a temblar, mientras el derecho descansa inmóvil sobre mi regazo. Estallo, lleno de furia, por ser incapaz de que mi cuerpo obedezca las órdenes que le lanza mi cerebro. Agarro el vaso y lo estrello contra el suelo. Consigo lo contrario a lo que pretendía; llamar la atención.

Las cabezas de gran parte de los presentes se giran en mi dirección. No los veo, sigo con la mirada clavada en el suelo, en los cristales rotos, pero noto sus ojos clavados en mí.

—Sácame de aquí —le pido a Krystal con la mandíbula apretada.

Empuja la silla de ruedas hasta el ascensor y me acompaña al piso superior. Abro el cajón de las medicinas, saco varias pastillas más, pese a que no hace ni dos horas que he tomado la dosis anterior. Me levanto de la silla, manteniendo el equilibrio de forma precaria sobre mi pierna izquierda, y me dejo caer sobre el colchón. La pierna derecha queda medio colgada fuera de la cama, como si no fuera mía.

—No hace falta que te quedes —la despacho.

—No, tranquilo, no me importa —replica ella sin darse por aludida de lo que pretendía con mi comentario anterior.

Cierro los ojos con fuerza. Tengo que echarla, tengo que hacerlo o seré incapaz de separarme de ella jamás. No puedo volver a joder su felicidad.

—Vete, vuelve a la puta fiesta —ordeno.

Ella me contempla durante unos segundos, con los ojos húmedos, pero acata mi orden.

Aquel día, cuando Krystal atravesó la puerta de mi apartamento, fue el comienzo del fin, el inicio de una caída libre que no tiene fondo. La movilidad de mi puto lado derecho ha mejorado un poco, los médicos están sorprendidos con la recuperación, más cuando no he puesto nada de mi parte para que así sea. Lo que no mejora, lo que no cede ni un ápice, es el dolor. Cada vez es más intenso, la medicación no surte apenas efecto y yo estoy desquiciado. Ya no puedo más, necesito algo más fuerte.

Camino, gracias a la ayuda de una muleta, por uno de los suburbios más oscuros de la ciudad. Mi camello, ese al que he recurrido en más de una ocasión, me espera apoyado en una esquina, cobijado de la luz que proyectan las farolas, como una sombra más.

—¿Sabes cómo va? —se interesa.

Asiento. He tonteado con muchas sustancias a lo largo de mi vida, incluido el caballo.

En cuanto llego a la oscuridad de mi habitación, me preparo la primera dosis de heroína. Disuelvo el producto en agua calentada en una cucharilla, agrego unas gotas de zumo de limón y cargo una jeringuilla. Ato un pañuelo alrededor del bíceps derecho, ayudándome de los dientes para apretar el nudo, y espero a que mis venas se hinchen. Escojo una de ellas e inserto la aguja. Al menos le he encontrado una utilidad a mi maldito brazo derecho.

El efecto es inmediato, una sensación de euforia, de bienestar, de sentirme flotando alejado de mi puto cuerpo... Cierro los ojos, me tumbo en el sofá y me pierdo en esta sensación. Sé que acabo de iniciar un camino peligroso. Sin embargo, en estos momentos, es lo que menos me importa.

Pierdo la noción del tiempo. Pueden haber pasado días, semanas o incluso meses. Mi único objetivo es chutarme la siguiente dosis que me transporte a esa sensación, cada vez más breve, en la que mi mente se disocia de mi cuerpo y dejo, por fin, de sentirlo.

Ya no hay vuelta atrás. Es de lo único de lo que soy consciente en este momento. Me precipito a un pozo sin fondo lleno de agua estancada. No braceo, no me resisto a la fuerza de la gravedad, no lucho para volver a salir a la superficie. Me hundo como un bloque de hormigón en un descanso que no encuentra fin. Cierro los ojos y me ahogo.



El rescate de unos ojos verdes

Abro los ojos al sentir algo frío sobre mi brazo derecho, que proporciona cierto alivio a la quemazón constante de mis venas machacadas. Cuando consigo enfocar la vista, me topo con una mirada triste de ojos verdes que me contempla con pena y ternura, mucha ternura.

—No, joder, tú no. Tú no me tenías que ver así —digo en apenas un susurro, arrastrando las palabras, y la puta culpa vuelve a caer sobre mí como una pesada losa. Sé que la he decepcionado, que he vuelto a fallar—. Krys, he tocado fondo —admito al sentir que mis pies se posan en el suelo pantanoso del pozo en el que estaba sumido. No puedo caer más bajo.

—Lo siento, Tyron. Si no hubieras...

—Schtt, no llores —la interrumpo. No quiero que termine la frase. Sé lo que me va a decir.

La humedad hace que sus ojos brillen aún más. Con esto no puedo, no puedo permitir que se culpe de mi estado, que se eche a la espalda algo que ha sido provocado por mis putas decisiones erróneas —como siempre—. Son ellas las que me han llevado a este punto, ella no ha tenido nada que ver.

—Krys, dar aquel volantazo es lo mejor que he hecho en mi puta vida. Os salvé, peque, y estoy orgulloso de ello. Cómo esté yo, es secundario, es un mal menor.

—Se te ha ido de las manos —comenta y señala el cuchitril sucio, desordenado y oscuro en el que se ha convertido mi cueva en la parte superior del Sanctuary.

—Es más sencillo dejarse arrastrar por la mierda que nadar a contracorriente.

—Nunca has sido de los que se dejan llevar, de los que se rinden —apunta haciendo alusión

a un Tyron que hace mucho que dejó de existir.

—Eso era antes, pero, ahora... Estoy cansado, Krys, he agotado todas mis fuerzas, ya no puedo seguir luchando —admito.

—Déjame que te ayude a salir del pozo. Siempre te has empeñado en enfrentarte en solitario a tus demonios, a tus fantasmas. Sin embargo, no estás solo, Tyron, ya no. Me tienes a mí, deja que sea quien te dé la fuerza que te falta, deja que me quede. Ya has tocado fondo, dobla las rodillas y coge impulso para salir de allí. Agárrate a mi mano y deja que te ayude. Entre los dos lo conseguiremos. Confía en mí.

Cierro los ojos y asiento, mientras una lágrima se me escapa. No puedo más. Tiene razón, ya no queda ni un ápice de energía en mí para hacer frente a esta situación, no puedo hacerlo solo.

—Tengo miedo, Krys —confieso. Siempre ha conseguido introducirse por las grietas de mi coraza y llegar a descubrir lo que encierro en mi interior. Esta vez, no es necesario, el muro tras el que siempre me he escondido está roto en un millón de fragmentos.

—Yo también —revela mientras me acaricia el pelo—. Va a ser duro, pero voy a estar contigo. Te lo prometo. No me vuelvas a echar de tu lado, Tyron.

Sentado sobre el sofá, observo cómo Krystal se deshace de todos los utensilios que hay sobre la mesa, listos para mi siguiente dosis. Siento un impulso de levantarme e impedirle que tire todo a la basura y lo contengo, a duras penas, clavando las uñas sobre el reposabrazos, con la respiración agitada y un sudor frío recorriendo mi espalda.

♪ ♪ ♪

No sé muy bien lo que pasa durante los siguientes días. La realidad se mezcla con los recuerdos y me vuelvo loco. El pasado vuelve al presente, me azota, me golpea, me ahoga y me quedo sin aire. Por suerte, siempre tengo una voz a mi lado que vuelve a insuflar oxígeno a mis pulmones.

Náuseas, vómitos, calambres. Ganas de tirar la toalla. Y unos brazos que acunan mi cuerpo convulso.

♪ ♪ ♪

Ira, rabia, miedo y unas palabras que jamás hubiera querido pronunciar:

—¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? ¿No me has hecho ya suficiente daño? ¿Por qué no me dejas en paz? —grito, fuera de mí—. ¡Vete! ¡Sal de mi vida!

Agarro una botella de whisky de la encimera, la lanzo contra el suelo y se hace añicos. Quiero asustarla, quiero que se vaya. Sin embargo, Krystal es valiente, mucho más de lo que jamás lo seré yo, y me hace frente.

—Mírame a los ojos —me ordena y se acerca despacio hacia mí.

No puedo, no soy capaz de mantener su mirada, solo puedo pensar en conseguir un nuevo chute. Ella insiste:

—Tyron, mírame a los ojos, por favor —me pide.

Da otro paso en mi dirección e ignora el puño en alto que tengo preparado para golpearla y que no sé en qué momento he alzado. Me fuerza a girar el rostro hasta que sus ojos quedan a la altura de los míos. Me encuentro en ellos, vuelvo a conectar con la realidad y me asusto de lo que he estado a punto de hacer. Caigo al suelo, laxo, como si mis músculos hubieran perdido la capacidad de sostenerme.

—Lo siento, peque, perdóname —suplico. Mi cuerpo sigue temblando, pero esta vez se debe al llanto que me sacude de forma violenta.

♪ ♪ ♪

Confesiones entre delirios. Y unas manos que me sostienen y no me dejan volver a caer.

—Me alegro por ti, peque, me alegro de que seas feliz, aunque duela verte con otro —se me escapa mientras intento retener lo poco que me ha obligado a ingerir.

—Fue decisión tuya —replica.

—Que fuera decisión mía no quita para que duela menos. Pero es lo correcto, tiene que ser así —apunto.

Mi estómago se contrae y me separo de ella para abrazarme al retrete. Vomito ese dolor hasta que ya no me queda nada dentro. Me dejo caer en el suelo, sin fuerzas, mientras mi cuerpo se retuerce. Ella se tumba a mi lado, me abraza por la espalda y se queda junto a mí hasta que el agotamiento me vence.

♪ ♪ ♪

Pesadillas que se vuelven muy reales y un pasado que viene a burlarse de mí. Gritos, cristales rotos, lágrimas. Y unos ojos verdes que de nuevo me rescatan.

Camino por la estancia como un animal enjaulado, arrastro la pierna derecha que se niega a seguir el ritmo de mis pasos. De pronto, me quedo quieto frente al mueble bar y contemplo mi reflejo proyectado en la puerta de cristal. No es mi rostro el que se aparece, sino otro que conozco demasiado bien: el de mi padre.

—¡No soy él! —grito a la imagen—. ¡No soy él!

Estrello el puño izquierdo contra la cristalera hasta que los fragmentos caen al suelo y la cara se desfigura. Soy incapaz de sentir el dolor de los cristales atravesando mi piel, tan solo percibo un miedo atroz a transformarme en esa persona.

—No soy él, ¿verdad? —pregunto a Krystal en un susurro, con pánico a escuchar su respuesta.

—No, Tyron, no eres él —me responde con seguridad mientras me ofrece refugio entre sus brazos.



Poco a poco, conforme los síntomas del síndrome de abstinencia van remitiendo, empiezo a tener más momentos de lucidez y soy capaz de discernir la realidad de la ficción y separar los recuerdos de las alucinaciones.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto en un momento en el que parece que tengo la situación controlada, con la cabeza apoyada sobre las piernas de Krystal. Que sus manos se pierdan entre mis cabellos, también ayuda.

—Dos semanas —contesta sin dejar de acariciarme.

—¿Solo? —digo sorprendido—. Me han parecido una eternidad. —Estoy agotado y apenas puedo mantener mis párpados abiertos. Me parece que llevo un siglo librando la misma batalla.

—No me extraña, has revivido tu pasado varias veces. Sin embargo, cada vez estás más cerca de alcanzar el borde del pozo y salir de él.

—¿Tú crees? No lo siento así —admito, arrebujándome más contra su cuerpo.

Ese momento llega diez días después. Me siento preparado para recuperar las riendas de mi vida y que Krystal se marche y continúe con la suya. Su pareja y su hija la necesitan, aunque me aterra no tenerla a mi lado. Puede que haya salido del pozo, pero me siento como si estuviera dando vueltas sobre el borde, en un equilibrio precario. Sigo cojo y la piedra que lo forma es demasiado resbaladiza.

—Prométeme que, cuando te sientas tentado, a punto de recaer y volver a consumir, —porque ambos sabemos que eso va a pasar—, acudirás a mí. Da igual el día o la hora que sea. No voy a volver a dejarte solo. Ya cometimos ese error una vez y no se va a volver a repetir.

Sonrío. Mi incapacidad de romper una promesa de forma consciente nos ha llevado a compartir todo lo que hemos vivido. Aunque no ha sido fácil y hemos sufrido mucho, tal vez demasiado, no me arrepiento. Ha merecido la pena. Por eso no dudo ni un segundo en encadenarme de nuevo a ella con mis palabras.

—Te lo prometo. Y tú, —añado, refiriéndome esta vez a su novio. Ignoro a la pequeña que tiene entre brazos, como si no existiera, aunque, las décimas de segundo en que he reparado en ella han sido suficientes para comprobar que el azul de sus ojos lo ha heredado de mí—, cuida de ella como se merece.

—Lo haré —me contesta.

A pesar de que no conozco mucho a Noah, ya que apenas hemos intercambiado un par de frases, me da buena espina. No es como el gilipollas ese con el que salía cuando abandoné la cárcel, parece una persona noble y se ve que la quiere y la respeta. Y, lo más importante de todo, la hace feliz.

Tengo claro que todavía no he llegado a la meta. Me queda un largo camino por recorrer y tengo que intentarlo. Tengo que aprender a vivir de nuevo.

Lo primero es mantener la mente ocupada y, para eso, vuelvo a tomar las riendas de mi negocio. También he regresado a rehabilitación sin que nadie tenga que estar detrás de mí para que acuda, como si fuera un niño pequeño. Lo cierto es que, mantener mis músculos ejercitados, me ayuda a controlar el dolor, ahora que he decidido que ni siquiera voy a tomar analgésicos.

Fue mi adicción y tolerancia a los calmantes lo que propició que buscara algo más fuerte y no quiero que la historia vuelva a repetirse. He de aceptar que este dolor formará parte de mí y aprender a vivir con ello.

Como hago siempre que algún suceso importante sacude mi vida, tengo que inmortalizar mi renacimiento de alguna forma. Así es como me siento, he vuelto a resurgir de mis cenizas como el ave Fénix, así que esa es la nueva imagen que se extiende a lo largo de mi pierna derecha y oculta, en parte, la cicatriz que marca mi piel. Esta vez, no lo he conseguido solo, por eso, de las llamas escapan un par de mariposas, una verde como los ojos de mi salvadora y otra azul, como los de mi..., su hija.

Los momentos de debilidad se suceden, de manera constante, cada pocos días. En más ocasiones de las que me gustaría admitir, he estado a punto de mandar todo a la mierda. Pero, entonces, cuando estoy a punto de marcar el contacto de mi camello, recuerdo la promesa que hice a Krystal y busco desesperado su número en la agenda. Fiel a su palabra, siempre responde a mis llamadas, da igual que sean las cuatro de la madrugada, siempre está al otro lado.

Escuchar su voz me calma, casi tanto como su mirada verde. Quizá sea porque la evoco mientras me habla, de lo que sea. La mayoría de las veces acabo adormilado, como si sus palabras fueran una canción que me acuna. Dejo volar mi imaginación a los momentos en los que mi cabeza estaba enterrada en su cuello, en mi refugio e, incluso, me parece percibir su aroma.

Hoy, en cambio, es diferente.

—Voy a casarme con Noah —me revela al otro lado de la línea justo cuando estoy en ese punto en el que puedo acariciar el mundo de Morfeo con las yemas de los dedos.

Doy un respingo, abro los ojos de golpe, completamente despejado, y me quedo sin respiración. Un latigazo de dolor me atraviesa de pies a cabeza, como una descarga que me quema. Es la certeza de que la he perdido para siempre. Obligo a mi corazón a serenarse y aprieto los ojos para contener una lágrima rebelde. «Es lo que querías, gilipollas. Tiene que ser así, es lo mejor para ella», me digo, y vuelvo a cerrar los ojos.

—Me alegro por ti, peque —consigo articular de manera neutra antes de despedirme de ella y finalizar la llamada. Esta vez soy yo el que cuelgo.



Las alas de mi ángel

Krystal se casa en agosto, en una ceremonia íntima que apenas va a contar con veinte invitados. Pese a que ya no vive en la capital, lo va a hacer aquí, en un idílico hotelito junto a la playa, del que se encapricharon en una de sus visitas a la ciudad.

También va a celebrar aquí, en el propio Sanctuary, su despedida de soltera. Les he cedido la nueva zona VIP del local, una sala que hace poco que he habilitado y que, por un día, será toda suya. Normalmente, la reservo para los grupos que actúan en el establecimiento, para que tengan un poco de intimidad después del concierto. Soy yo quien me ocupo personalmente de atenderlos y, en más de una ocasión, he acabado compartiendo momentos con ellos, e incluso canciones. Ya que mi accidente me impide volver a coger una guitarra, a veces recorro a la voz para que la música siga siendo mi válvula de escape.

Eso implica que hoy me toca meter horas extras porque he tenido que dar el día libre a dos de mis mejores camareras, que, por su veteranía y eficiencia, son las que me ayudan a gestionarlo. Por mucho que me guste mi trabajo, no me viene bien pasar tanto tiempo de pie. Mi pierna suele resentirse, lo que me ha obligado a reducir el tiempo que paso tras la barra y centrarme en el aburrido papeleo.

Llegan a media tarde al local, las detecto incluso antes de que irruman con sus risas y alteren el ambiente tranquilo que hay a estas horas en el Sanctuary. Tres huracanes, uno rubio, otro moreno y el último, castaño, que arrasan con todo a su paso. Sonrío. Me encanta que se lleven tan bien y me gusta más saber que, en parte, yo tengo algo de culpa de que así sea.

—Mira lo que nos hemos hecho, jefe. —Leslie se acerca hasta donde me encuentro y, orgullosa, me muestra un tatuaje en el hombro, tapado por un plástico, con la imagen de tres pájaros volando juntos, parecen cuervos—. Representa nuestra amistad.

—¿Os lo habéis hecho las tres? —me intereso.

—Sí, bueno, aquí la novia se ha venido arriba, y eso que todavía no había bebido, y se ha hecho otro. —Shauna remanga la camiseta de Krystal y me muestra otra imagen, en la parte baja de su espalda, que me deja sin respiración. Son unas alas, las alas de mi ángel.

Tengo que apretar el puño para contener el impulso de tocarlo, de acariciarlo por encima de la cubierta plástica que lo protege. Ella gira la cabeza, me mira por encima del hombro para comprobar mi reacción y me guiña un ojo.

—Venga, vamos arriba. —Leslie tira de sus amigas y las apremia para que continúe la celebración.

—Un segundo, ahora voy —anuncia Krystal y espera a que sus compañeras nos dejen a solas—. Tienes buen aspecto, jefe —aprecia.

—No es difícil si tenemos en cuenta mi estado la última vez que nos vimos. —Tengo el pelo limpio y arreglado, el rostro afeitado y he recuperado gran parte de la masa muscular que había perdido—. ¿Qué tal va la fiesta?

—Bien, ayer les llevé al Jolly Roger y les conté que allí nos conocimos.

—Ha llovido mucho desde entonces —comento.

—Sí, con tornados, tsunamis y terremotos incluidos —bromea ella, aunque su símil es bastante acertado.

—Pero, por fin, parece que las aguas están en calma —continúo con la alegoría—. ¿Dónde llevas los tres cuervos?

—En el tobillo derecho. —Se agacha para remangarse el pantalón y mostrarme su diseño. Es clavado al de Leslie, sin embargo, sobre su piel se ve más bonito.

—Jefe... —habla de nuevo tras unos breves segundos de silencio en el que nuestras miradas han seguido entrelazadas—, ya sabes, me gustaría... —titubea, nerviosa, y leo a la perfección en sus ojos verdes lo que quiere decirme.

—No, peque, no voy a ir a tu boda —la interrumpo, para ahorrarle el mal trago.

Me dedica una media sonrisa resignada, me da un abrazo y besa mi mejilla. Inhalo el olor de su piel una última vez y me recreo en él antes de soltarla, tal vez, para siempre.

♪ ♪ ♪

Mañana es la puta boda de Krystal y no puedo quitarme ese pensamiento de la cabeza. Estoy tirado en el sofá, con una cerveza en la mano, mientras veo un directo de uno de los grupos que tengo pensado contratar para actuar en el Sanctuary, cuando alguien llama a la puerta.

«¿Quién cojones será a estas horas?», me pregunto mientras me incorporo, lo que me regala una punzada de dolor en la pierna derecha, después de haber mantenido la misma postura durante un buen rato. Hoy la muy zorra me está dando guerra. Cojeando, me acerco a la entrada, espero que no haya ningún contratiempo en el bar y tenga que bajar a solventarlo.

—Hola. —Es Krystal quien se encuentra al otro lado.

Me quedo petrificado, como si estuviera siendo testigo de una maldita alucinación. Sus ojos resbalan por mi cuerpo y se quedan enganchados al tatuaje de mi pierna. Estoy casi en bolas, solo un óxer de color oscuro me separan de la completa desnudez. Desde el maldito accidente, no dejo que mucha gente me vea así.

—¿Puedo pasar? —pregunta al ver que todavía no me he movido ni un milímetro.

Carraspeo. Sus palabras me despiertan y establecen las conexiones neuronales precisas para hacerme reaccionar.

—Por supuesto. Aunque deberías estar descansando, mañana te espera un gran día. — Recibo una nueva punzada, pero esta no es en la pierna.

—No podía dormir, los nervios, supongo. ¿Te he despertado? —se interesa, de pronto apurada, al darse cuenta de la hora que es.

—Me gustaría decir que sí, pero ya sabes que no suelo dormir mucho —aclaro y señalo las botellas de cerveza sobre la mesa y la televisión encendida—. Siéntate y cuéntame qué te pasa —demando. Su visita no es casual, hay algo que la preocupa y me encanta que, como en los viejos tiempos, recurra a mí.

Voy hacia la nevera, saco otro par de cervezas y regreso al sofá. Me dejo caer a su lado. Mi mano derecha, esa que sigue funcionando solo a ratos, se quiere escapar para ir a rozar su pierna y centro todos mis esfuerzos en contenerla mientras espero a que empiece a hablar.

—Necesito desahogarme con alguien imparcial y que sea sincero conmigo, y no se me ocurría nadie mejor que tú. —Hago un gesto con la botella, a la vez que le doy un trago, para que continúe—. Conforme se ha ido acercando la fecha de la boda, tengo más dudas. Creo que hemos ido demasiado deprisa, que me he precipitado. Es un hombre genial, es bueno conmigo y con la niña, y lo quiero, pero no sé si estoy preparada para dar el paso. Todo el mundo me dice que es normal que me sienta así, que no sea boba, que son los nervios anticipatorios. Sin embargo, yo no lo tengo tan claro.

—¿Lo has hablado con Noah? —El nombre de su prometido me sabe amargo en la boca y preciso de un nuevo trago para que me ayude a digerirlo.

—No me atrevo —confiesa y aparta la mirada. Juguetea con su botella, sus dedos tamborilean el vidrio; todavía no la ha probado.

—Ya sabes que no soy demasiado experto en esto de las relaciones, lo mío solía ser solo sexo, un «aquí te pillo, aquí te follo», pero, ¿no se supone que se basan en la sinceridad? Escúchate. —Agarro su mano para que pare quieta y la obligo a que vuelva a mirarme—. No te atreves a contarle a la persona con la que estás dispuesta a compartir tu vida, tus dudas sobre la boda. No creo que sea un buen comienzo.

—¿Y qué hago? —Sus ojos se nublan, está a punto de llorar.

—Todavía estás a tiempo —le recuerdo.

—No puedo decepcionar a todo el mundo, no puedo hacerle daño a Noah —expone.

—Y tu felicidad, peque, ¿dónde queda? ¿No crees que también le dolerá vivir una mentira? No tiene por qué ser un final, tal vez sea solo cuestión de tiempo, hasta que resuelvas tus dudas y decidas lo que quieres realmente.

—Tienes razón. No puedo casarme, al menos, ahora no. Voy a llamarle. ¿Puedo? —La

determinación cruza su rostro, arranca todas sus dudas y señala a la puerta de mi dormitorio.

—Sí, habla con él —la animo.

Krystal se dirige hacia mi cuarto con el móvil en la mano y cierra la puerta para tener la intimidad que la conversación requiere. Ahora soy yo el que me muero de ansiedad por saber qué estarán diciéndose. No me parece bien apostarme al otro lado de la puerta a escuchar, como una vieja cotilla, pero, en cuanto dejo de oír su voz, entro en la habitación.

Con el móvil todavía en la mano y la mirada perdida en el infinito, está sentada sobre mi cama, y queda tan bien en ella que se me encoge el pecho.

—¿Estás bien? —me intereso, acariciándole la espalda.

Regresa de donde sea que estuviera y clava sus ojos en mí.

—Sí, sorprendentemente, estoy bien. Acabo de plantar a mi prometido la víspera de la boda, pero me siento... aliviada, como si hubiera dejado a un lado una mochila que pesa demasiado.

—¿Cómo se lo ha tomado él?

—No demasiado bien. Aunque me ha dicho que mejor hoy que mañana. Y, ahora, ¿cuál es el siguiente paso? —me pregunta como si estuviera a la deriva y yo fuera el faro que la guía hasta la orilla.

—Avisa a todos de que no hay boda y apaga el teléfono a no ser que quieras pasarte toda la noche dando explicaciones. ¿Quieres quedarte aquí? —le ofrezco, no sé si por ella o por mí.

Asiente y regresamos al salón. Saco otro par de cervezas que nos tomamos en silencio, uno cómodo, con la misma música que estaba escuchando de fondo antes de que llegara. Ella bosteza, la carga de la que se ha despojado se traduce en cansancio. Darle tantas vueltas al tema durante los últimos días le habrá impedido descansar bien.

Se va recostando sobre mí hasta que su cabeza acaba apoyada en mi regazo. Me encanta tenerla así, sentirla tan cerca. Mi cuerpo, mi piel y mi alma han extrañado su compañía. Mi mano se pierde entre la suavidad de su melena castaña. La acaricio muy despacio, con delicadeza, mientras ella se queda dormida.

A los pocos minutos recibo un mensaje alarmado de Shauna, avisándome de la desaparición de la novia tras cancelar la boda. Le respondo antes de que se convierta en llamada y pueda perturbar el descanso de mi ángel.

Tyron:

Tranquila, está conmigo.

Y ese «está conmigo» me calienta el pecho de una forma que jamás imaginé. A pesar de no estar en mi refugio, apoyado junto a su cuello, sin quererlo, me veo arrastrado hacia el mundo de los sueños. Me hubiera gustado pasar la noche en vela, disfrutar de cada segundo que la tengo a mi lado y atesorarlo entre mis manos por si pudiera ser el último.



Mi lugar favorito en el mundo, mi refugio

Han pasado un par de días desde que Krystal se marchó de mi casa y, ahora, me encuentro a un par de calles del apartamento en el que se aloja con Shauna hasta que regrese a su casa. Pidió a su amiga quedarse unos días más, hasta que las aguas regresaran a su cauce. La morena tiene turno en el bar, así que sé que ella estará sola, bueno, con su hija, pero confío en que a estas horas esté dormida.

Sé que lo que estoy a punto de hacer es un error. Sin embargo, mis piernas parecen ignorar las órdenes que les manda mi cerebro. Tienen vida propia y se mueven por inercia hacia ella, por mucho que les grite que estoy tirando todos mis principios por la borda. La voy a cagar, en mayúsculas, lo sé, pero llevo un par de años muy jodido y me merezco este momento de debilidad.

Me encuentro frente a la puerta después de que un vecino me facilitara el acceso al portal. Todavía no es tarde, aún puedo regresar sobre mis pasos como si aquí no hubiera pasado nada, solo yo sería conocedor de mi momento de flaqueza puntual. Nada, mi puño no me hace ni puto caso y ya está golpeando la puerta, de una forma suave, para no despertar a la niña. Quizá tenga suerte y Krystal tampoco lo oiga. Sería la excusa perfecta para marcharme.

Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta y hacerlo, con un peso agrio en la boca del estómago, esta se abre. Al otro lado aparece un ángel, porque a eso me recuerda el aspecto de Krystal, vestida con un camisón de tirantes de color blanco y el pelo recogido en lo alto de la cabeza con una pinza, con algún que otro mechón rebelde que cae a ambos lados de su rostro. Solo le faltan las alas, pero sé dónde las oculta.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta. Su voz suena somnolienta y sorprendida al mismo tiempo.

No tengo respuesta. No lo sé. Estoy plantado inmóvil, todavía en el rellano. Ni siquiera me atrevo a mirarla más allá de sus pies descalzos.

—¿Entras? —Es ella la que pone fin a mi indecisión.

«No le hagas esto. No os hagas esto, vete», me grita una voz. En lugar de hacerle caso, la acallo y sigo la dirección contraria a la que me propone: en vez de alejarme de Krystal, doy un paso hacia ella. Rozo con la mano izquierda su mandíbula y guío su boca al encuentro de mis labios. Los deslizo con suavidad sobre los suyos. Joder, cómo he añorado esta sensación, cuánto he extrañado su sabor. Es tan dulce que duele.

Me retiro muy despacio, casi a cámara lenta, aferrándome a su aliento que todavía baña mi piel y la observo, con auténtico pánico por descubrir qué respuesta tiene su mirada verde ante mi osadía. Krystal también me contempla, expectante, y leo el anhelo en sus ojos.

—Quiero verlo. Enséñamelo, por favor —susurro, sin especificar a qué hago referencia, sin embargo, ella lo capta a la perfección.

Se gira para darme la espalda, se saca el camisón por la cabeza y me muestra el tatuaje de la zona lumbar, sus alas. Las recorro con la yema de mis dedos, como tuve ganas de hacer cuando las vi aquella primera vez. Entonces, me estaba vetado. Hoy ya no, o al menos, eso espero. Las memorizo, dibujándolas hasta que creo que soy capaz de recrear cada gota de tinta que las componen. Krystal se estremece bajo el contacto y su piel se eriza.

Me aventuro a ir más allá y busco la cicatriz debida a la cesárea que le practicaron cuando nació su hija. Como me enteré más tarde, en esas confesiones nocturnas para matar mi deseo de volver a consumir, sufrió una hemorragia y tuvieron que intervenirle para extirparle el útero.

Después, es ella la que recorre parte de mis cicatrices. Comienza buscando la que se oculta en la parte posterior de mi cuello, de ahí pasa a la brecha que me hice en nuestro accidente y bucea bajo mi camiseta hasta encontrar la huella del disparo sobre mi abdomen. Sus labios y sus manos se pierden sobre las marcas de mi piel, que cuentan mi triste historia, y se afanan por borrar el dolor de las heridas que las causaron, ese que todavía me producen de vez en cuando.

Vuelvo a besarla, sin prisa. Esta noche juego a que tenemos todo el tiempo del mundo cuando no sé si es así. Me deleito en cada puto segundo que nuestros labios permanecen unidos. Cuando nos quedamos sin aliento, la estrecho entre mis brazos e inhalo de su cuello el aire que me falta.

Sin soltarla, para no correr el riesgo de que se me escape otra vez, la guío hacia el sofá. Tiene los asientos deslizados hacia delante, lo que lo convierte casi en una cama, cosa que me viene de perlas para mi propósito.

Se tumba de espaldas, se muerde el labio inferior, de forma sugerente, y me contempla, mientras me desnudo antes de acostarme sobre ella. Me pierdo recorriendo cada centímetro de su piel, me aferro a su cuerpo con auténtica desesperación. Necesito fundirme con ella, necesito que volvamos a convertirnos en un solo ser.

Mi erección pugna por abrirse camino hacia su interior. Sin embargo, una fina barrera de tela se lo impide. Krystal la aparta a un lado y me concede permiso para entrar. Su sexo me abraza, me envuelve con su calor y es la mejor puta sensación que he tenido en la vida. Que lleve sin follar desde que casi muero sobre el asfalto puede que también influya en ello o, tal vez, sea la persona escogida para esta segunda primera vez.

No puedo dejar de mirarla mientras entro y salgo de Krystal, cada vez con envites más profundos, más intensos, más rápidos. No creo que aguante mucho más, tras esta larga temporada de sequía. Su centro me absorbe y me la bebo con los ojos.

Intento retener el orgasmo un poco más, su respiración errática me indica que ella también está a punto, solo tengo que aguantar unos segundos más hasta que estalle. Sin embargo, la descarga que me atraviesa dista mucho del placer que esperaba. Un dolor lacerante, que se inicia en mi maldita pierna derecha, como una cuchillada, se extiende como la pólvora hacia mi columna vertebral y me paraliza. Caigo a plomo sobre ella y pierdo el control de mi cuerpo, casi sin poder respirar.

—¿Estás bien? —Percibo la preocupación en su voz, pero soy incapaz de abrir los ojos para estudiar su expresión, el dolor no cede.

—Lo siento, no puedo seguir —admito entre jadeos, avergonzado—. Soy un puto inútil que ya no sirvo ni para esto. —Son muchas las cosas a las que me he visto obligado a renunciar por culpa de las secuelas del accidente y acabo de descubrir que esta es otra de ellas.

—¿Es la pierna? —me pregunta y me limito a asentir. Cualquier otra cosa que intente hacer me supone demasiado esfuerzo.

—Tranquilo, no pasa nada —musita y besa mi frente sudorosa. Enreda los dedos entre mis mechones rubios y consigue, poco a poco, que el dolor se mitigue. No sé cuántos minutos pasan hasta que lo consigo, mi respiración ya casi ha vuelto a su ritmo normal y solo me queda un dolor residual con el que puedo lidiar.

Me creo sus palabras hasta que siento cómo su cuerpo se revuelve bajo el mío para escapar de mi abrazo. Dolido, casi más que después del viaje que me acaba de dar la pierna, me aparto y le facilito la maniobra de huida. No puedo culparla. Quedo tendido de espaldas, sobre los cojines, y me cubro el rostro con el brazo.

Entonces, Krystal se coloca de rodillas, con las piernas separadas, dejando las mías entre medio, a la altura de mi pelvis.

—¿Qué haces? —inquiero, extrañado por su acción. Pensaba que iba a poner cualquier excusa, iba a desaparecer tras la puerta del baño y me dejaría allí, sobre su sofá, hasta que fuera capaz de ponerme en pie y marcharme de su casa.

—Tú no puedes, pero yo sí. Dime si en algún momento te hago daño —me pide.

Comienza a acariciarme el abdomen, me besa, mordisquea mi pecho y, poco a poco, mi cuerpo se olvida del dolor, su boca se lo bebe, y se prende de nuevo. Asciendo las manos por sus costados, recorro sus pechos y me pierdo en su redondez. Gimo reclamando su boca y Krystal me la entrega en un beso lascivo.

Mi polla, que se había quedado flácida tras la sacudida de dolor, vuelve a tomar consistencia. La guía hacia su interior que me acoge en un abrazo húmedo y caliente. Se mece sobre mí, despacio, mientras evalúa mi rostro, por si el dolor volviera. Me aprieta con los músculos internos de su vagina y potencia la gloriosa sensación de sentirme dentro de ella.

—¡Joder! —grito la primera vez que lo hace y me gano una reprimenda por su parte.

—Shhh, la niña está dormida —me advierte. Me había olvidado de la otra inquilina de la casa.

Krystal se apoya sobre mis pectorales para impulsarse, arriba y abajo, y mis manos siguen torpemente sus movimientos, ancladas en sus caderas. Jadea, cada vez se mueve más deprisa. Yo, en cambio, soy incapaz de coordinar la respiración, creo que la estoy conteniendo, o hiperventilando, no lo tengo nada claro. Estoy sudoroso y algo mareado. Ella debe de notarlo porque, sin llegar a detenerse, ralentiza su ritmo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, por favor, no pares, no pares aunque me desmaye. Necesito esto —suplico.

Me sonrío, con esa sonrisa capaz de iluminar un día gris, y vuelve a cabalgarme con fuerza, aunque con una cadencia algo más lenta que me permite arrancar alguna que otra brizna de oxígeno.

Acabo de cruzar la línea de no retorno y esta vez sí que recibo lo que tanto ansiaba. Estallo en una miríada de fragmentos de placer y me clavo los dientes en el labio para reprimir el grito liberador que está a punto de escapárseme. Mientras las contracciones de mi falo terminan de vaciarme en su interior, paladeo el sabor metálico de mi propia sangre en la boca. Mi orgasmo desencadena el de Krystal, que me clava las uñas en los hombros, cierra los ojos y se arquea hacia atrás mientras se corre.

Todavía sentada a horcajadas sobre mí, con el pelo empapado en sudor pegado a su rostro y la respiración agitada, me dedica una mirada teñida con una nota de pasión que hace que mi corazón se salte un latido.

—¡Qué bruto eres! —comenta al percatarse de mi labio hinchado y con una gota de sangre. Lo acaricia y recoge el líquido grana con la yema del pulgar.

—No me has dejado gritar —me justifico y pongo cara de niño bueno.

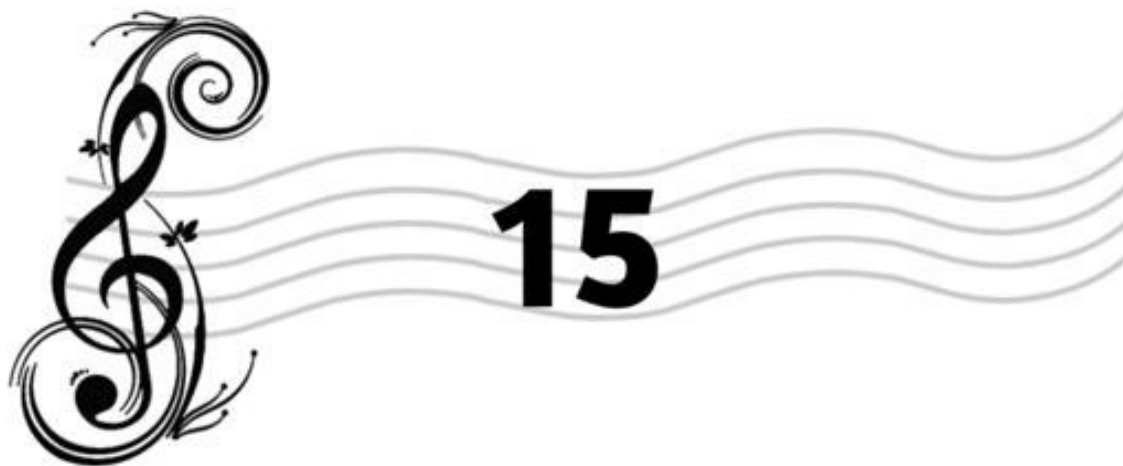
—¿Qué tal la pierna? —se interesa mientras juega con mis cabellos, también húmedos.

—¿Qué pierna? —replico a la vez que empujo su cuerpo para que caiga sobre mí. Mi comentario la hace reír y la imito. Me encanta esta complicidad que solo tengo con ella.

Me muevo para modificar nuestras posturas hasta quedar tendidos de lado. Nuestras bocas vuelven a degustarse, perezosas, durante unos segundos más y, después, son nuestros ojos los que continúan besándose.

Cuando empiezo a notar el sopor cayendo sobre mí, la empujo para que quede tendida bocarriba y me acomodo de lado, pegado a ella, con una pierna sobre las suyas, un brazo sobre su pecho y la cabeza en mi lugar favorito del mundo, en mi refugio; ese punto junto a su cuello en el que me siento a salvo.

—Te quiero —declaro, y dejo que las palabras que me llevan años quemando en la garganta escapen de mi mente adormecida.



Quédate conmigo

Me despierto con una sensación extraña. Me lleva unos minutos darme cuenta de qué se trata: por primera vez en dos putos años, no me duele. Por unos segundos, creo que lo vivido la noche anterior y este momento es solo fruto de un sueño, hasta que me doy cuenta de que todavía estoy sobre el sofá del apartamento de las chicas. Aunque estoy solo, todo a mi alrededor huele a Krystal: el sofá, los cojines y hasta mi propia piel está impregnada de su aroma. Antes de levantarme e ir en su búsqueda, me deleito durante unos segundos más en esta sensación tan inusual que sé que va a ser efímera y no sé si volverá a repetirse. De pronto, me siento observado.

Unos ojos, de un color muy similar a los míos, pero con un trasfondo completamente diferente, me estudian. Son grandes, curiosos y llenos de una inocencia brutal que jamás han conocido los míos. Por un instante, los envidio, hasta que reparo en quién se trata.

Es la hija de Krystal. Es mi hija, nuestra hija. Chocarme de bruces con esa realidad hace que el aire se vuelva denso y espeso. Va tomando forma y se convierte en los fantasmas de mi pasado. Me cuesta respirar y me entran las prisas por marcharme antes de que vuelvan a darme caza y consigan atraparme entre sus fauces.

Me pongo en pie y, en cuanto lo hago, la pierna derecha me recuerda que el breve regalo que me ha otorgado ya ha caducado. Recojo mi ropa, desperdigada por el suelo del salón, y me visto en unos segundos.

Escucho varias voces que provienen de la cocina, Krystal conversa con Shauna. Me dirijo hacia allí porque me sabe mal marcharme sin avisar, además del hecho de que mi cuerpo vuelve a reclamar el contacto de su piel.

—Tengo que irme —anuncio, situándome a su espalda.

Me detengo en seco cuando escucho una canción en la que reconozco mi propia voz. Viene de un teléfono móvil que la niña, sentada a la mesa, sostiene entre sus manitas mientras desayuna.

—¿Qué es eso? ¿De dónde lo has sacado? —inquiero con tono arisco, aunque sé la respuesta. Recuerdo el momento en el que uno de los grupos que tocó en el Sanctuary me animó a acompañarlos y solo hay una persona que pudo haber sido testigo de ello, aunque en ningún momento me percaté de que me estuviera grabando. Dedico una mirada fría y acusatoria a Shauna y me marchó, con un portazo seco, sin concederle la oportunidad de explicarse. No me gusta que vulneren mi intimidad de ese modo y, mucho menos, que mi voz acabe en manos de esa niña.



La semana pasa sin que pueda sacar ni un minuto libre para hablar con Krystal, porque pensar en ella, no he dejado de hacerlo ni un puto segundo desde que me marché del apartamento. Después de lo que pasó, tenemos mucho que decirnos. O no, no lo sé. Tal vez solo he buscado excusas para evitar una confrontación que no sé a dónde nos va a llevar. El Sanctuary me ha mantenido ocupado con un par de conciertos seguidos y alguna baja que me he visto obligado a suplir y, cuando, por fin, mi turno termina y puedo subir al piso superior, estoy tan agotado que, directamente, caigo en coma.

Escucho el llanto de un niño a lo lejos. Soy consciente de que se trata de un sueño y, aunque sé lo que viene ahora, no es suficiente para que no esté aterrado. Me preparo para ver aparecer en cualquier momento la sombra que se abalanzará sobre el pequeño para golpearlo. El espejo del armario me mostrará la imagen reflejada de cuando no era más que un niño asustado, con lágrimas que bañaban mi rostro magullado. Pese a ser el desafortunado protagonista, también tengo el «privilegio» de vivirlo como si estuviera viendo una película.

Esta vez hay algo diferente, lo presiento, aunque todavía no soy capaz de ver de qué se trata. ¡Mierda! Ese crío no soy yo. Es una niña. Es la hija de Krystal, mi hija... Sus ojos azules, atemorizados, no me devuelven la imagen de mi padre, sino la mía. La sombra que la engulle soy yo.

Me despierto tan sobresaltado que caigo al suelo, incapaz de respirar. Mi cuerpo convulsiona, como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Noto el pulso acelerado en la sien, con la cabeza a punto de explotar. La sujeto con ambas manos y me balanceo de atrás adelante mientras un grito desgarrador abandona mi garganta.

La misma puta pesadilla vuelve a repetirse cuando consigo dormir, por eso, me resisto a hacerlo. Como siempre he dicho, los recuerdos puedo controlarlos, los sueños, no.

«Lo siento, Krys, no puedo haceros esto», pienso cada vez que el móvil vibra a mi lado y me anuncia una nueva llamada suya. He perdido la cuenta de la cantidad de veces que ha intentado ponerse en contacto conmigo, que se triplica si le sumo los mensajes que se me acumulan en la bandeja de entrada y que no quiero leer.

Llaman a la puerta con insistencia. No quiero abrir. Sé que es ella. La percibo a pesar de encontrarse al otro lado, su proximidad me vibra en la piel. No se da por vencida, sabe que, si no

estoy en el bar, la probabilidad de que me encuentre en mi cueva es alta. Además, debe de oír la música de los altavoces desde el otro lado. Al final, claudico.

—¡Pasa! —Elevo la voz para hacerla audible por encima del volumen de la música. Pocas veces cierro con llave, Krystal lo sabe, pero ha preferido respetar mi decisión y esperar hasta que sea yo quien le dé acceso.

Entra y se sienta a mi lado. Yo sigo sin apartar la vista de mi vaso de whisky aguado, a la espera de que empiece a hablar.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? —demanda.

—No quería hablar contigo —respondo en tono neutro. Mi respuesta le duele, aunque sea la verdad.

—¿Por qué no? —inquieta, necesita que le dé una explicación y sé que le debo muchas, aunque no sabría por dónde empezar.

—Es complicado... —suelto sin añadir nada más.

—Pues explícamelo —me exige. La parquedad de mis palabras la está sacando de sus casillas. Se enerva y eleva su voz.

—No lo entenderías. —¿Cómo va a comprenderlo si no lo hago ni yo?

—¡Ya basta, Tyron! —explota—. ¿Otra vez la misma mierda de siempre? ¿Por qué cada vez que consigo dar un paso hacia ti huyes y te refugias tras esa armadura de hielo? ¿A qué tienes miedo? Jamás pensé que fueras tan cobarde —me ataca.

—Joder, peque, ya hemos hablado de esto mil veces. Ya te he explicado por qué no puedo estar contigo. No voy a negar lo que siento por ti, no tiene sentido, ya lo sabes, y cada día es más fuerte. ¡A mí, a mí me tengo miedo! —Yo también he empezado a alterarme y siento una opresión en el pecho que apenas me permite respirar—. No te conviene que estemos juntos, soy peligroso, no quiero destrozarte la vida como he hecho con todo aquello que me importa. No quiero hacerte más daño del que ya te he causado en todos estos años.

—¡Deja de hacer esto! —exclama y se incorpora para quedar de pie, frente a mí—. Deja de pensar en lo que me conviene y lo que no. ¡Sé egoísta por una puta vez en tu vida y piensa en ti! Yo ya he tomado mi propia decisión, te he elegido a ti, a pesar de los riesgos y con todas las consecuencias. Olvida tus miedos y dime, ¿qué es lo que quieres tú? —me presiona, entre el llanto y la rabia.

—¡Joder! ¡A ti, te quiero a ti! —grito al mismo tiempo que salto del sofá y paseo por la estancia, como un animal enjaulado, tirándome del pelo.

—Entonces, Tyron, quédate conmigo —suplica y baja la voz hasta que se convierte en un murmullo. Ya no hay ira que module su tono, solo un mínimo hilo de esperanza que flota en mitad de un mar de tristeza y que estoy a punto de romper.

—No puedo —niego, a pesar de que siento una fuerza muy grande que me imanta y me atrae hacia ella. Todavía puedo luchar contra ella, pero no sé si duraré mucho—. Me aterra convertirme en mi padre, ya me he transformado en él en más ocasiones de las que me gustaría y esa otra parte, la que aún se resiste a ser él, jamás se perdonaría el haceros daño a ti o a nuestra hija. Sois lo que más me importa en este mundo, no puedo condenaros a la vida de mierda que tuve yo. Os merecéis mucho más, os lo merecéis todo.

—Tyron, ¿es que no lo ves? ¿Todavía no te has dado cuenta? No eres como él, nunca lo serás, por mucho que a veces tengas un carácter de mierda y seas un cabezota. —Sonrío con pesar ante ese último apunte—. Tú proteges a los tuyos, no los dañas. No te importa sufrir con tal de hacer lo que crees mejor para los demás, aunque a veces te equivoques. No dudaste en entregar tu vida para salvar la mía...

—Lo volvería a hacer un millón de veces más, con los ojos cerrados. Mi vida sin ti no vale nada —la corto.

—Entonces, no me alejes de ti. No eres como tu padre y jamás dejaré que te conviertas en él. Por favor, confía en mí. Quédate conmigo —insiste y sus ojos verdes, húmedos y tristes me atraviesan y me causan un dolor mayor que si me ensartaran con una espada.

Bajo mis pies se desencadena el epicentro de un terremoto que hace que todos mis principios se tambaleen. Mi oposición firme se resquebraja y está a punto de estallar como una presa agrietada que cede después de llevar demasiado tiempo aguantando una presión excesiva. Sé que tal vez esté cometiendo el mayor error de mi vida —otra vez—, pero ya no puedo más. Si esta vez fallo, si esta vez las pierdo, jamás volveré a ponerme en pie. Nunca he librado una batalla tan fiera como la que ahora se libra en mi interior.

—Por favor, quédate conmigo —repito, con la voz aún más tenue, como si fuera tan solo el eco de su petición anterior. Las lágrimas brotan sin control de sus ojos esmeralda y descienden por sus mejillas, no intenta retenerlas ni se opone a ellas.

Y yo tampoco lo hago. Me rindo. Mi muro resulta insuficiente para contener todo lo que siento por ella, se desborda, lo arrasa y lo destroza. Escapa a raudales de la prisión en la que estaba retenido y nos envuelve. Ya no puedo luchar más contra esto, contra lo que llevo años sintiendo, porque la quiero, más de lo que he amado jamás a alguien en mi vida, y, siendo egoísta, quiero estar con ella.

Inspiro hondo, aprieto los párpados para contener mi propio llanto y asiento. Recorto la distancia que nos separa, la estrecho entre mis brazos como si me quisiera fundir con ella y me pierdo en mi refugio, en el lugar en el que quiero habitar para siempre.



Rosas con espinas

Nadie dijo que esto fuera a ser fácil, lo tenía claro desde el principio. Mi camino de rosas está plagado de espinas. Lo intento, cada día, pero es complicado dejar mi pasado atrás y avanzar en la dirección correcta sin pincharme.

A Krystal parece que no le cuesta tanto. Después de su fallida boda, se estableció de nuevo en el apartamento de Shauna, de manera indefinida, y no tardó mucho en hacerme llegar las llaves para convertirlo también en mi casa. Sé que su intención no es presionarme, solo quiere que sepa que su puerta está abierta para mí. Sin embargo, a mí se me está haciendo muy difícil dar el paso para aceptar su invitación. Llevo días con el manojito de llaves sobre la encimera de mi casa, sin atreverme a tocarlo, como si fuera una trampa mortal.

Vuelvo a mirar el reloj, ya no sé cuántas veces lo he hecho durante la última hora. Son las tres de la mañana de un puto miércoles y el bar sigue lleno. Aunque no me quejo del éxito de mi negocio, mi pierna sí lo hace. Llevo varios días sin conseguir dormir bien y el cansancio cada vez pesa más.

Una nueva punzada de dolor me obliga a detenerme en seco. Es como una abrupta cuchillada a la altura del muslo que se propaga, al mismo tiempo, hacia el pie y la columna vertebral. Aprieto con fuerza la mandíbula y contengo la respiración hasta que comienza a remitir.

—Jefe, vete a descansar —me anima Leslie, con su mano apoyada sobre mi hombro.

Normalmente, me resisto y pongo más pegas. Sin embargo, hoy no puedo. Necesito, al menos, tumbarme. Subo al piso superior, me quito la camiseta sudada, la tiro al suelo y me sirvo un vaso con hielos. Justo cuando estoy a punto de llenarlo de whisky, un objeto metálico llama mi atención; las llaves. No lo pienso, porque si lo medito un par de segundos, me voy a echar

atrás. Cojo una camiseta limpia del cajón, el manojito de llaves que, sorprendentemente, no me quema cuando lo toco, las de la moto, el casco y salgo a la calle.

Aunque no me viene bien coger la moto, el trayecto hasta el apartamento de las chicas es corto y no me supone una sobrecarga excesiva para mi maltrecha pierna. Además, es la forma más rápida que conozco para llegar allí. Aparco junto al portal y subo las escaleras ya que el puto ascensor se ha aliado en mi contra y no funciona. Estreno mi copia y abro con cuidado, despacio, para que la puerta no haga ruido. No quiero despertar a nadie y, mucho menos, a la niña. Ella es el principal escollo que me impide venir aquí. Bueno, ella no, yo y mi pánico a que aceptar el título de padre me convierta en el mío y pueda hacerle daño.

Espero unos segundos hasta que la vista se adapta a la oscuridad, que no es tan profunda como parecía. Hay una pequeña luz quitamiedos que proviene de una de las dos puertas que permanecen abiertas, lo que me hace catalogarla como la de la pequeña. Dejo mis cosas junto a la entrada y voy directo a la otra.

Krystal está dormida, de medio lado y abrazada a la almohada, con sus cabellos castaños desperdigados sobre ella. Contemplo su expresión apacible y serena mientras me voy desnudando y me deslizo bajo las sábanas. Me acuesto a su espalda y la envuelvo entre mis brazos. A pesar de que mi intención no era despertarla, sino dormir a su lado, se estremece cuando siente el contraste del calor que emana de su cuerpo con mi piel fría, azotada por el viento durante el trayecto en moto hasta aquí.

—Me alegro de que hayas venido —susurra somnolienta.

—Yo también —ratifico y le acaricio la piel del cuello con los labios.

Dejo que mi mano se cuele bajo la camiseta que lleva, prenda que identifico como mía, y acaricio la cicatriz de su cesárea. Ella sale a su encuentro y entrelaza los dedos con los míos. Así, arrastrado por su respiración pausada y cadenciosa, consigo que el dolor ceda. Mis demonios se duermen y logro descansar.

Me despierto antes incluso de que amanezca. No me hacen falta muchas horas de sueño a su lado, me basta con dos o tres para sentirme recuperado. El dolor de la pierna, al estar más relajado, se limita a una molestia muy llevadera y se me ocurren otras cosas mejores para hacer ahora mismo que intentar volver a dormirme. Juego con el lóbulo de la oreja de Krystal, mientras mi mano, traviesa, asciende hasta rozar su pecho. Me entretengo con el pezón hasta que se endurece bajo el tacto de mis dedos. Ronronea, todavía adormilada, aunque enseguida me demuestra que no le desagradan mis métodos para despertarla.

Me pego más a ella conforme mis caricias se vuelven más exigentes. El roce de su cuerpo, que se mueve contra mí, me pone como una puta moto, de lo que deja constancia mi polla, cada vez más tensa, más dura, y me deshago sin miramientos de las prendas que se interponen entre mi objetivo y yo.

Krystal se gira para quedar frente a mí y pasa una de sus piernas por encima de las mías para facilitarme el acceso. Mi erección empuja para enterrarse en ella. Está mojada y me deslizo sin dificultad en su interior, mientras siento cómo su excitación me abraza.

La arrastro hasta que quedo tendido de espaldas con ella a horcajadas sobre mí. Se apoya en mi pecho, para dar un punto de apoyo a sus movimientos, y empieza a cabalgarme como una amazona salvaje, mientras mis manos se pierden por su piel. Como siga con este ritmo demencial, no voy a tardar nada en correrme. Es una bonita manera de darme los buenos días,

podría acostumbrarme a despertar cada mañana así.

Sus jadeos, que crean una bonita sinfonía sumados a los míos, me indican que ella también está a punto. Anclo mis dedos a sus caderas. Ya está aquí, siento cómo se empieza a gestar un orgasmo brutal. Un poco más y estallaré, y tengo la intención de arrastrar a Krystal conmigo.

—¡Mamiiiiii! —Un grito que proviene de la habitación contigua hace que Krystal se detenga en seco y se separe de mí, como si me la hubieran arrancado de encima. «Pero, ¿qué cojones está pasando?», me pregunto.

—Joder, ¿me vas a dejar así? —protesto cuando, de un bote, se levanta de la cama y se dirige hacia la puerta de la habitación.

—Lo siento, la niña... —se excusa y me deja solo.

Me quedo tumbado en la misma posición, con la mirada fija en el techo, y golpeo el colchón para descargar la frustración y la rabia que me corroe. ¡Menuda mierda! No tenía que haber venido. «¿Y si en vez de haber llamado a su madre se presenta en nuestra habitación? Buff, esto no es para mí». Me siento al borde de la cama, recupero mi ropa y abandono la habitación.

—¿Ya te marchas? —Estoy demasiado furioso para que la expresión triste y derrotada de sus ojos verdes me ablande.

—No ha sido buena idea —digo, como única respuesta, y salgo del apartamento.

Mi humor no mejora con el paso de los días y recibir, además, la visita de Karen, la tía de Krystal, en el Sanctuary, no ayuda. No ha escogido el mejor momento para venir a tocarme las narices.

—Krystal no está aquí —le informo, de manera fría, mientras continúo reponiendo una cámara.

—Lo sé. Estoy de visita en la ciudad y quería hablar contigo.

«¿Conmigo?». Resoplo. Cojo una cerveza y tomo asiento en una mesa cercana.

—Tú dirás —la animo a que empiece. Cuando antes suelte lo que sea que ha venido a decirme, antes se irá y podré regresar al trabajo.

—No me voy a andar por las ramas. No me caes bien —comienza.

—¿Para eso te has molestado en venir hasta aquí? —la interrumpo y me gano una mirada de pocos amigos por su parte—. Como si no lo supiera ya. Le pasa a mucha gente —replico. Es algo a lo que estoy acostumbrado. No despierto demasiada simpatía.

—Cuando saliste de la cárcel, hace ya varios años, me prometiste que ibas a solucionar un asunto pendiente con mi sobrina y que luego te irías. No lo cumpliste —me echa en cara.

—Lo intenté. He intentado alejarme de ella, varias veces, pero siempre ha salido mal —expongo.

—No eres una buena influencia para ella —sentencia.

—Dime algo que no sepa.

—Mi sobrina parece que ha tomado una decisión y te ha elegido a ti. Otra vez. A pesar de que cada vez que lo hace, sale mal parada. La quiero y no quiero que la haga sufrir de nuevo. No se lo merece.

Tiene razón, lo sé. Sin embargo, que me eche en cara lo desgraciada que hago a Krystal cada vez que se acerca a mí, empieza a hincharme las pelotas.

—Sé que no le conviene estar conmigo, que no soy una buena influencia para ella, como bien dices, pero Krystal sí que lo es para mí. Me hace ser un poco menos cabrón. No sé lo que quiere de mí y, aunque me cueste la vida dárselo, lo voy a intentar. Y ahora, si me disculpas, tengo que volver al trabajo —sentencio, apuro el botellín de un trago, lo dejo vacío sobre la mesa, con un golpe seco, y regreso a mi lugar detrás de la barra.



Pese a mi alegato con su tía, todavía no he tenido los cojones de volver a hablar con Krystal. Sé que le debo una disculpa, me comporté como un auténtico hijo de puta. Entiendo que sus prioridades son otras, que hay cosas que siempre estarán por encima de mí, pero la situación me supera. Mi relación con ella, hoy por hoy, es incompatible con la de Krystal con su hija. Y me jode, porque la quiero, la quiero más de lo que jamás he querido a nadie. Sin embargo, esa niña despierta la parte de mí que quiero que siga dormida, la que me recuerda la herencia que dejó mi padre y que corre por mis venas.

Mi corazón rebota contra el pecho cuando siento que la puerta del local se abre. Sé que es ella incluso antes de verla aparecer, como si hubiera tenido una premonición. Ha llegado el momento que he estado posponiendo varios días y no sé qué voy a decirle.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz suena más brusca de lo que pretendía.

—¿Te molesta que haya venido? —replica a la defensiva. Estoy a punto de volver a cagarla.

—No, no. Es solo que hoy es lunes, vuestra «noche de chicas». —Desde que Krystal regresó a la ciudad con la niña, después de que se anulara su boda, los lunes se reúne con sus dos mejores amigas, aprovechando que es el día que tienen libre en el bar, aunque, desde la boda de Leslie, hay días en los que la camarera rubia falla a la cita.

—Bueno, Leslie hoy no podía quedar y Shauna se ofreció a cuidar a la niña para que yo...

—Luego hablamos —la interrumpo y me marcho para atender a un cliente que reclama mi atención con el brazo en alto. Asiente al comprender que tengo trabajo y estoy solo.

En una de mis idas y venidas a lo largo de la barra, deposito un botellín de cerveza junto al lugar en el que Krystal se encuentra, que decide jugar al billar hasta que llegue el momento de nuestra conversación.

Durante la noche, no logro quitarle los ojos de encima. Lleva unas mallas negras, unas botas altas y una camiseta larga que se abre a media espalda, lo que hace que, cada vez que se inclina para golpear la bola con el taco, se separe en dos y muestre el tatuaje de su espalda, ese que me vuelve loco y que, en este instante, me está poniendo muy burro.

Cuando consigo que el último cliente abandone el local, me acerco a ella con un par de cervezas en la mano. Le tiendo una y, tras dar un trago a la mía, cojo otro taco de billar.

—Te echo una partida —propongo mientras pongo tiza en la punta del taco.

—Siento lo del otro día —se disculpa e inicia el juego, esquivando mis ojos.

—No, perdóname tú. Fui un capullo —admito en mi turno de juego, de la misma forma que ha hecho ella, como si la conversación versara sobre un asunto trivial, como el tiempo—. Ya sabes... —titubeo—, la niña y yo...

—Te comprendo, aunque no lo comparta —me corta sin necesidad de que tenga que explicar lo inexplicable—. Una vez que Zoe se duerme, no hay nada que la despierte, pero es bastante madrugadora.

Se inclina sobre la mesa de billar para intentar alcanzar la bola blanca en un tiro imposible y me ofrece una increíble perspectiva del culo. Mis dedos se mueven solos para acariciar la porción de piel que deja descubierta su ropa, para perderse entre los trazos del diseño que me sé de memoria.

—Será cuestión de invertir el orden —sugiero con voz ronca, a su espalda, y dejo que mi mano viaje hacia la parte delantera de su cuerpo y se cuele bajo su ropa, mientras beso su cuello.

Krystal lo recibe con un suave ronroneo, aunque, de repente, recuerda que podemos tener público y se tensa.

—Tranquila, estamos solos y el bar está cerrado —informo—. Además, aquí no hay ninguna niña a la que podamos despertar y las paredes están insonorizadas. Puedes gritar todo lo que quieras —susurro en su oído y siento cómo se estremece ante mi insinuación.

La giro para que quede frente a mí y la acorralo contra la mesa de billar. Me cuelo entre sus piernas y la beso, con las ganas que he ido acumulando desde que me marché de malos modos de su casa, hace ya cuatro días. De pronto, la camiseta me sobra y el sujetador también. Me deshago de ambas prendas y me lanzo para devorar su cuerpo mientras froto mi erección contra su sexo. Krystal se inclina hacia atrás, para darme mejor acceso y tener mayor estabilidad, al mismo tiempo que me envuelve con sus piernas.

—Tyron, voy a correrme —anuncia. A pesar de que la ropa todavía se interpone entre nosotros, el simple roce demencial de nuestros cuerpos nos está llevando al límite. A los dos.

No quiero tener que renunciar al partido nada más empezar a jugar, mis tiempos de recuperación son bastante más lentos que antaño, así que, me separo lo justo para que una de mis manos se introduzca entre nuestros cuerpos, buceo por debajo de su ropa y la masturbo hasta que se deshace entre mis dedos. Me bebo mi nombre exhalado entre sus labios con un beso sediento.

—Venga, vamos arriba —propongo, al mismo tiempo que recojo las prendas de ropa tiradas por el suelo.

Una vez dentro de la habitación, nos quedamos inmóviles, el uno frente a la otra, y pausamos el mundo para contemplarnos durante unos segundos. Estaría toda la vida mirándola.

Ella es la primera en reaccionar. Se desnuda con movimientos sensuales, no sé si serán casuales o estudiados, que me dejan la garganta seca.

—Ven —exige y se sienta al borde de la cama. Antes de que termine de pronunciar esas tres letras, ya estoy avanzando hacia ella y pierdo la camiseta y el calzado por el camino.

Sus manos me recorren el torso, desciende delineando los abdominales y continúa más abajo. Desabrocha el vaquero y tira de la prenda hacia abajo. No llevo ropa interior, con lo cual, mi polla da un salto al verse por fin libre. La recorre con sus manos, la masajea y, con una mirada golosa, se la lleva a la boca. ¡Joder! Gruño cuando su calidez me envuelve. Juega con mi falo y me provoca, antes de iniciar un rítmico movimiento de vaivén que amenaza seriamente

con quebrar mi cordura.

Se deja resbalar hasta que cae de rodillas al suelo, frente a mí. Aparto su melena a un lado y, sin soltarle la cabeza, intento ser quien mantenga el control de la situación, cuando hace rato que lo he perdido. No voy a ser capaz de aguantar mucho más.

—Estoy a punto —la aviso, ronco, intentando coordinar mi respiración errática.

Krys me mira traviesa y, en vez de detenerse y hacerse a un lado, incrementa la velocidad, aplica una ligera succión y masajea mis pelotas que se tensan antes de explotar en su boca.

—Joder, nena —es cuanto acierto a decir.

Me tiemblan las piernas, de repente se han vuelto de gelatina y son incapaces de sostener mi peso, así que me dejo caer sobre la cama.

—Ven conmigo —suplico y me obedece.

La arrastro por el colchón, hasta que mi cuerpo envuelve el suyo. La saboreo, sin prisas, hasta que se vuelve a correr en mi boca y, después, una vez que le he concedido a mi polla el tiempo necesario para recuperarse, vuelvo a enterrarme en ella. No puedo dejar pasar esta noche sin esa conexión única que nos lleva a un orgasmo brutal en perfecta sincronía.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche? —pregunto, entre caricias suaves, cuando logro recuperar el aliento.

Estamos sudados, exhaustos, con nuestros cuerpos todavía enredados, sin saber muy bien dónde acaba uno y empieza el otro. Empiezo a notar una ligera molestia en la pierna derecha que trato de ignorar, aunque está a punto de convertirse en dolor.

—¿Quieres que lo haga? —inquieta y veo mil dudas y temores cruzando su mirada verde.

—No, no quiero que lo hagas. Lo necesito. —Y con esa afirmación dinamito todos sus miedos mientras ella destierra todos mis fantasmas.

Las primeras luces del alba se cuelan por la ventana, arrullan nuestra piel y nos despiertan de manera sutil. Los rayos inciden sobre el colgante con forma de pantera que pende de su cuello y que es lo único que viste en este instante. Lo sostengo con suavidad entre mis dedos y lo acaricio.

—¿La echas mucho de menos? —inquieta como si no supiera ya la respuesta.

—Cada maldito segundo de mi puta vida —respondo, y siento que mi voz se rompe.

—Lo hiciste bien, Ty. Cuidar de ella —aclara al ver que la miro confuso—. Lo hiciste bien.

—La cagué, como siempre. —Trago saliva y entierro mi rostro en su pecho antes de que pueda ver las primeras lágrimas asomándose a mis ojos.

—No fue culpa tuya —me consuela, con su mano perdida entre mis cabellos y, con esas palabras, arranca una de los miles de espinas que tengo clavadas en mi alma.



Tú necesitas una casa; yo, mi refugio

La de vueltas que da la vida. Después de que Shauna «consolara» a un afligido Noah tras quedarse plantado y sin novia, parece que han empezado una relación. Lo que comenzó como un polvo por despecho, ha ido un paso más allá. El destino de Krystal y Noah no era estar juntos, lo que tenía escrito para ellos era diferente, aunque puede que su historia fuera necesaria para llegar al punto en el que nos encontramos ahora.

A pesar de la distancia que los separa, la relación de su mejor amiga con su ex es bastante más normalizada que la nuestra. Nuestros encuentros se reducen a las noches de los lunes, en las que Shauna ejerce como niñera para que Krystal se presente en el bar. Por suerte, no suele haber mucho trabajo, pero tengo que esperar a cerrar el local para estar con ella y ese tiempo se me hace escaso.

En contadas ocasiones soy yo quien la visito en el apartamento que comparten ambas amigas. Lo hago solo cuando necesito con desesperación cobijarme en mi refugio, de la tormenta que me azota. Unos minutos me bastan para calentar un cuerpo frío y maltrecho. Entro a hurtadillas, como un ladrón, me cuelo en su habitación y procuro irme antes del amanecer —o de que la niña despierte—.

Es en uno de esos momentos, enredados piel con piel, cuando una Krystal soñadora me cuenta cómo sería la casa de sus sueños, ahora que está planteándose buscar un apartamento para ella y para la niña. Por mucho que Noah y Krystal ahora sean amigos y no quede resto del amor que se profesaban, debe de resultar violento estar ocupando una habitación en el nidito de amor de tu mejor amiga mientras se folla a tu ex. Quiere dejarles intimidad al mismo tiempo que ella y su hija necesitan también su propio espacio.

Me gusta su idea: una casa con jardín, para que la cría pueda jugar, espaciosa, y que no se

encuentre alejada ni de su vivienda actual ni del Sanctuary. Quiere independencia, pero sin soltar los lazos que la unen a nosotros.

Conozco una nueva urbanización que se adapta bastante bien a su petición, aunque se sale de su presupuesto, siempre va algo ahogada con la pasta. Sin embargo, mi caso es el contrario; ahora que el local funciona tan bien, puedo aprovechar para hacerle un regalo. Es hora de que empiece a devolverle todo lo que me ha dado, aunque nunca me haya pedido nada a cambio. Ni todo el oro del mundo sería capaz de saldar la deuda que tengo con Krystal.



Tras un pequeño y breve respiro en el que creía que todo iba bien, le siguieron unas semanas turbulentas, desde que me rompí la mano por defender a Shauna de un cabrón que le jodió la vida cuando solo era una niña. Y no lo digo por volver a tener un brazo inutilizado —por suerte, se trataba del malo— sino por lo que acarreaba esa especie de brote psicótico que tuve. El tipo apareció una noche por el bar y le di la paliza de su vida, cegado por la ira. Si Krys no se hubiera interpuesto entre nosotros y me hubiera traído de vuelta de esa puta locura, no sé hasta dónde habría llegado. O sí, pero prefiero no pensarlo en voz alta. Yo solo trataba de proteger a los míos.

Me asustan esos momentos en los que pierdo el control, en los que me transformo en mi padre. Me da miedo pensar que algún día ya no podré regresar de allí y me convertiré en un monstruo.

Después de aquel suceso, han vuelto las pesadillas. Desde que inicié esta especie de relación con Krystal por llamarlo de algún modo, se habían apagado, creía que había podido dar carpetazo, por fin, a ese episodio de mi vida. Sin embargo, solo estaban agazapadas esperando el momento oportuno, aguardando a que bajara la guardia para regresar con más fuerza.

Los primeros días no conseguía recordar qué me atormentaba en sueños, me despertaba con una sensación de angustia y una opresión desgarradora en el pecho. Esta noche, sin embargo, ha sido diferente. Las imágenes se han presentado con una nitidez pasmosa y daría lo que fuera por arrancarme los ojos para no verlas y no poder recordarlas.

A pesar de ello, no voy a dejar que nada me estropee este momento. Me las trago, las digiero como puedo, aunque me pesan en la boca del estómago, y las arrincono como si no existieran para seguir mi vida como si no pasara nada, como si no me aterrorara volver a dormir y revivir ese horrible sueño. Han pasado casi dos meses desde aquella confesión a media luz y, por fin, ya tengo lista mi sorpresa. Estoy deseando ver el rostro de Krystal cuando descubra lo que le tengo preparado.

En cuanto me despierto, le mando un mensaje para quedar. Tiene clase en la universidad, así que iré a buscarla cuando termine. Es todo un ejemplo de superación —o una cabezota—. No sé cuántas veces ha tenido que pausar sus estudios por una u otra circunstancia, sin embargo, se niega a renunciar a su título universitario y, poco a poco, cada vez está más cerca de lograrlo.

Estoy nervioso, aunque no dejo que se me note. No sé si se debe a lo que estoy a punto de hacer, a ese pasito hacia delante que voy a dar, a su reacción o a la puta pesadilla que me ha dejado un regusto amargo. La ducha se convierte en fría, después de llevar casi una hora bajo el grifo. Quiero que el agua destierre los recuerdos de la pasada noche. Dejo la mente en blanco y

me centro en la música, que llega a mis oídos a pleno volumen. Mi voz rivaliza con la del cantante del grupo de turno, ahora que ya no soy capaz de tocar la guitarra, he tenido que buscar otra manera para acceder a mi válvula de escape.

Llego antes de tiempo al campus y la espero apoyado en la moto. Abro y cierro el puño derecho varias veces. Ya me han quitado la escayola, pero he vuelto a perder bastante fuerza en esa extremidad que nunca ha vuelto a ser la misma desde que nos estampamos con el coche. En cuanto me ve, su rostro se ilumina y, solo con eso, es capaz de fabricar una sonrisa en mis labios. Se despidió de un par de compañeros y camina directa hacia mí.

Nos tomamos un café en la cafetería de la universidad y me pone al día de las últimas novedades en su vida. Está emocionada porque su tía va a mudarse a la misma ciudad en la que vivimos después de que le hicieran una oferta de trabajo irrechazable. Es normal que quiera tener a su única familia cerca, aunque espero que su idea no sea la de compartir piso y me joda la sorpresa.

—Vamos a dar una vuelta —propongo.

Asiente y se sube a la moto, a mi espalda. Me rodea la cintura con los brazos y entrelaza los dedos a la altura de mi vientre. Mi piel, a pesar de la ropa, arde de forma agradable con su contacto. Sin darle una pista de hacia dónde nos dirigimos, paso de largo el Sanctuary y me detengo junto a una urbanización recién terminada.

—¿Qué hacemos aquí? —me pregunta extrañada y aprovecha que inclino la moto, con un pie en tierra, para apearse.

—Me comentaste tu intención de buscar algo para ti y para la niña. Quizá te guste esta, se ajusta bastante bien a tus condiciones. Podríamos echarle un vistazo. —Krystal me estudia, confusa, todavía no tiene ni idea de qué me traigo entre manos.

—Bienvenidos. —Un hombre de unos cincuenta años nos está esperando junto a la puerta abierta de uno de los unifamiliares. Nos hace un gesto para que le acompañemos al interior.

—Tyron... —replica Krystal, pero la silencio, con un dedo sobre sus labios e inclino la cabeza para indicarle que siga a nuestro guía.

Está compuesto por una planta baja y un primer piso, rodeado de un jardín. Mientras Krystal observa cada habitación y se imagina ya cómo podría decorarla, yo no dejo de mirarla a ella. No pierdo detalle de su rostro, de cada expresión y de lo que me cuentan. Le encanta lo que ve.

—¿Te gusta? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Es perfecta, Tyron, sin embargo... —contesta y una sombra de tristeza oscurece el aspecto radiante que mostraba hace unos segundos... no puedo pagarla. Tengo muchos gastos y no tengo trabajo. Sobrevivo gracias a unos pocos ahorros y a la pensión que me pasas por Zoe. No me lo puedo permitir...

—Tú no, pero yo sí. La casa es tuya, peque —la interrumpo y le entrego una copia de las llaves. El agente de la inmobiliaria me entrega una carpeta con toda la documentación y nos deja a solas. Hace unos días que firmé las escrituras y las puse a su nombre. La visita era solo un paripé.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —Krystal me mira con incredulidad, como si de pronto me hubiera brotado un tercer ojo y no puedo evitar sonreír ante su desconcierto.

—El Sanctuary funciona muy bien, se ha convertido en un referente en el sector y me reporta bastantes beneficios —explico—. Siempre me lo has dado todo, Krys, sin pedir nada a cambio. Me abriste los ojos, me acogiste en tu casa y me sacaste del pozo cuando prácticamente estaba desahuciado. Este regalo, esta casa, es lo mínimo que puedo hacer por ti. Eres el pilar que me mantiene en pie. Tú necesitas una nueva vivienda para ti y para tu hija, y yo necesito un lugar en el que poder refugiarme, al que acudir cada vez que lo necesite, el lugar en el que estés tú. —Por un momento, tiemblo ante la posibilidad de que su orgullo le impida aceptarla y termino suplicando—. Por favor, acéptala.

Guarda silencio durante unos interminables segundos mientras su vista se pasea desde mis ojos a la casa que ya le pertenece. Se muerde el labio inferior y se acaricia la mandíbula antes de responder:

—Osea, esto es lo que en nosotros equivale a vivir juntos.

Estallo en una carcajada ante su ocurrencia. Su frase me indica que no va a rechazar mi obsequio y me relajo.

—Sí, algo así. Ya sabes que soy un poco complicado.

—¿Solo un poco? —me provoca.

—Bueno, mucho —admito y mis brazos se lanzan hacia ella para estrecharla.

—La pagaremos a medias. En cuanto encuentre un trabajo, me haré cargo de parte de los gastos y, poco a poco, te iré devolviendo la mitad de lo que has puesto.

—No hace falta, nena, nada puede compensar todo lo que te debo —insisto.

Se conmueve y se le escapan las emociones contenidas, de lo que ha supuesto el día de hoy, en forma de lágrimas. Nos pegamos más el uno al otro y la beso, despacio, de una manera tierna y dulce. Después, con su sabor todavía nadando en mis papilas gustativas, dejo caer la cabeza sobre su hombro, tan cerca del cuello que respiro su piel. Arrullado por su fragancia, mi cuerpo se relaja y consigue un punto de desconexión imposible de alcanzar de ninguna otra forma.

—Por cierto, —comienzo a decir antes de que me quede dormido de pie, sobre ella—, respecto a lo de buscar trabajo, puedes volver al Sanctuary. No como camarera, sino para echarme una mano en la gestión. No puedo con todo, se me amontonan los papeles y, aunque sé que no me conviene, prefiero estar detrás de la barra.

—¿En serio?

—Sí, ya me había planteado contratar a alguien más a media jornada, pero, siendo sincero, prefiero que seas tú quien ocupe el puesto. —Quiero tenerla cerca durante más tiempo y que su olor inunde mi despacho.

—Oh, me encantaría. Hasta que acabe el curso, podría trabajar los viernes. No tengo clase y la niña está en la guardería —se ofrece—. Podría empezar mañana mismo.

—Eso sería perfecto.



Poniendo voz a un sueño para intentar acallar una pesadilla

Me despierto bañado en un sudor frío, con el corazón a mil y el cuerpo temblando sin control. No quería dormir, pero el agotamiento me ha vencido y he caído en contra de mi voluntad. Mi descanso ha sido de nuevo alterado por la misma puta pesadilla que me lleva a luchar contra la necesidad básica de dormir. Por suerte, es viernes y enseguida Krystal llegará al Sanctuary a tenderme un cable. Quería haber aguantado hasta entonces, sin embargo, no lo he conseguido.

No he tenido los huevos de confesarle qué es lo que me atormenta, he dejado que piense que se trata de mi maldita pierna derecha. Una verdad a medias, ya que, de vez en cuando, sigue dando guerra. Soy un puto cobarde que no se atreve a poner palabras a las imágenes con las que mi jodida mente me acuchilla.

Vivo casi con agonía los escasos minutos que faltan hasta que ella llegue, con el estómago contraído de pura angustia. Maldigo el puñetero reloj que parece que se ha quedado sin pilas ante el lento avance de las agujas. Siempre resulta más sencillo culpar a otros, incluso si se trata de un puñetero objeto inanimado.

Por fin la oigo subir las escaleras y respiro aliviado. Cuando abre la puerta, se expanden también mis pulmones, el oxígeno por fin entra en ellos. Antes de encerrarse en el despacho, siempre se pasa por aquí para saludarme.

Me levanto, con prisas y voy a su encuentro. Sin palabras, la recibo con ganas. El roce exigente de mis labios denota la desesperación que oculto detrás. Necesito sentirla viva, necesito que se quede a mi lado.

—Para, Ty. Tengo que trabajar y tú tienes que descansar. —Krystal malinterpreta mi ansiedad.

—Quédate conmigo —ruego mientras me dejo caer sobre el sofá. La cama de repente se me antoja muy lejana y no me creo capaz de llegar hasta allí—. Solo unos minutos, por favor.

Veo cómo sus barreras caen y cede. Pospone el trabajo y se sienta a mi lado. Me acurruco junto a su cuerpo, dejo que el calor que irradia su piel se extienda por la mía y me temple, y cierro los ojos. Justo entonces, el puto teléfono suena desde el despacho. No podían ser más inoportunos.

—No contestes —suplico, pero no me hace caso. Al fin y al cabo, forma parte de su trabajo y cobra por ello.

Resoplo y clavo los ojos en el techo mientras se aleja de mí y regresa el frío. Tras unos interminables segundos, vuelve con el teléfono y me lo tiende.

—Es un tal Ronnie, de los Cursed Angels —me explica.

A pesar de que su grupo ha actuado en varias ocasiones en el local y de que tengo buena relación con ellos hasta el punto de improvisar una *jam session* en la sala VIP, me sorprende que sea el propio guitarra quien contacte conmigo. Suele ser su agente quien se comunica con la sala para cerrar las fechas de los conciertos.

—Dime, colega. ¿Todo bien? —me intereso.

—No exactamente. Te llamo para pedirte un favor muy gordo. El vocalista se ha pirado del grupo. Nos ha dejado en la estacada en plena grabación del nuevo disco y la discográfica nos está apretando las tuercas con los plazos. No tenemos tiempo para hacer audiciones, buscar un sustituto y terminar de grabar antes de lo pactado en el contrato. Te hemos escuchado varias veces y eres bueno, tío, muy bueno. Tienes una voz increíble capaz de hacer vibrar. Te necesitamos.

—No sé, tengo que pensarlo —contesto, esquivo, porque no soy capaz de procesar su propuesta.

—Me encantaría poder decirte que sí, que lo pienses, pero andamos con el culo pelado, necesito una respuesta lo antes posible, Tyron. Nos jugamos mucho —me apremia.

—Lo sé, lo entiendo. Mañana te digo algo. —La proposición me ha dejado abrumado.

Me despido y cuelgo. Krystal me contempla, a la espera de que le explique el contenido de la llamada.

—¡Pero eso es estupendo! —exclama cuando se lo digo—. La música siempre ha sido tu válvula de escape. Es una gran oportunidad para que otros conozcan esa espectacular voz que me eriza la piel.

Se entusiasma por los dos. Yo, en cambio, me quedo bastante descolocado. A pesar de que mi pasión por la música es innegable y de que me acompaña prácticamente durante las veinticuatro horas del día, me muestro reticente a dar el paso. Hasta ahora, era algo mío —y de ella— que no sé si quiero mostrar al resto de la gente. Es como, si de algún modo, me abriera en canal y los demás pudieran acceder a todo aquello que siempre me he cuidado de guardar dentro.

Mis argumentos para oponerme a esa oferta no son válidos, ni siquiera me atrevo a exponerlos en voz alta, así que, tras una breve conversación y dejándome guiar por el brillo de

ilusión que destilan sus ojos verdes más que por mis propios deseos, acepto.



Después de otro fin de semana de locos en el Sanctuary, el lunes a primera hora de la mañana me presento en el estudio de grabación donde me han citado los Cursed Angels. Ronnie me recibe con un gesto que podría calificarse como amistoso al que me cuesta responder con soltura. El resto de miembros del grupo y el equipo de grabación me estudia, sin disimulo, y su férreo escrutinio me hace sentirme como lo que soy: un intruso. Por suerte, estoy acostumbrado a vestirme de indiferencia y aparentar que estas cosas no me afectan.

Me muestran lo que tienen hasta ahora. El anterior cantante había dejado grabada dos pistas, pero, si todo va bien, piensan reeditarlas con mi voz. Me entregan un folio con la letra de una canción que ya tiene la parte musical pregrabada y me colocan unos auriculares a través de los que se reproduce la misma. Escucho la melodía varias veces seguidas, en bucle. Primero, empiezo a tararear con timidez, encajando las estrofas en el punto exacto de la música y, un par de veces más tarde, me animo a cantar.

En cuanto mi voz se alza siguiendo los acordes, se obra la magia. Es como si todo a mi alrededor desapareciera, incluso el recuerdo de la pesadilla que me atormenta y la continua molestia de mi pierna torpe. En este instante, esos ojos inquisidores desaparecen. No hay nadie a mi alrededor juzgando mi actuación, solo existimos esta canción y yo, y eso que ni siquiera me siento identificado con la letra. Es un puto subidón de adrenalina, difícil de conseguir por otros medios, que me arde en las venas.

Ya de noche, después de horas de ensayo, decido quemarlo con Krystal, estrenando su nueva casa.

La encuentro despierta, sentada sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y un libro en las manos. En cuanto me ve, lo deja en la mesilla para dedicarme toda su atención. Aunque trata de disimularlo, también estaba nerviosa por lo de hoy.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta.

—Bien, pero ya te lo contaré después —le digo, mientras me descalzo con los pies y me despojo de la camiseta—. Apenas he comido nada en todo el día y estoy hambriento —admito con voz ronca, al mismo tiempo que tiro de uno de sus pies hasta que consigo que quede tumbada y repto sobre su cuerpo como un depredador a punto de devorar a su presa.

Su camisón vuela por la habitación y cae al suelo, enredado con el resto de mi ropa. No hay ni un puto milímetro de su cuerpo que no pase por mis manos y mi boca. Me alimento de su piel y sus jadeos. Desciendo por su vientre, me pierdo en su ombligo y me instalo entre sus piernas. Mi lengua lame y succiona su nudo de placer, intento desenredarlo hasta que estalla en mi boca. Me bebo su orgasmo y, sin darle tregua, me entiero en ella y la llevo de nuevo hasta la cima, en donde me espera para saltar juntos al vacío. Después, exhausto, caigo sobre su cuerpo, rendido al exceso de emociones del día, sin fuerzas para relatarle cómo me ha ido. Tendrá que esperar a mañana. A Krys no parece molestarle, también está agotada, y no tardamos en dormirnos.

Me despierto poco después con un grito ahogado atravesado en la garganta. No sé si mi voz ha escapado de mi sueño o he logrado contenerla. Otra vez las mismas imágenes horribles

invadiendo mi sueño. Me revuelvo sobre la cama, para desenredar mis extremidades de las de Krystal y levantarme. De repente, siento un calor sofocante, para nada agradable, que me corta la respiración.

—¿Estás bien? —me pregunta, adormilada, sin abrir los ojos, al notar el vacío a su lado.

—Sí, sigue durmiendo, peque. Voy a picar algo, al final no mentía cuando dije que no había comido —suelto, como una burda excusa para abandonar la habitación.

Bajo al piso inferior sujetándome el pecho, como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Abro el grifo de la cocina y me mojo el rostro con agua fría, como si con ese simple gesto pudiera aplacar la angustia que me retuerce las entrañas. Sin hacer demasiado ruido para no despertar a quien también duerme en esta casa, rebusco en todos los armarios de la cocina algo de alcohol, sin éxito. Necesito enturbiar esas imágenes demasiado nítidas que permanecen ancladas en mi memoria. En estos momentos daría lo que fuera por estar en el sobrepiso del Sanctuary y acabar con las existencias de whisky hasta quedarme seco. O también podría probar con otro tipo de sustancias... ¡Mierda! Hacía tiempo que no pensaba en colocarme. Masajeo mis sienes, intento calmarme y, cuando pasa un rato y creo que lo consigo, regreso a la habitación. Solo hay una cosa que puede hacer que regrese la paz.

Krystal continúa dormida. Su serenidad y su respiración pausada contrastan drásticamente con las turbulencias que siento dentro. Comienzo a acariciar su mano, para empaparme de la placidez que emite y me sorprende buscando el punto en la cara interna de la muñeca en la que palpo su pulso, como si necesitara cerciorarme de que está viva, de que lo que me atormenta en cuanto cierro los ojos no es real.



Un naufrago a la deriva

Entre el Sanctuary y el estudio de grabación, diciembre se me echa encima sin que apenas me dé cuenta y para cuando me fijo en el calendario, ya estamos en Navidad. Odio esta festividad con toda mi alma, especialmente el día de hoy, 24 de diciembre, mi puto cumpleaños. Una fecha que, para muchos, para la mayoría me atrevería a decir, es entrañable, símbolo de reunión familiar. Para mí es todo lo contrario, solo me recuerda el momento en el que la mía se rompió para siempre, tras uno más de mis múltiples errores. Así que, desde entonces, hago como si, simplemente, esta fecha no existiera. No tengo nada que celebrar, razón por la que huyo de todo y de todos.

Me refugio detrás de la barra del Sanctuary y ofrezco cobijo a todos aquellos que, como yo, no tienen a dónde ir. Dejo que ahoguen sus miserias en alcohol y me ayudo a tragar las mías con una cerveza fría.

Hace poco he recibido un mensaje de Krystal, interesándose por mí, que ni me he molestado en contestar. Sabe que hoy es un día jodido. Soy un capullo integral al no dar señales de vida, pero me reconforta saber que ella está pendiente de mí, que tiende una red salvavidas bajo mis pies para evitar que caiga.

De pronto, la veo llegar. No, no la veo, la siento antes incluso de que mis ojos reparen en su presencia, como si, de algún modo, estuviéramos conectados con una especie de energía invisible que me vibra en la piel cuando estamos cerca. Está acompañada de la pareja formada por Shauna y Noah, cuya relación parece ir viento en popa, una vez superado algún que otro altibajo.

Compruebo que el resto de clientes está bien atendido y sirvo a mis amigos. Después, abandono el mostrador y me sitúo detrás de Krystal. Mi mano se va automáticamente hacia la porción de piel descubierta de su espalda, a ese tatuaje que me tiene el seso sorbido. Parece que

lo hace aposta para provocarme, sabe que soy incapaz de contenerme, y siempre elige un atuendo que me muestra las alas de mi ángel guardián.

No me es suficiente con solo un leve roce, la necesito más cerca, así que, rodeo su cintura con las manos y la atraigo hacia mí, hasta que su cuerpo es una extensión del mío. Dejo que mis labios le acaricien el cuello y se me escapa un ronroneo involuntario que la hace estremecerse. Así está mejor. Me vale con que su olor invada mis fosas nasales para evadirme de todo lo demás, para que nos traslademos a un lugar privado en el que solo estamos ella y yo.

La giro para quedar frente a ella, necesito zambullirme en el mar de sus ojos verdes, esos que siempre aportan la serenidad que a mí me falta. Krystal alza los brazos y me rodea el cuello, mientras sus dedos buscan la cicatriz de mi cuello, oculta bajo el tatuaje de la clave de sol.

—¿Por qué haces eso? —pregunto, extrañado por su gesto.

—Porque sé que hoy es la que más te duele —responde, y sus dedos recorren con dulzura esa marca de mi piel.

Tiene razón. Conmovido, cierro los ojos con fuerza, porque siento que una lágrima se quiere asomar a ellos y no voy a permitir que caiga aquí, delante de todos.

—¿Quieres que nos vayamos? —sugiere, como si hubiera leído que estoy a punto de romperme.

Me limito a asentir con un leve cabeceo y abandonamos el Sanctuary. Ni siquiera me molesto en despedirme del resto de nuestros amigos, casi había olvidado que se encontraban a nuestro alrededor. Lo que sí hago es colarme bajo la barra y apropiarme de una botella de whisky reserva de doce años.

Nos montamos en el coche y la llevo a la playa, a mi lugar especial. en el que he acabado otras noches como esta. Por mi experiencia, sé que estará completamente desierta y eso es justo lo que necesito en este momento.

—Cuando mi hermana se quedaba a dormir en casa de tu tía, solía escaparme hasta aquí —explico y, una a una, me desprendo de las capas tras las que se oculta mi verdadero yo, que quedan desperdigadas sobre la arena. Con Krystal no tiene sentido que me esconda, porque es la única persona que, por sus propios medios, ha conseguido penetrar hasta el fondo de mi ser, sacando cosas a la superficie que ni siquiera yo sabía que estaban allí—. Me encantaba escuchar el murmullo del mar, a veces suave cuando estaba en calma, otras violento cuando las olas rompían contra las rocas y anunciaban tormenta. Unas veces reflejaba mis anhelos y otras, era la viva imagen de lo que bullía dentro de mis venas.

—Y ahora, ¿cómo te sientes? —se interesa ella y busca mayor contacto con mi cuerpo. Estamos los dos sentados sobre una manta, que siempre llevo en el maletero, lo suficientemente grande para que nos cubra los hombros y nos proteja del frío.

—Como un naufrago que vaga a la deriva, exhausto, sin fuerzas para seguir nadando, a punto de rendirse al mar y dejar que el océano lo engulla. Por eso he traído a mi salvavidas conmigo, para que me mantenga a flote. —Le sonrío, aunque sé que el gesto me sale con un deje triste, y pego un largo trago de la botella. Se la ofrezco, pero la rechaza.

Dejo que mi mente divague. Viajo al pasado y le hablo de mi madre, de cómo era, de sus pies descalzos bailando por el salón ante los ojos atónitos de sus hijos, sus admiradores más leales. Le cuento lo que supuso para mí perderla y el punto violento que he heredado de mi

padre, que aflora a la superficie más veces de las que me gustaría.

Una repentina ráfaga de aire nos baña, el cuerpo de Krystal tiembla y hace que regrese al presente. Le acaricio la mejilla con el pulgar; está helada. A pesar de estar cubierta por la manta y llevar abrigo, bajo él lleva un vestido más propio de una fiesta de interior que de una noche de invierno a la intemperie.

—¿Tienes frío, peque? —pregunto, y la situación me recuerda tanto a nuestra primera vez cuando no éramos más que dos adolescentes, que mi voz se baja dos tonos—. Deja que te de calor.

Y como sucedió en aquella ocasión, volvemos a arder, aunque ya no seamos los mismos. Esta vez, lo que hay entre nosotros es muy diferente, más intenso y profundo.

Me zambullo en sus ojos verdes, que me miran con anhelo y deseo, un deseo que se extiende como la pólvora por mis venas. Mi boca se apropia de la de ella, mi lengua no tarda en abrirse paso en su interior, sin pedir permiso, se enreda con la suya de una forma voraz y, sin que nos demos cuenta, la empujo hasta quedar tumbado sobre ella.

Apoyo el peso sobre un brazo mientras el otro se afana por descubrir su cuerpo. La despojo del abrigo y deshago el nudo, en la parte posterior del cuello, que mantiene atado su vestido. Tiro de la tela hacia abajo, para poder disfrutar de su piel, y me reciben sus pechos desnudos, ya que con este modelito es imposible llevar sujetador,

No sé si por efecto del aire frío que nos rodea, que sigue aquí, pero que somos incapaces de sentir, o por mis caricias que recorren cada centímetro de su piel, sus pezones se yerguen, incitantes. Mi boca no tarda en caer sobre ellos, en lamerlos, succionarlos y morderlos mientras Krystal se arquea bajo mi peso entre gemidos.

Un brillo de excitación refulge en sus pupilas y me pide más. Ante esa mirada hambrienta, mi polla responde dando un respingo dentro de la opresión de mis vaqueros. Me acomodo entre sus piernas y empiezo a mecarme despacio sobre ella. El roce, incluso por encima de la ropa, nos prende aún más.

Su respiración se agita, sus jadeos mueren entre el murmullo del mar a nuestra espalda y la brisa que silba en nuestros oídos, testigos de lujo de la pasión que está a punto de desatarse. Las manos de Krystal se deslizan por debajo de mi camiseta, delinean mi espalda y se juntan en el centro de mi abdomen. De allí bajan hasta la cremallera del vaquero, arrastran la prenda hacia abajo y liberan por fin al preso allí encerrado.

—Necesito sentirte —susurra mientras acaricia mi polla, tan caliente que parece capaz de incendiar sus manos frías.

No necesito que insista. Hago a un lado la tira de ropa interior que cubre su sexo y me entierro en ella, despacio, sintiendo el abrazo de cada centímetro de su ser.

—Joder, nena. —Es cuanto alcanzo a decir.

Nuestras caderas bailan juntas, de manera perfecta, al ritmo que marcan las olas del océano. Se agitan, se levantan, se elevan hacia el cielo y estallan contra las rocas al mismo tiempo que Krystal curva la espalda, mientras su centro explota a mi alrededor. Se contrae, me exprime, me engulle y acaba arrastrándome hasta lo más hondo de esta inmensidad de placer. Un gruñido bronco acompaña mi orgasmo, lo absorbo, como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica y, cuando desaparece, me dejo caer sobre ella.

Mis manos siguen sin poder pararse quietas, siguen recorriendo su piel, pero con caricias mucho más suaves y cadenciosas. Busco mi postura favorita, mi refugio. Mis labios se posan sobre su cuello, la respiro, y cierro los ojos, sin importarme que estemos semidesnudos en mitad de la playa.

Cuando el sueño está a punto de vencerme, un breve instante de lucidez me hace darme cuenta de que, quizá, una madrugada de diciembre no sea la mejor noche para pernoctar sobre la arena, así que, muy a mi pesar, me incorporo y ayudo a que Krystal también lo haga.

—Deberíamos marcharnos, aunque no me importaría quedarme aquí, contigo, para siempre —comento.

De camino al coche, echo un vistazo a la botella de la que apenas queda un tercio, sin que ella lo haya probado.

—¿Te importa conducir? Creo que me he pasado con la bebida —le pido, y le muestro la botella para que vea a qué me refiero. No sería la primera vez que pongo en riesgo mi vida al coger un vehículo bajo los efectos del alcohol, pero siempre yendo solo. No me voy a arriesgar a que a ella le pase nada, tengo muy claro cuál es la vida que más importa de entre las dos.

—¿A tu casa o a la...? —Aunque no se atreve a terminar la pregunta, soy plenamente consciente de sus dudas entre el «mía» en referencia al Sanctuary y la «nuestra» para referirse a la casa en la que vive.

—¿La niña? —No es el momento más apropiado para enfrentarme a un encuentro fortuito con la pequeña. Ningún día lo es, pero hoy menos.

—Se ha quedado a dormir en casa de mi tía —me informa. Por fortuna, Karen no dudó ni un instante en buscarse algo para ella sola. Quería estar cerca de su familia, ser un apoyo, pero sin agobiarla, cosa que no sabe cuánto le agradezco.

—Entonces, vamos a la nuestra —sentencio y ambos nos quitamos un peso de encima. Yo, porque vamos a estar a solas, y ella, por la elección del posesivo que he utilizado e incluirnos a los dos. Se muerde la sonrisa, en un vano intento de disimular lo feliz que la ha hecho que emplee ese término. Con qué poco se conforma.

En cuanto atravesamos la puerta de la vivienda, la aprisiono, hambriento, contra la pared, dispuesto a un segundo asalto. Sin embargo, mi pierna no parece estar por la labor y se niega a cooperar. Un dolor lacerante, como si me atravesaran la rodilla con un cuchillo, se extiende como una mecha prendida en sentido ascendente hacia mi columna vertebral y me deja momentáneamente fuera de juego. Sumado a los efectos del whisky, hace, incluso, que me maree.

—Tyron, ¿estás bien? —inquire Krystal, preocupada, mientras me sujeta como puede.

—Necesito tumbarme. —Apenas puedo hablar, mucho menos moverme. Un sudor frío me desciende por la espalda cuando recibo una nueva cuchillada.

Cojeo en dirección a las escaleras que dan acceso al piso superior y me quedo plantado frente a ellas. Solo son unas putas escaleras, sin embargo, ahora mismo me veo incapaz de recorrer los escasos metros que me separan de la cama. Miro de reojo al sofá, creo que es la mejor opción, pero, entonces, Krystal se coloca a mi derecha, coloca mi brazo sobre sus hombros y me rodea la cintura con la mano izquierda para suplir las capacidades mermadas de mi puta pierna lisiada.

—Puedo ser tu salvavidas cuando te encuentras a la deriva en el mar, o el apoyo que necesitas para volver a levantarte —dice, parafraseándome.

—Gracias —susurro, sin apenas fuerzas para nada más.

Me ayuda a desnudarme, de repente mi cuerpo se ha vuelto demasiado lento y pesado, y, cuando me tumbo, me arroja con el suave edredón que cubre su cama. A pesar del dolor, se siente jodidamente bien que alguien cuide de mí. Hasta me podría acostumbrar a esto. Krystal cambia su vestido por la camiseta que me acabo de quitar y se acurruca a mi lado. La sensación de su cuerpo contra mí es mucho más agradable que la de las sábanas.

—Mierda, hueles a mí —protesto y arrugo la nariz.

—A mí me encanta —musita ella y, aunque ya tengo los ojos cerrados, sé que sonrío. Gruño y la estrecho entre mis brazos.

Antes de sucumbir al sueño, a ese que me llama poderosamente, el pánico se asoma a la puerta. Estoy acojonado ante la posibilidad de dormirme y que me vuelva a asaltar esa puta pesadilla que me deja sin aliento. Sin embargo, estoy demasiado cansado y no me puedo resistir al influjo de mi ángel. Por suerte, los fantasmas son benevolentes esta noche y me conceden una pequeña tregua que no sé cuánto durará.



Déjame que huya, te prometo que volveré

Por desgracia, ya tengo la respuesta a la pregunta: la tregua ha sido breve. Fui un iluso al pensar que, por fin, había vencido a mis demonios y me iban a dejar en paz, que, tal vez, ya había saldado mis cuentas pendientes y podía tener una oportunidad de ser feliz. Al parecer, esa opción no se contempla para mí. Las pesadillas han vuelto, más crueles si cabe, y convierten mi descanso en una agonía.

Ha pasado un mes desde aquellas confesiones en la playa y nuestros únicos encuentros se resumen a unos pocos minutos, las mañanas de los viernes, cuando Krystal viene al Sanctuary a trabajar en mi despacho. No sabe nada del motivo que me roba el sueño o, al menos, eso creo. Piensa que mi agotamiento se debe a compatibilizar el trabajo del bar con la grabación del disco. Cuando acabe esto último, no sé qué excusa me inventaré para mantenerme ocupado y, sobre todo, alejado de ella. Pese a que estar a su lado es lo que más deseo, la sola idea de que pueda llegar a hacerle daño me paraliza y me insta a huir, como he hecho otras tantas veces.

Soy un puto cobarde. A pesar de que siempre me he jactado de que la sinceridad era una de mis pocas virtudes, no he tenido los cojones de revelarle mi secreto, de compartirlo con ella. No creo que me ayudara a aligerar mi carga y solo conseguiría preocuparla más. Sí, lo sé, soy un fraude.

—Bueno, Tyron, ¿qué me dices? —La voz de Ronnie, guitarra y líder de los Cursed Angels, vuelve a conectarme con la realidad.

Mis ojos se habían quedado fijos en el calendario de la pared del bar en el que nos hemos reunido para que me comentara no sé lo qué, pues no he prestado la mínima atención a sus palabras. Mi mirada resbala por los números de enero hasta quedarse hipnotizado en uno de la próxima semana, el 27, el segundo cumpleaños de la hija de Krystal, de nuestra hija. Sé que van

a celebrar una pequeña fiesta y, aunque asistir no entra en mis planes, una espinita clavada aquí dentro me dice que, tal vez, debiera intentarlo. Sería un gran paso para la relación que mantengo con su madre, pero los recuerdos del pasado tiran de mí en dirección contraria. El debate está servido.

—¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir? —insiste mi acompañante.

—Ni una puta palabra —admito, y me encojo de hombros.

Ya hemos acabado la grabación del nuevo disco y estamos con los últimos arreglos para tenerlo listo para sacarlo al mercado. La verdad es que, modestia aparte, nos ha quedado un trabajo redondo. Me vuelve a contar —aunque es la primera vez que lo escucho— que la discográfica está contenta con mi trabajo y que, tanto los jefes como el resto del grupo, quieren que mi paso por los Cursed Angels no sea algo temporal limitado a poner voz a un disco. Me quieren dentro, quieren que les acompañe en la gira de promoción.

He de reconocer que, a pesar de mi ciega afición a la música, jamás me había planteado el dar un paso más. Es una oferta tentadora y aterradora al mismo tiempo. Cuando se me cruza por la cabeza aceptar su propuesta, mi puta pierna derecha me recuerda que está ahí, y que no está en sus mejores condiciones, con un pinchazo lacerante que hace que un sudor frío me recorra la columna vertebral. No sé cómo respondería a un esfuerzo de esas magnitudes. Para mi propia sorpresa, siempre tan celoso de mi intimidad, me descubro confesándole a Ronnie la verdad. En cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, me levanto de la silla que ocupo, lanzo un billete sobre la mesa y abandono el local de forma apresurada.

—Perdona, tengo que irme —me despido de manera cortante.

Voy camino del Sanctuary, repitiendo en mi cerebro la conversación con mi compañero, barajando todas las opciones que tengo, cuando paso por delante del escaparate de una juguetería. A pesar de estar discretamente colocado entre mil cosas más, un peluche llama mi atención, como si tuviera un cartel luminoso sobre él. Casi puedo escucharlo pronunciar mi nombre. Se trata de una réplica casi exacta del peluche con forma de gato que acompañó a mi hermana desde que era un bebé hasta bien entrada la adolescencia. Aunque ya no dormía con él, siempre ocupó un lugar destacado en su habitación. Fue a raíz de ese juguete que Zoe se ganó el apelativo cariñoso de «gatita». Siento el impulso de hacerme con él y extender la tradición con otra Zoe.

♪ ♪ ♪

Tampoco sé muy bien qué hago aquí, una semana después, con el peluche en la mano, decorado con un gran lazo rojo, parado junto al camino que lleva a la entrada de la casa de Krystal.

«Venga, no lo pienses. Da un puto paso más», trato de alentarme, pero mi cuerpo petrificado se ancla al suelo. Es como si de la tierra brotaran ramas que se enredan alrededor de mis pies. Nunca una distancia tan corta se me hizo tan difícil de recorrer. Por cada paso que consigo dar, automáticamente, retrocedo dos y vuelvo a la casilla de salida.

Resoplo, estoy a punto de tirar la toalla, cuando escucho una voz que pronuncia mi nombre.

—¡Tyron! —En un par de zancadas, Krys está junto a mí.

Aunque no me toca, noto la energía que fluye entre nosotros y que me mantiene todavía en el mismo lugar. Sin embargo, estoy a punto de cortar el flujo.

—Lo siento. Lo he intentado, pero no puedo —me disculpo y le tiendo el regalo, derrotado. Me jode mucho decepcionarla y perder una nueva batalla. No puedo luchar contra esto que me quema en el pecho y me ahoga.

Me alejo con prisa de vuelta a la moto, como si escapara de un incendio. No me giro, sin embargo, siento el peso de su mirada aplastándome los hombros. Me subo al vehículo y arranco el motor. Apenas consigo alejarme un par de manzanas de su casa. Me siento en un banco del parque y dejo que el tiempo se escape entre mis dedos, maldiciéndome de nuevo por ser un cobarde.

Ya es de noche cuando el móvil vibra en mis manos. No sé por qué lo tengo aquí ni cuánto tiempo llevo sosteniéndolo. Es un mensaje de Krystal.

Krystal:

Parece que a alguien le ha gustado tu regalo.

Va acompañado de una foto de Zoe dormida, abrazada al peluche con forma de gato. Algo se mueve dentro de mí, una especie de sensación de orgullo, un calor muy agradable que se extiende por mi pecho y empuja mis latidos. Se me escapa una sonrisa de la que, por suerte, nadie ha sido testigo.

Tyron:

¿Ya se ha dormido?

Krystal:

Sí, después de subirse por las paredes con la tarta, le ha dado el bajón y se ha dormido agotada.

Tyron:

Jajaja, conozco bien esa sensación.

¿Me invitas a una copa?

Krystal:

Pásate cuando quieras. Esta también es tu casa, no lo olvides.

Menos de dos minutos después, estoy abriendo la puerta con mi propia llave. Me vuelvo a disculpar unas cuantas veces por mi espantada, pero ella le resta importancia. La distancia entre los dos se borra, hasta que queda sentada a horcajadas sobre mis piernas. Mis manos se pierden por debajo de su ropa mientras le cuento la propuesta del grupo. De nuevo, es ella la que expresa más emoción de los dos, se entusiasma y me anima a que la acepte, cuando yo me muestro bastante más reservado. Mi prioridad en este instante es muy diferente.

Antes de que nos demos cuenta, nuestras ropas han volado, o han sido calcinadas con alguna de las chispas que brota de nuestros labios unidos, y estoy enterrado en ella. Se mece sobre mi cuerpo, exigente, mientras le clavo los dedos en la cadera, en un vano intento de ser yo quien controle la situación, cuando ya hace tiempo que se me ha escapado de las manos. No tardamos nada en pulsar la tecla adecuada, ese botón que inicia una cuenta atrás imparable y que nos hace

saltar por los aires de manera sincrónica.

—¿Nos vamos a la cama, peque? —sugiero, azotado de pronto por todo el cansancio que llevo acumulado.

Antes de que las sábanas cubran mi cuerpo desnudo, caigo rendido.

♪ ♪ ♪

Apenas resulta reconocible debido a la sangre que baña su rostro, sin embargo, esos ojos verdes fijos en el más allá, que me traspasan, la hacen inconfundible. Es ella. Un rictus de desconcierto fijado en su cara, con una pregunta muda atascada en su garganta: «¿Por qué?». La sostengo entre mis brazos, la acuno, con las manos manchadas de ese líquido viscoso, todavía caliente. No sé qué ha sucedido, no lo recuerdo, pero no me cabe la menor duda de que ha sido culpa mía. La he matado.

Me incorporo bruscamente con un grito desgarrador que me quema las cuerdas vocales.

—Tyron, ¿estás bien? —Una voz familiar suena a lo lejos. Sin embargo, soy incapaz de prestarle atención. No puedo respirar, me he caído al océano, me hundo, un peso tira de mis pies hacia el fondo. Doy bocanadas de agua salada que me abrasan los pulmones. Tengo que salir de aquí como sea.

Voy directo al jardín en busca de un poco de oxígeno. El aire gélido que azota mi cuerpo, prácticamente desnudo, empapado en sudor, parece aplacar ese fuego que me consume. Necesito que vuelva hielo mi corazón.

—Tyron, ¿estás bien? —Esta vez sí la escucho. Krystal está a mi lado, no sé desde hace cuánto tiempo, no la he oído llegar.

—Sí, tranquila —miento descaradamente cuando mi cuerpo en tensión, con la mandíbula apretada y la respiración agitada gritan lo contrario.

—¿Dónde quedó aquello de que te gustaba ser sincero? —me ataca, usando las mismas palabras que le he repetido en varias ocasiones.

—*Touché* —admito—. Lo siento, no quería preocuparte.

—¿Qué te pasa? ¿Vuelves a tener pesadillas? —Asiento, con la mirada clavada en el suelo, mientras me dejo arrastrar hasta el interior de la vivienda—. ¿Quieres hablar de ello?

—No, aunque me parece que no tengo otra opción. —Empiezo a relatar las horripilantes imágenes que todavía no han abandonado mi cabeza. Expresarlas en voz alta todavía duele más—. He intentado aguantar, Krys, créeme que lo he intentado. Confiaba en que se trataba de algo puntual, impulsado por los últimos avances de nuestra relación. Pensaba que, en cuanto asumiera todo lo que está pasando entre nosotros, desaparecerían, pero ya no puedo más. Mi puta mente enferma se empeña en convertirme en la protagonista de mis pesadillas.

»No soporto la sensación de verte morir entre mis brazos cada noche. Todo el mundo tiene un límite y este es el mío. Sé que es un sueño, que no es real, pero duele como si lo fuera. Tengo pánico de perderte, de que mi carácter violento y agresivo, ese que ambos sabemos que está ahí y que ha aflorado en más de una ocasión, vuelva a despertar y pueda llegar a hacerte daño de

verdad. En esos momentos, no soy yo y pierdo el control de lo que hago, me vuelvo un monstruo salvaje.

—Vas a volver a marcharte. —No es una pregunta, sino una afirmación, como si pudiera leer mis intenciones. Tampoco es muy complicado, no sería la primera vez que lo hago.

—Déjame que huya, te prometo que volveré cuando esté preparado, cuando aprenda a controlar a mis demonios. —Las lágrimas están a punto de desbordar mis ojos, pero me fuerzo a contenerlas. Me jode volver a fallar, sin embargo, si permanezco a su lado, me volveré loco.

—¿Esta va a ser siempre nuestra historia? —No es un reproche, lo dice con resignación y ella, siempre más valiente que yo, no disimula su llanto. Sabe que ya he tomado una decisión y que, por mucho que lo intente, no va a hacerme cambiar de parecer. Solo espero que entienda que es lo que necesito hacer.

—Lo siento, pero es todo lo que puedo ofrecerte. Esto no es un adiós, te lo juro, es algo temporal. Cuando las luces se apagan y parece que el concierto ha terminado, aún queda tiempo para un *bonus track*, y suelen ser las mejores canciones de grupo. —Me resulta más sencillo explicarme usando una metáfora para rogarle que me espere. Sin embargo, tampoco puedo pedirle que lo haga eternamente—. Aunque, si escuchas un nuevo grupo y te gusta más, no dudes en seguirlo. Yo jamás te impediré que lo hagas.

—Nunca habrá grupo capaz de sustituirte, aunque algunas de esas canciones no me gusten —asevera y prosigue con la misma alegoría—. Siempre esperaré ese *bonus track*, tarde lo que tarde en volver a escena porque sé que merecerá la pena. Mereces la pena, Tyron —añade mientras me abraza—. ¿Puedo pedirte una última cosa antes de que te marches?

—Sí, ojos verdes —confirmo mientras retiro con los pulgares las lágrimas que resbalan por sus mejillas.

—Pasa una última noche a mi lado antes de irte.



Una última noche

Sin saberlo, Ronnie me ha brindado la excusa perfecta para huir. Después de mi conversación con Krystal, le mandé un mensaje para aceptar su oferta. Es justo lo que necesito para poner tierra de por medio con ella. Cuanto más me aleje, más difícil me será hacerle daño, aunque, con mi historial, quién sabe. Además, voy a necesitar la música, mi válvula de escape, más que nunca.

Tras negociar con el grupo, quedamos en que el martes a primera hora, me iré. Querían iniciar nuestra aventura el domingo, pero he conseguido retrasarlo un par de días, ganar algo de tiempo para poder cumplir el deseo de Krystal: una última noche juntos. Una noche que necesito más que ella, si cabe. Durante mi ausencia, será quien se ponga al frente del Sanctuary, junto a su amiga Shauna, a la que no se le dio nada mal hacerlo la otra vez que la necesité.

Soy consciente de su presencia en el mismo instante en que pone un pie en el local, como si dejara una estela de luz a su paso, una que, muy pronto, dejaré de sentir. Sí, sé que ha sido decisión mía y, aunque duela como si me arrancaran el corazón a través de las costillas, es lo mejor para ambos, al menos, hasta que descubra la forma de acabar con mis fantasmas y dinamitar las pesadillas.

El tiempo se detiene cuando se despoja del abrigo, como si lo hiciera a cámara lenta. Debajo, lleva unos pantalones de cuero, que se ajustan a su figura como una segunda piel, y un top de tirantes, de estilo gótico, en tonos morados y negros, con un amplio escote. Siento la llamada de su piel y, antes de que me dé cuenta de cómo he llegado hasta allí, me encuentro al otro lado de la barra, con los labios recorriendo su hombro mientras una mano rodea su cintura.

—Llegas temprano —susurro con pesar y maldigo cada minuto que resta hasta que pueda cerrar el local y dedicarme por entero a ella.

—Tenía ganas de verte —admite con desesperación en la voz.

—Y yo, peque, pero tengo que trabajar —replico y, por unos segundos, me planteo mandar todo a la mierda, cerrar el local y tomarme un día de fiesta.

—Lo sé, no te preocupes. Me conformo con verte. —La resignación es patente y sus ojos verdes brillan humedecidos. Siento cada lágrima contenida como una pequeña cuchillada que me perfora las entrañas por estar haciéndole esto.

Justo unos segundos después de que llegue el repartidor con la cena que hemos pedido, aparece Shauna en el local. La miro extrañado, no sé qué hace aquí, tiene el día libre y debiera estar cuidando de la niña. Krystal la contempla con pavor y antes de que abra la boca, su amiga se explica:

—Tranquila —dice y estira las manos por delante de ella para apaciguar a la madre preocupada—. Zoe ya se ha dormido y Noah está cuidando de ella. Ya sabes que se le dan bien los niños. Aprovechad el tiempo.

Siento una punzada de envidia al saber que Noah está haciendo lo que yo debería, aunque me resulte imposible. Él habría sido un buen padre para la niña y un buen marido para su madre —aunque eso no pienso admitirlo en voz alta—.

—Te debo otra, Shauna —apunto, mientras tiro ya de la mano de Krystal para acceder a la planta superior y seguir al pie de la letra su consejo.

Cojo un par de botellines de cerveza del minibar de mi apartamento y nos sentamos en el sofá. Ordeno el contenido de nuestra cena sobre la mesa auxiliar, cojo una patata frita y me la llevo a la boca, apenas he comido hoy.

—Estás muy callada —observo.

—Tengo miedo de que, si hablo, no pueda controlar las lágrimas —confiesa y se le rompe la voz.

—Peque, olvídate de mañana y centrémonos en esta noche —le pido.

—Lo intento, pero no es fácil. —Lo sé, a mí también me duele cada puto segundo que avanza el reloj. Ojalá pudiera detenerlo, ojalá pudiera darle otra salida a lo nuestro, pero, por el momento, me resulta imposible.

—Ven aquí, nena. —La atraigo hacia mí, yo también necesito sentirla más cerca y empaparme de ella para cuando ya no esté, para que me acompañe en mis noches más oscuras—. Quiero aprovechar cada minuto de esta noche, quiero grabar en mi cuerpo cada una de tus caricias y tatuar mis manos en tu piel.

Nos negamos a caer presos de esa excitación que nos apremia y nos desnudamos sin prisa, para memorizar unos cuerpos que ya conocemos a la perfección. Tras deshacernos de cada prenda de ropa, tejemos con caricias y besos una tela invisible que nos cubre hasta el último milímetro.

Nuestras bocas se enzarzan en un último baile, una desesperada y lenta batalla, como si necesitáramos respirar el oxígeno de los labios del otro, mientras retrocedo —o ella me empuja, no lo tengo muy claro—, hasta que mis piernas topan contra el colchón y quedo sentado sobre él.

Krystal se arrodilla entre mis piernas y me las acaricia para, después, prestar atención a una parte de mi anatomía que hasta ahora había ignorado a propósito, pero que también la necesita, y

recorre su longitud con la lengua. Mi polla se endurece aún más, si eso es posible, cuando su boca la abarca. Un quejido bronco emerge de mi garganta cuando sus labios ejercen la presión justa para llevarme a la locura y empieza a engullir siguiendo una cadencia devastadora.

Turbado por el placer que me proporciona y que trato de estirar al máximo, busco apoyo sobre la cama con una mano, mientras la otra se enreda entre sus cabellos. La cabeza me da vueltas y estoy, incluso, mareado.

—Joder, nena, por favor... —mascullo, incapaz de encadenar más de dos palabras seguidas con sentido. Quiero que finalice mi tortura y me regale la liberación que tanto ansío—. No puedo más —advierdo, jadeante, una vez que siento que he traspasado el punto de no retorno.

No me rechaza, no se aparta de mí. En cambio, acelera el ritmo hasta que mi cuerpo entero se tensa y estallo dentro de su boca en un potente orgasmo que me deja sin respiración. Me dejo caer hacia atrás para recuperar el aliento y Kryz se coloca a horcajadas sobre mí, busca mi boca y comparte mi propio sabor. Siento sobre mi vientre la humedad que impregna su sexo palpitante y, aunque apenas hace unos pocos segundos que me he corrido, bato mi propio record de recuperación y vuelvo a excitarme. Al parecer, mi cuerpo también es consciente de que esto se acaba y quiere aprovechar hasta el último segundo.

Rodamos sobre la cama hasta que acabo ganándole la posición y queda tendida de espaldas. Es mi turno, me toca darle placer. Me sitúo entre sus piernas y beso la parte interna de sus muslos mientras me acerco peligrosamente hacia la unión. Lamo su centro, despacio, con calma, la degusto como si fuera un auténtico manjar al mismo tiempo que la estimo con los dedos. Krystal se retuerce contra mi boca, busca más fricción y, cuando siento que está a punto de correrse, me detengo. Repito el mismo procedimiento hasta en tres ocasiones. Los gemidos de placer que le arranco se convierten en frustración cada vez que retraso ese instante. Me apiado de ella y la llevo hasta la cima. El haber postergado este momento consigue que la ola de placer que la azota sea brutal. Su cuerpo entero parece temblar.

Tras unos segundos de respiro, repto sobre su cuerpo, mis labios buscan los suyos y mi polla, su sexo. No tarda en abrirse camino, en que sus paredes abracen cada centímetro de mí que se adentra en ella. Empiezo a mecarme sobre ella, por inercia y, después de haber sucumbido al placer, regresamos a ese ritmo demoledoramente lento, como si así pudiéramos extender el momento durante horas y prolongar esta conexión que rebasa los límites de lo físico y que me quema en el pecho.

—Ojalá esto durara toda la noche, ojalá esta noche durara eternamente —verbaliza y pone voz también a mis propios pensamientos.

—Te quiero nena, te quiero más que a mi vida —confieso con sinceridad mientras vierto dentro de su boca el amor que siento por ella y que no me cabe dentro de esas palabras.

Acelero sin poder remediarlo, como si hubiera perdido el control de mi cuerpo y tuviera vida propia, una que quiere compartir con ella. Mis estocadas se vuelven más intensas, intentan alcanzar un punto más profundo en su interior, como si estar dentro de ella ya no fuera suficiente. Quiero fundirme con su piel.

Y lo consigo, acompañado por la mágica banda sonora que componen nuestros gemidos y jadeos y el choque de nuestras pieles húmedas, estallamos en llamas, compenetrados a la perfección y nos derretimos, consumidos dentro del mismo fuego que hemos creado.

Exhausto, me dejo caer sobre ella, sin abandonar el cobijo que me ofrece su interior.

—No quiero dormir —confiesa Krystal, quien ya siente el peso de sus párpados.

—Vamos a la ducha —propongo. Yo también noto cómo la somnolencia me va ganando terreno.

Me pongo en pie y la arrastro hasta el baño. Abro el grifo y cuando la temperatura del agua es cálida, nos introducimos bajo el chorro. El líquido cae sobre nuestros cuerpos desnudos como una cálida lluvia y surte el efecto deseado: el sueño se escurre por el desagüe. Nuestras bocas, de nuevo hambrientas, se buscan y las caricias despiertan nuestro deseo.

Masajeo sus pechos, los lamo, chupo y mordisqueo, vertiendo pequeñas descargas de placer sobre su piel. La agarro con firmeza por las nalgas y la acerco más hacia mí, para que note las ganas que tengo de volverme a hundir en ella. La alzo del suelo, me ayudo de los azulejos de la pared, para que su peso quede repartido, y ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura.

Con un envite certero, me introduzco en ella, me acoplo de una forma única, como si estuviéramos hechos para encajar de manera perfecta. Somos dos piezas troqueladas del mismo puzle. Esta vez, la desesperación se impone a la calma, porque sabemos que va a ser la última en demasiado tiempo.

Krystal inclina la cabeza hacia atrás, para que el agua que se desliza por su rostro camufle las lágrimas que ya no puede retener, mientras yo simulo no darme cuenta. Un cúmulo de emociones me sacude por dentro y acompaña a unas embestidas intensas, exigentes que claman al cielo, que nos envía un rayo que atraviesa nuestros cuerpos al unísono. Un golpe certero que nos alcanza con una sensación de goce indescriptible que, sin embargo, desata también todo el dolor que con tanto empeño hemos mantenido encerrado durante esta noche. Estoy acostumbrado a tragármelo todo, a convertirlo en una bola y enterrarlo en lo más profundo de mi ser, pero ella no, y su grito de liberación acaba mutando en un angustioso y desesperado llanto.

La deposito con suavidad sobre el suelo, conmovido, y la envuelvo entre mis brazos. Una vez que estoy a salvo de su mirada, me permito el lujo de derramar unas pocas lágrimas que me saben demasiado amargas.

Permanecemos varios minutos bajo la ducha, hasta que el cuerpo convulso de Krystal comienza a serenarse. A pesar de que el agua sigue a la misma temperatura, se nos antoja fría, o tal vez seamos nosotros, cada vez más conscientes del momento que se acerca. Cierro el grifo y seco su piel con mimo, antes de regresar a la cama. Nos acurrucamos bajo el edredón, nuestras extremidades se enredan, como una prolongación del otro, con los dedos entrelazados, y nos regalamos las últimas caricias, sumidos en un estado de aletargamiento, sin llegar a dormirnos, hasta que la alarma de mi teléfono móvil pone fin a este sueño. El reloj vuelve a ponerse en marcha y es hora de decir adiós.



Necesito la música de tu voz

— **A**ntes de que te vayas, me gustaría darte una cosa —me dice Krystal, poco antes de que me monte en el coche que me va a alejar de ella. Le cuesta hablar, traga saliva, carraspea y me tiende un pequeño paquete que acaba de sacar del bolso—. Ábrelo cuando estés solo.

Asiento y me lo guardo en el bolsillo. Poso las manos en su cintura y la atraigo hacia mí. Mis labios se apropian de su boca en un beso con un regusto amargo a despedida.

—Sé feliz —le deseo con sinceridad.

—Vuelve pronto —me ruega y sé que no se refiere a la promoción del disco ni a la duración de la gira. No puedo contestar a su súplica de la forma en que a ella le gustaría, así que, rompo el contacto y, sin mirar atrás, me subo en el coche de Ronnie, que me espera junto a la puerta del Sanctuary.

Mi mano aprieta con fuerza su obsequio mientras arranca el motor y dejamos atrás el edificio del local y a Krystal junto a la puerta, como si aferrándome a ese objeto todavía siguiera a su lado.

Nuestro primer destino es una nave abandonada en mitad de la nada, invadida por la vegetación, en donde va a tener lugar la grabación del videoclip que acompañará la salida de nuestro primer sencillo. Mientras dure el rodaje, nos alojaremos en una vivienda en un pueblo cercano a ese enclave.

Ahora mismo, nos encontramos en el salón de la que será nuestra casa durante los próximos días, escuchando cuál es el plan de grabación. Todos participan menos yo, que permanezco en un segundo plano. A pesar de mi trabajo como vocalista, todavía no me siento parte del grupo, creo

que siempre seré «el sustituto».

Termino de un trago la cerveza que tengo en la mano y me marchó, sin esperar a que concluya la conversación. Sé que no tomarán en cuenta mis opiniones, que mi trabajo, en este momento, es limitarme a seguir órdenes y eso haré. Necesito con urgencia abrir el paquete que me quema en el bolsillo, como si estuviera hecho de puro fuego.

Subo a la que va a ser mi habitación y, una vez encerrado en la intimidad que me ofrecen estas cuatro paredes, rasgo la bolsita de papel rojo para descubrir qué se oculta en su interior. Me tiemblan las manos cuando lo hago, mientras el mundo parece detenerse de nuevo. Dentro del pequeño paquete se esconde una cadena de plata vieja de la que pende un colgante con forma de alas que, aunque no es igual, es muy similar al que lleva Krystal tatuado en la espalda. Incluso a pesar de la distancia, sigue velando por mí.

Me dejo caer sobre el colchón y, con el objeto entre mis dedos, sosteniéndolo con tanta fuerza que hasta se me clavan las aristas, consigo dormir. En cuanto me despierto, me lo cuelgo al cuello.

Una vez que concluye la grabación del videoclip, nos dedicamos a la promoción del disco. Tres o cuatro eventos con revistas y emisoras de radio especializadas en el sector en los que las preguntas siempre dan vueltas al mismo tema: la marcha del anterior cantante y mi nueva incorporación al grupo, que no es bien vista por muchos de los seguidores.

—¿Creéis que vuestra nueva adquisición estará a la altura? —preguntan, como si no estuviera presente. «Nueva adquisición», ni que fuera un instrumento comprado en oferta.

—No tenemos la menor duda —responde siempre un Ronnie, altivo, quien, como líder, se encarga de llevar el peso de las entrevistas—. ¿Queréis una demostración?

Coge una guitarra electroacústica que, casualmente, tiene preparada a su lado y llega el momento de callar bocas. Un par de versiones de grandes éxitos del rock en los que demuestro mi versatilidad con el manejo de las cuerdas vocales, alguna que otra canción del grupo, de los discos anteriores, y unos pocos segundos de uno de los temas del último disco que los deja con la miel en los labios. Cuando esa canción está a punto de llegar al punto álgido, nos detenemos, rodeados de un murmullo de frustración en los asistentes, ávidos de más.

♪ ♪ ♪

He de reconocer que me encanta ver cómo cada estrofa que canto va destruyendo sus dudas, pero no tiene nada que ver con la sensación de subir al escenario. Aunque jamás entró en mis planes hacer de la música algo más que una forma de evadirme de mis miserias, esto es la mejor puta droga que he tomado nunca. Y eso que he probado unas cuantas.

La primera vez que lo hice, estaba nervioso, me acojonaba no dar la talla frente a las más de mil personas que llenaban la sala aquella noche. Incluso llegué a vomitar un par de veces, a escondidas, sin que nadie se percatara de ello. Después, me vestí con mi traje de siempre, esa coraza con la que llevo disfrazándome desde que era niño, y salí a escena. No solo tenía que demostrar frente a ese público exigente que daba la talla, a los primeros que tuve que convencer fue al resto de mi grupo. El único que confió en mí desde el principio fue el mismo que me llamó para que me uniera a ellos; Ronnie.

Ahora, ya he dejado atrás esos momentos previos de nervios y lo único que siento correr por mis venas es una ansiedad anticipatoria de lo que viene después, de algo muy grande, que solo se calma cuando piso el escenario. Un chute de adrenalina que me hace crecer sobre las tablas hasta que siento que lo ocupo todo.

En cuanto las luces nos enfocan y empiezan a sonar las notas de la primera canción, me olvido de todo, de mi pasado, de mis pesadillas, del dolor de la pierna derecha y de los miles de ojos que tengo fijos en mí, pese a que sus voces se unen a la mía coreando el estribillo de cada canción. En ese momento solo existimos la música y yo. A veces mi voz le grita con rabia, cuando el tema lo requiere; otras veces, hago el amor con ella cuando llega el turno de una balada. Me vuelco en cada canción como si las notas fueran la sangre que corre por mis venas. Es la única hora y media en la que mi vida merece la pena porque, después, cuando las luces se apagan, despierto de este bonito sueño y regreso a la puta realidad.

En cuanto concluye el concierto y cesan los aplausos del público, voy directo al autobús que nos transporta de una ciudad a otra, mientras el resto del grupo celebra otro éxito. Pese a que nunca llenaremos grandes estadios, entre ochocientas y mil quinientas personas nos acompañan cada noche. Me encantaría unirme a ellos, pero mi pierna empieza a protestar y tengo que forzarla a descansar para poder seguir este ritmo.

Lástima que mi cerebro, una vez que bajo la guardia, no piense lo mismo. Han vuelto los sueños macabros en los que Krystal muere en mis brazos. Bueno, lo cierto es que creo que en ningún momento han llegado a abandonarme.

Me despierto bañado en sudor, con la respiración acelerada, sin saber si el grito que he dado en sueños ha traspasado la barrera y se ha hecho audible. El autobús permanece en silencio, así que, supongo que el alarido se ha quedado dentro de mi cabeza. Solo se escucha algún que otro ronquido de mis compañeros y el murmullo de las ruedas del vehículo devorando kilómetros.

Saber que estoy lejos de ella, que en la distancia no puedo dañarla, ayuda, pero, por si mi pesadilla fuera premonitoria, siento la necesidad de escuchar su voz para cerciorarme de que está bien.

Sin molestarme en mirar el reloj para comprobar la hora, marco un número que me sé de memoria. Contengo la respiración hasta que su voz somnolienta me responde al otro lado.

—¿Tyron? —pregunta con sorpresa.

—Hola, peque —contesto—. Ya sabes cómo va este juego, ya hemos jugado más veces. —Mi voz suena más borde de lo que pretendía—. No me hagas preguntas porque no pienso responderlas, puede que no te gustaran las respuestas. Solo tienes que hablarme, de lo que quieras, solo necesito oír tu voz. —«Y saber que estás bien, que no me he vuelto a equivocar. Necesito que silencies a mis demonios y poder seguir adelante.»

Cincuenta minutos después, en los que me cuenta que, por fin, ha terminado los exámenes y ha completado su carrera universitaria, además de ponerme al día de nuestro negocio, siento que el sueño me vence. Me despido con un «gracias», que suena un tanto pastoso, y finalizo la llamada. Se obra la magia y, al menos esta noche, consigo descansar.

Horas después, cuando ya es de día, me levanto, quizá guiado por el sonido de una guitarra. No sé qué hora es, el autobús sigue en marcha por la carretera, camino de nuestro siguiente destino.

—Buenos días, ¿falta mucho para llegar? —pregunto a Ronnie, el dueño de esos acordes que me han sacado de mi sueño, mientras cojo una cerveza de la nevera para desayunar.

Me mira, de arriba abajo, con demasiada intensidad. Solo llevo un vaquero roto y desgastado, voy descalzo y con el torso desnudo.

—Alrededor de un par de horas —me responde. Ya no sé ni cuál es la ciudad en la que actuamos esta noche, por suerte, me lo recordará antes de subir al escenario.

Mis ojos resbalan sobre el tatuaje de escorpión de su antebrazo hasta posarse sobre los dedos que rasgan las cuerdas de la guitarra. Sin que apenas sea consciente de lo que hago, abro y cierro el puño derecho con fuerza, casi con rabia.

—¿Qué te pasó? —Lo miro desconcertado, tal vez se haya percatado de mi gesto—. El accidente que tuviste, ese por el que no sabías si aceptar nuestra propuesta de unirme al grupo —me aclara.

—Un hijo de puta invadió nuestro carril. Di un volantazo para esquivar un choque frontal, pero el coche se empotró contra un muro. Mi cuerpo quedó atrapado entre los restos del coche. Me destrocé la pierna derecha —y más cosas— y todavía me da guerra —me sorprende al descubrirme confesándole lo que sucedió, cuando lo normal es que me muestre reticente a hablar de mí mismo, a abrirme a alguien que no sea Krystal, lo que me deja descolocado. No es la primera vez que me pasa con Ronnie, me sale de manera natural y no sé por qué.

—¡Joder, menuda ida de olla ayer! —nos interrumpe Dave, el bajista, cosa que agradezco porque me permite escabullirme antes de que le cuente más cosas de las que luego pueda arrepentirme—. A ver si te apuntas algún día, tío —me dice.

—Tal vez.

♪ ♪ ♪

Llevamos aproximadamente dos meses de gira, la verdad es que no llevo muy bien la cuenta de en qué día vivo hasta que, justo antes de entrar al local donde actuamos esta noche, veo el cartel que anuncia nuestro concierto, una pegatina de «*sold out*» y la fecha.

—Zoe —se me escapa de entre los labios mientras un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Han pasado ocho putos años desde que perdí a mi hermana y aún siento su último suspiro con nitidez, como si hubiera sucedido ayer mismo. El paso del tiempo no ha conseguido emborronar los recuerdos ni el dolor.

—Sabía que hoy llamarías —me saluda Krystal al otro lado de la línea, una vez que los focos se han apagado y regresa la oscuridad. Apenas ha tardado en contestar, a pesar de ser ya de madrugada, como si me estuviera esperando—. Sé que no me vas a contestar, pero me gustaría saber cómo estás. Hoy es un día duro para ti...

—Ese no es el trato y lo sabes —la interrumpo y dejo que la ira aniquile las ganas que pueda tener de abrirme a ella—. Las reglas del juego no van así.

—Un juego que te has inventado tú. —No se amedrenta ante mi tono arrogante.

—Si no te gusta, siempre puedes dejar de jugar —amenazo, a pesar de que me moriría si ella renunciara a estos momentos, a lo único de «nosotros» que nos queda.

—¡No! ¡Espera! No me cuelgues, Tyron. Solo es que me mata no saber cómo estás —recula ante la certeza de que soy capaz de colgar si no me sigue la corriente.

—Eso nunca ha importado, peque. Lo importante eres tú. Por favor, ya sabes lo que tienes que hacer, sabes lo que necesito... —suplico.

Tras casi una hora de perderme en su voz, cuando ya empiezo a notar el efecto balsámico que ejerce sobre mis demonios, el cansancio me juega una mala pasada que dura solo unas décimas de segundo. Sin embargo, es tiempo suficiente para que se me escapen cuatro palabras que jamás debieran haber abandonado mi boca.

—Te echo de menos —confieso.

—Entonces, vuelve conmigo. —Krystal no desperdicia la oportunidad y sé que no sé refiere a que deje la gira y regrese a su lado, sino a que derribe los muros que he creado entre nosotros y nos conceda la licencia para seguir amándonos. Como si sus palabras me hubieran dado un calambrazo, cuelgo el teléfono sin despedirme. «Ojalá pudiera, nena, ojalá, pero todavía no estoy preparado.»



La peor versión de mí mismo

La gira está siendo todo un éxito. Las dudas de mi papel como vocalista de los Cursed Angels quedaron tiradas en la cuneta de cualquier carretera que dejamos atrás. El público, la crítica y el grupo me avalan. Les he demostrado que soy algo más que «un camarero con buena voz», como me llamaron mis propios compañeros nada más unirme a ellos, cuando pensaban que no los oía.

Ojalá mi puta pierna me siguiera el ritmo. Gracias a la sobredosis de adrenalina consigo mantener el dolor a raya durante la hora y media que dura el espectáculo. Sin embargo, después, se vuelve pesada y me cuesta incluso moverme. Tantos días sin un descanso real comienzan a pesar sobre mis espaldas y no sé cuánto más podré aguantar sin romperme.

Hoy, ni siquiera me concede esa tregua de noventa minutos. Cuando estoy a punto de abandonar el escenario, un latigazo nacido de un punto concreto de mi maltrecha pierna, justo sobre la cicatriz, se extiende por todo mi cuerpo, como si me hubiera alcanzado un rayo, y me deja sin respiración. Me quedo paralizado, clavado en el suelo, y las luces de los focos se vuelven borrosas.

Estoy a punto de caer al suelo, de espaldas al público que me ha vitoreado durante el concierto. Me abandonan las fuerzas y casi dejo de sentir la tarima del escenario bajo mis pies cuando Ronnie, siempre atento, se sitúa a mi derecha y me arrastra fuera del escenario. Se lo agradecería si fuera capaz de pronunciar una puñetera palabra.

—Tío, ¿estás bien? Estás pálido —pregunta mi compañero. La preocupación es patente en su tono, con sus ojos castaños clavados en mí, que se van oscureciendo, como todo a mi alrededor, hasta que soy incapaz de distinguir nada.

Cuando recopilo las fuerzas necesarias para volver a abrir los míos, estoy recostado en uno de los sofás del autobús, sin que tenga ni puta idea de cómo he llegado hasta aquí.

—Solo necesito descansar —miento, en respuesta a la pregunta que no sé cuánto hace que ha pronunciado. Todavía tengo la respiración entrecortada y lucho para controlar el maldito dolor que me martiriza. Hacía meses que no me atacaba con tanta virulencia.

—¿Es la pierna? —Miro a mi alrededor con temor, no quiero que nadie más se entere de mis debilidades. Por suerte, estamos solos. Asiento—. ¿Quieres algo para el dolor? Tengo unos relajantes musculares y unos analgésicos que me recetaron para una tendinitis del hombro, te podrían ir bien.

No he confesado al resto del grupo el accidente que tuve. Ronnie es el único que lo sabe y quiero que siga así. Es el compañero con el que más me he abierto, de una forma que aún me sorprende. Entre nosotros ha surgido una camaradería, una conexión especial, gracias a la música, que no me explico y que jamás he tenido con nadie con anterioridad. Mientras el resto del grupo se recupera de las fiestas nocturnas, él, más comedido en sus desfases y yo, que renuncio a ellos, compartimos momentos y canciones. Incluso estamos componiendo algún tema nuevo.

Siempre me he desnudado ante mi guitarra y, ahora que se me niega la posibilidad de rasgar sus cuerdas, es como si los dedos de Ronnie fueran el vehículo que necesito para suplir mis carencias, es la única forma que tengo de sacar lo que me quema dentro y convertirlo en canción para que duela menos.

—No, gracias. —Con un esfuerzo titánico, consigo declinar la oferta. Después de la época que pasé hundido en el pozo, renuncié, incluso, al analgésico más suave por miedo a volver a caer, no me fiaba de mi fuerza de voluntad. Y hacía bien.

La segunda vez que insiste, mi determinación empieza a tambalearse y cuando me tiende la medicación, caigo con todo el equipo. Me autoengaño al pensar que, por tomar un par de pastillas de vez en cuando no va a pasarme nada, cuando lo que acabo de hacer, en realidad, es asomarme al abismo, a ese pozo negro del que tanto me costó salir. Allí al fondo, la oscuridad vuelve a pronunciar mi nombre.

No me duermo, caigo inconsciente. La mezcla de los analgésicos, los relajantes musculares, el alcohol y mi estómago prácticamente vacío forma una bomba que estalla y desconecta mi cerebro durante unas horas. Justo lo que necesito.

Sé que este momento de debilidad no es algo puntual. Ya no tiene sentido que me justifique diciendo que son solo medicamentos, que un doctor se los recetó a mi amigo. La puta realidad es que me he vuelto a enganchar y sé que no tardaré en traspasar la línea e ir un paso más lejos, especialmente cuando el acceso a otras sustancias es tan fácil. Solo tengo que pedir las para tenerlas en mi mano, en mi nariz o corriendo por mis venas.

♪ ♪ ♪

Tengo una sensación extraña desde que me he subido esta noche al escenario, una especie de cosquilleo en la nuca que no sé a qué se debe hasta que mis ojos impactan con los suyos. A pesar de las más de mil doscientas personas que llenan la sala, la encuentro. Krystal está entre el

público, en un lateral y ,aunque tiene ocho o diez filas de gente por delante de su posición, atrae mi mirada, de la misma forma que podía detectar su presencia antes de verla, cuando estábamos en la misma habitación. En un primer momento me engaño, creo que se trata de una alucinación, alimentada por mis deseos, pero, cuando todo mi cuerpo me grita lo contrario, me rindo a la evidencia: ella está aquí.

No debería haber venido. No podría haber escogido un puto momento peor, cuando paseo por el borde del precipicio, a punto de saltar. Este no era el trato. Le dije que volvería cuando estuviera preparado y no lo estoy, joder, no lo estoy. Si ella se ha saltado las reglas, yo también puedo hacerlo. Tengo que alejarla de aquí y lo hago como siempre, mostrándole la peor versión de mí mismo, la que le hace daño.

Tras acabar nuestra actuación y recibir la ovación del público, Ronnie se sitúa a mi derecha. Ha tomado por costumbre servirme como muleta humana por si vuelvo a necesitarlo.

—¿Te acompaño al bus? —me pregunta.

—No, esta noche no. Hoy me apetece celebrarlo —respondo al mismo tiempo que escojo entre un grupo de chicas que rondará los veinte o veintipocos años a la afortunada que me acompañará.

Se trata de una morena de pelo corto, con las puntas teñidas de un llamativo color rojo que viste una minifalda de cuero y un top que deja a la vista un tentador piercing en el ombligo. Sin miramientos, le como la boca de una forma brutal, a lo que ella responde encantada. Que no suela participar en estas fiestas, me convierte en un trofeo todavía máspreciado. Su sabor me deja frío, vacío, aunque eso es lo de menos esta noche.

Sé que Krystal sigue cerca, más incluso que antes. Siento su proximidad en la piel, que se eriza a pesar de que mis ojos no la han vuelto a buscar. No me hace falta ver la decepción y el dolor en su mirada, se me clava en mitad del pecho. Me limito a mandarle un mensaje, un escueto: «no deberías haber venido» para que sepa que su presencia no me ha pasado desapercibida.

—Parece que estás un poco tenso. ¿Quieres que te ayude a relajarte? —se ofrece la chica de la que ni me he molestado en preguntar el nombre, una vez que estamos en una pequeña sala que el local nos ha reservado para este momento.

Lo que realmente me nace es apartarla de mí y correr en busca de Krystal, puede que todavía no se haya ido. En cambio, asiento y buceo en busca de su lengua. Ella coge un vaso y varias botellas que hay sobre una mesa y me prepara un gin-tonic cargado. Lo adereza con el contenido de un par de cápsulas, me lo tiende y le doy un trago largo. A estas alturas, me importa una mierda lo que me estoy metiendo. Que empiece la fiesta.

Se arrodilla en el suelo, entre mis piernas, me desabrocha el pantalón y libera mi polla que, aunque algo perezosa, no tarda en conseguir la consistencia adecuada. La enfunda en un condón y me engulle por completo, se nota que tiene experiencia. Me refiero a ella con un genérico «nena», aunque no lo pronuncio ni lo paladeo igual que cuando me refiero a Krystal. Cierro los ojos y me imagino que es la dueña de esos ojos verdes quien me hace la mamada. Sin embargo, la sensación no es parecida ni por asomo.

Miro a mi alrededor, el resto del grupo también se lo está pasando bien. A un par de metros de distancia, sentado en el mismo sofá que yo, Ronnie tiene a una rubia cabalgándole a un ritmo demencial, mientras mi compañero gruñe, con las manos sujetando las caderas de la chica. Justo

en ese instante, como si el guitarrista hubiera notado mis ojos sobre él, gira su rostro hacia mí. Percibo que su mirada se enreda más de lo debido con la mía, veo el deseo acrecentado en sus ojos oscuros y, como si fuera el detonante, se aferra con más fuerza a los muslos de la chica mientras su cuerpo se tensa en la antesala que precede al clímax.

La sustancia disuelta en mi vaso ya campea a sus anchas por mi torrente sanguíneo. La cabeza me da vueltas, pero no parece afectar a mi polla. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo hacer. No tardo mucho en correrme con un orgasmo amargo que me sabe a traición. De pronto, la bilis asciende y me quema la garganta y me siento el ser más ruin sobre la faz de la tierra. Aparto a la chica de un empujón, creo que incluso cae al suelo, pero no me importa. Me deshago del condón y me pongo en pie. Termino de un trago lo que queda en el vaso, me subo el pantalón, me arranco el colgante que pende de mi cuello, que lleva ahí desde que Krystal me lo regaló, y abandono la sala. Ya no soy digno de llevarlo.

♪ ♪ ♪

Corro para salvar los escasos metros que separan mi cama del baño del autobús y llego justo a tiempo para vaciar el contenido de mi estómago sobre el inodoro, con no demasiada buena puntería.

Mi propia imagen me juzga desde el espejo mientras me refresco el rostro con agua fría. Me encantaría estampar el puño contra él, sería lo más parecido a romperme la cara. Inspiro hondo y repaso lo acontecido anoche. No tengo remedio, no tengo solución, por mucho que ella se empeñe en lo contrario. Es hora de dejar que mi ángel despliegue las alas y vuele libre, ya me ha dado demasiadas oportunidades y he demostrado que no soy digno de ella. Creo que ha llegado la hora de pasar página y cerrar el libro para siempre.

Tyron:

*Sigue con tu vida, peque. Los dos sabemos que no estoy
hecho para ti, solo sirvo para hacerte daño.*

Tecleo en el móvil y le doy al botón de enviar. No tarda más que unos segundos en empezar a vibrar, rechazo las llamadas y lo apago.

—¿Cómo te encuentras? Ayer te agarraste una buena. —Ronnie, como cada mañana, es el más madrugador y, sentado en el sofá con la guitarra, intenta entablar conversación. Una conversación que no me apetece una mierda mantener ahora mismo.

—De puta madre —contesto, de manera borde. Y no contento con eso, combato con rabia el dolor desgarrador que se extiende por mis entrañas como un virus mortal. Sonrío, de manera cínica y despiadada, antes de lanzar un pequeño proyectil que va a acertar de lleno en la diana. Al fin y al cabo, lo que mejor se me da en esta vida es romper vínculos—. Oye, Ronnie, respecto a lo de ayer, que sepas que me siento halagado, pero ese rollo no va conmigo.

—¿Qué dices? No..., no sé a qué te refieres. —Sus dedos se detienen en seco y todo rastro de color desaparece de su rostro. Si necesitaba alguna confirmación, que no era el caso, ni con palabras hubiera sido más clara.

—Tío, te corríste mirándome a mí —le aclaro—. Me han mirado demasiadas veces con deseo como para que no sepa reconocerlo —añado con prepotencia y me baso en ella para sellar las grietas de mi escudo.

—¿Insinúas que soy gay? —Se revuelve en su asiento, nervioso.

—No, no lo insinúo, lo afirmo.

—¡Si ayer nos follamos a unas tías! —No cesa en su intento de convencerme.

—Sí, claro. Tú pensando en mí y yo pensando en otra —rebato mordaz—. Lo de ayer fue una masturbación delegada.

La peor versión de mí mismo se extiende más allá de Krystal, como un oscuro manto que abarca a todos los que tengo a mi alrededor y Ronnie empezaba a estar demasiado cerca. Creo que es lo más próximo que he estado de llamar «amigo» a alguien. Soy un cabrón, con todas las letras y en mayúsculas, así que, una vez que he alejado a mi chica de ojos verdes, mi principal objetivo es sesgar con el filo punzante de mi lengua, mis actos y mi soberbia, esa cuerda que empezaba a atarme a Ronnie.



Lo único que importa es ella, siempre lo ha sido

Solo puedo calificar el final de la gira como un auténtico desastre. Mis constantes pullas y mi forma de actuar han hecho que Ronnie y yo lleguemos a las manos. Bueno, para ser sincero, fue él quien me dio de hostias, bien merecidas, también hay que decirlo. Lo provoqué conscientemente, directo a donde sabía que más le iba a doler, para que me golpeara. Al fin y al cabo, ese es el único terreno en el que me siento cómodo, el que he mamado desde la cuna.

Estoy cansado, sin embargo, no sé si quiero que esto termine. A pesar de que me he cargado la complicidad que existía entre el guitarrista y yo, cuando estoy en el escenario es la única hora y media en que me abstraigo de todo lo demás, los noventa únicos minutos que no duelen y en que no soy un puto cabrón redomado. Es la única droga de todas a las que estoy enganchado que no me hace daño. Después, cuando las luces se apagan, me dejo arrastrar por esas otras sustancias, bastante más nocivas, para ser menos consciente del vacío que siento en mi interior, que crece como un agujero negro que lo engulle todo.

Ayer dimos nuestro último concierto de la gira, ayer finalizó mi aventura con los Cursed Angels. Ronnie me ha echado del grupo y razones no le faltan. Yo, en su lugar, no hubiera aguantado tanto.

El autobús me deja justo frente a la puerta del Sanctuary y me apeo de él, sin despedirme de los que, durante los últimos meses, han sido mis compañeros. Me quedo plantado en el mismo lugar varios minutos sin saber qué hacer.

No soy digno de volver aquí, no puedo cruzarme con ella, no después de lo que le he hecho, después de haber roto, otra vez, todas y cada una de mis promesas. Este es ahora su lugar y yo ya no pertenezco a ningún sitio.

Como una sombra, subo hasta lo que fue mi hogar, sin que nadie llegue a percatarse de mi presencia. Cojo las llaves de la moto y, con el mismo sigilo, me marchó.

Arranco el motor y callejeo por la ciudad y por los alrededores, sin rumbo fijo, sin destino. Dejo que sea el azar quien me guíe durante horas, durante días, hasta que llego frente a una puerta. Todavía no sé qué hago aquí, pero no tengo otro sitio a dónde ir.

—Tyron, ¿qué haces aquí? —La expresión de estupefacción en el rostro de Ronnie lo dice todo. Está igual de sorprendido que yo de encontrarme al otro lado de la entrada de su casa.

—Lo siento, sé que no tengo derecho a presentarme así y entendería que me echaras —Yo lo haría a patadas, puede que ni siquiera me hubiera abierto la puerta—, pero no puedo volver a casa, así no.

—Anda, pasa —accede, no sin antes echarme la bronca por haber cogido la moto en mi estado; borracho y colocado.

Me dejo caer sobre el sofá, derrotado. Me apoyo en el respaldo y cierro los ojos, con un brazo sobre ellos.

—Tengo algo que es tuyo, lo perdiste después de un concierto —anuncia, sentado en un sillón, en la otra punta del salón.

Aparto la mano que me cubre los ojos y los abro, con curiosidad, mientras lo veo levantarse y rebuscar en los cajones. Cuando me tiende el objeto, siento que me quiebro en un millón de fragmentos y que, cada uno de ellos, se parte en mil más. Mi mano temblorosa va a su encuentro y, cuando me lo da, lo sostengo con tanta fuerza entre mis dedos que casi puedo sentir el metal del colgante con forma de alas rasgando mi piel.

Me dejo resbalar por la superficie del sofá hasta quedar tumbado sobre él y, por primera vez en días, consigo dormir, como si ese obsequio tuviera una mínima reminiscencia de su dueña y conservara el efecto que Krystal ejercía sobre mí.

♪ ♪ ♪

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Los dos días que tenía planteado pasar en casa de Ronnie, antes de retomar mi vida, se han multiplicado varias veces, aunque no llevo la cuenta. Mi compañero me acoge con una paciencia infinita. Es un buen tío, de esos que escasean, con un corazón enorme que no le cabe en el pecho. Y un poco gilipollas, también. No merezco su hospitalidad, no me merezco nada y en la nada me hundo, volviendo mis pensamientos una nebulosa negra llena de drogas y alcohol.

Lo único que me saca a veces de la prisión en la que me he encerrado es el sonido de la guitarra de Ronnie, los acordes que arranca a sus cuerdas son un dulce y efímero bálsamo para mis heridas. El muy hijo de puta sabe que es mi punto débil y logra conectar conmigo a través de sus notas.

—¿Por qué lo hiciste, Tyron? ¿Por qué fuiste tan cabrón? —me pregunta en uno de esos momentos en los que me hace bajar la guardia—. ¿Es porque soy gay? Sé que a mucha gente le produce rechazo mi condición sexual, por eso, no me he atrevido a contárselo al resto del grupo. No sabía que eras uno de esos —añade, dolido.

—No. Me trae sin cuidado a quién te folles o te quieras follar —respondo, y me pongo en pie, incómodo ante este momento de flaqueza que me empuja a abrirme a él otra vez. Odio sentirme vulnerable.

—Entonces, ¿por qué? Creía que éramos amigos. —«Amigos», esa es la palabra que me hace estallar. Yo no había tenido amigos. Pese a estar rodeado de gente, ni yo les importaba una mierda ni ellos a mí. Hasta que Ronnie se cruzó en mi camino.

—¡Por eso mismo! ¡Porque yo también lo creía! Y odiaba esa sensación de querer abrirme a ti, de sentirme vulnerable, de querer contarte cómo me siento, de querer hablarte de ella —escupo y me arranco la piel a tiras. Sin darle opción a réplica, huyo de allí, como he hecho siempre que la situación me supera, con el pretexto de convertir el dolor que me quema por dentro en rabia, y descargarlo contra alguien para que no sea yo el único que sufra.

Regreso varias horas más tarde, después de haber encajado unos cuantos golpes y haber propinado alguno que otro más. Mi estado es deplorable y no solo se debe a las huellas que la pelea me ha dejado.

Caigo en coma, a lo que hago no se le puede llamar dormir, aunque no es lo suficientemente profundo como para evitar que sueñe con ella, con esos ojos verdes que me contemplan decepcionados. Al menos, esta vez, no la mato en sueños.

Me despierto sobresaltado y, hasta que no veo la luz del móvil parpadear, no soy consciente de que ha sido la vibración de un mensaje lo que ha interrumpido mi perturbador descanso.

Me cuesta horrores enfocar la vista en el nombre del remitente. Las letras bailan ante mis ojos, desordenadas, e intento unirlos: «K... Y.. no, K., R., Y..., S...». No me hace falta terminar de leer para saber de quién se trata. Me froto con fuerza los ojos, intento despejar mi mente de esta somnolencia artificial y, aunque me cuesta varios minutos hacerlo, consigo leer el mensaje.

Krystal:

Sé que si no has vuelto es porque todavía no estás preparado, pero te necesito más que nunca.

Soy un cabrón, sí, de eso no cabe duda a estas alturas de la película, pero no puedo ignorar su llamada de socorro. Me incorporo de la cama dispuesto a acudir a su lado. Las sustancias que todavía corren por mis venas merman mi coordinación, por lo que tropiezo con la mesilla y caigo al suelo. Me llevo conmigo la lámpara que había sobre ella, que se destroza al impactar contra el suelo. Intento volver a ponerme en pie, sin embargo, las piernas no me responden. Desesperado, dejo ir un grito desgarrador de impotencia al saber que voy a fallarle de nuevo.

—Tyron, ¿qué pasa? —pregunta Ronnie al entrar en la habitación, alarmado por el ruido.

—Tengo que irme —contesto ido, mientras me arrastro por el suelo en busca del marco de la puerta para utilizarlo de apoyo y ponerme en pie—. Tengo que volver, ella me necesita —explico y dirijo la vista al teléfono que ha quedado sobre la cama.

Ronnie sigue mi mirada y coge el móvil para leer el mensaje. Después de hacerlo, parece que me entiende mejor.

—¿Cómo vas a ir así? Tío, estás colocado. No eres capaz ni de llegar a la puerta —replica y su verdad todavía me enfurece más. Me encantaría golpearle, pero si no soy capaz de ponerme en pie, mucho menos lo soy de acertar en el blanco. De todas formas, gruño, vocifero y me revuelvo

entre sus brazos cuando intenta ayudar a que me levante.

—Venga, necesitas despejarte un poco. Yo mismo te llevaré a donde tengas que ir cuando parezcas medianamente humano.

Reculo. No tengo otra opción y que me oponga solo retrasaría el momento de salir de esta casa e ir a su lado, así que, resignado, me dejo manejar como si fuera un puto títere. Me lleva hasta el baño, me empuja hasta meterme a la ducha, con ropa incluida, y abre el grifo. me apoyo contra la pared y me dejo resbalar hasta quedar sentado. El agua cae sobre mí como si de una lluvia torrencial se tratara.

—¿Puedo salir ya? Estoy mejor —pruebo al cabo de unos pocos minutos. Me siento más despejado, sin embargo, Ronnie todavía considera que no es suficiente y, apostado junto a la puerta del baño, aprovecha para acribillarme a preguntas.

—No, todavía no. ¿Quién es Krystal? —me interroga, sin dejar de observarme.

—Esa es una pregunta difícil. —«¿Cómo respondo a eso?». Es mi mejor amiga, el amor de mi vida, mi ángel de la guarda, la única razón que me mantiene con vida... Simplemente, lo es todo para mí.

—¿Es la chica con la que estabas cuando te fui a recoger antes de embarcarnos en la gira? ¿Es la que te regaló el colgante?

—Sí, a ambas preguntas —contesto. Esa respuesta es mucho más sencilla y no implica desgarrarme las entrañas ante él.

—Venga, ya puedes salir —consiente mi guardián al cabo de unos minutos en los que la piel empieza a arrugarse—. Te traeré algo de ropa para que te cambies. Y aféitate. Voy a preparar el desayuno.

Después de obligarme a ingerir algo, nos subimos a su coche. Más de cuarenta minutos eternos nos separan de mi destino. Me gustaría que apretara el acelerador para llegar cuanto antes, aunque sé que eso solo conseguiría el efecto contrario. No estoy en posición de exigir nada, sino de estar sumamente agradecido de que me tienda la mano cuando yo se la he pisoteado tantas veces.

Antes de que detenga el motor frente a la casa de Krystal —nuestra casa—, ya he saltado del vehículo. Mi maldita pierna derecha me regala un latigazo que me obliga a apretar los dientes para contener el dolor cuando estoy a punto de llamar al timbre. Esta vez no le cedo el protagonismo, tendrá que esperar a joderme la vida, tengo cosas más importantes que hacer ahora mismo.

Es Shauna quien abre la puerta, después de que la aporre como un energúmeno, sin haber dado tiempo material a que atendiera la llamada.

—¿Dónde está? Tengo que verla —exijo de malas maneras.

—En el hospital... —comienza a explicar ella. La tierra se abre bajo mis pies y despierta mis peores temores; llego tarde—. Tenía una consulta médica. —Nunca cuatro palabras me habían aliviado tanto. Mi corazón vuelve a ponerse en marcha y suelto el aire que había retenido.

—¿Ella está bien? —pregunto con miedo de escuchar la respuesta.

—No lo sé, jefe —me responde su mejor amiga, también asustada—. Hoy le dan los resultados de unas pruebas. Puede que tenga cáncer de pecho... —me suelta.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral y me deja helado. Estoy dentro de una montaña rusa que sube y baja y no llevo los anclajes de seguridad cerrados.

—¿Dónde está?

Me da la dirección del hospital en el que la están atendiendo y Ronnie vuelve a ejercer de chófer sin necesidad de que tenga que pedírselo. Intento disimular mi cojera y camino por el pasillo hasta donde se encuentra ella, sentada en la sala de espera. Está nerviosa, tensa, con la vista clavada en el suelo mientras sus dedos tamborilean sobre la silla de madera.

Me sitúo justo en frente, mis botas entran en su campo visual y alza la vista.

—Hola, peque —la saludo y sus ojos verdes se humedecen de manera automática.

Se abalanza sobre mí y me rodea el cuello mientras su llanto se desborda. La rodeo entre mis brazos, intento mantener unidos todos los fragmentos en los que siento que se rompe, cosa que me destroza a mí también, pero que carece de importancia en este momento. Lo importante es ella, siempre lo ha sido.



Librando nuestras propias batallas

Las sospechas de los médicos eran ciertas: Krystal tiene cáncer. Siento cómo se hunde, a mi lado, mientras le dan la noticia y, esta vez, no me queda más remedio que ser el fuerte y convertirme en su pilar. Poso la mano sobre su hombro para infundirle el valor que veo que se le evapora entre los dedos. Le esperan unos meses duros, una operación, radioterapia y quimio, y voy a estar con ella, si me lo permite.

Un año complicado, pero con un alto porcentaje de éxito, según nos explica el médico que nos atiende. Esperemos que ella se encuentre entre ese número, no me cabe en la cabeza que pueda ser de otro modo. Aunque, debido a la maldición que rodea a todos aquellos a los que entrego —y me entregan— su corazón, como si quererme fuera un castigo, no las tengo todas conmigo. De todas formas, no pienso abandonarla, ahora no. Me guardo los miedos y las inseguridades en un rincón muy profundo de mi ser y me los trago, aunque sean difíciles de digerir.

La operación coincidirá con mi cumpleaños, ese que trato de ignorar desde los ocho años. Es la primera fecha libre que nos ofrecen, supongo que mucha gente no quiere pasarse la Nochebuena metida en el hospital. A mí me parece un día tan bueno —o tan malo— como cualquier otro. Espero que, esta vez, pueda celebrar algo.

Desde mi regreso, me he instalado en su casa, o algo así. Paso muchas horas con ella, pero intento evitar a toda costa a la niña, poniendo de excusa el trabajo en el Sanctuary. No la dejo sola, su tía ha decidido mudarse temporalmente con ella, para echarle una mano con la peque mientras dura el tratamiento, y siempre tengo el móvil cerca, por si necesita algo.

Hemos retomado las noches en que nos convertíamos en confidentes. Abrazados, entre suaves caricias, buscamos el contacto que durante casi un año nos he negado. Hasta que mis

manos no han regresado a su piel, no he sido consciente de cuánto la he necesitado, se ha vuelto mucho más vital para mí que el aire que me llena los pulmones. Krys pone en voz alta todos esos pensamientos que enturbian su cabecita. Su mayor temor, creo que, como el de cualquier madre que se precie, es quién cuidará a su hija si ella ya no está. No quiero, ni por un puto segundo, pensar en esa posibilidad, aunque sé que Zoe nunca estará sola. Yo, intento distraerla contándole cómo me fue la aventura con los Cursed Angels y el estrepitoso final.

—Tyron, no tengas miedo. Puedes confiar en alguien más. A tu hermana le salió bien —me anima cuando le cuento por encima mi historia con Ronnie.

Me basta con esa frase para darme cuenta de que me he portado como un cabrón con él para intentar alejarlo. Me asusta abrirme a alguien y que, tanto esa persona como yo, salgamos malparados. Ya que no puedo luchar contra lo que siento por Krystal —a pesar de que lo he intentado con todas mis fuerzas y siempre ha salido mal—, me boicoteo y cierro las puertas a los demás. Los dejo fuera antes de que me importen demasiado.

Alzo la muñeca para consultar la hora. Son las cuatro de la madrugada y dentro de unas pocas horas bajarán a Krystal al quirófano. Aunque le ha costado, por fin duerme, acurrucada sobre mi pecho, con una de mis camisetas viejas como camisón, esas que se han convertido en parte de su vestuario desde que me fui. No dejo de cantarle al oído mientras mis manos recorren su espalda.

Mi cuerpo se resiente por las horas que llevo en la misma postura y me fuerzo a ignorarlo. No voy a moverme ni un puto milímetro y jugármela a perturbar su descanso. Dentro de nada, empieza un duro y largo camino. Está asustada y nerviosa. Sin embargo, sé que podrá con esto, juntos podremos hacerle frente, juntos somos más fuertes.

Karen, la tía de Krystal, y yo, aguardamos noticias durante los interminables minutos que dura la operación, que parecen alargarse cuando no sabes qué está pasando al lado de esa puerta acristalada que restringe el acceso al quirófano.

Por si nuestro estado de tensión no fuera suficiente, un tipo, vestido con una bata, se acerca a molestar a mi acompañante. Por lo que escucho, huele a que tuvieron una historia juntos, pero se ve a la legua que Karen está incómoda. El gilipollas ha elegido el peor puto momento para tocarnos las narices y decido intervenir para echarlo. No tiene cojones para llevarme la contraria.

Poco después, los cirujanos nos informan de que todo ha ido bien y siento que me quitan un gran peso de encima y vuelvo a respirar con normalidad.

Mientras la espera continúa en la habitación hasta que Krystal abandona la sala de despertar, limo asperezas con su tía. Parece que este episodio que nos está tocando vivir, me va a venir bien para poner un poco de orden dentro de mi caos.

—Me equivocaba contigo cuando dije que no eras bueno para ella —me dice Karen.

—No, no te equivocabas. Ella saca lo mejor de mí, pero, realmente, no soy bueno para ella. Podría haber escogido a cualquier otro mejor que yo, que la hiciera feliz. Sin embargo, se empeña una y otra vez en elegir sufrir entre mis brazos y no lo termino de entender —le aclaro.

—Tampoco lo evitas —me rebate.

—Lo intento... Lo he intentado, por eso me he marchado tantas veces, pero al final, siempre acabo volviendo a su lado. La necesito demasiado como para mantenerme alejado de ella. Hay un hilo rojo que tira de mí y que soy incapaz de cortar. —Jamás pensé que iba a ser tan sincero

con la persona que tengo enfrente en este momento. No me siento muy cómodo, exponiéndome de esta forma, pero creo que es necesario para avanzar.

—Mi sobrina es feliz contigo, por muchas desgracias que hayáis pasado juntos. Desde que estás aquí, su actitud ha cambiado de forma radical, ha pasado de ser un gatito asustado que se escondía por el miedo, a apoyarse en ti y transformarse en una leona que mira a los ojos a su mayor temor. Sé que la quieres...

—Más que a mi vida —la interrumpo.

—Y he visto cuánto te necesita —prosigue.

—No más que yo a ella —la contradigo.

—Creo que los dos os necesitáis, sois dos fuerzas que se atraen y al unirse, se potencian y se vuelven capaces de superar cualquier adversidad. No dejes que esta vez sea diferente.

Su halago queda interrumpido por la llegada de una Krystal, todavía adormilada, y, en ese instante, todo lo que no sea ella, pasa a un segundo plano.

Durante la tarde, empieza a recuperarse de la anestesia y llegan las visitas, en especial, una que sé que mi chica espera con ganas: la de su hija.

—¡Zoe, cariño! Ven a dar un abrazo a mamá —la saluda Krystal con una sonrisa de felicidad que barre cualquier resquicio de cansancio.

—No, no quiero —contesta la niña, dejándonos a todos los presentes perplejos. Se esconde detrás de Shauna, quien se ha estado ocupando de ella, y tira de su mano para salir de la habitación—. ¡No quiero! ¡Quiero irme a casa!

Un dolor lacerante vela el rostro de Krystal con un manto de humedad y, antes de que se rompa del todo, decido intervenir sin pensar muy bien lo que hago.

—Ven aquí, gatita —ordeno en tono neutro. El apelativo cariñoso, el mismo que usaba con mi hermana, se me escapa solo. Pretendo sonar autoritario, pero sin asustarla más, creo que su negativa se debe al impacto que le ha provocado ver a su madre en este estado; está pálida, despeinada y con varios sueros enganchados a su brazo. Para mí, nunca ha estado más hermosa, sin embargo, para su hija, debe ser duro verla así.

La niña se queda enganchada a mis ojos, sé que mi mirada impone y, como si esta tirara de ella, consigo que se acerque a mí. Cuando la tengo al alcance, la cojo por debajo de las axilas y la siento sobre mis piernas. Olvido que se trata de mi hija y que me da pavor acercarme a ella por culpa de los putos demonios de mi pasado. Durante unos minutos, los dejo encerrados bajo llave en una prisión y me centro solo en arrancar la tristeza de mis ojos verdes favoritos.

—¿Ves esto de aquí? —digo, y señalo el gotero—. Es como un cargador de batería, como en los móviles. Mamá la tenía un poco gastada y se la están recargando, aunque necesitará quedarse unos días aquí.

Mi sencilla explicación parece convencerla y la acerco más a Krystal hasta que sus manos se rozan.

—¿Estás bien, mami? —pregunta la pequeña, con cautela. Todavía no ha cumplido los tres años, pero parece muy espabilada.

—Sí, cariño, solo un poco cansada —confirma ella y la sonrisa de su rostro hace que se

evapore hasta la última lágrima que surcaba sus mejillas.

—¿Cuidarás de mamá? —me pregunta Zoe cuando decido que ya es tarde y empiezo a echar a todas las visitas para que Krys descanse. Asiento con la cabeza y la niña me regala un abrazo espontáneo que me deja descolocado y sin respiración. Me recreo unos segundos en su olor, el olor de la inocencia, y siento el impulso de corresponder a su gesto, que contengo a duras penas.

Una vez que nos quedamos a solas y la habitación se queda a oscuras, vuelven las caricias cadenciosas y las confesiones a media voz. Me desnudo otro poquito más ante ella, aunque ya poco hay en mi interior que no sepa. Creo, incluso, que hay partes que conoce mejor que yo, que me niego a ver, aunque para ella parecen estar claras. Hace mucho que se abrió hueco, escarbó entre las grietas de mi muro para colarse hasta el fondo, hasta rozar mi alma, hasta ganarse mi corazón.

♪ ♪ ♪

No me separo de Krystal durante los tres días que dura su ingreso, salvo en un par de ocasiones en las que me marchó a casa para darme una ducha, cambiarme de ropa y meterme algo que me ayude a soportar las quejas de mi cuerpo por soportar tantas horas en el sillón de tortura reservado a los acompañantes. No me enorgullece, pero tengo que hacerlo para seguir al pie del cañón y cuidar de ella.

Ya ha superado el primer escollo del camino. Sin embargo, este es largo y cada escalón que asciende, le roba un poquito más de energía. A pesar de ello, sus ojos verdes, aunque cansados, me aseguran que no va a rendirse, que es toda una luchadora.

Mientras libra su propia batalla, la mía no me da tregua. Vuelven las pesadillas, vuelve esa necesidad enfermiza de querer huir, de querer alejarme para no añadir una gota más de sufrimiento a un vaso demasiado lleno. Sin embargo, Krystal no me lo permite. Pese a la mochila pesada que lleva a sus espaldas, aún tiene tiempo para ayudarme a lidiar con mi carga.

—Tyron, mírame —me ordena en una de esas veces en las que me hallo perdido dentro de mis pesadillas. Su voz es lo único capaz de mostrarme el camino de regreso—. No es real, es solo un mal sueño. Lo real es esto, lo real somos nosotros. No dejes que el pasado venga a destruir lo que tenemos.

—No es real, lo real es esto, lo real somos nosotros —repito la frase como si fuera un mantra y, gracias a eso y a su cercanía, consigo controlar la situación. Me da un arma que me ayuda a resistir—. Te quiero, te quiero más que a mi vida, no puedo hacerte daño —añado de mi propia cosecha.

—Y la única forma en que me harías daño sería si te vuelves a marchar —sentencia—. Quédate conmigo —me suplica.

Y lo hago, me quedo con ella, la acompaño en este duro proceso que tiene por delante, me convierto en su principal punto de apoyo. Aunque esté algo resquebrajado y tenga mil grietas, la sostendré siempre.

El siguiente contrincante al que Krystal se tiene que enfrentar en su particular guerra, se llama radioterapia. Comenzará el tratamiento un par de días después de que su —nuestra— hija cumpla tres años. Los médicos le han dejado unas pocas semanas para que pueda recuperar fuerzas tras la intervención.

Este año vuelvo a intentarlo. El acercamiento que tuvo lugar entre la niña y yo en el hospital quedó como algo anecdótico fruto de no pensar muy bien lo que hacía y de dejarme guiar por algo mucho más importante que yo. Sin embargo, he vuelto a tomar distancia.

La pequeña se levanta como un auténtico terremoto y reparte besos a su madre y a su «abuela» que es como conoce a Karen, la tía de Krystal. Es más sencillo de entender para ella que el parentesco real que hay entre ambas. A mí me dedica un simple «hola» a cierta distancia. Parece que tenga un sexto sentido que le lleva a respetar ese espacio que impongo entre nosotros o quizá sea muy lista y me tenga miedo. Tal vez pueda ver al monstruo que albergo en mi interior.

—Feliz cumpleaños, Zoe. —Tres palabras que me cuesta la misma vida pronunciar mientras me revuelvo incómodo en la silla que ocupo.

Es todo un logro para mí. La niña me mira, con curiosidad, y esboza una sonrisa que roza una parte rota de mi interior, hace que sangre de nuevo y, al mismo tiempo, me resulta sanadora. La sensación resulta tan agradable como turbadora y, tras el debate entre ambas, busco una ridícula excusa para marcharme.

Vuelvo de noche, cuando calculo que la cría está ya dormida, pero no tengo en cuenta el factor «sobredosis de azúcar» y eso que un adicto como yo, debiera haberlo tenido presente. La encuentro saltando en el sofá con un disfraz de hada o algo parecido mientras su madre trata de poner orden.

—Tú eres el de la tele, ¿verdad? —me pregunta, manejando el mando como una experta hasta que un videoclip de los Cursed Angels aparece en pantalla y yo asiento—. ¿Sabes? Mamá a veces te veía en la tele y se ponía triste. Pero ahora está mucho más contenta. Yo creo que te echaba de menos.

Krystal y yo cruzamos las miradas. La culpabilidad cae de nuevo sobre mis hombros y le acompaña la necesidad irrefrenable de paliar todo el daño que le he ocasionado desde que nos conocimos. Me haría falta más de una vida para hacerlo, por lo que opto, simplemente, por pasar un brazo sobre sus hombros, atraerla hacia mí y besar su frente con cariño.

Por fin, parece que las pilas de la pequeña se agotan y se duerme apoyada sobre las piernas de su madre. Yo sigo acariciándola con suavidad, perdido en la serenidad que me provoca su contacto. Alargamos el momento para embebernos de esta estampa familiar. Sin embargo, en cuanto lo pienso, vuelvo a tensarme. Krystal debe notarlo, porque rompe el silencio que nos rodea.

—¿Puedes llevarla a su cama? —me pide—. Yo no puedo hacer esfuerzos y la niña ya pesa lo suyo.

Leo en sus ojos que le cuesta horrores pedirme una cosa así, que no lo haría si tuviera otra opción. Por eso, sin siquiera contestarle, me incorporo y cojo a la niña entre mis brazos, con

mucho cuidado, como si fuera un objeto frágil que pudiera romperse ante mi contacto.

Con la misma delicadeza, la dejo sobre su cama. Zoe se abraza al peluche que le regalé hace un año y su madre la arropa.

—Hasta mañana, Tyron —musita la pequeña, adormilada.

El «descansa, gatita» que le hubiera dedicado a esa otra Zoe por la que ella lleva el nombre, me sale solo.

Krystal me abraza por la espalda y nos quedamos unos segundos contemplándola. No es que no quiera a esta niña, no es que rechace a mi propia hija, al contrario, la quiero tanto que jamás me perdonaría hacerle daño. Tengo pánico a que los genes de mi padre, que corren por mis venas y que intento contener, despierten un día y me conviertan en el monstruo del que tanto empeño he puesto en huir.



Una canción inconclusa y las cuerdas de la guitarra que rasgan mi alma

Recibo un mensaje de Ronnie que me pregunta a ver si quiero terminar de componer una canción que dejamos a medias mientras estábamos de gira, antes de que todo estallara por los aires y me pegara la patada para salir del grupo.

Sé que Krystal habló con los dos. A él le agradeció que me cuidara cuando le negué a ella la posibilidad de hacerlo y le pidió que no se rindiera conmigo. A mí me instó a que bajara las barreras que siempre alzo ante los demás y que dejara la puerta abierta a nuestra amistad.

La música es una buena excusa para dar ese paso, es un terreno en el que me siento más cómodo y seguro.

Tyron:

Ok. Pásate por casa. No puedo dejar a Krys sola.

En cuanto llega, se funde en un sentido abrazo con mi chica, que exuda confianza y afianza mi decisión. Si ella le ha entregado su amistad, es poco probable que yo me equivoque.

Lo guío hasta la parte superior del garaje, que hemos habilitado como mi propio espacio, para que pueda refugiarme allí cada vez que necesite estar a solas, sin tener que huir a la otra punta del mundo como estoy acostumbrado a hacer. Está provisto de un sofá que se convierte en cama, una pequeña nevera en la que puede que no haya comida, pero nunca falta cerveza, y un escritorio con un portátil desde donde puedo gestionar el Sanctuary sin necesidad de personarme allí.

—¿Me habéis encontrado ya sustituto? —le pregunto mientras le tiendo un botellín de cerveza, antes de empezar a trabajar.

—No. Ni siquiera hemos empezado a buscar y, para serte sincero, no queremos ningún otro cantante que no seas tú, aunque a veces te comportes como un auténtico capullo —confiesa—. ¿Estarías dispuesto a volver?

Su proposición me pilla totalmente descolocado. Ni por asomo había imaginado que se pudiera dar, creía que era una etapa de mi vida que ya había cerrado con llave y a la que jamás podría regresar. No, no me comporté como un capullo, fui un auténtico cabrón.

—¿Tú estás de acuerdo? —pregunto con reservas. Al fin y al cabo, no sé hasta qué punto el resto del grupo se enteró de nuestras movidas, mientras él fue parte implicada.

—Fui quien propuso ante el resto que volvieras —afirma mirándome a los ojos—. Ya hemos dejado atrás nuestras rencillas, ¿no?

Su sinceridad me abruma y me revuelvo incómodo. Después de lo que he mamado desde crío, me resulta tan extraño que Ronnie me perdone mi comportamiento así, tan fácil, sin pedir nada a cambio, que no sé cómo reaccionar. Fui un hijo de puta cuando no se lo merecía y en vez de odiarme para siempre, me pide que vuelva con ellos. Y no es solo el interés en que los Cursed Angels funcionen, es algo más que me agrada y me duele, por no sentirme digno de ello. Carraspeo sin saber muy bien qué decir y, para salir del paso, me escudo en la música y la tarea que tenemos pendiente.

—¿Nos ponemos manos a la obra?

La magia vuelve a hacer acto de presencia cuando sus dedos, tocando la guitarra, y mi voz se mezclan y no tardamos mucho en ponerle final a la canción que dejamos inconclusa durante esas sesiones en el autobús entre una ciudad y otra. Una canción que habla de alguien que está tan perdido que no sabe encontrar el camino a casa y a quien no le queda nada que ofrecer a los demás. Una canción en la que me abro el pecho como pocas veces lo he hecho en la vida.

Después de esa primera canción, el tiempo vuela entre cervezas, acordes y risas. Hay que reconocer que hacemos un buen equipo juntos.

—Hola. —La voz de Krystal nos sobresalta. Va vestida con una de mis camisetas a modo de camisón y un batín de seda por encima.

Miro el reloj y, alarmado, compruebo que son más de las dos de la madrugada.

—Ey, Krys, ¿te hemos despertado? ¿Se nos oye? —pregunto. Tal vez estamos siendo demasiado escandalosos para estas horas.

Me incorporo del sofá como un resorte, de manera automática, como si no rigiera mis movimientos, como si su sola presencia me atrajera como un imán, y la rodeo con los brazos. Formo una coraza a su alrededor con mi propio cuerpo para dejar fuera todo lo que la hace sufrir.

—No, no se oye nada. Me he desvelado y como no estabas a mi lado, he decidido acercarme para ver si todavía seguís aquí. ¿Ha sido productiva la noche?

—Mucho —contesta Ronnie—. Este chaval tiene un potencial desorbitado.

—Ven, nena, siéntate con nosotros. —Tiro de ella y hago que se siente sobre mis piernas. Mis labios delinean la curvatura entre su hombro y el cuello, con ternura.

—Me gusta verte con ella, pareces una persona totalmente diferente. Pareces incluso humano —bromea Ronnie y arranca las carcajadas de Krystal que vibran sobre mi cuerpo.

—Tocas muy bien la guitarra, Ronnie —aprecia cuando mi compañero vuelve a poner música de fondo a la velada—. Y tú, ¿lo has vuelto a intentar?

La pregunta me pilla con la guardia bajada y me deja helado.

—Krys, no es el momento de hablar de eso —la amonesto, endureciendo mi voz y detengo mis caricias en seco.

—¿Tú tocabas? —insiste Ronnie y el tono que emplea me hace pensar que el dato no le sorprende.

—Sí, hasta hace cuatro años, sí —responde Krystal en mi lugar, lo que aún me cabrea más. Es un tema delicado del que no quiero hablar y, mucho menos, delante de él—. Tyron, ¿crees que Ronnie no se había dado cuenta? ¿Que no lo sospechó la primera vez que vio el gesto involuntario que haces con tu mano derecha cada vez que lo ves tocar? —Sin darme cuenta, vuelvo a abrir y cerrar el puño con rabia—. Tus miradas con recelo, la envidia gritando en tus ojos, tu lucha interna contra la tentación de cogerla, el dolor con la que la rechazas...

—¡Ya basta! ¡Joder, Krystal, te he dicho que no puedo! —la interrumpo. Cada una de sus palabras ahonda más en una herida, ya de por sí bastante grave, y me enfurece hasta el punto de dirigirme a ella de una forma que no se merece.

—¡No! ¡No lo has intentado! —No se achanta ante mi tono crudo—. Te estás negando algo que te daba la vida porque tienes miedo. Lo que menos me esperaba de ti, después de todo lo que has pasado, es que fueras un cobarde. —Su verdad aplastante me desgarr—. Solo te pido que lo intentes por mí, pero, sobre todo, inténtalo por ti —suplica y suaviza la voz. Las lágrimas se agolpan en sus ojos verdes al mismo tiempo que coge la guitarra que le presta Ronnie y me la tiende.

La tomo sin ser consciente de lo que hago. Mi mente se opone al movimiento, pero mi brazo la ignora. Con uno de los pánicos más atroces que he experimentado en mi vida, me rompo todavía un poco más, la sostengo y coloco mis dedos tensos en posición. Con un nudo que me retuerce el estómago, un sudor frío bajando por mi columna vertebral y los brazos agarrotados, rasgo la primera cuerda. El sonido que le arranco se asimila más al quejido lastimero de un gato que a la música. Un gemido devastado acompaña a ese sonido mientras todos los fragmentos rotos que mantenía unidos a duras penas vuelven a separarse, se convierten en millones de diminutas esquirlas que se me clavan y me desangran.

—¿Ves? ¡Te lo dije! ¡Soy un puto inútil! —estallo, dolido. Me encontraba a salvo en mi ignorancia, era más sencillo vivir con la incertidumbre de no poder tocar que enfrentarme cara a cara con este golpe de realidad. No sé cómo encajarlo.

Camino como un animal desbocado en dirección a la salida, quiero romper algo, quiero huir, como hago siempre. Necesito escapar de esta habitación que, de pronto, se me antoja minúscula y asfixiante. Casi puedo sentir el peso de las paredes cayendo sobre mí. Krystal me retiene. Su agarre es firme, aunque sé que con un pequeño tirón podría liberarme. Sin embargo, no lo hago, me quedo paralizado bajo su toque.

—No pienses, Tyron. Nunca lo hacías cuando cogías la guitarra entre tus manos. Era una extensión de tu alma, no de tu cabeza. Vacía tu mente y déjate llevar. Solo siente y deja que las

cuerdas nos lo cuenten. —El tono calmado que emplea consigue serenarme. Su voz es la música que amansa a las fieras.

No sé por qué demonios lo hago, no necesito ahondar en una herida demasiado profunda, pero accedo. Vuelvo a coger el instrumento entre mis manos, esta vez incluso me tiemblan. Tomo asiento sobre la esquina de la mesa auxiliar. Krystal se sitúa a mi espalda y me acaricia los hombros, para que relajen parte de la tensión acumulada.

—Y, ahora, cierra los ojos —me pide con la voz tan suave como el roce de sus manos sobre mi cuerpo. La obedezco, me centro en el calor que emana de ese punto y se extiende por mi anatomía.

Mis dedos empiezan a deslizarse sobre las cuerdas, sin controlar la posición, sin pensar en ningún acorde. Solo dejo que sean libres sobre el instrumento. Lo que brota de la guitarra no es un sonido perfecto, sin embargo, esta vez sí que es música.

Emocionado, aparto la guitarra a un lado, atraigo a Krystal hacia mí y entierro mi rostro en su regazo, para esconder unas lágrimas que ni siquiera de niño me atreví a derramar.

—Gracias —musito, todavía pegado a ella, quien en ningún momento deja de acariciarme.

Pasamos varios segundos o minutos así, hasta que empiezo a recomponerme. Alzo la cabeza y echo un vistazo a mi alrededor. Ronnie ya no está, no sé en qué momento se ha marchado, pero lo ha hecho sin su guitarra. Escucho la llamada silenciosa del instrumento, que yace junto a mí. Alterno la mirada entre la guitarra y Krystal, para la que he debido volverme transparente pues no tarda en leer lo que mis ojos le están pidiendo.

—Os dejo a solas —anuncia mientras se despide con un beso dulce sobre mis labios.

Espero a que se marche y cojo el instrumento con delicadeza, como si fuera un objeto frágil cuando soy yo, en realidad, quien puede romperse. Lo observo como si lo descubriera por primera vez, con el anhelo de aquel niño de ocho años que, cargado de ilusiones, no sabía que su mundo estaba a punto de hundirse.

Recorro las curvas de madera pulida como si estuviera acariciando el cuerpo de una amante, casi con devoción, y memorizo cada milímetro hasta alcanzar el punto erógeno de sus cuerdas. Mis dedos se mueven sobre ellas, con acordes al azar, buscando dar placer a esta compañera exigente que regala mis oídos con gemidos que suenan a música.



Mi pequeña pirata valiente

Krystal continúa con su particular cruzada contra el cáncer. Después de la radioterapia y casi sin tiempo para recuperarse de sus efectos, tiene que enfrentarse a la quimio. Última etapa del camino y quizá, también, la más dura. Ocho sesiones cada tres semanas en las que las consecuencias nocivas del veneno que corre por sus venas se van acumulando y dilapidan cualquier resto de célula cancerosa que pudiera quedar.

Yo, por mi parte, he conseguido reducir mi adicción a algún que otro consumo puntual, para mantener a raya el dolor de la pierna. Ha sido infinitamente más fácil que la primera vez. Ayuda tener a mi lado a mi ángel de la guarda y que mi preocupación por ella opaque con creces cualquier otro asunto. Además, a pesar de que las pesadillas no han desaparecido por completo, aunque sí que han reducido el número de noches en las que vienen a visitarme, ahora sé cómo enfrentarme a ellas e impedir que me ganen la batalla.

Los efectos secundarios de la quimioterapia comenzaron con un cansancio excesivo, al que le siguieron las náuseas y los vómitos y, ahora, continúa con un auténtico bofetón para su imagen, una que ya estaba bastante resentida; la caída del pelo.

Karen me ha llamado preocupada al bar hace un rato para decirme que Krystal llevaba casi una hora encerrada en el baño. He perdido el culo para llegar hasta aquí, me he saltado todos los semáforos y he doblado el máximo de la velocidad permitida en varios tramos. Me daban igual las multas si con ello podía arrancarle unos segundos al reloj para llegar cuanto antes a su lado. He aporreado la puerta, llamándola a gritos sin obtener respuesta y, al final, desesperado, la he echado abajo.

Se me cae el alma a los pies cuando la veo. El fuerte dolor de mi hombro, causado por el choque contra la puerta, es una nimiedad comparado con la imagen que aparece ante mí. Krystal

está sentada en el suelo, solo envuelta en una toalla, llorando, con más cabellos de los esperables esparcidos a su alrededor y varios mechones entre sus dedos. Sabíamos que esta posibilidad existía, que es una secuela bastante probable con el tratamiento que le están administrando, pero es diferente verlo sobre el papel que enfrentarte a ello a través de la imagen que te devuelve el espejo.

—Peque, tranquila, estoy aquí.

Me agacho a su lado, tomo asiento sobre el suelo y la atraigo hacia mi pecho. Empiezo a acariciar su melena, como hago siempre. Sin embargo, varios cabellos se arrancan sin apenas tracción y se quedan enredados entre mis dedos, así que me detengo y me limito a ofrecerle un refugio seguro entre mis brazos.

—Córtalo —me ordena con una determinación que me sorprende.

—¿Estás segura? —insisto y ella asiente.

Me pongo en pie, ayudándome de la pared, y le tiendo la mano para que ella también se incorpore. Saco la maquinilla eléctrica de uno de los cajones y, frente al espejo, con un brazo alrededor de su cintura y su cuerpo pegado a mí, para que sienta que no está sola, recorro su cuero cabelludo hasta que su melena castaña es sustituida por una pelusilla de unos pocos milímetros de largura.

—Es algo temporal —le recuerdo—. Además, sigues estando preciosa, como siempre.

Krystal contempla su reflejo mientras una lágrima silenciosa resbala por sus mejillas. Le concedo el minuto a solas que me pide para asumir su nueva imagen, sin alejarme más que unos pasos por si vuelve a necesitarme. Apostado sobre la pared de la habitación, espero ansioso a que salga para volver a abrazarla.

Cuando lo hace, Karen y una revoltosa Zoe, que no deja de dar volteretas sobre la cama, ajena al drama que envuelve la estancia, se han unido a mí.

—Mami, ¿por qué te has cortado el pelo? —pregunta la pequeña mientras mira extrañada, con la cabeza ladeada, el nuevo aspecto de su madre.

Krystal no sabe qué decir, se queda paralizada y, de nuevo, unas lágrimas que todavía tienen el camino marcado, asolan su mirada verde. Intercambio unas palabras mudas con su tía que, al ver la situación, se lleva a la niña y nos vuelve a dejar a solas.

—¿Qué le digo, Ty? ¿Cómo le explico esto a una niña de tres años? —me pregunta mientras se señala, casi con desprecio, y un millón de dudas planeando sobre nosotros.

—Dile la verdad, aunque tengas que adaptarla a su nivel de comprensión. Es una niña muy lista, lo entenderá —trato de convencerla.

—¿Cómo lo va a entender ella si no lo entiendo ni yo? —Su dolor me parte en dos y me limito a acunarla entre mis brazos mientras deseo con todas mis fuerzas beberme parte de su sufrimiento.

♪ ♪ ♪

—Tengo un regalo para ti —anuncio y le tiendo a Krystal una bandana de color negro con el

logo del Sanctuary bordado, un nuevo artículo que acabo de añadir al catálogo de *merchandising* del local—. Con esto mantendrás tu cabecita caliente, mi pequeña pirata valiente.

Me sonrío y no puedo evitar besarla, al principio, con ternura, pero en cuanto su sabor baila en mis labios, las ganas que llevo acumulando desde que regresé, explotan. No me he sentido digno de invadir su templo desde entonces, nuestra relación de pareja se ha limitado a algún que otro beso y a caricias inocentes. Sé que las circunstancias no acompañan, pero mi deseo por ella se me arremolina bajo la piel y me cuesta contenerlo.

En cuanto nota que el beso adquiere intensidad y se vuelve voraz, me detiene.

—No puedo, Tyron, por favor, dame tiempo —me suplica.

No sabe hasta qué punto me duele su rechazo, me lo tomo como algo personal. A lo largo de nuestra turbulenta historia, creo que nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos. Tal vez se haya dado cuenta de cómo soy en realidad, de que la imagen que tenía de mí podía estar idealizada por nuestros continuos «tira y afloja». Algo se vuelve más deseable cuando piensas que es imposible de alcanzar. Y eso que, durante estos meses que llevo a su lado, he intentado sacar mi mejor versión, pero quizá no sea suficiente.

La primera vez, me obligo a pasarlo por alto, trato de convencerme de que es algo puntual. Sin embargo, la misma escena se repite cada vez que intento un acercamiento que rebasa los límites de la amistad y se convierte en una constante.

Frustrado, acabo desahogándome con Ronnie. Para eso se supone que están los amigos, ¿no? Todavía se me hace raro entregar esa denominación a alguien, aunque sus consejos me ayudan a que deje de creermelo el ombligo del mundo y evitan que vuelva a ser un capullo —otra vez—.

—¿Quizá ya solo quiera eso de mí? ¿Que la cuide? —Doy voz a mis temores—. He pasado de ser un depredador salvaje que se la comía a convertirme en un osito de peluche al que abrazar.

—No lo creo. La última vez que estuve en vuestra casa os vi muy acaramelados, ahí no había solo amistad —me rebate—. Piensa, ¿qué ha cambiado desde entonces?

Echo la vista atrás y me lleva solo unos instantes hallar en la línea temporal el punto de inflexión que propició el inicio de sus rechazos.

—¡Joder, el pelo! —exclamo—. Se le empezó a caer el pelo por efecto de la quimio y se lo ha rapado. Sin embargo, mi actitud con ella no ha cambiado, sigue siendo preciosa y... me pone igual que siempre, o incluso más. Su cuello expuesto me vuelve loco —admito.

—Puede que para ti nada ha cambiado, pero, ¿y para ella? Aunque tú has aceptado su cambio, igual ella no lo ha hecho todavía. Te quiere, Tyron, no me cabe la menor duda. Ten paciencia y dale tiempo.

Krystal todavía está despierta cuando regreso a casa, ya de madrugada. Me tumbo a su espalda, sobre la cama y la abrazo.

—¿Quieres que duerma contigo o prefieres que lo haga en el sofá? —A pesar de mi conversación con Ronnie y que mi intención era no incomodarla con mi presencia y mis ganas, la pregunta se me escapa en forma de reproche. Me arrepiento al segundo del tono empleado.

—Siento haberte rechazado, Ty. Te necesito a mi lado, pero no de esa forma, todavía no —expone y su tono es suficiente para darme cuenta de cuánto está sufriendo.

—Te quiero, nena —le recuerdo—, y cada célula de mi cuerpo se desvive por mostrártelo. ¿Tú todavía me quieres? —me aventuro a preguntar y retengo la respiración hasta que escucho su respuesta.

—Por supuesto que te quiero, Tyron. ¿Cómo no iba a quererte?

—¿Y a ti? ¿Te quieres a ti misma? —inquiero, al recordar la conversación que he mantenido con Ronnie. Su respuesta me quiebra.

—No lo sé.

Me desgarran el alma verla así. La abrazo con fuerza y, aunque apenas hace ruido, sé que está llorando. Le canto al oído hasta que se duerme.

♪ ♪ ♪

Conforme el tratamiento avanza, las tres semanas entre una dosis y la siguiente se vuelven insuficientes para que Krystal pueda recuperarse mínimamente de los efectos secundarios de la quimio. No hago más que recordarle que, cada día que pasa, queda uno menos para el final. Un triste consuelo cuando siente que su cuerpo se deshace por dentro.

Hoy, sin ir más lejos, ya tiene mala cara cuando sale de la sesión. Está pálida, sudorosa y se sostiene el vientre con fuerza. No sé si va a aguantar el trayecto a casa sin vomitar. Encima, tenemos que pasar antes por la guardería para recoger a la niña.

Me salto los límites autoimpuestos y me ofrezco a ir por ella, mientras la dejo en el coche, con las ventanillas bajadas para que le dé un poco de aire. La pequeña entra como un torbellino en el vehículo y nos inunda con su verborrea infantil. Poco a poco y, aunque mantenemos las distancias, me voy acostumbrando a su presencia sin que mis fantasmas se levanten de la tumba. Zoe nos relata hasta el último segundo de su día, sin que Krystal le preste atención. Está con los ojos cerrados, concentrada en contener las náuseas.

En cuanto abro la puerta de casa, corre escaleras arriba con una mano puesta sobre su boca. Dejo caer al suelo lo que llevo en las manos, le digo a la pequeña que se ponga la tele y voy tras su madre.

La sujeto mientras vomita, hasta que, exhausta y con el estómago más tranquilo porque ya no tiene nada más que echar, se queda adormilada. La alzo en brazos y la llevo hasta su cama, en donde dejo que descanse después de dejar la habitación casi a oscuras.

Cuando regreso al piso inferior, me encuentro a la niña tirada en el suelo, boca abajo. Grita y llora rabiosa mientras lanza los juguetes contra la pared. Descolocado, miro a mi alrededor, como si buscara a alguien que se pudiera hacer cargo de la situación. Despertar a Krystal no es una opción. Podría llamar a su tía, que está trabajando en el hospital, o a alguna de las chicas, aunque tardarían un buen rato en personarse aquí.

Resoplo. Creo que no me queda más remedio que hacerme con las riendas, aunque no tengo ni puta idea de cómo. Me pongo de rodillas a su lado y estiro la mano hacia su espalda, aunque dudo entre tocarla o no.

—Zoe, ¿qué te pasa? —pregunto, con la mano todavía a medio camino.

—¡Mamá ya no me quiere! ¡No quiere jugar conmigo! —vocifera dolida. Miro hacia las escaleras para comprobar que siguen vacías y agradezco que Krystal no la haya oído, porque, a pesar de no ser ciertas, sus palabras la habrían destrozado.

—Ey, gatita, no digas eso. Mamá te adora. Eres la persona a la que más quiere en este mundo —expongo como una certeza absoluta. Mi comentario la hace reaccionar y me mira. Se sorbe la nariz y la esperanza de que lo que digo sea cierto, brilla en sus ojos azules, tan similares y diferentes a los míos—. Mamá está malita y está muy cansada. —Decido ser sincero, a pesar de que Krystal no está muy convencida de que la niña sepa la verdad—. No es que no quiera jugar contigo, es que no tiene fuerzas para hacerlo.

—¡En el hospital me dijiste que le iban a recargar las pilas! ¡Me mentiste! —Esta vez descarga su ira contra mí, y lo prefiero mil veces a que el objetivo sea su madre.

—Me equivoqué, pequeña. Esto va a llevar más tiempo de lo que pensaba. Para que se cure, le dan unas medicinas muy fuertes que hacen que no tenga hambre, que se le caiga el pelo y que solo quiera dormir. Pero mamá es una guerrera y se va a recuperar —le explico. Espero que su cabecita de tres años entienda lo que le digo.

—¡Es una guerrera pirata! —Exclama con una enorme sonrisa dibujada en la cara, en alusión a la bandana que suele llevar cubriendo su cuero cabelludo. Su comentario, tan espontáneo, hace que emule su gesto—. ¿Tú vas a cuidarla? —me escruta con la mirada.

—Siempre. Y tú también puedes hacerlo. —Su rostro se ilumina ante la posibilidad que le planteo—. Seguro que tus besos y abrazos, la ayudan.

—Y ¿de mí? ¿Vas a cuidar también de mí? —Su pregunta me deja sin respuesta y me salgo por la tangente:

—Venga, recoge todo esto y después vemos un rato la tele juntos. —Es cuanto me atrevo a ofrecerle por el momento.

La niña me obedece sin rechistar mientras me siento en el sofá a observarla. En unos minutos, ya tiene todo en su sitio y se sitúa a mi lado. Recorta la distancia que nos separa hasta que, prácticamente, la tengo sobre mí. Me tenso ante su cercanía, de manera involuntaria, y reprimo con todas mis fuerzas el impulso que me impele a levantarme y a poner tierra de por medio. Tengo que aguantar, se lo debo a su madre, se lo debo también a ella.

Zoe bosteza y se acomoda aún más. Se apoya sobre mí y su respiración no tarda en volverse profunda y relajada. Se ha dormido. No puedo moverme, no quiero despertarla, así que, me estiro sobre el sofá y, contra todo pronóstico y con la niña en mi regazo, yo también lo hago.

Abro los ojos un rato después y me topo con la sonrisa radiante de Krystal, que nos observa, emocionada.

—¿Todavía estoy soñando? —me pregunta. Su rostro brilla y parece un poquito menos enferma.

Así comienza un leve acercamiento entre Zoe y yo, cosa que parece darle a Krystal una inyección extra de energía para afrontar la última parte de su tratamiento.

Como no podía ser de otro modo, la música es parte implicada en el mismo. Se me ocurrió que podíamos sorprender a Krystal el día de su cumpleaños con una canción a dúo. Le enseñé al piano las notas del estribillo del «cumpleaños feliz», le gustó y hemos seguido con las clases. La música me ayuda a no pensar lo que estoy haciendo y, además, me sirve como terapia para

mejorar la psicomotricidad fina y la coordinación de mi brazo derecho.

Es una lucha constante, una batalla de la que no sé si voy a salir victorioso al acabar el día. Me autoengaño al pensar que se trata solo de la hija de mi chica, que no tuve nada que ver en su concepción y que mi sangre no corre por sus venas. Sé que es una bobada, que no tiene sentido, pero me ayuda a llevarlo mejor.

♪ ♪ ♪

Hoy el día amanece diferente. El sol que nos ilumina parece brillar con más fuerza. Hoy, Krystal se enfrenta a su última sesión. Dentro de unas horas, todo habrá acabado, tan solo restarán los controles periódicos para cerciorarnos de que todo sigue bajo control.

—Ya está, nena, se terminó —susurro en su oído mientras la enfermera desconecta la vía de su brazo y cubre el punto con un apósito—. Ahora solo tienes que recuperarte.

—Gracias —murmura con un nudo en la garganta—. Por esto, por todo. No sé qué habría hecho sin ti.

—Lo mismo que conmigo. La fuerza con la que te has enfrentado a esto la tienes ahí dentro. —Doy unos toques con el dedo sobre su pecho para enfatizar mis palabras—. Yo solo soy el pesado que te abraza cada noche.

—Y espero que lo sigas haciendo —añade ella.

—Hasta que me echés de tu lado —aseguro.

Lo celebramos con un beso, uno de esos que nos roba la respiración a ambos y nos deja con ganas de más. Todavía no me he atrevido a pasar de ahí, no quiero presionarla, aunque el deseo titila en sus pupilas. De momento, me conformo con que no vuelva a rechazar mis labios. Para lo otro, ya habrá tiempo más adelante.

—¿Te encuentras bien, peque? —me cercioro, cuando nos subimos al coche.

—Sí, saber que todo esto ya ha terminado me ha dado fuerzas extras —corroboro y la sonrisa que brilla en su rostro me lo dice todo.

—Me alegro. Antes de ir a casa, tengo que pasarme un momento por el Sanctuary a por unos papeles —le informo. Lo que ella no sabe es que allí la espera toda su gente para celebrar que esta pesadilla ha terminado.

—Ok, sin problema.

Le abro la puerta del local y dejo que sea ella quien pase en primer lugar. En cuanto la cruza, nos recibe un coro de aplausos y vítores. La contemplo con orgullo, mientras su rostro vuelve a nublarse por las lágrimas, esta vez, de felicidad. Al fondo del local, sobre el escenario, hay una gran pancarta que grita a los cuatro vientos lo que todos los aquí presentes ya sabemos: «LO LOGRASTE, GUERRERA.»



Un papel que no sé si soy capaz de desempeñar

Han pasado unas pocas semanas desde que Krystal acabó el tratamiento y la vida vuelve a ponerse en marcha y recupera su ritmo normal.

Ahora que soy medio capaz de acercarme a la niña, Karen ha vuelto a su apartamento, aunque sus visitas son frecuentes. Yo he retomado los ensayos con el grupo, que compatibilizo con el Sanctuary, y Krystal se ha empeñado en volver a ocuparse de la gestión del local, pese a que a mí me parece demasiado pronto. Su argumento es que la niña ya ha empezado el colegio y tiene mucho tiempo libre. Al final, hemos llegado a una especie de acuerdo y he conseguido que solo venga un par de días a la semana y que se tome el resto del tiempo para recuperarse.

Ha mejorado mucho durante este tiempo. Aunque sigue bastante delgada, ha recuperado el apetito, tiene mejor color y su cabeza ya está cubierta por una capa de pelo corto. Todavía falta mucho tiempo para que vuelva a lucir esa melena castaña, aunque ese peinado le hace un cuello estilizado de lo más sexy. Joder, soy capaz de empalmarme solo con imaginar mi lengua recorriéndolo.

Hoy no me toca pasarme por el Sanctuary, sin embargo, me entretengo con los chicos en el estudio y para cuando acabamos el ensayo, ya es de noche. Llego a casa y me encuentro a Krystal dormida en la cama, tumbada boca abajo, enredada entre las sábanas que dejan descubierta una de sus piernas desde el muslo. Solo con el simple hecho de verla así, me pongo duro, y es que llevo muchos meses de abstinencia. Me tengo que conformar con algún desahogo puntual con mi mano cuando sus besos me calientan demasiado que, a estas alturas, suele ser cada vez que sus labios se posan sobre los míos.

Me quedo en ropa interior y me meto a la cama a su lado. Alimentado por esa imagen tan

sensual, a media luz, mi boca aterriza sobre su cuello, con hambre, y acabo despertándola. Mi intención, en este instante, no es precisamente dormir y si, encima, consigo que ella me acompañe, mucho mejor.

Sus manos se enredan entre mis cabellos, me atrae hacia ella y avasallo su boca. Me recuesto sobre ella, con cuidado de que mi peso no la aplaste, y el simple contacto de su piel, a pesar de estar todavía cubierta por las sábanas, despierta todo mi cuerpo.

Siento sus ganas vertidas en mi boca con cada respiración jadeante y me animo a dar un paso más. Ahora no hay motivos para que me esté vetado. Acaricio su rodilla, asciendo por la parte externa del muslo y cuelo dos dedos por debajo del elástico de sus bragas, a la altura de la cadera. Me bebo el gemido que escapa de sus labios, pero lo que sucede a continuación, no es lo que espero.

—Tyron, por favor, para. No puedo, no estoy preparada, lo siento.

Aunque detengo mis manos, estiro unos segundos más el beso antes de separarme de ella.

—Ey, no, peque, perdóname tú a mí —me disculpo, ignoro mi erección, y regreso a la versión de mí que ella quiere, la que la abraza hasta que se queda dormida para, después, escabullirme al baño para cascármela como un mono salido.

Tengo que tener un poquito más de paciencia, aunque se me acaba, y no termino de comprender su negativa a que la adore como se merece, cuando su mirada exuda el mismo deseo que desprende la mía.

Al día siguiente, también llego tarde a casa. Estamos trabajando en el próximo disco y las horas vuelan metidos en el estudio. En esta ocasión, Krystal me espera para cenar.

—Esta mañana he tenido una reunión con la profesora de Zoe —me comenta.

—¿Ha pasado algo? —me intereso y, antes de que ella me cuente cuál ha sido el motivo, analizo su rostro para averiguar si se trata de algo grave. Está tensa, aunque no parece demasiado preocupada.

—Zoe ha discutido con un niño mayor que se burló de ella porque no tenía padre. La niña le respondió que era mentira, que sí que tenía padre y describió a una persona que tú y yo conocemos muy bien.

Pienso en Noah. Al fin y al cabo, asumió ese papel cuando salía con Krystal y, desde entonces, aunque ya no mantienen una relación tan estrecha, le guarda un cariño especial y esa conexión que tenían todavía permanece. A menudo se queda a dormir en su casa.

—¿A quién? —le pregunto para que confirme mi suposición.

—A ti.

Su respuesta me deja sin aire, como si acabara de recibir un puñetazo que me vacía los pulmones. De repente siento como si las paredes de la habitación se cerraran sobre mí, incluso veo los brazos de los demonios de mi pasado saliendo de ellas. Se estiran en mi dirección hasta que consiguen rozarme. Tengo que salir de aquí antes de que me atrapen y me inyecten su veneno.

—¿Te das cuenta de que, de todos los padres que se podría haber inventado, te ha escogido a ti? —insiste.

Joder, eso no ayuda. Me ahogo.

—Tengo que irme —anuncio.

Dejo el plato a medias, echo la silla hacia atrás, con tanta fuerza que la tiro al suelo y huyo de nuevo. Krystal no dice nada ni intenta retenerme, creo que sabe que esto es lo que necesito ahora mismo.

Voy hasta el apartamento en el Sanctuary, que tengo prácticamente abandonado desde que me marché de gira. Abro una botella de whisky, me sirvo un vaso y ruego para que el alcohol pronto empiece a silenciar la conversación que se repite una y otra vez en mi mente.

Recibo un millón de mensajes por parte de Krystal y, ante su patente preocupación, decido contestarle. No quiero que ella también sufra, pero quiero que entienda que necesito tiempo para digerir todo esto. Escribo y borro al menos una docena de veces, sin decidirme por ninguna de las opciones. Al final, opto por una muy sencilla, la pregunta que lleva dando vueltas en mi cabeza desde que he cerrado la puerta de su casa.

Tyron:

¿Por qué yo?

Krystal:

Porque te has comportado con ella de forma totalmente opuesta a como lo hizo tu padre con vosotros.

Tyron:

He conseguido sobrellevarlo porque era más fácil pensar que se trataba solo de la hija de mi novia, que yo no tenía nada que ver.

No sé si puedo con esto.

Krystal:

Cuidaste de tu hermana, cuidaste de mí y ahora has cuidado de ella. Sé que la quieres y que serías capaz de cualquier cosa por ella, aunque no lo demuestres, porque eres así de noble y entregado.

Lo de «padre» es solo un título que no todo el mundo se merece, como bien demostró el tuyo.

Y, aunque esa niña no fuera biológicamente tuya, que te quiera como padre solo me hace ver lo importante que eres también para ella.

Tyron:

Joder.

Krystal:

Vuelve y lo hablamos, por favor.

Tyron:

*Tranquila, no voy a hacer ninguna estupidez, pero
necesito procesar esto.*

Krystal:

*De acuerdo. No olvides que estoy aquí, que no estás
solo. Te quiero.*

Ni siquiera intento dormir, sé que no podría. Mis pensamientos son un auténtico hervidero que no puedo parar. Viajo al pasado, al lejano, a la época en la que yo era un niño, a todas las heridas que me causaron, más allá de mi propia piel, avanzo hasta hace unos años, hasta que los ojos verdes de Krystal se cruzaron en mi camino y a todo lo que hemos vivido durante las últimas semanas.

De pronto, este espacio también se me antoja escaso, así que cojo la moto y me pierdo por las carreteras hasta acabar en una cala poco transitada debido a su difícil acceso.

Allí, sentado sobre la arena, me sorprende el amanecer y, durante horas, doy otro repaso completo a mi vida. Una sonrisa se me dibuja en el rostro al recordar la primera vez que me senté al piano con la niña. La cara de concentración que tenía, mordiéndose la lengua, mientras sus pequeños dedos intentaban reproducir el mismo movimiento que acababa de hacer yo, y la mirada que me echó después, con sus grandes ojos azules cargados de orgullo porque lo había conseguido.

Una cálida sensación, totalmente desconocida para mí, empieza a expandirse en mi pecho y decido no ponerle barreras ni límites.

No quiero ser como mi padre, quiero ser capaz de ofrecerle a esa niña todo lo que se merece y que, durante estos tres años y pico, le he negado. Así que, contra todo pronóstico, decido darme una oportunidad e intentarlo. Puede que sea demasiado pronto para asignarme el título que biológicamente me corresponde, pero eso no quita para que pueda estar a su lado.

Consulto el reloj, aunque es cerca del mediodía, creo que todavía puedo llegar a tiempo. Me incorporo, me sacudo la arena del pantalón y regreso al lugar en el que he dejado la moto. Aparco junto al colegio en el que la niña está escolarizada y busco, entre las decenas de padres que se apostan en el patio, a la dueña de esos ojos verdes.

En cuanto la localizo, avanzo hasta ella. Sin anunciar mi llegada, rodeo su cintura. En un primer momento, se tensa, aunque enseguida reconoce mi contacto y sonrío, sin necesidad de girar su rostro hacia mí.

—Siento haberme marchado ayer de esa forma tan brusca. Fue todo demasiado intenso y colapsé —me justifico.

No parece enfadada, quizá un poco preocupada.

—¿Cómo estás, Ty? —se interesa.

—Bien, creo.

No tengo tiempo para darle más explicaciones ni contarle la decisión que he tomado. La puerta del aula se abre y veinte pequeños terremotos salen disparados a recibir a sus padres, como si acabaran de descorchar una botella de champán.

Zoe corre hacia nosotros, supongo que es el lugar habitual en el que Krystal la espera, y, en cuanto me ve apostado al lado de su madre, desvía ligeramente la trayectoria para saltar a mis

brazos.

—¡Has venido a buscarme al cole! —exclama exultante la niña.

—Quería darte una sorpresa —admito, sosteniéndola en el aire.

—¿Ves como tenía razón? —le dice a un niño que pasa a nuestro lado, con sus padres, y le saca la lengua.

—Además, no podía permitir que llamaran mentirosa a mi gatita —añado, esta vez solo para Krystal, quien mueve los labios formando un mudo «gracias» antes de sumarse a nuestro abrazo.



Frente al espejo

A pesar de que el tiempo avanza, Krystal continúa estancada y sigue con su rechazo a ir más allá de unos besos que ya de inocentes tienen poco, porque en ellos se traslucen las ganas que tengo de ella, que rayan la obsesión.

Su argumento de que necesita tiempo empieza a resultarme insuficiente. Sus disculpas y mis «lo siento» empiezan a quedarse cortos para no afectar a nuestra relación. ¿Es que no se da cuenta de que yo necesito todo de ella? Han pasado más de tres meses desde que finalizó el tratamiento y juraría que está recuperada por completo, la veo incluso mejor que antes del diagnóstico, creo que esta experiencia la ha hecho aún más fuerte. Luce una vitalidad que la hace brillar más que nunca.

Me estoy volviendo loco y la frustración acumulada al no comprender la situación está empezando a pasarme factura y me agria el carácter. Estoy irascible y cualquier excusa es válida para entrar en cólera y buscar confrontación, aunque no con ella. Es Ronnie, una vez más, quien se convierte en mi objetivo y que, con una paciencia infinita, reconduce mi ira en forma de canción. Puede que esta situación me esté superando, sin embargo, le va a venir bien a nuestro nuevo disco.

Sé que no le soy indiferente, hay ocasiones en las que es ella misma la que inicia el acercamiento, noto su respiración acelerada, sus gemidos excitados sobre mi boca en cada beso que nos damos y, cuando suelto mi deseo reprimido, pensando que en esta ocasión va a ser por fin satisfecho, se echa atrás.

Empiezo a pasar menos horas a su lado. Me escudo en que tengo mucho trabajo con el nuevo disco y, aunque, hasta cierto punto es verdad, no acabo de quitarme ese regusto amargo de ser un miserable. He pasado de estar día y noche pegado a ella, a evitarla.

—No sé qué te está pasando, pero esto que acabas de crear suena brutal —apunta Ronnie en una de las ocasiones en las que he cambiado mi casa por la suya para retrasar el encuentro con Krystal.

—Pues no me ha ayudado a sentirme mejor —me quejo—. ¿Vamos al Sanctuary a tomar algo? Necesito emborracharme.

—¿Le parecerá bien a Krystal? —Aparte de ser mi amigo, se ha convertido en la voz de mi conciencia.

—Me da igual, evita que haga alguna estupidez de la que pueda arrepentirme y cuando no me acuerde ni de mi nombre, llévame al apartamento de arriba.

No me deja llegar a tanto. Entre copa y copa, acabo confesándole mi mayor temor; que deje de quererme y llegue a perderla.

—¿Lo has hablado con ella? —me pregunta.

—No, no puedo ir y preguntarle: «Ey, nena, ¿por qué ya no quieres follar conmigo?» ¿En qué lugar me dejaría? ¿Qué pensaría? Creería que solo busco eso de ella cuando realmente lo que necesito es todo.

—Le has demostrado con creces cuánto la quieres y tienes que seguir haciéndolo. Aunque tú la veas bien, se está recuperando todavía. Lo que ha pasado la va a marcar, puede que para siempre. No puedes pretender que pulse un botón y todo vuelva a ser como antes, tienes que tener paciencia.

—Se me acaba, Ronnie.

—Poco a poco, Tyron. Hace poco te quejabas de que pensabas que solo te quería como amigo y ahora cada vez que os veo, os estáis comiendo la boca. Es un avance, aunque lo haga a menor velocidad de la que te gustaría.

—No creas que eso ayuda, sus labios pulsan un botón que me hace pasar de cero a mil en cuestión de segundos.

—Hazme caso, dale tiempo. Y, ahora, vamos, te llevo a casa.

—No hace falta, dormiré arriba —me niego.

—No seas cabezón y no estropees algo que todavía no está roto, vuelve con ella —insiste y cuando mis brazos rodean el cuerpo de Krystal y su olor inunda mis fosas nasales, me alegro de haber accedido.

♪ ♪ ♪

Recibo un mensaje de Krystal mientras intercambio opiniones con el técnico de sonido y automáticamente dejo de prestar atención a lo que me dice.

Krystal:

¿Sigues en el estudio? Estoy cerca y me gustaría pasar a saludarte.

Contesto afirmativamente y en veinte minutos la tengo aquí. Ha estado de compras con

sus amigas. Shauna se casa con Noah, que ha dejado de ser su ex para convertirse en uno más de la extraña familia que conformamos todos juntos. La boda tendrá lugar dentro de tres semanas, a final de año, en el Sanctuary, y la camarera morena se ha empeñado en que yo sea el padrino.

—¿Qué tal, peque? —me intereso.

La atraigo hacia mí hasta que queda sentada sobre mis piernas. Lo hago de forma natural, como si ese fuera el lugar que le corresponde. La rodeo con los brazos, cierro los ojos y aspiro su fragancia. Ese simple gesto es suficiente para que mi piel despierte, para que me piquen los dedos, ansiosos por colarse bajo su ropa y acariciarla.

—¿Tienes para mucho aquí? ¿Quieres que te espere y vamos juntos? Podemos pedir algo de cena y ver una peli. La niña se queda con mi tía.

—Ve adelantándote tú, peque. Estamos algo liados y puede que se me haga tarde. —«Y espero que estés dormida para entonces, para no tener que volver a someterme a una sesión de tortura.»

—Vale, nos vemos luego. —¿Es decepción lo que percibo en su voz?—. Hasta otra, chicos, que vaya bien.

En cuanto desaparece tras la puerta, Ronnie deja la guitarra y se acerca a mí.

—¿No te vas con ella? —me pregunta, extrañado.

—No, tío. No puedo más. Le tengo tantas ganas que no puedo estar en la misma habitación y no acariciarla, como si mis manos hubieran perdido la capacidad de obedecer las órdenes de mi cerebro.

—Tan genio para unas cosas y tan estúpido para otras —sentencia al mismo tiempo que me arrea una colleja. Tanto sus palabras como la hostia que me ha metido me dejan anonadado.

—La acabas de cagar, tío. —El resto del grupo corrobora a su líder—. Anda con la autoestima por el suelo, viene aquí, a buscarte, te dice que la niña no está, que vais a estar a solas y tú la rechazas. A «buscarte», —entrecomilla la palabra con los dedos—, ya me entiendes.

Conforme me relata lo que acaba de suceder delante de mis propios ojos, cae la venda y veo claro el error que acabo de cometer.

—¡Joder! ¡Seré gilipollas! —exclamo en voz alta.

—Con todas las letras y en mayúscula —sentencia mi amigo.

No pierdo más el tiempo, ni siquiera me despido de mis compañeros, y salgo tras ella.

Cuando llego a casa, la encuentro en el sofá. No llevará mucho aquí, pero ya ha tenido tiempo de cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo. Aunque intenta disimularlo en cuanto oye la puerta, su rostro está humedecido. «Mierda, ha llorado. Soy un auténtico cabrón.»

—Lo siento, peque. No quiero hacerte daño, pero hay veces que actúo como un cretino sin darme cuenta. —Mis palabras, en vez de arreglarlo, parece que lo estropean más.

Ya no se molesta en contener las lágrimas, así que opto por sentarme a su lado, abrazarla y callarme hasta que se tranquilice. Cuando lo hace, sugiero ir a la cama. Es tarde.

—Tyron, sabes que te quiero, ¿verdad? —murmura cuando me deslizo bajo las sábanas, a su lado.

—Sí, nena, lo sé. Y yo también. Te quiero más que a mi vida —sentencio, por si a estas alturas todavía le quedaba alguna duda—. No lo olvides nunca.

Krystal se acerca en busca de mis labios y, en un primer momento, me quedo quieto y me dejo hacer. Dudo entre seguirle el juego o ponerle fin antes de que lo haga ella. Sin embargo, su lengua se cuela dentro de mi boca y fulmina toda mi contención.

Mis dedos se cuegan bajo su ropa para tomar contacto directo con su piel y noto cómo se eriza ante el roce, al mismo tiempo que de su garganta brota un gemido que muere en mis labios. Y, otra vez, justo cuando pienso que sus barreras han caído, las vuelve a alzar, se paraliza y rompe el contacto.

—Krys, ya no puedo más —exploto. Quizá he pospuesto demasiado este momento, pero tenemos que hablar de ello—. Si no quieres acostarte conmigo porque no te apetece, lo respetaré, te lo juro. Sin embargo, tu cuerpo me dice lo contrario, siento cómo busca mis caricias y tu boca me grita que quiere lo mismo que yo. Es tu cabeza la que no quiere seguir y no lo entiendo. Por favor, explícame por qué no quieres hacer el amor conmigo porque yo ya no puedo más.

Me intenta esquivar la mirada, aunque en la posición en la que estamos, conmigo casi encima de ella, es imposible.

—Porque tú eres una obra de arte y yo solo soy una muñeca rota. —Sus palabras me dejan helado. «¿Qué demonios está diciendo?»

—No digas eso, nena. ¿Todo esto es por esa cicatriz nueva que adorna tu pecho? No lo entiendo, joder —digo, exasperado, aunque intento mantener un tono calmado para no cagarla más—. ¡Si yo soy el puto Frankenstein! —bromeo, haciendo alusión a la infinidad de cicatrices que surcan mi piel.

—Me da vergüenza que me veas. Tengo miedo de que no te guste, me aterra que me rechaces —admite, entre lágrimas, y revela, por fin, el secreto que la mantenía alejada de mí.

Me pongo en pie. Ella me observa con algo parecido al terror en su rostro, supongo que cree que voy a hacer precisamente lo que más teme y que me voy a encerrar tras la puerta del baño como hago siempre. Hoy no. Hoy vamos a solucionar esto. Me quedo a su lado y le tiendo la mano.

—Ven. —El tono autoritario que empleo no admite réplicas. La sostengo con delicadeza y la guío hasta quedar frente al espejo de cuerpo entero que tenemos en la habitación. Me sitúo tras ella y en cuanto ve la superficie reflectante, agacha la cabeza—. Mírate —insisto contemplando nuestro reflejo—. Míranos.

Alza levemente la cabeza, con timidez, casi con miedo, hasta que sus ojos quedan enfrentados a la mirada verde que le devuelve el espejo. Agarro la camiseta por los laterales y me llevo la prenda hacia arriba. Krystal trata de oponerse.

—Confía en mí —susurro en su oído y convierto esas tres palabras en una caricia de mis labios.

Se deja hacer, pero en cuanto se ve despojada de la prenda, sus manos se cruzan y cubren su pecho. Mientras está entretenida ocultando de nuestra vista esa parte de su cuerpo, me deshago de su ropa interior.

—Mírate, no tengas miedo —repito y aparto sus brazos a un lado. La dejo expuesta a su reflejo. Krystal traga saliva, el pánico no abandona todavía sus ojos—. No sé lo que verás tú,

pero yo te veo más perfecta que nunca. Esa marca que tienes te hace todavía más bella — expongo con total sinceridad—. Nena, nada hará que te desee menos de lo que lo hago en este instante y solo quiero que me dejes demostrártelo. Te quiero, Krys, más que a mi vida —le repito, una vez más, para que no lo olvide.

Para corroborar la veracidad de mi declaración, mi polla da un bote dentro del bóxer solo al verla desnuda y aprovecho estos instantes en los que parece que Krystal se ha quedado paralizada, para lamer y besar cada centímetro de la piel de su cuello, para impregnar mis papilas gustativas de su sabor, dejando un reguero de humedad a mi paso. Yo también estoy aterrado. Tengo miedo de que no sea capaz de ver lo mismo que yo, de que no se acepte, y, que, en cualquier momento, ponga freno a esto que acabo de iniciar.

La aprieto más contra mí, para que vea cómo me tiene, para que sienta mi erección atrapada entre nosotros, para que perciba mi respiración acelerada y sea consciente de que cada molécula de mi ser vibra por ella. Deslizo una mano por su torso y acaricio, por primera vez, su pecho izquierdo, recorriendo las huellas de la cirugía.

—¿Te duele? —me intereso, preocupado. No sé hasta qué punto se habrá visto afectada la sensibilidad en ese punto.

Contiene la respiración mientras mis dedos la estudian y se limita a negar con la cabeza con energía. No pone fin a esto, incluso me parece que un gemido escapa de sus labios, así que me arriesgo a dar un paso más. Cambio mi atención al otro pecho, con el que sé que no hace falta que sea tan cuidadoso, mientras la otra mano resbala por su vientre y desciende hasta perderse entre sus pliegues. ¡Joder, está excitada! La humedad de su sexo me atrapa y me muero por llevarme los dedos a la boca para saborearla. La acaricio, la penetro y la masturbo, modificando varias veces el ritmo hasta que siento cómo está a punto de deshacerse en mi mano.

—Córrete, nena. —Mi voz suena ronca.

Krystal se restriega contra mi cuerpo, entregada, por fin, a ese goce que nos tenía vetado y, después de tantos meses a dos velas, sé que soy perfectamente capaz de correrme solo con el roce de la polla contra su culo, como un jodido adolescente.

Unos pocos movimientos de mis dedos sobre ese punto exacto de su interior en dónde se concentra su placer, y estalla. Su cuerpo tiembla y se vuelve gelatina entre mis brazos que la sostienen con fuerza para que no caiga. Mientras lo hace, contemplo nuestro reflejo en el espejo, la máxima expresión del erotismo, el último impulso para que yo también llegue al cielo sin que ella me haya puesto las manos encima. Un gruñido brota de mi garganta mientras me derramo dentro de la ropa interior.

—Lo siento —me disculpo, todavía pegado a ella, con los dedos todavía en su interior y los labios pegados a su piel—. Tenía..., tengo tantas ganas de ti que no he podido contenerme —confieso.

Krystal se gira hacia mí, se sumerge en mis ojos y me pierdo en su mirada mientras susurra un «gracias» mudo, bañado en lágrimas, que convierte en un beso y que me bebo con desesperación.

—Te deseo tanto —repito dentro de su boca y su saliva hace que mi verga despierte, antes de dormirse, en un tiempo récord. Estoy listo para un nuevo asalto.

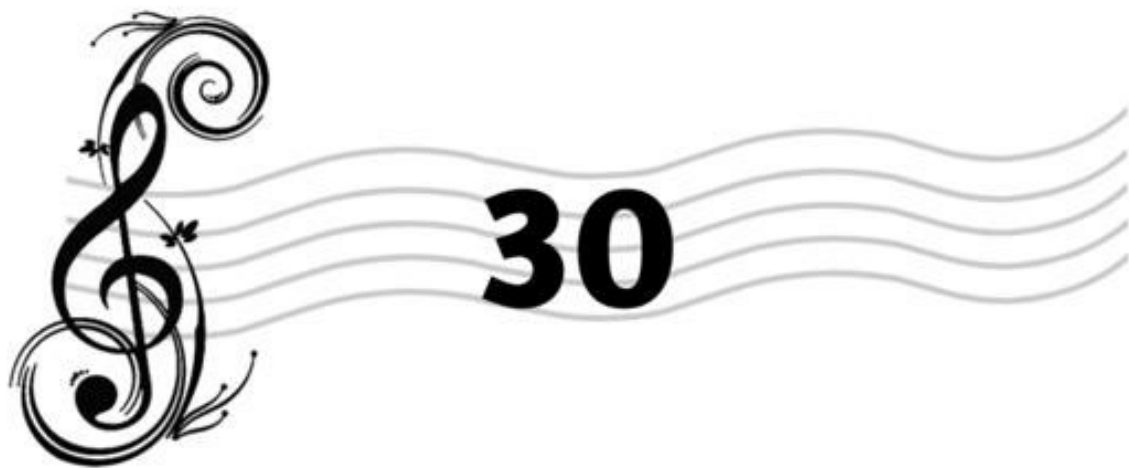
La alzo del suelo sin que a mi pierna derecha le importe el peso extra que sostengo. Sus

extremidades se me enroscan alrededor de la cintura y, sin que nadie me guíe, encuentro el camino directo a su centro.

—Joder, nena, no sabes cuánto he ansiado volver a sentirme dentro de ti —murmuro enfebrecido entre sus labios.

—Perdóname, perdóname por negarnos esto durante tanto tiempo —musita, emocionada.

Rápido, lento, suave, rudo, tierno, lascivo. Follamos y hacemos el amor durante toda la noche, con el espejo como único testigo.



Llegó la hora de soltar lastre

Otro año más que se nos escapa entre los dedos. En una semana daremos por finalizado un año duro que me ha enseñado con quien tengo la suerte de compartir mi vida. Porque sí, porque, a pesar de mis miedos, ya he dejado atrás todas mis dudas, he vencido a mis pesadillas y quiero pasar el resto de lo que me quede a su lado. Le pondremos el broche final celebrando una boda, la de Shauna y Noah, que recibirán el nuevo año como marido y mujer.

Hoy es Nochebuena, mi jodido cumpleaños, y Krystal se ha empeñado en invitar a casa a toda nuestra gente. La palabra «amigos» se queda corta para definir a estas personas que se van a sentar alrededor de la mesa. Le hubiera gustado que ocupara una silla a su lado, pero no puedo, tengo que resolver un asunto que llevo posponiendo demasiado tiempo.

Recibo a los primeros invitados e incluso me tomo una cerveza con Ronnie, uno de los primeros en llegar. Sin embargo, antes de que empiece la cena, me marchó. Antes de llegar a mi destino, ya he recibido un mensaje de Krystal. Sonríó al leer sus palabras, aunque mi gesto está cargado de una tristeza pesada.

Krystal:

Recuerda que no estás solo. Por cierto, feliz cumpleaños. Te quiero.

Aparco la moto junto a la puerta principal del Sanctuary. Antes de subir al apartamento que poseo en el piso superior, saludo a los cuatro parroquianos que nos acompañan todos los años durante estas fechas tan señaladas, llenas de luz para algunos y totalmente a oscuras para otros. Yo, que siempre había pertenecido al segundo grupo, ahora me muevo entre medio de ambas

opciones.

Una vez a solas, en el salón de arriba, me sirvo un vaso de whisky con hielo para templar mis nervios. Krystal ha demostrado ser muy valiente, ahora, me toca a mí serlo, aunque reconozco que estoy acojonado.

Me dejo caer sobre el sofá e inspiro hondo, con los ojos cerrados. Doy un trago largo y paladeo el líquido ámbar, frío en boca, pero ardiente al descender por mi garganta, postergando durante unos segundos más lo que sé que tengo que hacer.

Deposito el vaso en la mesita auxiliar que tengo frente a mí y, después, esa mano vuela hasta la nuca para acariciar la cicatriz oculta bajo el tatuaje de la clave de sol que, en días como hoy, parece estar viva y palpitante. El frescor de mis dedos sobre ella parece aplacar levemente esa quemazón.

Desempolvo la guitarra que guardaba desde hace años en un pequeño armario y que se ha quedado vieja casi sin usar. Las pocas veces que me he atrevido a usar una desde el accidente, he tirado de la de Ronnie. La sostengo con fuerza entre mis manos para controlar el temblor que las asola y cierro los ojos.

Inhalo con fuerza, me lleno los pulmones y luego dejo escapar el aire muy despacio antes de empezar a rasgar las cuerdas. El sonido que les arranco no es perfecto, pero no me importa. No hay nadie más aquí que pueda escucharlo, aunque ruego en silencio para que el espíritu de mi madre, esté donde esté, pueda oírlo. Suena triste, no podría ser de otro modo, y con cada nota vuelvo a pedirle perdón. Después, le agradezco el sacrificio que hizo para que yo siguiera con vida y el regalo que le hizo a aquel niño de ocho años, que me sirvió para mantenerme en pie cuando lo único que quería era caer y desaparecer.

Ojalá mi madre hubiera podido conocer a Krystal. A ella y a su versión en miniatura, a su nieta. Se habrían llevado de puta madre y habría adorado a ambas. Las lágrimas humedecen mis mejillas. En esta ocasión, les dejo libertad para bañar mi rostro, ya las he contenido durante demasiado tiempo, mientras prosigo mi muda conversación con mi madre, a través de estos acordes.

Le ruego que baile para mí, como hacía cuando no era más que un niño. Iluminaba la estancia con su luz y su dulce sonrisa y nosotros la inundábamos de carcajadas infantiles. Joder, durante aquellas horas en las que mi padre no estaba, éramos felices. Le suplico para que agarre la mano de mi hermana, no me cabe la menor duda de que ambas se han vuelto a reunir, y les pido que bailen al ritmo de mi música.

Y, por fin, me siento más ligero, como si hubiera soltado lastre, como si hubiera vaciado parte de esa mochila que cargo a mis espaldas.

♪ ♪ ♪

Ya es de madrugada cuando regreso a casa. La vivienda está en silencio y a oscuras, salvo por una pequeña lucecita auxiliar que se cuelga por la rendija de la habitación de Zoe, para que no tenga miedo si se despierta por la noche, aunque me parece que la fortaleza y la valentía de su madre corre por sus venas.

Avanzo por el pasillo hasta colarme en nuestra habitación. Krystal parece dormida e intento

ser sigiloso para no despertarla. Me desnudo y me introduzco bajo las sábanas junto a ella.

—¿Estás bien? —pregunta y se gira hacia mí. La caricia de sus ojos verdes me resulta reconfortante.

Estoy tan abrumado por lo vivido esta noche que soy incapaz de decir nada, no me salen las palabras, así que me limito a asentir. Me abraza y dejo que la cabeza repose sobre su pecho, mientras enreda los dedos entre los mechones de mis cabellos. Suspiro sobre su piel, solo con tenerla cerca consigo serenarme, justo lo que necesito para dar el siguiente paso.

—Me gustaría que me acompañaras mañana a un sitio, aunque eso supondría perderte la comida de Navidad —ruego con un nudo en el estómago ante la posibilidad de que pueda decir que no—, y también me gustaría que viniera Zoe... —dejo la sugerencia en el aire, sorprendido de que haya podido verbalizarla.

—Por supuesto que iremos contigo, Ty. Además, como alguien dijo una vez, la Navidad está sobrevalorada —comenta haciendo alusión al comentario que hice hace algo más de un año, cuando nos anunciaron que su operación iba a ser en Nochebuena, lo que me saca una sonrisa.

—Gracias —musito y, a continuación, cierro los ojos. Ha sido una noche tan intensa a nivel emocional que me ha dejado exhausto y no tardo en dormirme.

♪ ♪ ♪

Cuando me despierto, estoy solo en la cama y la claridad de la mañana se filtra por la ventana. No me gusta que haga esto, que me duerma con ella y que, cuando me despierte, ya no esté, aunque he de reconocer que me ha venido bien el descanso. Sin embargo, en cuanto pienso lo que me espera hoy, me tensa.

—Buenos días —saludo cuando llego a la cocina.

—¡Buenos días, Ty! ¡Feliz Navidad! —responde la pequeña con un brillo de ilusión en sus ojos. Joder, esta niña me mira como si yo fuera el mejor regalo de Navidad.

Desayunamos con calma. Bueno, ellas desayunan. Yo tengo un nudo en el estómago que impide que algo más que la taza de café lo traspase.

Después de recoger la cocina, los tres nos montamos en el coche. Ocupo el sitio del conductor y arranco el vehículo sin revelar cuál es nuestro destino. No creo que Krystal tarde mucho en adivinarlo, regresamos a la ciudad en la que nos conocimos, la ciudad que me vio nacer y en la que mi vida se convirtió en un infierno, aunque también me otorgó al ángel que me libró de él.

Casi dos horas después, aparco el coche frente a una arcada de piedra que da la bienvenida al lugar de descanso eterno de sus habitantes. Sin esperar a ninguna de mis dos acompañantes, como si me hubiera olvidado por un instante de que están conmigo, avanzo con seguridad, atraído por una fuerza sobrenatural, por el laberinto de pasillos que conforma el cementerio. Han pasado casi diez años desde la última vez que estuve aquí, sin embargo, recuerdo el camino como si hubiera sido ayer mismo.

Me detengo frente a dos lápidas con aspecto descuidado en las que la naturaleza ha ido ganando terreno al mármol de tal forma que ni siquiera se distinguen sus nombres. Arranco las

hierbas que las cubren, con furia, hasta que quedan visibles: «Sarah y Zoe».

Inicio una conversación silenciosa con sus dos ocupantes, aunque sé que hace mucho que dejaron de estar aquí. Les pido perdón una vez más por haberles fallado, una más que se suma a las infinitas ocasiones en las que lo he hecho, aunque nunca de este modo, nunca desde aquí, diciéndoles adiós y dejándolas marchar.

Oigo unas voces familiares que conversan detrás de mí y, a pesar de que sé que están a unos pocos metros, las percibo como algo lejano. Aunque no presto atención a lo que dicen, saber que están aquí, conmigo, es suficiente para mantenerme en pie y evitar que me derrumbe.

—Parece triste. —Pese a que llevo un rato escuchando su murmullo de fondo, estas dos palabras de Zoe son las primeras que llegan con claridad a mis oídos.

—Lo está —corroborra su madre.

—No me gusta que esté triste —apunta la niña con rotundidad.

—A mí tampoco —la segunda Krystal.

Lo siguiente que noto son los pequeños brazos de Zoe rodeando mis piernas. Me quedo estático, con los brazos caídos a los lados, sin saber muy bien qué hacer con ellos, como si no formaran parte de mi cuerpo. Un contacto más familiar sobre mi hombro me hace reaccionar. Me giro hacia Krystal, le paso un brazo por la cintura, para mantenerla pegada a mí, y hundo la cabeza en su pecho, mientras que la otra mano se posa sobre los cabellos de Zoe.

—No estás solo, Tyron, ya no. Nos tienes a nosotras —me susurra cerca del oído.

«Lo sé», pienso, porque de nuevo he enmudecido.

Me recreo durante unos segundos más en esa sensación tan insólita para mí, que sabe a hogar, antes de que les proponga regresar.

Por el camino, paramos a comer en un bar de carretera, una curiosa comida de Navidad a base de hamburguesas, patatas fritas y refrescos.

—¿Hacía mucho que no visitabas la tumba de tu madre y tu hermana? —se interesa.

—A mi madre solía visitarla a menudo, casi cada puto cumpleaños, pero es la primera vez que vengo al lugar en el que descansa mi hermana. Me sentía tan culpable por lo que pasó que no me creía digno para hacerlo —admito.

—Llevas años culpándote por algo que no estaba en tus manos, Tyron. Tu hermana también se torturó durante años, porque la protegías y la mantenías al margen de todo el horror que vivisteis mientras tragabas con todo. Ella hubiera querido repartir el dolor que padecías. Tú la salvaste a ella, la cuidaste, le diste una oportunidad que de otro modo no hubiera tenido. Y ella te salvo a ti, se interpuso entre esa bala y tu cuerpo, de alguna manera, te devolvió todo lo que habías hecho por ella. Los dos lo disteis todo por el otro, tú renunciaste a tu inocencia, a tu niñez, a la felicidad y Zoe renunció a su vida. Creo que estáis en paz.

—Ella me salvó mucho antes, sin darse cuenta. El día que decidió acercarse a ti para conocerte y cuando se empeñó en que te dejara atravesar mis barreras.



Mi regalo de boda

Me giro en la cama para consultar la hora en el reloj. Todavía falta más de media hora para que suene el despertador. Sin embargo, me encuentro totalmente despejado y... descansado. Hacía mucho que no disfrutaba de un sueño tan reparador y libre de pesadillas como estas últimas noches.

Sé que es debido a la «charla» que tuve con mi madre, a la visita al cementerio, a la persona que todavía duerme a mi lado y, aunque me joda reconocerlo, a la pequeña mocosa de casi cuatro años que descansa en la habitación de al lado. Durante estos últimos días he ido cerrando esas heridas que llevaban abiertas demasiado tiempo.

He aprendido a perdonarme. Culparme por los errores cometidos me anclaba al pasado y me impedía avanzar. No puedo borrarlos, no puedo volver atrás y cambiar lo que hice. Sin embargo, sí que puedo asumirlos, aprender de ellos y seguir adelante. Llegar a esta conclusión tan simple me ha llevado años y mucho sufrimiento innecesario.

Aprovecho este tiempo extra para despertar a Krystal y jugar bajo las sábanas. Cuando nuestros cuerpos están bañados por una fina capa de sudor, nos vamos a la ducha para empezar a prepararnos para la boda que tendrá lugar unas horas más tarde. Intento colarme con ella, para continuar con lo que nos traíamos entre manos, pero me para los pies. Jamás me saciaré de ella.

Estoy nervioso y apenas puedo probar bocado. ¡Joder! Soy el puto padrino. Es un honor que haya pensado en mí para ese papel. Yo, que siempre me había cerrado a todos, me estoy dando cuenta de que soy importante para más gente de la que pensaba. Shauna, la novia, me considera parte de su familia. Además, si todo sale bien, tengo preparada una sorpresa.

El móvil vuelve a vibrar sobre la mesa. Al ver quién es el remitente, sonrío. Ronnie lleva

bombardeándome con mensajes desde hace ya un rato. Me consuela pensar que no soy el único con el estómago retorcido en un nudo de nervios. En la cena de Nochebuena que celebraron en mi casa, conoció al hermano de Noah, parece que hubo química entre ellos y hoy volverán a reencontrarse. Espero que las cosas le salgan bien, si alguien se lo merece, después de todo lo que le he puteado, es él.

Después de vestirme con el traje, me peleo con el nudo de la corbata. No sé quién demonios inventó está mierda. Antes de lanzarla al cubo de la basura y pasar de este complemento, voy en busca de ayuda.

—Peque, ¿me echas una mano con la cor... —No soy capaz de terminar la frase. La garganta se me seca ante la imagen que aparece ante mis ojos: Krystal, con un vestido de color verde, anudado al cuello, que deja expuesta toda su espalda, incluido el tatuaje que me vuelve loco—. Intuyo que ese vestido me va a hacer sufrir, voy a pasarlo muy mal durante todo el día —musito con la voz ronca, con mis dedos lanzándose a acariciarlo—. Quince minutos, nena, solo te pido quince minutos y me sobran diez.

—Tyron, la niña... —protesta ella, aunque me ha dado tiempo a percibir el brillo de deseo que, momentáneamente, cruza sus ojos.

—Va a ser un día muy duro —me quejo mientras una parte de mi anatomía se encuentra ya en ese estado—. Ten cuidado de no enseñarme mucho ese tatuaje o no respondo de mis actos —le advierto.

Pasamos a por la novia y llegamos con unos minutos de retraso hasta el sitio en donde va a tener el enlace. La llevo del brazo hasta donde la espera su futuro marido y ex de mi novia. Tiene gracia las vueltas que da la vida y cómo el destino juega con nosotros, aunque no voy a ponerle pegas, ya que, por fin, tengo lo que quiero y, por la cara de felicidad de Shauna y Noah, ellos también.

—Toda tuya, cuídala o te las verás conmigo —le advierto al novio cuando llego a su altura. Shauna también se ha ido abriendo hueco dentro de mi corazón, es una de las mías, y no voy a permitir que nadie la dañe.

Su reacción a mi amenaza, aunque sé que él es el primero interesado en que Shauna no sufra, me pilla por sorpresa. Me abraza con fuerza, con familiaridad, como si nuestra relación fuera estrecha, cuando lo cierto es que siempre ha habido cierta tirantez entre nosotros. Sé que es un buen tío, pero nunca ha soportado que me comportara como un cabrón con Krys, cosa que le hace ganar puntos a su favor.

La ceremonia es breve, pero intensa. Antes de intercambiar los anillos, pronuncian unos votos sinceros y emotivos que dejan a más de uno con la lagrimilla colgando. Después, una vez que ya se han convertido en marido y mujer, trasladamos la celebración al Sanctuary. Se está convirtiendo una tradición eso de celebrar bodas en el local.

La corbata me dura hasta que me siento a la mesa. Sin embargo, que me desprenda de ella no afloja ni un ápice el nudo que se me enreda alrededor de la boca del estómago. No puedo probar bocado, aunque lo intento, y, a mitad de la comida, tengo que correr al baño a vomitar. Putos nervios.

Cuando damos por concluida la comida, nos desplazamos a la parte delantera del local, donde tendrá lugar el baile, mientras el servicio encargado del catering recoge la zona posterior.

Ha llegado el momento de que haga entrega a los novios de su regalo. Me cuelo tras la barra, regulo el equipo de música y cojo un micrófono.

—Bueno, antes de que los recién casados nos deleiten con su primer baile, como padrino, me gustaría hacerles un pequeño regalo —anuncio, tras dedicarles unas palabras y me gano la atención de todos los presentes. Después de subirme a tantos escenarios a lo largo de la geografía, he cogido experiencia en esto de dirigirme al público.

Pulso un botón y unos focos iluminan un par de sillas apostadas sobre el escenario, en las que nadie había reparado hasta ahora, una con un pie de micro delante y la otra, con una guitarra apoyada.

Se oyen varias exclamaciones de sorpresa que trato de ignorar. No necesito más presión.

Camino hacia allí, al pie de la escalera me espera Ronnie y, juntos, recorreremos la distancia que nos separa de la tarima.

Mi compañero se sienta en una de las sillas y agarra la guitarra mientras yo ocupo la que está frente al micro. Joder, esto es peor que la primera vez que me enfrenté a un público de mil personas, cuando tuve que demostrar mi lugar a cargo de las voces de los Cursed Angels. Si tuviera una papelera cerca, vomitaría de nuevo.

Intercambio una mirada cómplice con mi amigo mientras abro y cierro el puño. Me seco las palmas de las manos en el pantalón, inspiro hondo un par de veces y asiento de forma muy sutil, aunque Ronnie capta el gesto. Es la señal que estaba esperando. Me responde de la misma forma y una sonrisa de satisfacción, por haberse salido con la suya, se le dibuja en el rostro al mismo tiempo que me tiende su guitarra. No quiero mirar más allá de este escenario, pues sé que acabo de captar la atención de todos los invitados.

Empiezo a tocar con miedo, con mucho miedo. Pese a que he practicado durante estos últimos meses, nunca antes lo había hecho delante de nadie, a excepción de Ronnie. Las primeras notas que le arranco al instrumento, muy parecidas al resultado que pretendía lograr, me transportan a otro lugar, a un sitio en el que solo estamos la guitarra y yo, y los nervios se esfuman.

Mi voz acompaña los acordes con una canción que he compuesto específicamente para este momento. Habla de segundas oportunidades, de heridas que no cicatrizan hasta que encuentran la venda adecuada, de miedos vencidos. Y, aunque es para los recién casados, mi inspiración ha sido otra, y ella lo sabe.

Cuando acabo la canción, cierro los ojos. Los aplausos consiguen sacarme de la especie de trance en el que estaba sumido. Shauna, con el rostro bañado en lágrimas, se lanza a mis brazos sin darme tiempo a bajar del escenario. Todos los rostros están fijos en mí, sin cesar en su batir de palmas y, pese a que me he acostumbrado a ser el centro de atención en lo alto de un escenario, en estos momentos, me siento bastante cohibido.

Regreso al lugar tras la barra, doy paso a la canción que los novios han escogido para su baile nupcial y les cedo todo el protagonismo. Poco a poco, el resto de los invitados se unen a ellos. Aunque nunca he sido de los que se lanzan a la pista de baile, la ocasión merece un esfuerzo. Bailo con mis chicas, con todas ellas: la novia, Krystal e incluso la pequeña Zoe. La alzo del suelo y giramos como una peonza mientras la pequeña se desternilla de risa. Cuando estoy lo bastante mareado, me acerco a la barra a por bebida.

Un par de horas después, parte de los invitados ya se han empezado a retirar. Zoe se ha ido con su «abuela» y solo queda aquí la familia del Sanctuary, una familia a la que no siempre unen lazos de sangre, y que cada vez es más grande.

Por los altavoces suena una canción de melodía sugerente y Krystal se marca un numerito con la novia que me recuerda mucho a unas navidades compartidas entre los tres hace unos cuantos años. Rememorar cómo acabó aquella noche hace que mi polla dé un tirón encerrada dentro de los pantalones, de pronto mucho más ajustados que hace un momento. Ella se gira, me da la espalda y mis ojos se topan con ese tatuaje que me arrebató todo rastro de cordura. Sus contoneos sensuales con su amiga, no ayudan. Para ella, es un juego, para mí, un pulso a mi contención, uno que estoy a punto de perder.

Apuro de un trago el contenido del vaso que tengo en la mano, intento que la bebida fría aplaque las llamas que incendian mis venas y voy directo hacia ellas. Agarro a Krystal de la mano y tiro de ella hacia una esquina. La inmovilizo contra la pared y me abalanzo sobre su boca, más hambriento de lo que jamás he estado.

—Te dije que no me provocaras o no respondía de mis actos —le recuerdo y mi voz trasluce el deseo salvaje que me quema por dentro.

—Lo sé. —Su respuesta, retadora, dinamita el poco control que me queda.

A duras penas controlo mis ganas de arrancarle el vestido aquí mismo, sin importarme cuántos testigos tengamos, y me la llevo a un lugar algo más privado. No me veo capaz de aguantar mis ganas hasta llegar al piso superior, así que la arrastro hasta el almacén, en donde, en más de una ocasión, ya hemos dado rienda suelta a nuestra pasión.

Una vez dentro, empujo la puerta con el pie para cerrarla y alzo a Krystal sin miramientos hasta apoyarla sobre una repisa de la pared. Me sitúo entre sus piernas, me aprieto contra su centro para que vea en qué punto me encuentro, como un puto volcán a punto de entrar en erupción.

—Mira cómo me tienes. Estoy tan duro que resulta incluso doloroso —me quejo sobre su boca.

—Déjame que te ayude con eso. —Se apiada de mí, me desabrocha el pantalón y acaricia mi erección que lagrimea de pura necesidad.

—Joder, nena, no puedo más.

Le aparto las manos y las llevo hasta que me rodea el cuello con ellas, le remango el maldito vestido que lleva todo el día torturándome y tiro de la fina tela de encaje de su ropa interior, con un golpe seco que consigue que la prenda se rasgue. No estoy como para perder el tiempo y quitársela con delicadeza.

Froto el glande contra su sexo y, cuando su humedad me empapa, empujo hasta resbalar en su interior.

—Joder, así sí —murmuro, a punto de correrme solo con esto, y disfruto del placer de sentirla abrazando mi polla.

Me retiro un poco, sin abandonar del todo ese preciado lugar, para volver a enterrarme en ella con más fuerza. Estoy tan excitado que sé que no voy a durar mucho. No importa, tenemos toda la noche por delante —y el resto de nuestra vida— para tomárnoslo con más calma. Ahora lo necesito rápido y duro.

Acelero mis embestidas, enajenado, como un animal salvaje que se rinde a sus instintos más primarios, acuciado por sus jadeos que me enardecen aún más, si cabe. Krystal está a punto y yo... Yo no puedo más, estallo y la arrastro conmigo.

De pronto, sin tiempo a que abandone su interior y nos recompongamos la ropa, la puerta del almacén se abre. Krystal reacciona y se esconde en mi pecho, como un avestruz que entierra la cabeza en el suelo. Yo, en cambio, me giro con curiosidad para ver quién nos ha interrumpido. Sonrío, canalla, al descubrir de quién se trata.

—Lo siento, Ronnie. Está ocupado —le informo.

Su cara es todo un poema, está abochornado y cohibido. No sabe qué decir ni dónde meterse, igual que Krystal, y a mí la situación me resulta de lo más divertida. Le acompaña el hermano de Noah, al parecer, no soy el único que ha triunfado esta noche.

Me apiado de él, le debo muchas y así, al menos, rebajo un poco mi deuda.

—Toma tío, subíos arriba. Hay condones en uno de los cajones —le digo y le lanzo un manojo de llaves que, en su estado de turbación, no sé cómo consigue coger a la primera—. Cierra la puerta al salir.

En cuanto se marcha, la vibración de las carcajadas de Krystal se me extiende por el pecho.

—¿Desde cuándo tu refugio se ha convertido en un picadero? —me pregunta.

—Mi refugio hace tiempo que dejó de ser la habitación de arriba —declaro—. Mi refugio está aquí, a tu lado. Mi refugio son las alas de ese tatuaje que me vuelve loco, ese ángel que tantas veces me ha salvado. Mi refugio es tu olor, la fragancia que anestesia mis demonios, y esos ojos verdes que me acarician cada noche. Mi refugio eres tú, siempre has sido tú.



Conectados por la música

Después de cuatro años, por fin lo he conseguido. Por fin estoy aquí, en casa, en la celebración del cumpleaños de mi hija. He tardado cuatro putos años en dar este paso y aún queda mucho camino por recorrer. La niña todavía no sabe que soy su padre, piensa que esa figura no existe y que solo soy un «buen amigo» de su madre, aunque ocupe su cama casi todas las noches. Todavía no estoy preparado para sacarla de su error, tal vez nunca lo esté.

No está siendo tan complicado como pensaba. Quizá, que la casa esté atestada de mocosos de cuatro años, sus padres y «la familia», ayuda. Mi presencia aquí es solo una más y paso bastante desapercibido. Comparto conversación y unas cuantas cervezas con mis amigos, mientras la pequeña juega con los suyos. Apenas hay momentos de interacción entre ambos, cosa que le viene bastante bien a mis nervios. Durante los últimos meses ha habido un mayor acercamiento entre ambos, de nuevo y, tal como me pasó con Ronnie, gracias a la música, pero todavía me cuestan según qué cosas y esta es una de ellas.

—Tyron, ¿me cantas una canción con el tío Ronnie? —me pregunta Zoe con una caída de pestañas a la que es imposible negarle nada. Cuando crezca, va a volver loco a más de uno. La mayoría de los invitados ya se han retirado y tan solo quedamos los más cercanos a la pequeña.

Soy el único al que se refiere únicamente por el nombre de pila, sin añadir el apelativo cariñoso de «tío» que hace con el resto de los amigos de su madre, lo que me resulta curioso. Y, aunque podría parecer un trato más frío y distante que hacia los demás, lo pronuncia con tanto cariño y respeto que no me deja indiferente, aunque intente hacerme el duro.

—Está bien, gatita. —La pequeña no ha tardado en ganarse el apelativo cariñoso que usaba con mi hermana, me sale de manera natural, como si también le perteneciera a ella.

He compuesto una canción que habla de la música, de lazos invisibles que conectan a dos personas, que habla de ella, de nosotros. Estaba esperando el momento idóneo para mostrarla y acaba de llegar. La letra es muy sutil, podría estar dedicada a un familiar, a un amante o a un amigo, pero quien conoce nuestra historia, puede identificar en mis palabras a quién va dirigida. Ojalá le guste.

Ronnie arranca con los primeros acordes a los que enseguida se une mi voz. Observo a la pequeña, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y con los ojos clavados en nosotros. No se pierde detalle, una sonrisa enorme y genuina ilumina su rostro y, cuando repetimos el estribillo por segunda vez, sus labios empiezan a tararear la melodía.

Desvío la mirada durante un segundo para centrarla en su madre, que se muestra emocionada ante mis versos. Krystal se frota los ojos, con disimulo, antes de que las lágrimas que se asoman a ellos se viertan. Sin embargo, el brillo permanece anclado a sus pupilas.

Cuando finaliza la canción, Zoe da un brinco y aterriza directamente entre mis brazos. Su movimiento es tan repentino que no me da tiempo a reaccionar de la manera habitual en que lo hubiera hecho; rechazando su efusivo contacto. Así que, me limito a abrazarla, para sorpresa de todos los presentes, la mía incluida.

—Esta va a ser mi canción favorita —me confiesa—. Somos nosotros, ¿verdad? —me susurra al oído, en voz tan baja que nadie más puede oírla.

Asiento. Esta cría es muy inteligente y espabilada para su edad, le da mil vueltas a cualquiera de sus amigos.

Como suele pasar cada vez que Ronnie y yo nos juntamos, a esa primera canción le siguen otras cuantas más, convirtiendo el final de la celebración del cumpleaños de Zoe en un concierto acústico y privado.

—Lo has hecho, Tyron, por fin lo has conseguido —me felicita Krystal una vez que nos quedamos a solas después de acostar a la niña.

Estamos sentados en el sofá, con sus piernas enredadas con las mías, después de haber recogido la casa. Compartimos una última copa de vino y disfrutamos de unos minutos de tranquilidad para poner fin a un día de lo más ajetreado antes de irnos a la cama.

—Ya iba siendo hora. Me ha costado cuatro putos años —inquiero, enfadado conmigo mismo por haber pospuesto tanto este momento. Al final, no ha sido para tanto y he de reconocer que me ha gustado la experiencia.

—Mejor tarde que nunca. Estoy orgullosa de ti. Sé que no es fácil, pero una vez más, has vencido a tus demonios.

—Ha sido solo una batalla, nena, todavía estoy lejos de ganar la guerra —apunto.

—Bueno, poco a poco. Es un gran avance. Habrá que celebrarlo —me dice traviesa mientras busca mis labios y no necesito más que probar su sabor para que todo mi cuerpo despierte.

♪ ♪ ♪

El tiempo corre en nuestra contra. En un par de días sale el nuevo álbum de los Cursed Angels y,

después del lanzamiento, nos esperan unos meses intensos de promoción con una gira por varios países que me mantendrá alejado de Krystal. Me acojona la idea de pasar tanto tiempo separado de mi ángel de la guarda, demasiadas tentaciones jugosas a las que no sé si voy a ser capaz de resistirme si no la tengo cerca. Desesperado y aterrado ante la situación que se me viene encima, le he propuesto que venga conmigo, con ella a mi lado soy más fuerte, pero se ha negado. La niña tiene colegio y no puede faltar tanto tiempo a clase.

Soy un adicto, y eso no se pasa de la noche a la mañana, pese a que llevo una temporada bastante decente. Aunque la pierna me ha concedido una pequeña tregua, en cuanto me meta en la vorágine de la gira, la cosa cambiará. Krystal confía en mí, sin embargo, yo no lo tengo tan claro y defraudarla me jodería más que volver a caer.

Tengo que exprimir estos últimos días al máximo, tengo que empaparme bien de ella para llenar los meses que pasaremos sin vernos. Por eso, y pese a que estoy cansado después de haber pasado parte de la noche en el Sanctuary, la idea de dormir queda descartada.

Tras mi regreso al grupo, mi trabajo en el local es algo meramente simbólico, he delegado la gestión a Shauna y a Krystal, que llevan el negocio de manera impecable. Aun así, no quiero desconectarme de él, no quiero olvidar de donde provengo y mucho menos pretendo dar la espalda a la familia del Sanctuary. Por eso, me encanta pasarme por allí de vez en cuando.

Observo a Krystal durante unos segundos mientras me deshago de mi ropa. Me encanta verla así, dormida, con el pelo revuelto sobre la almohada, relajada y exudando serenidad por cada poro de su piel. Dejo caer las prendas al suelo y, completamente desnudo, me cuelo bajo las sábanas y abrazo su cuerpo, cálido en contraste con el mío.

Mi saludo parece más un gruñido animal que una palabra mientras los labios se me van directos a la piel de su cuello. Su sabor es simplemente adictivo. Ella me responde con un ronroneo somnoliento y mueve la cabeza, como si le hiciera cosquillas, pero en cuanto mis caricias y mis besos se vuelven más tórridos, termina por despertar y participa en mi juego. Venero cada centímetro de su cuerpo con mi boca, me entiero en ella con brusquedad para, después de llevarla hasta la cima, hacerle el amor con más calma.

La noche se me queda corta para quemar mis ganas y, cuando todavía no me he saciado, el sonido del timbre nos interrumpe. No sé qué hora es, la tenue luz que se cuela por las rendijas de la ventana me indica que ya es de día, aunque no hace mucho que ha amanecido.

Krystal pega un bote de mi lado, probablemente para evitar que una segunda llamada despierte a Zoe y, antes de que a mí me dé tiempo a mover un músculo, coge mi camiseta del suelo, se la pone y baja a la carrera las escaleras que la separan de la entrada. Yo la sigo más despacio, recupero los pantalones del suelo y cojo una camiseta limpia del cajón.

—¿Quién es, peque? —pregunto acercándome hasta la puerta. Su cuerpo me impide ver a la persona que se encuentra al otro lado.

—Es Knox, el vecino. Parece que ha llegado la hora —me informa.

Hope y Knox son una pareja, más o menos de nuestra edad, que se mudaron a la casa de al lado hace tan solo unas semanas. Yo apenas los conozco, no he coincidido con ellos, lo único que sé es que ella está embarazada y, por lo que veo, está a punto de tener al bebé. Sin embargo, Krystal ha establecido una relación bastante estrecha con la pareja, especialmente con ella.

—¿Quieres que los lleve al hospital? —me ofrezco al recordar que no tienen coche.

—Sí, por favor —me secunda Krystal al mismo tiempo que un perro se cuela dentro de nuestra vivienda. Una que yo me sé estará encantada por tener que ocuparse del animal hasta que regresen del hospital.

Cojo las llaves del coche, la chupa de cuero y, cinco minutos más tarde, salgo de casa en dirección a la de los vecinos, para ayudar a Hope a llegar hasta el coche. Su novio, marido o lo que sea, es extremadamente tímido, no me dirige la palabra en todo el trayecto, ni siquiera es capaz de alzar la cabeza y mantener la mirada. Todavía no he visto de qué color son sus ojos ni lo que oculta detrás de su mirada.

La cosa no mejora cuando llegamos al hospital. Knox está desubicado, supongo que por los nervios de ser padre, así que me apiado de él y me hago con el control. Tras rebuscar en el bolso de mi vecina, doy los datos a la administrativa tras la mesa de recepción y enseguida un equipo de sanitarios viene a atenderla. Cuando la pareja desaparece tras una puerta de acceso restringido, considero que mi labor aquí ya ha terminado y vuelvo a casa.

♪ ♪ ♪

—Mami, ¿podemos ir ya a ver al bebé de los vecinos? —pregunta Zoe por enésima vez desde que se enteró de que había nacido. Incluso insistió en ir a verlo al hospital. Por fortuna, su madre logró convencerla para esperar a que estuvieran establecidos en casa.

—Le preguntaré a Hope a ver si le viene bien —claudica Krystal después de darle largas.

Cuarenta y cinco minutos después, nos dirigimos hacia la casa vecina con una bandeja de galletas recién hechas. Zoe corre a nuestro alrededor emocionada, como si ese bebé fuera su propio hermano.

—¿Sabes que se llama Axel porque yo se lo dije a su papá? —me cuenta orgullosa cuando estamos esperando a que nos abran la puerta.

No me da tiempo a comentar nada ya que una Hope radiante nos abre la puerta. Ni las ojeras que luce bajo sus ojos le resta un ápice de luz.

—Enhorabuena, Hope —la felicita mi chica, y envuelve en un cálido abrazo a la recién estrenada madre.

—¿Dónde está el bebé? —pregunta curiosa Zoe, adentrándose ya en la casa sin esperar a que le den permiso.

—No seas impaciente, gatita —la reprendo.

—Pasad, pasad. Axel está en el salón, con su padre.

Los acordes de una guitarra guían mis pasos hacia el salón. Avanzo movido por la curiosidad y me encuentro con un diminuto bebé acostado sobre un enorme cojín, durmiendo plácidamente mientras Knox le regala melodías que suenan a canciones de cuna.

—¿Tocas la guitarra, tío? —inquiero. Una pregunta un tanto estúpida ya que lo estoy viendo con mis propios ojos. Vuelvo a sentir cómo el instrumento tira de mí, como si me estuviera llamando.

Él se detiene en seco y parece encogerse al darse cuenta de que me estoy refiriendo a él.

Está nervioso y con la vista clavada en el suelo, en mis pies.

—Sí, Knox da clases de guitarra para niños. —Hope acude en su rescate.

—¿Te importa que me una a ti? —He reconocido la melodía de la canción que ha interrumpido.

—¡Sí, sí, sí! —grita Zoe emocionada, aplaudiendo—. Te dije que te llevarías bien con el amigo de mi mamá, Knox —añade con seguridad, como si cualquier otra opción fuera imposible.

El aludido sonríe y, aunque a mí no es capaz de mirarme, no tiene ningún problema en dirigirse a mi hija. Parece que se le dan mejor los niños que los adultos, al contrario que me sucede a mí. Vuelve a centrarse en su guitarra y reanuda la canción, a la que enseguida se une mi voz.

Aprovecha para observarme disimuladamente a través de su flequillo moreno, ligeramente largo y que esconde su mirada. Me fijo en sus ojos, de un intenso color azul y, aunque no me suele costar leer a la gente, con Knox me resulta todavía más fácil, lo percibo como un libro abierto. Me recuerda a la mirada inocente de un niño. Sin embargo, distingo también un trasfondo de miedo y dolor que me inquieta, quizá porque me recuerda demasiado a esa parte de mí que durante tantos años he tratado de enterrar bajo un disfraz de indiferencia y odio.

—Tenemos que volver a repetir esto, tío —sentencio, al cabo de un rato, cuando ya ha llegado la hora de dejar que los vecinos descansen.

Pese a que no dice nada, una enorme sonrisa que habla por sí sola se dibuja en sus labios.

Una vez de vuelta en casa y cuando nos quedamos a solas, le pregunto a Krystal sobre Knox. Seguro que su vena cotilla ha tenido tiempo de aprenderse su historia. Su pasado y el mío no fueron tan diferentes. Los dos tuvimos una infancia de mierda, aunque lo afrontamos de forma diferente. Yo me convertí en un cabrón y él intentó desaparecer. Sin embargo, ambos nos refugiamos en la música y creo que, como pasó con Ronnie y con Zoe, nos acaba de conectar.



Levantarse tras cada caída

El nuevo álbum ha tenido una aceptación brutal, ha superado nuestros mejores pronósticos, lo que se trasluce en una gira en la que casi todas las noches colgamos el cartel de «entradas agotadas» en la puerta del local en el que actuamos. Entre mil y dos mil personas esperan ansiosas cada noche a que salgamos al escenario.

Para que no resulte tan duro, hemos dividido la gira en dos partes con una pequeña pausa entre medio para descansar y regresar con nuestras respectivas familias. Tan solo rompemos esas «vacaciones» para participar en varios festivales de verano, en el que nuestro nombre queda en un modesto lugar en el cartel, con letra minúscula, junto a los grandes.

La idea de partir la gira en dos fue mía, la propuse porque no me veía capaz de aguantar tanto tiempo separado de Krystal sin hundirme en el fango, aunque todo el grupo la secundó. Solo el batería, soltero y sin compromiso, se abstuvo para acabar aceptando la decisión de la mayoría.

Durante la primera parte lo conseguí, me mantuve limpio. Todo un logro si tenemos en cuenta que, de gira, tengo mayor acceso a todo tipo de sustancias y a sexo fácil. Solo tengo que pedirlo para que me pongan delante una bandeja con cualquier clase de droga.

Lo de no follarme a otras, no me supuso ningún problema, la imagen de unos ojos verdes aniquiló cualquier tipo de atracción por otro cuerpo que no fuera el suyo. No necesito a nadie más.

Lo otro fue más complicado, si no que se lo pregunten a Ronnie, que aguantó mi mala hostia cuando el cansancio y el dolor me tentaban demasiado y la idea de dejarme arrastrar hasta ese rincón oscuro en el que mi cerebro se desconectaba durante unas horas resultaba muy jugosa. Él no me permitió ceder, aunque nos ha costado más de una discusión.

De esta segunda parte de la gira no puedo decir lo mismo. Sufrí un pequeño percance, un accidente con un altavoz, un golpe justo en el punto de mi puta pierna derecha que más se resiente, que me llevó a hacer una visita al hospital. No ingresé, más que nada porque me negué a ello, pero me dejó un dolor difícil de aguantar sin ayuda, aunque lo intenté. Durante los primeros días me resistí a tomar nada, sin embargo, con el paso de los días, los síntomas en vez de remitir, fueron a peor. El dolor no me dejaba descansar, me impedía desenvolverme con soltura sobre el escenario y acabé claudicando.

Como en anteriores ocasiones, en seguida me acostumbré a la medicación pautada y apenas me surtía efecto, por lo que acabé buscando algo más fuerte. Era eso o ponerle punto y final a la gira y, a pesar de que el resto del grupo estaba dispuesto a ello, no quería fallarles ni decepcionar a nuestro público, que llevaba meses esperando nuestra actuación.

Ahora, después de haberme metido el habitual cóctel de relajantes musculares, analgésicos y sedantes, me arrepiento de no haberles hecho caso. La culpa no va a durarme mucho, solo hasta que las drogas empiecen a hacer su magia y conviertan mi cerebro en una nebulosa durante las próximas horas. Con suerte, el efecto durará hasta medio día. Sin embargo, cuando despierte, será todavía peor.

Es en estos momentos cuando más extraño a Krystal. Cuando el dolor está en su máximo apogeo y la medicación todavía no ha empezado a hacer efecto. Cuando, a las molestias insoportables de la maldita pierna se le suma el cansancio de mil horas de carretera y de noventa minutos de concierto, bajo el calor de los focos, entregando mucho más de lo que tengo a esas mil gargantas que corean junto a mí. Me he acostumbrado a dormir cada noche a su lado y aquí, en la soledad del bus, tumbado en mi cama, mientras mis compañeros se divierten, siento un enorme vacío. El aroma único de su piel y el calor que desprende su cuerpo resultan la mejor de las medicinas, una que me vendría de perlas ahora mismo. Debieran embotellarlo y venderlo en pequeñas dosis, no me importaría vivir colocado con esa sustancia.

Esta vez, las reglas del juego han cambiado con respecto a la primera gira del grupo. Ya no nos limitamos a que yo la llame y ella me hable, mientras permanezco al otro lado en silencio, con los ojos cerrados, perdido en su voz que me transporta a otro lugar hasta quedarme dormido. Ahora los dos conversamos, prácticamente a diario, siempre que nuestras obligaciones nos lo permiten. Krystal me pregunta por el grupo y por la gira y yo me intereso por ella, por la niña y por el Sanctuary. Seguimos con una confesión de cuánto nos añoramos. A veces, prima la ternura, otras, por contra, la cosa desemboca en una necesidad más carnal y terminamos masturbándonos, imaginando que la mano que acaricia nuestro cuerpo pertenece al otro, mientras susurramos entre gemidos todas esas fantasías que nos gustaría poner en práctica en nuestro reencuentro. No es lo mismo, pero siempre es mejor que nada.

Bueno, rectifico. Ya han pasado varios días desde nuestra última conversación y no es precisamente porque no me muera por escuchar su voz. La culpa me consume de nuevo y saber que la he decepcionado otra vez, que he vuelto a fallar, me está hundiendo en el fango. No me atrevo a llamarla e ignoro sus intentos de ponerse en contacto conmigo, como si negar el problema hiciera que este desapareciera.

—¿Has hablado con Krystal? —me pregunta Ronnie en cuanto me ve aparecer por la parte delantera del bus, en donde hay un sofá sobre el que está sentado, con la guitarra en la mano.

Hay cosas que no han cambiado, mientras nos trasladamos de una ciudad a otra y el resto del grupo duerme la mona, nosotros compartimos unas «sesiones musicales» que, además de ser

productivas y ayudarnos a crear nuevas canciones, nos acercan más como amigos. Aunque ya no me mantengo tan distante con los otros miembros de los Cursed Angels como al principio, es con Ronnie con quien tengo una relación más estrecha, una conexión especial. Es el más madrugador. Ha sabido encontrar el equilibrio entre las juergas que siguen a cada concierto y el descanso, cuando para el resto del grupo es un continuo desfase que acaba cuando sus cuerpos ya no pueden más. Yo, simplemente, no me atrevo a unirme a ellos. La última vez que lo hice, acabé muy mal, aunque, al parecer, voy por el mismo camino.

Sigo sin dormir mucho. Cuando estoy con Krystal, me bastan unas pocas horas para que el sueño sea reparador y, ahora que no la tengo a mi lado y que necesitaría dormir diez horas seguidas para recuperarme, muchas veces el sueño no llega. La única forma de conseguirlo es de forma artificial, con lo que vuelvo a entrar en esa espiral que me lleva al fondo de un pozo demasiado oscuro.

—Que va, tío —niego—. No tengo los cojones de confesar que he vuelto a fracasar y estoy enganchado.

—Tyron, ella no es tonta. Has pasado de hablar casi a diario con ella a desaparecer del mapa. Llevas más de dos semanas sin llamarla. ¿Crees que no sabrá el motivo?

—¿Habéis hablado? —Asiente.

—Si tú no das señales de vida, ya sabe a quién llamar para preguntar cómo estás.

—¿Se lo has dicho tú? ¿Te has chivado? —increpo, furioso, cuando solo es un pretexto para descargar la ira que bulle por mis venas y cuyo objetivo real soy yo.

—Se lo habría dicho, pero no me ha hecho falta. Te conoce mejor que tú mismo. Llámala y habla con ella, no está enfadada ni decepcionada, solo preocupada. Arréglalo, tío, todavía no es tarde.

—Joder. Te prometo que después del concierto de hoy lo hago —le aseguro y escojo ese «te lo prometo» para estar cogido por los huevos por mis palabras y evitar así la tentación de echarme atrás.

Eso es justo lo que estoy a punto de hacer ahora mismo, cuando me dirijo, escoltado por un par de seguras, al autobús, nada más finalizar el concierto, para buscar la intimidad que necesito. Ronnie me sigue de cerca y me fulmina con la mirada, como si fuera capaz de ver el millón de dudas que cruza mis ojos.

—Venga —me apremia.

Ni siquiera he pasado por la ducha, me limito a secarme el sudor con una toalla mientras cojo el teléfono con manos temblorosas y marco el número. Krystal es rápida. No me da tiempo a arrepentirme y colgar. Apenas ha dado un tono cuando escucho su voz al otro lado, como si estuviera esperando la llamada. Lanzo una pregunta muda a mi compañero: «¿La has avisado de que iba a llamar?». El muy cabrón sonríe y me aprieta el hombro para infundirme ánimos antes de despedirse.

—Os dejo a solas.

—Hola, Ty —me saluda ella al otro lado de la línea. Joder, cuánto echaba de menos su voz acariciando mis oídos.

—Lo siento, peque —suelto de golpe sin casi dejarla hablar, vomito la culpa que lleva días

atascada en mi esófago.

—¿Qué has hecho? —pregunta, expectante, pero, tal y como me ha comentado Ronnie, no parece estar enfadada.

—Ya lo sabes. No voy a poner excusas porque ninguna es válida. He vuelto a consumir, nena. No es como otras veces —matizo. Ella me sacó a la luz en mi época más oscura, cuando estaba enganchado a la heroína—, solo algo que me ayude a controlar el dolor y a dormir, pero he vuelto a fallar.

—Tyron, no somos perfectos. No es cuestión de no cometer errores, todos lo hacemos, sino de aprender de ellos. No importa las veces que caigas, sino que, tras cada caída, estés dispuesto a volver a levantarte.

—Siempre que me tiendas la mano y me ayudes a hacerlo —añado, porque es cierto, con ella junto a mí soy más fuerte.

—Pues entonces, no me apartes, Tyron. No me apartes cuando más me necesitas. Pensaba que ya habíamos superado ese aspecto —me recrimina con toda la puta razón del mundo.

—Soy gilipollas —admito y me froto los ojos. No sé cómo siempre hago las cosas tan mal, ni adrede lo podría hacer peor, no aprendo con el paso de los años.

—Sí, a veces. Aun así, te sigo queriendo —se carcajea al otro lado de la línea y es un sonido tan hermoso que tengo que convertirlo en canción.



Aceptando la verdad (por fin)

El autobús me acerca hasta la puerta de casa. Otra gira que termina, unos meses duros y largos que dejan un buen sabor de boca. Hemos visitado más de cincuenta ciudades en diferentes países durante los últimos seis meses y ya es hora de regresar. Esta se ha convertido en nuestra rutina durante los últimos años.

Me encanta mi trabajo, me flipa subirme al escenario cada noche, ponerme delante de mil personas que corean mi nombre y con los que me comunico a través de la música. Es una puta pasada, me fascina haber cumplido este sueño que no sabía que tenía. Pero también es duro y, pese a todo ese chute de adrenalina que se activa cada vez que se encienden los focos, el mejor momento de todos es este. El instante en que giro la llave dentro de la cerradura y sé que Krystal me espera al otro lado.

Es muy tarde, me hubiera gustado llegar antes, sin embargo, teníamos una entrevista apalabrada después del concierto de esta noche y, entre una cosa y otra, se me han hecho casi las tres de la madrugada. No creo que esté despierta. Lástima, porque me muero por perderme en su boca. Me tendré que conformar con poder dormir a su lado, perdido en mi refugio, esa curva entre el cuello y el hombro, en donde siempre estoy a salvo. Después de tantos meses sin ella, también es una buena recompensa.

Entro con sigilo, dejo el bolso con el equipaje en el suelo, junto a la entrada, me deshago de las botas y avanzo hacia el salón. La tele está encendida y, a pesar del volumen bajo, no me cuesta reconocer el sonido del concierto de los Cursed Angels que grabamos el año pasado. Lo de estas dos raya la obsesión, son mis mayores fans. Cada vez que estoy fuera, la música de mi grupo se convierte en una constante en su vida, dicen que les ayuda a sentirme más cerca.

Madre e hija están tumbadas en el sofá, dormidas. Me agacho a por el mando para apagar el

televisor cuando escucho la voz somnolienta de Krystal a mi espalda.

—¿Ya has llegado? ¿Qué tal ha ido?

—Muy bien, aunque os echaba de menos y ya tenía ganas de volver —confieso mientras mi boca va directa a buscar sus labios.

Este primer beso de reencuentro, en el que su sabor inunda mis papilas gustativas y despierta todas las ganas de ella que he ido acumulando, es una de las mejores sensaciones que puedo experimentar. Nunca es tan bueno como recuerdo, siempre es mejor.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis en la cama? —le pregunto.

—Queríamos esperarte despiertas, pero no hemos aguantado.

—No me extraña, es tarde —susurro, me acerco a la niña y la cojo en brazos.

Con casi siete años, ya pesa lo suyo. No importa que el sobreesfuerzo de la gira me haya hecho llegar cojeando, casi con la pierna a rastras. En este instante, todo ese dolor desaparece.

—Hola, Tyron —murmura la pequeña, sin llegar a abrir los ojos. Sin embargo, sus manos me rodean el cuello y se aferra con más fuerza a mí.

—Hola, gatita. Vamos, te llevaré a tu habitación —anuncio y se me escapa un beso inconsciente que acaba sobre el nacimiento de su pelo rubio. Para cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer, una sonrisa preciosa se dibuja en los labios de Krystal.

—Te he echado de menos —ronronea cuando la dejo sobre su cama.

—Yo también, peque —admito.

La arropo y cierro la puerta de su habitación con cuidado de que no haga ni un ruido. Después, intercambio una mirada cómplice con su madre, al otro lado de la puerta, en silencio, conteniendo la respiración. Durante un par de minutos eternos, permanecemos expectantes, con una ansiedad brutal que me burbujea en la piel, hasta que comprobamos que Zoe no se ha desvelado durante el trayecto y duerme con placidez.

Mis manos resbalan por la espalda de Krystal y la empujo contra mí, para sentirla más cerca. Nuestros cuerpos se amoldan el uno al otro como si hubieran sido creados para encajar. La beso con hambre, con devoción y lascivia. Me encantaría alzarla del suelo y empotrarla contra esta misma pared, pero sé que mi pierna derecha no va a colaborar, así que la arrastro hasta la cama.

Su cuerpo cae sobre el mío, nuestras bocas chocan en un beso que denota todas nuestras ganas acumuladas, caldeadas con las llamadas telefónicas que hemos mantenido durante este tiempo. Ahora, esa leña que hemos ido echando al fuego cada noche, está a punto de incendiar la habitación. Quiero convertir en realidad todo lo que he verbalizado durante estos últimos meses y, a ser posible, quiero que sea hoy. Y repetirlo mañana.

Nos arrancamos la ropa mientras rodamos por el colchón hasta que nada se interpone entre nuestras pieles palpitantes. Dejo que sea Krystal quien me gane la posición, después de tanto esperar, no quiero que la pierna, que ya me lanza punzadas amenazantes, me deje fuera de juego, así que le cedo el control a mi chica. Tampoco es un mal plan.

La tengo a horcajadas sobre mí, completamente desnuda, y su cuerpo se muestra en todo su esplendor, como la diosa que es. Se apoya en mi pecho para alzar las caderas, mientras nuestros ojos vuelven a conectar de esa forma mística, tal y como llevan haciendo desde que no éramos

más que unos adolescentes, aunque entonces no quisiéramos verlo.

—Te quiero —confiesa mientras desciende y su sexo me busca.

Mi polla no tarda en abrirse paso en su interior. Puede que hace meses que no lo hace, pero no ha olvidado el camino. No necesitamos más caricias ni preliminares, estamos preparados de sobra. Me deslizo dentro de ella, que se abre para mí, me acoge y abraza mi erección con fuerza. Encajamos como los engranajes de una maquinaria perfecta que se pone en funcionamiento.

Apenas nos movemos, ambos queremos disfrutar de la conexión a la que nos hemos visto obligados a renunciar durante mi ausencia, nos embebemos de la sensación única de ser solo uno. Si tuviera que elegir un instante en el que vivir para siempre, sería este.

Mis manos recorren su cuerpo despacio, como si lo estuvieran memorizando, cuando, en realidad, me conozco hasta la última y más pequeña imperfección de su piel. El calor que irradia calma el picor de las yemas de mis dedos, que se morían por tocarla.

Me entretengo en su pecho izquierdo y delinear con suavidad la marca que dejó su enfermedad. Por muchos miedos e inseguridades que le creó que su anatomía quedara marcada para siempre en ese punto, a mí me encanta esa puta cicatriz. Es una muestra visible de algo que ya sabía, que la mujer que tengo delante y con la que tengo el honor de compartir mi vida es una luchadora. Nunca se ha rendido, ni con ella ni conmigo.

Empieza a mecerse sobre mí, en una lenta tortura que me acerca más al delirio con cada segundo que pasa. Sus movimientos me comprimen, me estrujan, me absorben y me llevan a la locura. Clavo los dedos en sus caderas, probablemente marcando su piel, cuando ya no puedo retener la explosión de placer durante más tiempo. La aprieto contra mi cuerpo como si no fuera físicamente imposible estar más unidos de lo que ya estamos. Mi polla se contrae y me derramo en su interior con fuertes sacudidas. Un gruñido bronco se hace eco en sus gemidos, con mi nombre filtrándose entre sus labios, cuando me acompaña.

Cae desmadejada sobre mí, con la respiración todavía acelerada y, enseguida nos acomodamos hasta que ella queda tendida de espaldas y yo, a su lado, casi encima suya, con un brazo sobre su pecho y la cabeza apoyada en su hombro, tan cerca que puedo respirar su piel. Por fin estoy en casa.

Antes de que mi ritmo cardíaco retorne a su velocidad normal, caigo en coma. Por primera vez en meses, el sueño llega casi sin darme cuenta, es él quien viene a buscarme, en lugar de ser al contrario, de perseguirlo durante horas y de que a veces, incluso, se me escape.

Duermo del tirón, sin pesadillas, y, al despertar, todas las molestias de mi cuerpo han desaparecido. Estoy solo en la cama y las sábanas a mi lado están frías. Krystal se ha debido levantar hace ya bastante y no me ha avisado. Sabe que no me gusta dormirme en mi refugio y despertarme fuera de él, pero, en esta ocasión, le agradezco que me haya permitido dormir hasta tarde, tenía horas de sueño acumulado.

Remoloneo durante unos minutos, envuelto en estas sábanas que huelen a nosotros, hasta que mi estómago empieza a protestar. Me doy una ducha rápida, me visto con unos vaqueros y una camiseta con el logo del Sanctuary y bajo a desayunar, pese a que ya debe de ser cerca de la hora de comer.

—Buenos días —saludo a Krystal con un breve beso en los labios, suave y dulce.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —se interesa ella. Luce una sonrisa que me calienta el

pecho. Está preciosa, con el pelo recogido en una cola alta, desenfadada, de la que escapan varios mechones, un pantalón corto y una de mis camisetas.

—Mejor que bien.

—¡Tyron, ven! —me reclama Zoe, excitada—. Tengo que enseñarte una nueva canción que he aprendido.

Después de las primeras canciones que le enseñé al piano, la pequeña se empeñó en asistir a clases particulares. Me hubiera gustado ser yo quien se las diera. Aunque no es mi instrumento predilecto, no me manejo del todo mal, pero mis continuas ausencias lo hacían del todo imposible.

—Cariño, no seas impaciente, deja que coma algo antes —la reprende su madre—. Lleva semanas practicando para enseñártela —me explica Krystal.

Devoro el desayuno que me ha dejado preparado Krystal en apenas unos minutos. Yo también estoy ansioso por comprobar el progreso de la niña y, con el último bocado de una pieza de fruta todavía en la boca, sigo a la pequeña hasta la estancia sobre el garaje que, con el paso del tiempo, se ha convertido en un pequeño estudio de música.

Zoe se sienta en el banco, frente al piano digital y me observa, con una sonrisa en los labios, mientras ocupo un hueco a su lado. Coloca los dedos en posición y espera hasta que le doy la señal con un leve cabeceo. Cerraría los ojos para concentrarme en el sonido que brota de las teclas, sin embargo, no quiero perderme el espectáculo de verla tocar. Ha mejorado mucho durante mi ausencia, no me extrañaría que, en breve, superara mi habilidad con este instrumento.

Las horas se nos pasan volando, apenas hemos hecho una pequeña pausa para comer, ante la regañina de Krystal y, cuando hemos vaciado nuestros platos, sin esperar al postre, hemos regresado a este lugar. Zoe me muestra las nuevas canciones que ha aprendido, yo le enseño la melodía de alguna de las del grupo y termino cogiendo la guitarra para acabar en un improvisado concierto que nos arranca más de una carcajada.

—Jo, molas un montón, Tyron —comenta en un momento dado—. Ojalá fueras mi padre.

Cuatro palabras que me dejan de piedra. Incluso contengo el aliento y creo que hasta mi corazón se ha detenido. Una opresión crece en el centro de mi pecho y soy incapaz de moverme, de reaccionar.

—¿Por qué no se lo dices, Ty? —La voz de Krystal me sorprende. Es como una bofetada que se une al golpe que ha supuesto escuchar el deseo de la pequeña.

Está apoyada en el quicio de la puerta, observándonos. No sé cuánto tiempo lleva allí plantada, el suficiente para ser testigo de la declaración de su hija.

La miro y le ruego con la mirada que no siga hablando, pero me ignora.

—Por mucho que lo niegues, por mucho miedo que te dé esa palabra, llevas años comportándote como tal. ¿Qué más da que lo sepa? ¿No crees que ya lo siente así? —prosigue.

No me atrevo a desviar los ojos hacia Zoe, los tengo clavados en su madre, aunque siento que la niña nos observa, atenta a lo que decimos. El escrutinio al que me veo sometido por parte de ambas, me pesa, me hunde, casi diría que me está ahogando.

Mi desasosiego es palpable, tanto que Krystal se acerca a mí y posa su mano en mi hombro. Es justo lo que necesito para volver a salir a flote.

—Respira, Tyron —me anima—. No tengas miedo, no somos tu pasado, somos tu presente. Deja que seamos también tu futuro.

Obedezco e inspiro hondo. Los pulmones me queman cuando los lleno de aire. Cierro los ojos con fuerza mientras mi mano busca con desesperación entrelazarse con la de Krystal. Necesito aferrarme a ella si voy a dar semejante salto al vacío, necesito su red para recogerme cuando caiga.

—Gatita, lo soy. Soy tu padre —admito por fin y me deshago de la pesada losa que todavía cargaba a la espalda, la última piedra que vacía la mochila que me ha acompañado durante toda mi vida.

Zoe salta a mis brazos, me aprieta con fuerza y el brillo que rodea sus pupilas parece capaz de iluminar la habitación y parte del vecindario. Una luz que, por fin, termina de reparar todos los fragmentos de mi alma rota.



Una retirada a tiempo

— **S**oy su padre y no soy como él —me repito casi cada noche cuando me acuesto. Llevo años haciéndolo, no solo cuando estoy en casa, a veces también lo hago antes de acostarme en el camastro del autobús de gira. Es algo que me gusta recordarme para que mi hija jamás tenga que pasar por lo que yo viví.

—No, Ty, no eres como él —corroborra Krystal y se gira en la cama para quedar frente a mí.

—Perdona, no sabía que lo había dicho en voz alta —me disculpo.

—Sí y no es la primera vez. Algunos días se te escapa, otras veces, solo lo piensas —apunta con una sonrisa—. No eres como él y lo estás haciendo bien. Tu hija te adora y, como viajas tanto, soy yo la que se ocupa de la parte mala, tú solo eres el padre enrollado que la consiente, el guay, el que todas sus amigas envidian, que le da paseos en moto y con el que pasa horas y horas tocando el piano.

No lo dice en tono de reproche, es una realidad. Paso mucho tiempo fuera y creo que me estoy perdiendo demasiadas cosas. Mi hija ya es una adolescente y no sé en qué momento dejó de jugar con muñecas para empezar a querer salir con chicos.

Eso me recuerda que, dentro de unos pocos días, volveré a marcharme. Cada año, el tiempo que estoy en casa se hace más corto y las giras más duras. Los años no pasan en balde y, aunque apenas acabo de rebasar la barrera de los cuarenta, mi cuerpo arrastra una carga que cada vez pesa más. Las consecuencias de subir cada noche al escenario tras horas y horas de carretera empiezan a superar el subidón de esos poco más de noventa minutos delante del público haciendo lo que más me gusta.

—Creo que esta va a ser la última —anuncio en voz alta la conclusión a la que llego después de perderme en mis pensamientos.

—¿La última qué? —Krystal enarca una ceja. Puede que me conozca muy bien, sin embargo, todavía no tiene la capacidad de leerme la mente.

—Gira, la última gira. Creo que va siendo hora de que cierre esa etapa de mi vida. —Me cuesta pronunciarlo en voz alta, es una decisión dura y ella lo sabe.

—¿Estás seguro? —Me aprieta el hombro para mostrarme su apoyo.

—No —admito—, pero creo que es lo correcto.

Me duele, me duele como si me estuvieran arrancando una parte de mí. Sin embargo, las secuelas del accidente de coche que tuve hace catorce años hacen que sea imposible seguir el ritmo frenético que llevamos sin necesidad de recurrir a otros medios para aplacar el dolor y los calambres. La tentación cada vez es más fuerte y los efectos de ceder y dejarme llevar son demasiado caros. No compensa.

Ya ni siquiera me siento yo mismo durante el concierto, no siento que esté al cien por cien, que esté dándolo todo, aunque parece que, desde fuera, eso todavía no se nota. Empiezo a sentirme como un fraude y creo que es mejor una retirada a tiempo y dejar de estirar una cuerda que empieza a deshilacharse. Han sido más de diez años espectaculares y maravillosos, pero ha llegado la hora de decir adiós.

Al resto del grupo se lo comunico nada más empezar la nueva gira, durante una comida en un restaurante de un centro comercial antes de dirigirnos a la sala en la que actuaremos esta noche:

—Tíos, lo he pensado mucho y, en cuanto termine la gira, dejaré el grupo —les informo, mientras mareo el contenido de mi plato, incapaz de probar bocado hasta que me quite este peso de encima.

—¡Pero qué dices, Tyron! —gritan escandalizados, sin dejar que termine de explicarme—. ¡No puedes dejarlo, la música es tu vida!

Ni que no lo supiera. Sin embargo, que no vuelva a subirme a un escenario, no implica que aparque para siempre la música. Seguirá formando parte de mí, aunque sea algo íntimo. Corre por mis venas y dejarlo del todo supondría arrebatarme el aire que respiro.

—No puedo seguir con este ritmo, cada año me cuesta más... —confieso.

—Pues lo bajaremos, si hace falta, lo adaptaremos a lo que necesites —me interrumpen.

—No, no quiero ser un lastre para vosotros. —Esta vez soy yo quien les corto.

En un principio, actué como hago siempre y me guardé muy dentro de mí aquello que creía que me hacía parecer débil. Meforcé en disimular la cojera y el dolor de la pierna, gracias a Ronnie, que siempre estuvo ahí para echarme un cable. Sin embargo, después de que mi mejor amigo dejara de esconderse y confesara su homosexualidad, decidí ser sincero. Bueno, mejor dicho, me aconsejaron que lo hiciera. Ronnie llegó a la conclusión de que el grupo funcionaría mejor cuantos menos secretos hubiera entre nosotros. Y tenía razón.

Aunque no saben los detalles de lo que me sucedió y esa época tan oscura de mi vida que vino después del accidente, sí que conocen a grandes rasgos mi historia. Pese a que he ido trabajando eso de confiar en los demás, hay determinadas cosas que todavía me cuestan.

—Que sepas que nos jode mucho tu decisión, pero tenemos que aceptarla. —Ronnie me echa una mano—. Aunque no estés al micro, siempre formarás parte de los Cursed Angels. Creo que hablo en nombre de todos —el resto asiente, antes incluso de escuchar las palabras del guitarrista—, cuando digo que no quiero que te desligues completamente de nosotros, puedes colaborar puntualmente con nosotros, grabando algún tema, por ejemplo. Además, quiero que tú y yo sigamos trabajando juntos, esa cabecita tuya hace magia cuando hay una guitarra de por medio.

Sonríó ante su halago.

—Va a ser muy complicado encontrar un cantante que esté a tu altura —añade el bajista.

—Hay miles de voces mejores que la mía —le refuto.

—Puede que sí, pero ninguna con tu carisma y esa forma única que tienes de llenar el escenario solo con tu presencia.

Carraspeo en un intento de ocultar la emoción del momento, que se acrecienta gracias a sus palabras. Siempre me he esforzado por proyectar a través de la voz —ya que con la guitarra ya no puedo— lo que siento con la música. No me limito a cantar, siempre intento ir más allá y me enorgullece comprobar que lo he conseguido.

♪ ♪ ♪

La gira termina de un modo agri dulce. Lo hacemos en casa, en el Sanctuary, añadiendo una fecha extra a las que teníamos pactadas. La verdad es que me viene de perlas el apoyo de mi familia para poner el broche de oro a mi carrera musical, al menos, a la pública.

—Hoy es una noche muy especial. —Ronnie me arrebató el micro y se dirige al público—. Tyron, nuestro cantante, nos deja. —Se escuchan voces disconformes entre el público—. Y antes de que empecéis con especulaciones raras, no, no ha habido ni broncas ni malos rollos entre nosotros. Es una decisión personal que nosotros, como amigos y compañeros, acatamos.

Un murmullo apenado cruza la sala. Trago saliva sin moverme del sitio, aparento estar impassible en el escenario bajo el foco que me ilumina, cuando, por dentro, siento que un trocito de mí se rompe. Si no hubiera entrenado durante años a esconder mis emociones, estoy seguro de que se me habría escapado alguna lágrima.

—Pero no nos vamos a poner tristes. Tyron es y seguirá siendo un gran amigo y vamos a darle la despedida que se merece. ¡Vamos a convertir este concierto en una gran fiesta! —Ovaciones y aplausos entusiastas sustituyen al momento gris que se había adueñado de la sala tras el anuncio de mi salida del grupo—. ¿Estáis preparados? —El volumen de los gritos del enfervorecido público aumenta.

»Y para hacerlo posible, no estamos solos, Tyron. —Desvía la atención del público para centrar su mirada en mí—. Hay mucha gente que te aprecia y que no podía dejar pasar la oportunidad de decirte adiós como te mereces.

Alzo la ceja, interrogante. Esto es una encerrona en toda regla. Estaba convencido de que iba a ser un concierto más, con nuestro repertorio habitual, quizá con alguna canción extra, pero para nada me esperaba esto.

Se me descuelga la mandíbula cuando veo quién es el primer invitado en irrumpir en el escenario. Mis ojos buscan a Krystal entre bastidores, que me mira sonriente. No parece sorprendida, seguro que la muy cabrona estaba en el ajo.

—Tyron, desde que tengo recuerdos, mis mejores momentos contigo están envueltos en música. Me has inculcado el amor por ella, has sido mi mentor y no quería desaprovechar la última y única ocasión que voy a tener de compartir escenario contigo. Así que, aquí estoy. — Zoe termina su discurso encogiéndose de hombros. Alterna el peso entre un pie y otro y sus manos aferran con fuerza el micro que le ha cedido Ronnie. Está nerviosa. No me extraña. Yo vomité la primera vez que me puse frente al público y ella solo tiene catorce años.

—Gatita —murmuro en voz baja y busco una de sus manos para reconfortarla. Una lágrima díscola amenaza con asomarse, pero la retiro antes de que se derrame por la mejilla. Este es el mejor puto regalo que podían hacerme.

Mientras intercambio miradas de absoluta adoración con mi hija, sobre el escenario aparece un piano digital. Desde aquella primera vez con tan solo cuatro años en el que tocamos juntos el «cumpleaños feliz» a su madre, nuestra primera conexión, ella no ha dejado de tomar clases.

He sustituido a su profesor en las temporadas que pasaba en casa, que no eran muy largas y, conforme los años han ido pasando, nos hemos atrevido a componer alguna canción juntos. Las primeras teclas que pulsa son, precisamente, los acordes de una de ellas.

Me sitúo a su lado, tal y como hacemos en casa. No me pasa desapercibido el leve temblor de sus manos y poso la mano sobre su hombro para calmarla.

—Mírame a mí, gatita —le pido, para que se olvide de las más de mil doscientas personas que abarrotan hoy la sala—. Como si estuviéramos solos.

Sus ojos azules, tan parecidos a los míos y, al mismo tiempo, tan diferentes, me sonríen confiados, porque sí, la sonrisa no se limita al gesto que articulan sus labios. Mi voz entona los primeros versos, la suya se une, al principio con timidez, aunque enseguida coge fuerza y, cuando las dos se mezclan, se obra la magia. La misma magia que surgió de aquella primera canción infantil cantada a dúo y que estrechó los lazos de un nexo que llevábamos en la sangre.

El resto del mundo enmudece, parece contener el aliento. O quizá seamos nosotros, que nos hemos abstraído tanto de lo que nos rodea que no somos capaces de percibir nada más que esta canción, el sonido de las teclas del piano y nuestras voces que se complementan a la perfección.

Dejaré el grupo, quizá no vuelva a subirme nunca más a un escenario, pero no, no pienso renunciar nunca a momentos como este, a estas melodías compartidas que nos cantan que somos mucho más que un padre y su hija.



Mi última canción

Puede que ya no me suba a un escenario, al menos de manera oficial, pero no he podido desligarme por completo de la música. Ha sido y siempre será una parte muy importante de mí. Así que, gracias al colchón económico propiciado por el éxito con el grupo y a los beneficios que genera el Sanctuary, me he embarcado en un nuevo proyecto. He comprado una nave, prácticamente pegada al bar, y he creado una pequeña discográfica para dar la oportunidad a todos esos grupos emergentes a los que las grandes compañías les cierran las puertas sin ni siquiera escuchar su música. En un alarde de originalidad, la he bautizado como «Sanctuary Records».

Hay muchos grupos malos, sin embargo, también me encuentro con otros que tienen un gran potencial que, al igual que los Cursed Angels, puede que no lleguen jamás a llenar grandes estadios, pero sí que pueden hacer vibrar a un público fiel en salas de conciertos de pequeño y mediano tamaño, como la que sigo regentando.

También es una buena excusa para tener mi propio estudio de grabación y dar salida a todas esas canciones que me pican en los dedos y me queman la garganta. Muchas de ellas se quedan en mi biblioteca personal, otras, las acabo cediendo a mi antiguo grupo quien no duda en incluirlas en sus discos.

El «adiós» a los escenarios ha sido, en realidad, un «hasta luego». De vez en cuando, vuelvo a subirme a las tablas para acompañar a mi anterior grupo, con esos temas que llevan más de mí de lo que la gente se imagina, que canto a dúo con mi sustituto, con el que, por cierto, me llevo bastante bien. También he hecho algún que otro concierto más íntimo, en acústico, para un público selecto, siempre en casa, en el Sanctuary, con Ronnie, en nuestro proyecto paralelo. Tenemos un par de discos grabados en los que he engañado a Knox, mi vecino, para que

participe. Sigue hablando poco y me esquivo la mirada, a pesar de los años que hace que nos conocemos. Sin embargo, es otra de esas personas con las que he llegado a conectar a través de la música. Gracias a ella, nos comunicamos a la perfección y hace ya algún tiempo que le entregué también el título de «amigo».

Nuestros hijos también lo son. Son inseparables. Desde que el pequeño nació, mi hija no ha dejado de cuidar de él. Le enseñó a andar en bici y curó los rasguños de sus rodillas cada vez que el pequeño se caía. Él la mira con auténtica devoción, aunque, ahora que van creciendo, empiezo a apreciar ciertas diferencias en esa forma de contemplarse. Espero que las hormonas que empiezan a revolucionar sus cuerpos no les empujen a cometer la típica estupidez de adolescentes y acaben separándose. Sufrirían mucho.

A Zoe le gusta la música, le apasiona, como a mí, y es buena. Sin embargo, tiene claro que no quiere convertirla en su forma de vida, quiere que sea solo un hobby o una herramienta a la que recurrir cuando lo necesite. Su propia válvula de escape. Quiere estudiar medicina, como la persona a la que considera su abuela, aunque en realidad se trate de la tía de su madre. Lo tiene claro desde hace tiempo, aunque todavía no ha terminado el instituto.

—Tyron, ¿puedo preguntarte una cosa? —me dice e interrumpe la canción en la que estamos trabajando.

Dentro de un par de semanas es el cumpleaños de Krystal y queremos «regalarle» una canción, como hicimos por primera vez hace ya doce años. Ya no es una niña de cuatro años quien está a mi lado, sino una preciosa joven de dieciséis. Esta vez es ella quien pone la letra, mientras yo me limito a aconsejarla y acompañarla con unos acordes.

Pese a que hace mucho que he aceptado mi papel como padre, sigue llamándome Tyron o Ty. Es muy lista y fue capaz de detectar los pocos segundos en los que mi respiración se interrumpía cada vez que pronunciaba la palabra «papá». Creo que hasta se me iba el color de la cara. Así que, tras unos pocos intentos, regresó a mi nombre de pila.

—Claro, gatita.

Yo, en cambio, sigo empleando el mismo apelativo cariñoso que usaba con mi hermana. No hay heredera más digna para él que quien tengo a mi lado en este momento.

Dejo en el suelo la guitarra que sostenía en mi regazo y aprovecho la pausa para darle un sorbo a un botellín de cerveza recién abierto.

—¿Por qué no te casas con mamá?

La pregunta me pilla desprevenido y escupo el líquido ambarino que todavía no me había dado tiempo a tragar. Estoy tan fuera de juego que ni siquiera le pongo mala cara cuando me arrebata la cerveza y le da un trago, mientras se esfuerza por contener la risa. Me limpio con el dorso de la mano, carraspeo, trago saliva, recupero mi bebida e intento recobrar la compostura.

—¿De verdad lo crees necesario? —replico cuando el primer impacto se ha diluido entre el frío líquido que desciende por mi garganta.

Firmar un papel que certifica que somos marido y mujer no va a afianzar más el amor que siento por ella y no me parece que tenga que rendir cuentas de él ante nadie, solo ante ella.

—No, para nada —confirma y me pide con la mano que compartamos la cerveza—, pero a ella le haría ilusión. Y a mí me encantaría poder asistir a vuestra boda —añade, con una sonrisa traviesa y, aunque no comentamos nada más y regresamos a lo que estábamos haciendo antes de

esta breve conversación, ambos sabemos que acaba de plantar una semilla.



Dos semanas después de ese día, nos encontramos en el jardín de nuestra casa. Es un precioso y soleado día de junio y, como cada año desde hace ya unos cuantos, vamos a celebrar juntos el cumpleaños de Krystal y Knox, el vecino. Las redes de nuestra «familia» se han ido extendiendo y los abarcan también a ellos, que apenas contaban con nadie en esta ciudad antes de entrar a formar parte de nuestro círculo.

Vamos por pares, el cumpleaños de mi chica está bastante próximo en el tiempo con el del vecino, cosa que también pasa con el mío y el de Hope, la vecina, y con el de nuestros hijos, Axel y Zoe.

No falta nadie, todos nuestros amigos están presentes. Es el entorno ideal para que brote la flor de aquello que mi hija sembró hace quince días.

El día comienza como cualquier otra celebración, aunque está a punto de convertirse en uno muy especial, único. No puede faltar la comida ni la bebida, aderezada con risas, muestras de afecto, abrazos, sonrisas cómplices... La música es otra invitada más, en esta ocasión, a cargo de nuestra hija, quien hace entrega del «regalo» a su madre, esa canción en la que llevamos semanas trabajando.

Zoe coge una silla y toma asiento, con mi guitarra en su regazo. No es su instrumento, pero se ha empeñado en hacerlo así. Frente a ella, su madre, emocionada, apenas es capaz de contener las lágrimas cuando la canción todavía ni ha empezado. El resto de los invitados se arremolina a su alrededor, dejando un espacio vacío en medio para que ellas sean las protagonistas. Yo permanezco cerca, en un segundo plano, detrás de Krystal, y las observo. Bueno, más a ella que a mi hija, ya que se me van los ojos sin que pueda evitarlo. Está preciosa. Lleva un sencillito vestido blanco veraniego, fresquito, hasta la rodilla, con escote barco que deja sus hombros al descubierto.

Cuando la canción finaliza, Zoe deja la guitarra en el suelo y se pone en pie. Madre e hija recortan la distancia que las separa para fundirse en un abrazo mientras el resto de asistentes prorrumpe en aplausos y vítores. Todos menos yo, que sigo detrás de ella, con una sonrisa dibujada en la cara y las manos todavía dentro de los bolsillos del vaquero.

Ronnie me aprieta el hombro para infundirme ánimos y ese toque es el empujón que necesito para acercarme a ellas. Ha llegado mi turno.

Me posiciono a la espalda de Krystal y me uno a ese momento especial, sintiéndome un poco intruso, tal vez. Mis labios recorren sin permiso la piel de su clavícula. Su piel se eriza y su garganta vibra con un gemido contenido. Zoe deshace el abrazo y retrocede un par de pasos para cederme todo el protagonismo. A mí no, a nosotros.

La giro de tal forma que queda frente a mí. Los nervios que hasta hace nada me retorcían el estómago, esos que he intentado tragarme en vano con un sorbo de cerveza, se han diluido entre las notas únicas del sabor de su piel.

—Peque, —empiezo y ella me mira confundida. No se imagina lo que está a punto de pasar. Me pierdo en sus ojos verdes y parece como si el resto del mundo desapareciera. Ella y yo, solos

en el universo—, eres mi persona favorita en el mundo, el pilar que me mantiene en pie, los cimientos que me anclan a la tierra y las alas que me hacen volar. Eres mi amiga, mi compañera de vida, mi ángel. No hay vidas suficientes para agradecer todo lo que has hecho por mí y jamás me cansaré de repetirte que te quiero más que a mi vida, Krys.

Mi discurso la emociona. Todavía no había conseguido recomponerse y borrar la humedad de su mirada, tras el detalle de nuestra hija, cuando nuevas lágrimas se asoman a sus ojos. Sin darle tiempo a que busque palabras para contestarme, lanzo mi proposición:

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? —balbucea, mientras trata de asimilar lo que acabo de decir, y no podía habérmelo puesto más a huevo.

—Ahora —sentencio con las manos ancladas en su cintura.

Noto movimiento a mi alrededor, aunque soy incapaz de prestarle atención. Mis ojos se han quedado enredados en los suyos. Lo que sucede más allá es tan solo la brisa que mueve sus cabellos. Me muerdo el labio inferior y contengo la respiración a la espera de una respuesta, pero Krystal no dice nada.

Zoe se acerca a su madre, le coloca una corona de flores blancas y rosas para adornar su pelo castaño y le entrega un ramo hecho con las mismas flores que engalanan su melena.

—Todavía no ha dicho que sí —apunto con una sonrisa nerviosa y la posibilidad de que no acepte me ata un nudo en la boca del estómago y lo vuelve del revés.

Krystal asiente enérgicamente, me rodea el cuello con la mano que tiene libre y yo vuelvo a respirar. Tomo el oxígeno de su boca, absorbo el aire de sus labios y busco cobijo en su interior. Mi lengua busca con desesperación la suya, la abraza y, juntas, comienzan ese baile lento y sensual que tan bien conocen.

Cuando conseguimos separarnos, tras un esfuerzo titánico, el jardín se ha transformado. Los invitados se han dividido en dos, dejando un pasillo entre medio por el que caminamos de la mano hasta un improvisado altar bajo el porche de casa. He tenido más de un cómplice. Las guitarras de Ronnie y Knox tocan a dúo, acompañan nuestros pasos y dotan de banda sonora a este mágico momento. Se les une mi hija e interpretan una emotiva canción que he compuesto expresamente para esta ocasión, es quien se encarga de poner voz a mis sentimientos.

Es una ceremonia breve y sencilla oficiada por uno de nuestros amigos. No hay votos, no hay palabras bonitas. No son necesarias cuando nuestras miradas hablan por sí solas y ya se lo he cantado todo.

—Jamás pensé que tendría mi propio final feliz —confieso. Después de cómo ha sido mi vida, de los errores que he cometido, nunca se me cruzó por la cabeza que fuera merecedor de esta historia que supera con creces mis mejores expectativas. He de agradecer al destino —y a mi hermana— que nuestros caminos se cruzaran.

—No es el final de nuestra historia, Tyron. Tampoco un nuevo comienzo, es solo la continuación de la eternidad que quiero pasar a tu lado —declara ella y nuestros labios, esos que se han separado apenas unos milímetros, vuelven a unirse y entonan una última canción que perdurará para siempre.



Fin

Nota de la autora

Como ya dice la propia sinopsis, esta historia no es más que otra versión de la biología Tres Canciones, una muy especial que reclamaba a gritos poner su voz.

Si quieres leer conocer esa otra perspectiva, narrada en tercera persona, aquí te dejo el enlace:

[*https://www.amazon.es/dp/B091D2HBCM*](https://www.amazon.es/dp/B091D2HBCM)

También, puedes echarle un vistazo a ese pasado de Tyron, esa infancia truculenta que le llevó a ser como es en Primeros Acordes:

[*https://www.amazon.es/gp/product/B08CTKFZCD*](https://www.amazon.es/gp/product/B08CTKFZCD)

Y, por último, pero no menos importante, aquí tienes la historia de Zoe:

[*https://www.amazon.es/dp/B0B8TFRSXN/*](https://www.amazon.es/dp/B0B8TFRSXN/)



Mil gracias por leerme

Agradecimientos

Otra vez llegamos a este punto en el que solo me resta dar las gracias por hacer que, una vez más, esta historia sea posible.

Y, esta vez, voy a empezar por agradecer a alguien que no es real, pero que a veces lo he sentido como tal, a Tyron, al narrador de este libro, a ese personaje que no sé en qué momento se plantó en mi cabeza y me empujó a escribir su historia, primero, en tercera persona para, después, no contento con eso, querer que mi voz fuera la suya.

Tú has hecho que esta aventura sea posible y que, gracias a ti, pueda considerarme escritora.

¿Y qué sería de una escritora si nadie la leyera? Por eso, mi segundo GRACIAS va para vosotros, para todos los lectores que o bien, se han convertido en incondicionales o se han arriesgado a probar suerte con mi pluma. Da igual a que grupo pertenezcas, solo espero que el viaje haya merecido la pena.

Gracias a Javi, a Ian, mis dos pilares en esta vida, las dos columnas que me mantienen en pie y que, tal como le pasa a Tyron con Kryz, me ayudan a levantarme tras cada tropiezo.

Gracias a mi hermano David, a mi hermana no consanguínea, Elena, a mis sobrinos: Alexander, Yeray y Tania y al resto de mi familia.

Gracias, una vez más a Saray (@saraygallardo_autora) sin la cual creo que me habría bajado del carro hace tiempo. No solo no me dejas hacerlo, sino que, además, le das un empujón y te subes a él conmigo. Ya no sé qué más puedo decirte que no te haya dicho ya.

Gracias a esas personas que ayudan a que mi historia quede redondita: Maca (@macaoremor), Mon (@montanarodriguezm_) y Rafi (@rafi_lechuga)

Gracias a Tania (@salseo_de_libros) por tu apoyo incondicional.

Gracias a toda la gente de La Comunidad Romántica, especialmente a sus creadoras, Irene Moya – Angeler (@irene_moyaa) y María Ferrer Payeras (@mariaferrerpayeras), a las Secuestradoras de Libros y Almas (@secuestradorasdelibrosyalmas).

Gracias a las compañeras del pequeño grupo del reto de escritura de la Comunidad Romántica, que de reto tiene poco y de escritura algo más, pero que queda diluido entre los miles de consejos, enseñanzas y demás que conforman nuestro día a día.

Gracias a los grupos de Lecturas Conjuntas que nunca se cierran, a mis seguidores de Instagram y redes sociales.

Y, para terminar, te agradezco de antemano que me dejes una reseña o una valoración tanto en Amazon como en cualquier otra plataforma o redes sociales. Me ayudan a mejorar, a crecer y a llegar a más gente.



Sobre mí

Akara Wind es el seudónimo que llevo usando desde hace más de media vida en Internet, es mi «yo» de la red y por eso decidí utilizarlo como la firma de mis libros. Tras él, se encuentra Patri, una navarrica que vino a este mundo en 1980.

Estudié enfermería, profesión a la que me dedico, aunque siempre he sido amante de los libros y me ha gustado escribir. Lo hago desde que tengo uso de razón, era mi válvula de escape, una manera de dar vida a mis sueños. Pequeños relatos que se iban amontonando en el fondo del cajón, hasta que, la vorágine del día a día me hizo olvidar que se encontraban allí.

Años después, en el verano de 2019, aprovechando unas vacaciones con algo más de tiempo libre, decidí recuperar esa afición que tenía desde la infancia, con la convicción de que, al comenzar el nuevo curso, se quedaría en otro de esos documentos de Word inconclusos, perdidos en una carpeta del ordenador.

Sin embargo, no fue así. Tyron y Krystal (protagonistas de mi primer libro, Tres Canciones) irrumpieron con fuerza en mi cabeza y no me dieron descanso hasta que conté su historia.

Tras esa primera experiencia de autopublicar un libro, no he podido dejarlo. Después de ellos, vinieron otros personajes a mi cabeza, envidiosos, que también querían tener su pequeño momento de gloria. Así han ido sumándose libro tras libro y es una sensación tan maravillosa, que no puedo parar de escribir. Y espero que tú, que lees estas líneas, quieras acompañarme.

Si quieres estar más cerca de mí, sígueme en Instagram (@Akara_Wind) o visita mi página web: akarawind.es.

Mis libros

ROMANCE CONTEMPORÁNEO

Tres canciones (Tres canciones, I)

Krystal es una joven de tan sólo 17 años que se ve azotada por un trágico suceso, la muerte de sus padres en un accidente de tráfico.

A cargo de su tía, la hermana pequeña de su padre, comienzan una nueva vida. Una nueva ciudad, una nueva casa y un nuevo instituto en el que empezar de cero. Allí es donde conoce a Zoe, con la que no tarda en entablar una amistad sincera, una chica risueña que lleva a sus espaldas la carga de un hermano problemático y un oscuro secreto.

Tres canciones define su descubrimiento de la amistad, del amor y de la pasión, en una lucha constante para que esa nueva vida que Krystal ha erigido no se desmorone.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B08KSBP54B>

Primeros acordes (Preludio de Tres canciones)

Ella renunció a su familia para cumplir sus sueños. Renunció a sus sueños por él. Y él acabó convirtiéndose en la pesadilla de su familia.

Preludio de “Tres canciones”, “Primeros acordes” es un libro que descubre los orígenes de los fantasmas que atormentan a Tyron.

Unos primeros acordes duros, desgarradores, llenos de rabia y dolor.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B08CTKFZCD>

Bonus Track: Back again (Tres canciones, II)

Parecía que por fin Krystal había conseguido reconducir su vida, llegando a rozar con las yemas de los dedos un futuro con el amor de su vida, sin embargo, el destino caprichoso los vuelve a poner a prueba.

Un pasado que sigue arrastrando a Tyron hacia el borde del precipicio.

Un presente que le azota con un duro golpe que hará que toda su existencia se tambalee.

Cuando parecía que su camino se iba allanando, nuevos obstáculos les demuestran que deben seguir luchando cada día para conseguir sus propósitos.

¿Lo conseguirán?

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B08QJMYR8W>

↗ **Una sonrisa tras la máscara**

Luna es la «Reina de las Tiritas». Ejerce como enfermera escolar en un colegio público.

Pero un fatídico 15 de marzo, un maldito virus de origen chino obliga a declarar el Estado de Alarma en todo el país.

La vida de Luna, la vida de medio mundo da un giro de 180° hacia una situación que sólo creíamos posible en el guion de una película de segunda.

Luna es llamada a filas para enfrentarse a ese virus invisible en la primera línea de batalla.

Un viaje a los sentimientos de Luna, a la incertidumbre, al caos, al miedo, al dolor. Pero sin olvidar que siempre queda un hueco para el compañerismo, para la empatía, para hacer nuevas amistades y recuperar otras pérdidas.

Una historia personal que todos hemos vivido y que no debe caer en el olvido.

(Dedicado a Jordi)

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B08J8BJJ8D>

↗ **Conseguiré que tu luz vuelva a brillar**

Una mujer brillante, un vagabundo, un pasado.

Dos personas de mundos diferentes, unidos por un destino caprichoso que juega a entretejer los hilos. La batalla contra una oscuridad que amenaza con engullir los rayos de luz del sol.

Cuando la estrella más brillante del universo amenaza con extinguirse y es la llama de la vela más tenue la encargada de volver a encenderla.

«Conseguiré que tu luz vuelva a brillar» es un libro de amor, de amistad, de superación, de romper barreras.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B0916G7M59>

↗ **All – In: Voy con todo**

La vida es como un juego, como una partida de póker. Decidir, apostar, arriesgar, aciertos, errores. Unas veces se gana y otras se pierde. No siempre es cuestión de tener buenas cartas, sino de jugar bien una mala mano.

Cuatro cartas, cuatro ases, cuatro palos.

Jared, el as de picas, nunca va de farol, la verdad siempre por delante. Una apuesta arriesgada que hasta ahora no le ha traído suerte.

Lennox, el as de tréboles, lleva muchas partidas apostando bajo sin atreverse a arriesgar sus cartas y lanzar una gran jugada.

Ingrid, el as de corazones, apostó todo a una carta y lo perdió. ¿Conseguirá remontar la partida?

Alex, el as de diamantes, partía con unas cartas nefastas, pero en vez de abandonar la partida intentó sacarle partido a la jugada.

Comienza la partida. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

ALL - IN. VOY CON TODO.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B09C4XCY7D/>

Bajo los colores del arcoíris

¿Qué hace la gente en plena crisis de los cuarenta? Comprarse un deportivo, apuntarse al gimnasio... Y ¿qué hace Mara? Divorciarse.

Cambio de década y cambio de vida. Mara ha puesto fin a un matrimonio que no la hacía feliz. Un momento complicado, pero no está sola. Cuenta con sus hijos, el combustible de su vida y el apoyo incondicional de Ángela, su mejor amiga. Ella la anima a pasar unas vacaciones de verano con su familia.

Un camping, un bungalow, la playa y tres semanas para descubrir el paraíso.

Y allí, bajo una sombrilla con los colores del arcoíris encontrará la chispa que pintará su mundo gris.

Un hombre apasionado, aventurero, atrevido, deportista y sin ninguna atadura en la vida. Lo opuesto a ella. Justo todo lo que necesita.

Una atracción mutua, una conexión que ninguno de los dos se explica...

Solo hay un problema. Él es joven, demasiado joven.

Ven, acompáñala. Siente el calor del verano, el hormigueo de una ilusión y la pasión irrefrenable que Mara vive en las vacaciones más especiales de su vida.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B09VR7L3VQ/>

Contigo hasta el fin del mundo

Axel y Zoe se conocen de toda la vida, fueron vecinos y prácticamente se criaron juntos.

Ella, cuatro años mayor, fue su protectora, su mentora, su principal apoyo, su mejor amiga.

Fue todas sus primeras veces, incluso la más dolorosa, esa en la que cogen un corazón lleno de esperanza, repleto de ilusiones y lo pisotean hasta dejarlo muerto.

Dos almas gemelas separadas por una mala decisión. Una traición amarga que los convirtió en extraños.

Ambos quisieron olvidar, remendaron sus heridas y siguieron caminos opuestos, pero el destino quiso que sus vidas se volvieran a cruzar.

¿Habrá lugar para una segunda oportunidad?

Link: <https://www.amazon.es/dp/B0B8TFRSXN/>

Pinta mi locura

Mi nombre es Jade y soy psicóloga. Cuando a Travis, mi novio de toda la vida, le ofrecieron

un trabajo irrechazable en otra ciudad, me fui con él.

No dudé ni un instante en dejar mi vida atrás para vivir mi propio cuento de hadas. Mi final feliz iba a ser una boda de ensueño.

Pero el príncipe azul acabó convirtiéndose en rana y tuve que empezar de cero en una ciudad en la que tan solo tenía un trabajo.

Y a pesar de creer que no tenía a nadie, nunca estuve sola. Mi jefe, mi compañero de piso y... mi paciente. Un artista cuya mente se rompió siendo solo un niño.

Muchos años de estudio, muchos libros de psicología no me habían preparado para esto. Para descubrir que, al final, el corazón va por libre.

Link: <https://www.amazon.es/Pinta-mi-locura-Akara-Wind-ebook/dp/B0BPJTBZ6M>

Mi mejor jugada

Solían llamarme «el gran Mad Maddox». Mi nombre era aclamado por miles de gargantas eufóricas que me llevaron hasta la cima del balonmano. Pero cuanto más arriba estás, más dura es la caída. La mía tuvo lugar durante un partido decisivo. Un salto, una jugada maestra y una lesión que me obligó a abandonar mi carrera.

Sin embargo, el mismo deporte que me puso la zancadilla, me tendió la mano para volver a levantarme, aunque no de la forma deseada. Tuve que empezar de cero, como un desconocido e inexperto entrenador infantil. Nada me hacía presagiar que lo que yo creía un fracaso, se convertiría en una de mis mejores jugadas.

Soy Liv. Tenía una vida acomodada, un marido exitoso y un hijo extraordinario. Y, aunque cualquiera envidiaría mi situación, sentía que no era suficiente. La soledad me asfixiaba, aunque seguía aferrándome con uñas y dientes a una vida de ensueño que solo era un espejismo.

Y, entonces, conocí el color. El color de los ojos verdes y de la sonrisa pícaro del entrenador de mi hijo. Un encuentro casual y un error —o un acierto, según como se mire—, despertó en mí sensaciones que jamás había experimentado.

Mad y Liv, los protagonistas del partido más importante de sus vidas. Un desafío en el que la confianza, el apoyo y el amor, jugarán un papel muy importante.

¿Habrà lugar para un futuro juntos? ¿Podrán sortear los obstáculos del camino o se verán obligados a seguir direcciones opuestas?

Link: <https://www.amazon.es/Mi-mejor-jugada-Akara-Wind-ebook/dp/B0CDPTB1H9>

Amor bajo cero **(Escrito a cuatro manos con Saray Gallardo)**

Desde que tienen memoria, Emma y Levi han sido vecinos, aunque no es hasta el instituto cuando se hacen inseparables.

Levi se convierte en el refugio al que Emma acude cada vez que las tormentas en su hogar parecen interminables; él es su puerto seguro.

Detrás de su amistad, ambos esconden sentimientos demasiado fuertes; emociones que ocultan para no perderse el uno al otro. Una conversación que ella nunca debió escuchar y una distancia física demasiado tangible los obliga a seguir caminos diferentes.

Sin embargo, cuando el destino une a dos almas, da igual el tiempo que pasen separadas. Al final, sus vidas se volverán a encontrar.

¿Podrán ser sinceros el uno con el otro después de tanto tiempo? ¿Saldrán a la luz sus sentimientos, conduciéndolos a un destino inesperado hacia el amor?

Amor bajo cero es una conmovedora historia sobre segundas oportunidades, amistades profundas y la fuerza del amor verdadero, que nos recuerda que, a veces, el camino hacia la felicidad es impredecible y lleno de sorpresas inesperadas.

Link: <https://www.amazon.es/dp/B0CLSTHDL2>

FANTASÍA ROMÁNTICA

Hunter

El mundo se ha convertido en un campo de batalla entre las diferentes facciones de vampiros. Ya no hay lugar para los humanos, sólo son simple alimento. La noche pertenece a los inmortales.

Los Alas Negras son una raza superior de vampiros, creados y entrenados únicamente para ser un arma infalible, siempre leal a su dueño, sin preguntas, sin remordimientos, unos asesinos implacables movidos únicamente por la satisfacción de segar vidas. Dotados de inmensas alas de plumas negras sólo tienen un punto débil, la presencia de otro de su misma especie los debilita.

Hunter es uno de ellos, uno de los mejores, uno de los más fuertes, hasta que el ser más insignificante se cruza en su camino: una pequeña niña pelirroja demasiado inocente.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B081QD31WN>

Raven

«Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad.»

Él era un noble guerrero nacido bajo la luna llena, que ambicionaba con convertirse en el mayor líder que había conocido su pueblo.

Sin embargo, los dioses le deparaban un destino que iba más allá, marcado por una profecía que no lograba entender. Una misión que trascendía el tiempo. La lucha incesante entre el bien y el mal con lugar para la pasión, la traición y el amor.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B0841JZ1YG>

Storm

Storm era un joven lobo, repudiado de su propia manada por una característica física que le

hacía único, sus ojos heterocromáticos.

Huyó de su tierra natal buscando su propio lugar y, aunque no lo encontró, quedó prendado por la luz que la luna llena proyectaba sobre las montañas de aquel bosque. Así que decidió establecerse allí durante una temporada.

Ella necesitaba romper con un pasado doloroso y cambió su vida de lujo en una gran ciudad por una casa perdida en un pueblo de las montañas, dejándose guiar por la frase acertada de un buen publicista.

Un pueblo que no la acogió como ella hubiera deseado.

Eran tan diferentes que jamás pensaron que sus caminos podrían llegar a cruzarse.

Link: <https://www.amazon.es/gp/product/B087V6ZCH6>

Deimos (Las Lunas de Marte I)

Blue Cat, vive en las sombras de una existencia desgastada. Carente de esperanzas y ambiciones, su único objetivo consiste en vivir la noche sin saber si un nuevo amanecer le esperará. Sin embargo, el destino tiene otros propósitos para ella.

Su vida se ve transformada cuando una puerta entre dos mundos se abre. En ese momento, su destino se entrelaza con dos hermanos de origen misterioso, desatando una espiral de magia ancestral, una fuerza oculta y un poder animal.

Inmerso en el enfrentamiento entre el orden y el caos se encuentra el epicentro de otra batalla trascendental: ¿puede un demonio sucumbir al amor?

Deimos, la primera entrega de la apasionante saga Las Lunas de Marte, te sumerge en un universo donde la épica batalla entre fuerzas sobrenaturales se mezcla con la chispa prohibida del romance y la pasión.

¿Estás listo para adentrarte en un mundo donde el amor florece entre las llamas del infierno?

Descúbrelo en esta envolvente historia donde los límites entre la luz y la oscuridad se desdibujan.

Link: <https://www.amazon.es/dp/B0CTGJ5CDL>

Fobos (Las Lunas de Marte II)

Gabrielle, dejó atrás su pasado como guardiana al sentirse traicionada. Desencantada por la corrupción de sus antiguos ideales, se reinventa como cazarrecompensas: implacable, infalible y sin escrúpulos. Ya no hace preguntas porque no le interesa oír las respuestas.

Sin embargo, acepta una misión que pondrá a prueba sus límites. Un encargo especial que removerá parte de su pasado, traerá de vuelta a viejos conocidos, desvelará un secreto oculto y la enfrentará a peligrosos enemigos que pondrán en riesgo su futuro (y el del resto de los mortales).

Tiene que dar caza a un demonio.

Fobos, la segunda entrega de «Las Lunas de Marte», desafía los límites entre el bien y el mal en un universo donde las leyes se retuercen y los corazones arden con intensidad.

¿Estás listo para el apasionante desenlace de esta emocionante aventura donde la pasión y el peligro van de la mano?

Link: <https://www.amazon.es/dp/B0D3CRFJP2>